

Principe Félix Lichnowsky

Recuerdos  
de la  
Guerra  
Carlista



ESPASA-CALPE, S. A.

**RECUERDOS**  
DE LA  
**GUERRA CARLISTA**  
(1837-1839)

PRINCIPE FÉLIX LICHNOWSKY



Príncipe Félix Lichnowsky

RECUERDOS  
DE LA  
GUERRA CARLISTA

(1837-1839)

PRÓLOGO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ M. AZCONA Y DÍAZ DE RADA

C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ESPASA-CALPE, S. A.

MADRID

1942

## PRÓLOGO

---

Durante la primera guerra carlista (1833-1840), un buen número de extranjeros vino a España para luchar en uno y otro bando. Los que recalaron en el campo cristino eran, en su mayoría, mercenarios, gentes del oficio, carne de cañón, a quienes los gobiernos de la Cuádruple Alianza enviaron como se envía un cargamento de salitre o una batería de ametralladoras; sin que ello sea óbice para que, por su valor, se hicieran acreedores a la admiración y al recuerdo que la Historia les ha dedicado en publicaciones copiosas.

En cambio, los que formaron en las filas carlistas eran voluntarios, gentes de ideal, que luchaban por principios y por primogenituras. Casi todos estos voluntarios carlistas eran franceses y alemanes.

Coincidió aquella guerra con el brote vigoroso del romanticismo en Gottinga y con la senectud y la muerte de la legitimidad en Francia. Ambas causas se hermanaron. La tradición francesa, henchida de recuerdos, y la juventud alemana, plena de esperanzas, formaron un nexo que vino a quemarse en holocausto en aquella hoguera de la guerra civil española.

¡Triste condición y, al propio tiempo, honroso destino el de nuestra tierra, que ha de servir de campo de Agramante y de palestra en las lides ideológicas!

Muchos de aquellos franceses y alemanes, que lograron sobrevivir y volver a su patria, dejaron escritas sus memorias. Algunas de estas memorias son ya conocidas en España; pero otras muchas, sobre todo las alemanas, pueden considerarse como inéditas, a causa de la barrera del idioma.

Hace ya algunos años que publiqué unas listas de estas producciones literarias (1) para aumentar el elenco de Foulché-Delbosch y de Farinelli. Algunos curiosos quedaron admirados ante la copiosidad del repertorio. Tal vez, hoy mismo, produzca sorpresa a muchos de mis lectores la noticia de que en la primera guerra carlista lucharon en España, en las filas de Don Carlos, tres Príncipes alemanes: Stolberg, Schwarzenberg y Lichnowsky.

El primero murió en Sara, adonde fué llevado desde Lesaca en unas parihuelas. Su amigo el obispo Melchor Diepenbrock, y el párroco de Sara, Landeretche, que asistió en sus últimos momentos a Stolberg, han perpetuado su recuerdo.

El segundo, el Príncipe Federico Carlos de Swarzenberg, landgrave de Sulz y Klegan, caballero de Malta, no necesitó de trompetazos ajenos para vocear su fama. Manejaba la pluma tan bien como la espada, y publicó varios libros que, desgraciadamente, se han hecho rarísimos, pues se tiraron en ediciones privadas de corto número de ejemplares.

Por último, el Príncipe Félix von Lichnowsky, primogénito de la primera línea de su estirpe, que tuvo una participación directa en la guerra y en la política del partido carlista, dió a luz sus recuerdos en Francfort (2). Fueron traducidos al francés (3), y aparecen hoy, por vez primera, en castellano.

Sería oportuno el recuerdo de otros alemanes: militares expertos, como von Rahden y von Goeben; diplomáticos conspicuos, como von Vaerst; aventureros como Laurens, y fracasados, como Gotieb Mils, que buscaba la muerte. Dejo de lado, por ahora, el estudio de sus publicaciones y las de otros paladines de la legitimidad que, entre las brumas nórdicas, al pie de las montañas del

(1) DESIDERATA: *Guerres carlistes. Livres allemands*. Tafalla, Imp. Albeniz, 1931.

(2) *Erinnerungen aus den Jahren, 1837, 1838 und 1839. Victoria causa Diis placuit viota...* (flor de lis). Frankfurt am Main. Druck und Verlag von Johann David Sauerländer, 1841. En 8.º, dos tomos de 376 y 396 págs. Segunda edición de Frankfurt, a. M., 1848.

(3) *Souvenirs de la guerre civile en Espagne (1837 a 1839)*, par le général prince F. LICHNOSWSKY. *La vie après la guerre est une ennuyeuse faction*, RAUPACH. Paris au Dépôt, 13, rue du Cimetière-Saint-André. Et chez J. Dumaine, rue et passage Dauphine, 36, 1844. En 8.º, dos tomos de 369 y 310-(5) páginas, *Versión de Ida, condesa de Bocarmé*.

Tirol o a orillas del mar de Pomerania, añoraban las caricias del sol español.

También sería oportuno aprovechar la circunstancia de este renacimiento de la curiosidad histórica que se nota hoy en España, sobre todo en lo que se refiere al siglo XIX, tan calumniado y tan fecundo, y utilizar las relaciones de amistad hispanogermanas para dar a conocer estas obras fundamentales, en las que los extranjeros reflejan sus impresiones con una visualidad más precisa y con mayor clarividencia, en ciertos aspectos, que los naturales, quienes, por estar dentro del bosque, no conocen sus linderos.

Vayan por delante estos recuerdos de Lichnowsky, a los que seguirán de cerca, si Dios me da salud, los del Barón von Rahden, otro alemán amigo del Príncipe y compañero en sus campañas de España. Dos libros paralelos que se complementan y se perfilan mutuamente.

\*

Félix María Vicente Andrés Lichnowsky, hijo primogénito del Príncipe Eduardo y de la Princesa Leonor, hija del Conde Carlos de Zichy, ministro de Estado de Austria, vino al mundo el 5 de abril de 1814. Ostentó los títulos de Príncipe de Lichnowsky, Conde de Werdenberg, señor de Woschutz. Poseyó los mayorazgos de Kuchelna, Grabowka, Krzyzanowitz y Bolatiz y el señorío de Graetz. En el almanaque de Gotha (1836 y 1848) puede verse la prestancia de sus títulos y la extensión fabulosa de sus propiedades, entre ellas una ciudad y diecinueve pueblos en la Silesia austriaca y veintiséis poblados en la Silesia prusiana.

Durante su juventud sirvió en el ejército prusiano, alternando el ejercicio de las armas con el estudio de las Letras y de la Historia, que tan fecunda en sucesos fué durante los primeros años del siglo en Europa. Educado en el ambiente cultural del castillo de Graetz, cerca de Troppau, y del palacio de Krzyzanowitz, próximo a Ratibor, hizo sus primeros ensayos literarios en las publicaciones periódicas alemanas. De su sensibilidad artística percibimos algunos destellos en las páginas que siguen. Vemos en ellas

con qué deleite descubre en España algunas obras maestras de la pintura y cómo las anota con el afán del coleccionista y la admiración del técnico. Vemos también cómo vibra su alma ante las sugerencias poéticas del castillo de Gormaz y de las vegas de Levante y cómo se extasia oyendo los cantos populares. Para medir el grado de su cultivo musical baste recordar que Beethoven había dedicado su segunda sinfonía y algunos tríos al Príncipe Lichnowsky.

\*

A principios de 1837 aparece en el Cuartel Real de Don Carlos. Tenía entonces veintitrés años.

Ha abandonado sus señoríos de la Silesia austríaca y sus baronías de la Silesia prusiana para formar en el séquito de un Príncipe errante, nuevo Rey Lear, sin más tierra que la que pisa ni otra condición que la de pretendiente. Ha trocado la compañía de List, de la Duquesa de Abrantes, de Beethoven, de madame Stael, por el corro del cura de Los Arcos y por el compadrazgo de Manuelín y de Mosen Benet.

¿Qué impulsos le movieron a este viaje? El nos dice que vino atraído por una causa que consideraba justa y sagrada. La *Gaceta de Hannover* (1) dió la noticia de que el Príncipe Lichnowsky, corresponsal de *La Gazette de l'Etat de Prusse*, había sido nombrado ayudante del Infante Don Sebastián. Añade que el Príncipe es un joven de talento, y recomienda a Prusia que, siguiendo el ejemplo de Federico el Grande, envíe oficiales de su ejército adonde haya guerra para que adquieran experiencia, uniendo la práctica a la teoría.

No es fácil dilucidar en el complejo del impulso que movió al Príncipe para venir a España. Habrá que añadir, como un elemento más de ese complejo, el recuerdo de las relaciones amistosas de la Corte de Prusia con Don Carlos, a quien ayudaba en unión de

(1) Noticia copiada por el *Journal de Frankfurt* el 4 de agosto de 1837, citada por FABR en *A Traveller's Rambling reminiscences of the Spanish War...* London, 1838, pág. 200.

Austria, de Cerdeña y de Prusia; y que el Rey Federico Guillermo III no limitaba su ayuda a una actitud simpatizante, sino que había enviado a Don Carlos una suma aproximada de 500.000 táleros. La policía francesa se lamentaba de haber dejado escapar al obispo de León, que traía de Alemania cerca de tres millones de francos, a mediados de 1836 (1).

El hecho es que a principios de marzo de 1837 Lichnowsky se hallaba entre los carlistas, con quienes compartió durante dos años las penalidades de la guerra, la gloria de sus éxitos y la amargura de sus fracasos.

En poco tiempo recorrió el escalafón y llegó a general de brigada. Antes de terminarse la guerra hizo varios viajes al extranjero; empleado en misiones diplomáticas o financieras, de cuyos resultados guarda reserva. Es lástima que no juzgase prudente la publicación de aquellas negociaciones, que tendieron a la proclamación de Carlos V como Rey de España en las islas Filipinas. Es una página de la Historia que ha quedado esbozada por Pirala y recogida insuficientemente por Villa Urrutia, en la que intervino como mediador o como iniciador acaso.

Esta reserva de diplomático, que envuelve en el misterio a ciertos personajes legitimistas de Marsella, de Toulouse, de Salzbouurg o de Módena, no le impide hacer blanco de sus diatribas a otros personajes españoles, a quienes trata con excesiva dureza y aun con injusticia. La traductora francesa ha cubierto con la piadosa máscara de unas iniciales algunos de estos nombres, cuya vindicación no es ya oportuna ni necesaria. Baste dejar consignado que no comparto ciertos juicios, que revelan no poca presunción en un joven de veintitrés años.

El mismo autor aparece siempre como si estuviera colocado en un plano superior al medio que le rodea. Sus opiniones son rotundas; sus juicios, definitivos. Para él no existen las medias tintas ni le inquietan las sutilezas de un análisis psicológico. Esta manera simplista de ver las cosas y los hombres le lleva, en algunas ocasiones, a formular conceptos atrevidos.

(1) JACIEN PORTE; *Aux écoutes du carlisme*, pág. 107.

Tiene un criterio individualista: cree en los directores y en los generales más que en las masas. Maroto o Cabrera son capaces, por sí solos, de variar el rumbo de la Historia. Los Reyes son cosa divina; no puede juzgarse de sus actos, de los que sólo a Dios deben rendir cuentas. Se comprende que un hombre así tuviera admiradores y también que tuviera enemigos.

Sus compatriotas y compañeros en aquella campaña, especialmente von Goeben y von Rahden, se hacen lenguas de su valor y de sus dotes de mando. A ellos tendrá que acudir quien trate de escribir la biografía de Lichnowsky, ya que él escamotea su propia actuación y hasta sus heridas y sus intervenciones guerreras, a las que alude con la mayor indiferencia.

\*

Para que mis lectores puedan apreciar la medida de Lichnowsky en relación con sus propios méritos, haremos un esbozo de la batalla de Villar de los Navarros. Antes de comenzar la batalla, Lichnowsky y el barón de los Valles hacen caracolear sus caballos frente a las líneas cristinas. El enemigo acepta el reto; se destacan algunos coraceros cristinos, y el *chis chas* de los aceros inicia el preludio de aquella sinfonía guerrera.

Terminada la escaramuza, las fuerzas contendientes se colocan alineadas, unas frente a otras, como en una parada. ¡Ah! La batalla de Villar de los Navarros fué la última batalla romántica con formaciones previas, elección de campo, toques de clarín, paladines y corceles, lanzas y gonfalones. Sólo faltaban las tribunas con damas enjubonadas, de capirotes puntiagudos y mangas de alforja.

Los jefes iban poniendo sus batallones como se ponen las piezas de ajedrez antes de comenzar la partida, sin prisa, ordenadamente. Las fuerzas estaban equiparadas: unos ocho mil hombres de cada lado. Todo ello a menos de quinientos pasos, bajo un sol de agosto que destellaba en los cañones de los fusiles y en las cazoletas de los sables y que lucía con fuerza para que se pudieran ver los adversarios.

Cada bando oía las cornetas y las voces de mando del campo enemigo. Podían contarse los batallones y hasta los soldados.

Terminados los preparativos, pasó algún tiempo sin que se oyera un tiro. El silencio estaba preñado de amenazas. Rahden dibujaba el plano del terreno, como de costumbre. Los ayudantes galopaban de un lado para otro. No parecía sino que los jefes de ambos bandos temiesen iniciar el combate o que no hubiera llegado el momento de arrojar el guante a la liza.

De pronto, el Príncipe y el coronel Alvarez de Toledo, hijo del Duque del Infantado, provocan de nuevo a los cristinos cuerpo a cuerpo y lanzan adelante sus caballos, gritando:

—¡A ellos! ¡A ellos!

Los húsares cristinos, en cuyas filas está don Diego León, la primera lanza de España, salen al campo y chocan las armas.

De esta manera espectacular dió principio la batalla de Villar de los Navarros, que terminó con una magnífica victoria carlista.

El Conde de Madeira, Toledo, Luis López (el famoso pintor, hijo de Vicente López), Pablo Sanz, Villarreal, Sopelana, hicieron prodigios de valor. Eran las primeras partes del drama, los solistas del concierto, la levadura del heroísmo y de la acometividad, el imán que atrae los rayos de Jano, el pavés donde se cuelgan las cruces laureadas, el mármol en que se esculpen los nombres inmortales. Se tenían como satélites del astro de la Caballería, el Príncipe Lichnowsky. Aquel puñado de bravos se busca, se agrupa en lo más recio del combate. El peligro les atrae, la muerte les llama. En aquella batalla había llegado otra vez su momento.

Villarreal se adelanta gritando:

—¡Príncipe!

El Príncipe le sigue, y grita a su vez:

—¡Rahden!

Corre Rahden tras él, y, como un eco, se van oyendo otros nombres:

—¡Bessières!, ¡Algarrén!, ¡Toledo!

A cada evocación surge un jinete con el sable en alto. El grupo avanza y decide la batalla.

Aquel combate, como otros en los que tomó parte, pasan luego

al papel por los puntos de su pluma con una cautela de diplomático y una frialdad de silesiano. ¡Qué no hubiera escrito un gascón, un hombre de Casteljaloux!

Podría ofrecer otros ejemplos de esta moderación en el escribir que no corresponde a la exuberancia en el obrar.

\*

Tampoco es de extrañar que guarde esta misma reserva en otros aspectos y escamotee a sus lectores episodios de otra índole, en los que Venus desplaza a Belona, siempre buenas amigas y siempre rivales, como buenas amigas, en las lides de la guerra y del amor. Esos episodios, que tanto embelesan a las lectoras de historias de príncipes y de guerreros, que hay que ilustrar con figuras de damas pálidas, de pelo partido, encajes color de espliego y abanicos de tafetán; y de galanes entallados con el dorman caído sobre los hombros, al desmayo.

Alguna de estas aventuras se deja traslucir en las páginas que siguen. Otras, más novelescas, como la del castillo de Loranca, junto a Mondéjar, quedan reseñadas en el libro de Rahden.

El Vizconde de Arlincourt, hombre mundano que conocía a toda la buena sociedad de Europa, conoció también a Lichnowsky en sus viajes por Alemania, y nos lo presenta, terminada ya la guerra carlista, haciendo alarde de un carácter altivo y violento (1).

El Príncipe está en Francfort. Se aloja en el Hotel del Gran Emperador, título pomposo que suele subsistir en algunas ciudades en las que han desaparecido los emperadores y quedan los hoteles. En Chartres se llama Hotel del Gran Monarca, como se llaman Royal o Imperial las mejores calles o los productos más selectos de las factorías en los países republicanos. Les gusta, como a todos los venidos a menos, recordar grandezas pretéritas.

El Príncipe es mozo, galán, de elevada alcurnia; ciñe su cintura la faja de general; está en correspondencia con List y con la Duquesa de Abrantes; Beethoven ha dedicado algunas composiciones a Lichnowsky, y hasta Heine, el hombre más mordaz y de mayor

(1) *El Peregrino*, escrito en francés por el VIZCONDE D'ARLINCOURT y traducido por don JAIME TÍO. Barcelona, 1842. págs. 178 y sigs.

talento de su ciclo, sin excluir a Voltaire, lo mira con recelo, con la alarma de verle invadir su coto literario, que cree reservado.

Heine, el hombre sin patria y sin religión, cuyo abuelo era un judío chiquitín con unas barbas largas, no puede soportar que Lichnowsky sea Príncipe y que sea católico, que su nombre figure en el *Gotha* y que escriba con una orientación definida en política y en religión.

Y Heine redacta aquel poema satírico (1), en el que Lichnowsky aparece corriendo la caravana y enseñando su oso *Atta Troll* en el corro dominguero de los poblados (2).

(1) *Atta Troll*, fantasía de una noche de estío.

(2) He aquí la versión de algunas estrofas del poema *Atta Troll*:

Quando don Carlos tuvo que huir con toda su Tabla Redonda y los más de sus paladines tuvieron que dedicarse a un oficio,	se hizo domador de osos y recorrió el país con <i>Atta Troll</i> y [Mumma.
El señor Schnapphahsky (*), nuestro caballero de la Fe,	Hace bailar a ambos en las plazas, ante el pueblo. .....

(Cap. I. Estrofas 12 y 13.)

Más adelante, en el cap. XXIII, estrofa 9 y sigs., vuelve a aludir al Príncipe.

En una cueva se encuentra el oso *Atta Troll* con sus crías, que son hembras. Una de ellas ha sentido las flechas de Cupido. Ama a un hombre. Este hombre se llama Schnapphahsky.

En la gran retirada pasó por allí (Lichnowsky) una mañana, por la montaña,	ganó algo mejor que la mejor batalla: ¡un corazón!
--	---

Todo su botín de guerra, veintidós monedas de plata, que llevó a España, fueron presa de Espartero.	Si, le ama a él, al enemigo secular. ¡oh desventurada osita! Si su padre supiera este secreto bramaría espantosamente.
--	---

No siquiera pudo salvar el reloj. Quedó en Pamplona, en la casa de empeños. Precioso, de plata pura, recuerdo de [familia.	Como el viejo Odoardo, que, con [altivez, sacrificó a Emilia Galotti, así <i>Atta Troll</i> .
--	--

Corrió a grandes pasos; pero, sin saberlo, al huir.	Antes matar a su hija, matarla con sus propias garras, que permitir que caiga en los brazos de un príncipe.
--	--

(\*) Con esta palabra, *ganapansky*, inventada por Heine, que quiere decir algo así como ganapán, designa a Lichnowsky.

No es extraño que Lichnowsky pasease su melena rizada por las calles de la ciudad del Maine midiendo de arriba abajo a los transeúntes y hasta sosteniendo la mirada de la Princesa reinante en el ducado de Hesse, con cuyo marido, el Duque de Nassau, había tenido una querrela poco antes.

D'Arlincourt hacía el papel de los amigos prudentes que tratan de evitar cuestiones, y procuraba apartarle de los lugares frecuentados. Pero Lichnowsky sigue buscando camorra y se dirige al Kursaal, sitio de reunión de la buena sociedad.

Al entrar en el salón se vuelve, colérico, hacia un concurrente y le dice:

—Señor Pagogeff, me parece descortés e impertinente que os atreváis a pasar delante de mí con el sombrero puesto.

Se concierta un duelo y salen a la calle. Lichnowsky toma a D'Arlincourt por padrino, y el Conde de Pagogef, que es de origen ruso, a un joven llamado Chrapovitsky, a quien encuentra en la calle, al azar. Chrapovitsky es oficial del ejército ruso y lleva el brazo en cabestrillo. La cosa hubiera terminado mal sin la aparición de una mujer, madama de Kazadief, que se apoya en el brazo de Lichnowsky y desaparece con él en una penumbra de balaustradas y árboles llorones. Era el tiempo del claro de luna, de los sauces y de los perros carlines.

\*

María Luisa Tail ha incluido al Príncipe Lichnowsky entre los últimos románticos (1). El romanticismo es un concepto de significación tan diversa, antagónica en algunos extremos, que no sé si le cuadra la inclusión. Es muy difícil catalogar a los hombres y meterlos dentro de cajas rotuladas, y ahora hemos descubierto que el romanticismo es una cosa abominable y nefanda.

No me refiero a este concepto filosófico y rousoniano del romanticismo, sino a su significado tradicional. En este aspecto de exaltación del sentimiento podemos calificar de romántico a Lichnowsky

(1) *Les derniers romantiques*. París, Plon.

ky por su sensibilidad artística y poética, por el sacrificio de sus comodidades y de su vida a los dictados del ideal y hasta por su propensión a esa enfermedad fantástica que aquejaba a los alemanes, una especie de melancolía llena de encanto llamada *Schwarmerisch*, a la que el propio Príncipe designa con el nombre de *Frühlingswchen*, mal de primavera, que coincidía con el despertar de la naturaleza y con el brote de los árboles cuando se deslían al amanecer las aguazones y el sol regala los campos, blancos de rocío.

La evocación de la patria lejana con aquellas notas del *Oberón*, canturreadas por el Conde de Pina y acompasadas por los caballos en el caminar cansino de la noche; la emoción de aquel *es leben der Köning* que profieren los alemanes del batallón extranjero carlista; su reacción ante el paisaje y su manera de apreciar las conmociones históricas y de predecir los sucesos políticos, tienen una factura romántica.

\*

Aplazada la guerra civil española y reintegrado a su patria, siguió trabajando en pro de sus ideales con la pluma y, al propio tiempo, como agente de su Príncipe en países extranjeros.

En agosto de 1842 desembarcó en Barcelona, de vuelta de Portugal, de cuyo viaje quedó constancia en un delicioso libro, del que se hicieron dos ediciones en la lengua de Camöens (1).

Malos vientos corrían por entonces en Barcelona para los carlistas. En este flujo y reflujo de la política española del siglo XIX, que no eran sino el ir y el venir de las idas y de las tornas de la política europea, había tiempos de libertad y épocas de despotismo; pero se daba la paradoja de que los tiempos de libertad eran

(1) Portugal. *Erinnerungen aus dem Jahre, 1842*. Dextra tenet calamum, strictum tenet altera ferrum. Ovid. Heroid, XI (flor de lis). Mainz. Verlag von Victor von Zabern, 1843. In 8, 450-(2) págs. Portugal. *Recordações do anno 1842 pelo Principe Lichnowsky*. Traducido do allemão. Lisboa, na imprensa nacional, 1844. In 8, VIII. 207 págs. Segunda edição, correcta e annotada, 1845. VI. 222 págs.

los menos propicios para la libertad misma, hasta el punto de que hicieron axiomática aquella frase:

—¿Viva la libertad? Atranca la puerta.

Por entonces gobernaban los progresistas. Se había votado la venta de bienes eclesiásticos y la supresión de mayorazgos, capellanías y fundaciones piadosas; todo lo que se suele suprimir cuando soplan aires de fronda. Martín Zurbano era un héroe nacional, y los milicianos hacían temblar el pavimento con el ruido de sus tacones. Aquellos milicianos que guardaban el morrión debajo del mostrador, de quienes decía un periódico satírico del tiempo:

Viva el duque (1), a pasar lista;  
miliciano, a la parada;  
miliciano, a la revista.  
Mire usted: parece nada  
y cansa el ser progresista.

En estas circunstancias amarró en Barcelona el vapor francés *Le Phénicien*, el 20 de agosto de 1842. En él viajaba el Príncipe Lichnowsky. Desembarcó en compañía de su secretario, el Conde Alejandro Teleky, y de dos ingleses, el capitán Drew y el reverendo Daniel Moore.

Corrió la voz de que uno de los viajeros era un general carlista que venía a conspirar y que había maltratado y escupido a un español a consecuencia de una discusión política. Poco a poco fué creciendo la bola de nieve, y ya no era un general cualquiera, sino dos generales: Cabrera y Polo. El pueblo se echó a la calle, los milicianos se pusieron los morriones, y se armó la bullanga. Se veían esas caras siniestras y esos tipos rencorosos que salen a flor en días de algaradas.

Los esfuerzos del cónsul de Prusia, D'Ogny, un pobre viejo que se puso de tiros largos con su uniforme bordado, y las protestas de los súbditos de S. M. británica, no consiguieron librar a los extranjeros de las iras del populacho, que gritaba sin cesar:

—¡Muera Cabrera! ¡Muera Polo!

(1) Espartero, duque de la Victoria.

Detenidos y guardados por centinelas de vista en el Hotel de las Cuatro Naciones, el Príncipe se asomó al balcón para deshacer el error. Desgraciadamente, entre los manifestantes vociferaba un sujeto hecho prisionero en el fuerte de Queralt, a poca distancia de Berga, en 1838, y reconoció al Príncipe, a quien había visto en el séquito del Tigre, como llamaban al conde de España. El ex prisionero comenzó a discursar contra los *facciosos*. Las Ramblas se iban llenando de gente en actitud cada vez más amenazadora. Acudió el jefe político, un tal Gutiérrez, con su faja azul y dorada, y comunicó a los extranjeros que quedaban presos hasta nueva orden. El Príncipe tuvo una discusión violenta con Gutiérrez, y le exigió el tratamiento de Alteza.

Pero los manifestantes no se conformaban con la prisión, y nombraron una comisión de milicianos para pedir un castigo ejemplar. Lo que pedían los milicianos era la cabeza de los detenidos.

El cónsul prusiano hablaba de sacar a la calle un regimiento de Dragones para despejar las Ramblas. El Príncipe, que conocía la lentitud de las decisiones en las autoridades, temió que, para cuando saliesen los dragones, la turba estaría ya jugando a la pelota con su cabeza.

En efecto: habían forzado las puertas del hotel y puesto escalas en la fachada para penetrar por los balcones, cuando el hijo del cónsul de Cerdeña ocultó a los viajeros en una habitación interior, guiándolos a través de recovecos y pasillos de laberinto. Apenas habían salido del cuarto que ocupaban, cuando penetraron en él los revoltosos, armados de cuchillos.

Salieron del hotel y se refugiaron en una casa contigua, de la que, para mayor seguridad, el jefe de policía los llevó a la prisión de la Casa Cónsistorial.

La prisión recibía luz por un ventanuco junto al techo. Por este ventanuco comenzó a llegar el rumor de las turbas, que no habían perdido el rastro.

Lichnowsky se encaramó sobre los hombros del Conde, aplicó el oído a las rejillas de la ventana, y pudo darse cuenta de que trataban de asaltar la prisión.

Los manifestantes incitaban a los milicianos de guardia a que

abriesen las puertas, alegando que se deshonraban protegiendo a los facciosos. Tenían razón. ¿No imperaba un régimen de libertad? El pueblo era libre para hacer lo que le viniera en gana; tenía gana de cortar cabezas, ¿por qué no había de cortarlas libremente?

Los guardianes no atendían a razonamientos y se resistían a entregar los presos, pero hallaron una fórmula: cuando se hiciera el traslado a otra cárcel ellos harían la vista gorda, y entonces se podría poner en práctica la ley de fugas, que era cosa reciente, ya que, pocos años antes había ideado su ejecución el coronel constitucional, Rotten, que la ensayó varias veces en su famosa calesa de la muerte: en uno de aquellos ensayos pereció, con la anuencia de Espoz y Mina, el obispo de Vich, Strauch.

A las once de la noche lograron escapar, por la puerta trasera. Fueron llevados en carruaje a la prisión de Montjuich.

Los periódicos de Barcelona dieron cuenta de aquellos sucesos, cada cual a su manera. *El Papagayo*, a pesar de su ideología republicana, tomó la defensa del Príncipe contra *El Constitucional* y otros diarios gubernamentales (1).

El jefe de la prisión de Montjuich, llamado Jover, era complaciente y asequible. Facilitaba la visita y los regalos de los cónsules de Prusia, Austria, Cerdeña y Francia. Este último era el benemérito Fernando Lesseps, que hizo famoso su nombre con la apertura del canal de Suez y el proyecto del de Panamá.

La ventana de la celda daba a un patio, en el que solía pasear un centenar de criminales de la peor especie, que hacían un ruido infernal. Por aquella ventana vieron aparecer un día la cabeza siniestra de un facineroso que les pedía cigarras. Habían formado la escala de los ladrones, poniéndose tres, dos y uno, para llegar hasta la altura de la ventana.

El Príncipe les dió cigarras a cambio de una hora de silencio, y se puso a despachar la correspondencia. Poco tiempo duró la tranquilidad, que fué interrumpida por un espectáculo macabro:

(1) *El Católico*, periódico de Madrid, 1842, t. X, págs. 456, 486, 501 y siguientes, transcribe las informaciones de *El Constitucional*, *El Papagayo* y *El Imparcial*.

sucaban a un condenado a muerte que iba a ser ajusticiado en garrote vil, la última conquista de la demagogia, que había abolido la horca. Debió de afectarse con aquel augurio. El conde Rodolfo de Apponyi (1) refiere haber llegado a París una carta angustiosa del Príncipe. Aumentó su intranquilidad la noticia de que Martín Zurbano se acercaba a la capital con facultades para formar Consejos de Guerra. Temió seriamente por su vida.

*El Constitucional* arreciaba en su campaña difamatoria, para excitar a las masas. Uno de aquellos días reprodujo la historia del Kursaal de Francfort, en la que Lichnowsky encarna el tipo del espadachín petulante y despótico (2).

Por fin, al cabo de diez días de angustias y sobresaltos, vieron entrar en la celda a M. Lesseps con cara radiante. Les hizo asomarse a la ventana, y les mostró una hermosa fragata anclada en el puerto, en la que ondeaba el pabellón francés. Era la fragata de guerra *Venus*.

—Ahora podéis estar seguros de escapar de las iras del populacho y de la indolencia de las autoridades —les dijo—. Esta fragata ha venido para recogeros. Sus cincuenta y dos cañones y los hombres de su tripulación os protegerán.

Al día siguiente llegó la orden de libertad, firmada por Espartero y por el ministro de Estado, conde de Almodóvar. Salieron los presos en un coche con bandera francesa, acompañados de M. Lesseps y del cónsul de Austria, M. Gibert, y embarcaron en la fragata, galantemente alojados por su comandante, monsieur Troude.

(1) "Le chargé d'affaires de Prusse vient de me dire avoir reçu une lettre lamentable de Lichnowsky qui a débarqué, avec un espagnol, sur le territoire espagnol; ils y ont été pris et reconnus. L'espagnol a été, à la suite d'un jugement militaire, pendu le lendemain; la même condamnation pèse sur la tête de Lichnowsky: il a donc une peur affreuse d'être pendu et réclame l'intervention des agents de Prusse pour le sauver; pauvre que cette intervention protectrice n'arrive pas trop tard!" 30 agosto, *Journal*, t. III, pág. 490. Como se ve, el Conde ha trastrocado un poco la noticia.

(2) "... um dia o *Constitucional* deu-se ao trabalho de copiar um romance de muitas paginas, que o V. d'A. tinha impresso no seu livro simplorio chamado *Le Pelerin*, e onde eu era representado como o heroe de uma historia profundamente estúpida; o *Constitucional* reproduzio tudo aquillo para dar uma prova do meu genio despótico hasta el extremo." (Portugal, pág. 205)

Aquella misma tarde levó anclas la *Venus*. Una brisa suave hinchaba sus velas y las empujaba camino de la libertad... lejos de Barcelona.

Poco después se levantó un temporal que zarandeó al barco durante varios días, arrojándolo de Córcega a Cerdeña y de Cerdeña a Menorca. Un hermoso gato de Angora, regalo de la Reina de Portugal a Lichnowsky, que iba en una jaula colgada del palo mayor, mayaba desesperadamente cada vez que las olas salpicaban las sedosas madejas de su lomo enarcado. El gato odiaba las salpicaduras del agua tanto como el Príncipe temía las oleadas de la plebe. Ambos salieron bufando de Barcelona, y ocho días después llegaron a Toulon.

\*

Sin embargo, no fueron los catalanes, sino los propios compatriotas del Príncipe quienes pusieron fin a su vida. En Barcelona faltaron dos elementos inexorables que estuvieron presentes en Francfort, en 1848: la hiena y el judío.

En aquel tiempo, la pleamar revolucionaria estaba en su auge en Europa, y contagió a Alemania. Las mareas políticas y las epidemias no respetan fronteras.

Alemania no pudo sustraerse a la moda de las ideas demagógicas y socialistas que habían envenenado a Francia. Se anunció el restablecimiento de las corporaciones judías bajo la autoridad del Talmud y de los rabinos, infiltrados hasta en la Academia de Berlín, y se oscureció el horizonte hasta el punto de que muchos creían ver cierta analogía entre los reinados de Federico Guillermo IV y de Luis XVI.

Los alemanes trataron de edificar su torre de Babel, y convocaron la Dieta de Francfort, en la que triunfaron los elementos conservadores y, entre ellos, el Príncipe Félix Lichnowsky por el distrito de Ratibor.

Como la Dieta no hacía el juego de la revolución, comenzaron los motines, que cada semana mudaban el Ministerio.

Siempre ha sido igual la táctica de las izquierdas: el triunfo en las urnas o la revolución en la calle.

Las fuerzas ocultas y los agitadores extranjeros, llegados principalmente de Suiza, provocaron alborotos para intimidar a los diputados y propagar las ideas socialistas, que tenían pocos prosélitos en Alemania. Trataron de asaltar la iglesia de San Pablo, en la que se celebraban las sesiones, y fueron rechazados el 17 de septiembre de 1848.

Entonces se reunieron los amotinados en las afueras de la ciudad, declararon traidores a los diputados de San Pablo y se constituyeron en Convención. La Convención estaba formada por grupos de estudiantes, Sociedades obreras y Sociedades democráticas.

Aquella noche llegaron tropas de Maguncia, se levantaron barricadas, hubo lucha en las calles, y la revolución quedó dominada. Pero en ella habían perecido dos diputados que descollaron en la defensa de los ideales católicos y monárquicos: Auerswald y Lichnowsky. Ambos trataron de salir de la ciudad para ponerse en contacto con las tropas; fueron sorprendidos en una casa de las afueras y asesinados cerca de la Puerta de Todos los Santos (Allerciligenthor).

Dos publicaciones, debidas a los doctores Heuser (1) y Koestlin (2), nos suministran amplios detalles sobre el asesinato, que extraeré brevemente.

Los generales Auerswald y Lichnowsky, cuyo rastro habían seguido los amotinados, tuvieron que ocultarse en una casa de los suburbios, propiedad del matrimonio Schmidt.

Auerswald subió a la bohardilla. Un grupo de sabuesos dió con él, lo sacaron arrastrando al jardín, y en él le dieron muerte. En el jardín apareció la hiena: una mujer que capitaneaba a los asesinos fué la primera en herirle, clavándole un paraguas que llevaba en la mano. Aquella hiena se llamaba Zobel. Un muchacho disparó un tiro. Auerswald, herido en la cabeza, cayó en una ace-

(1) *Die Ermordung der Reichstagsabgeordneten generals von Auerswald und Fürsten Lichnowsky zu Frankfurt a. M. ...* von D. L. HEUSER. Gaffel. 1850. In 8, 163 págs.

(2) *Auerswald und Lichnowsky. Ein Zeitbild nach den Acten des Appellations-Gerichtes zu Frankfurt a. M. mit Genehmigung dieses hohen Gerichtshofs dargestellt von O. REINHOLD KOESTLING Dr. un Prof. der Rechte...* Tübingen, 1853. In 8, 287 págs. y un plano.

quia del jardín todavía con vida. Quiso defenderlo un hombre llamado Rau, pero la Zobel gritaba con furia:

—¡No! ¡Matadlo, matadlo a tiros! ¡Traidor!

Otro muchacho le golpeó con la culata, y recibió Auerswald varios balazos. La Zobel seguía gritando:

—¡Disparad, que aun vive!

¿De dónde salen, qué harán estas mujeres en los días tranquilos, en los que no hay que asesinar a nadie?

De esta manera murió el general de caballería von Auerswald, a los sesenta años. Hacía seis meses que había quedado viudo, y dejaba cinco hijos de cuatro a doce años. Residía en Breslau, amado y respetado de todos por su buen natural, y en la Dieta representaba el distrito de Marienweder. Una vez rematado Auerswald, las turbas volvieron a penetrar en la casa, y hallaron a Lichnowsky escondido en la bodega.

—¡Ya está! ¡Ya ha caído el otro! —gritaban alborozados. Lo sacaron al jardín a palos y puñadas, y le hicieron contemplar el cadáver de su compañero. Después lo llevaron a empujones hacia un descampado conocido por Bornheimer Haide. No faltaron personas piadosas, como el doctor Hodes y el señor Pillot, que propusieron llevarlo a Hanau. Pero entonces surgió el judío, un rabino israelita de Friedberg: Saul Buchsweiler.

El judío dió al príncipe un bastonazo en la cabeza, y gritaba como un energúmeno:

—¡Muera! ¡Pegadle cuatro tiros!

La Zobel le clavó su paraguas y hacía coro al judío:

—¡A la horca! ¡Traidor!

En aquella confusión le robaron un reloj de oro.

Iba el cortejo de chacales bajo una avenida de álamos, llevando al matadero al Príncipe a palos y cuchilladas. El Príncipe sintió renacer dentro de sí el soldado, y se arrojó sobre uno de sus asesinos, forcejeando para arrebatárle el fusil. El rabino no cesaba de chillar con voz de urraca:

—¡Matadle! ¡Matadle!

Sonaron dos disparos. El Príncipe abrió los brazos y cayó al suelo, exclamando:

—¡Dios mío!

Le dieron el tiro de gracia en la frente, y allí quedó por muerto mientras los verdugos huían, unos a Bornheim y otros hacia Glintersburg.

En aquel momento llegaron las fuerzas del Archiduque para sofocar la rebelión. Recogieron al Príncipe, todavía con vida; lo llevaron a casa de von Benthau y después al Hospital del Espíritu Santo, donde murió a las once de aquella misma noche.

Poco antes de morir perdonó a sus verdugos y declaró su última voluntad, dejando heredera a la Duquesa Dorotea de Sagan y una pensión anual de 500 florines a su criado. Tenía treinta y cuatro años y era soltero. En sus estados y títulos le sucedió su hermano, Carlos María Fausto Timoleón. No puede negarse que había vivido intensamente. Con su muerte quedó rota la fe en el Parlamento, se expulsó a los agitadores y se inició una reacción salvadora contra la anarquía. Su sangre, como la de nuestro Calvo Sotelo, sirvió de reactivo, y con ella prestó el último servicio a la causa de Dios, de su Patria y de su Rey, a la que había consagrado la vida.

\*

Y ahora, como colofón de este prólogo, algo prolijo, voy a mudar la escena, para ofrecer a mis lectores un cuadro dibujado por Rahden en oposición a la pintura de D'Arincourt. La piedad, frente a la petulancia; la realidad, frente al retoricismo.

Cambiemos la decoración. Hay que mover las bambalinas de los sauces llorones y darles vuelta para representar el camino de Villar de los Navarros a Herrera, entre el vaho de la niebla y el humo de la pólvora.

Entran en escena dos personajes a caballo. Vienen cubiertos de sudor y de polvo, y en sus rostros cansados se refleja la satisfacción de la victoria. Son el Príncipe de Lichnowsky y el Barón de Radhen. Habla el Barón (1):

«El Príncipe y yo apretamos los ijares de nuestros cansados caballos con el afán de ser los primeros en llegar a Herrera. Ha-

(1) Aus Spaniens Bürgerkrieg. 1833-1840. Berlin, 1851, pág. 320.

bíamos gustado las mieles de la victoria, y nuestros corazones latían con alegría inefable. Ibamos bordeando una sima rocosa llamada Cañada de la Cruz, cuando mi compañero extendió el brazo para indicar el camino. En aquel instante oímos el ruido de varias detonaciones y una voz angustiosa que pedía socorro:

—¡Señor brigadier, sálveme usted, por Dios!

Acudimos al lugar de donde salían las voces, y se ofreció a nuestra vista una escena espantosa. Algunos soldados, como leones ebrios de sangre, habían dado muerte a dos oficiales cristinos y se disponían a matar al tercero. El infeliz, en las ansias de la muerte, vió los entorchados de brigadier cuando el Príncipe extendió el brazo, y dió aquellas voces, que le salvaron la vida.

Poco después, el oficial fué entregado a un sargento de alaveses con orden de conducirlo en seguridad al depósito de prisioneros.

El viejo vasco se cuadró, diciendo:

—A la orden de Vuestra Alteza, Príncipe.

El oficial se dió cuenta de la condición del brigadier, y exclamó, en francés:

—Oh, mon Prince!, que Dieu vous bénisse toujours!

Esta escena quedó grabada profundamente en mi alma, y el eco de aquellas palabras aun resuena dentro de mí.

Cuando, años más tarde, mi compañero fué vilmente asesinado sin que hubiera clemencia para él, yo alzaba al cielo los ojos anegados en llanto, y preguntaba:

—¡Dios mío! ¿No oíste aquellas palabras de bendición? ¿Por qué no fulminaste tus rayos contra los asesinos?

Mientras escribo estas líneas en mi tranquila morada de Turingia contemplo con melancolía el retrato de mi amigo, y me parece que con la mano me hace un gesto de consuelo y me dice:

—Amado compañero: no permitas que en tu corazón surjan dudas contra la Providencia divina. Dios recompensa siempre el valor y el deber cumplido, y yo he hallado ya la recompensa.»

JOSÉ M. AZCONA,

Tafalla, noviembre de 1941.

## PREFACIO DE LA TRADUCCIÓN FRANCESA

*Un hombre que ocupa un puesto preeminente, dotado de un corazón esforzado y valeroso, abandona su patria, corre a España, y en ella, como en los tiempos legendarios, se consagra al servicio de una causa cuyos principios emanan de fuentes eternas e inmutables.*

*Derrotado, pero no vencido, siempre fiel a la nación española y a la monarquía, sigue defendiendo esta causa en un libro en el que relata los pormenores de una contienda gloriosa, a pesar de sus resultados adversos.*

*Es un libro destinado a las almas caballerescas y católicas. El traductor ha creído que su versión del alemán al francés ha de agradar a sus correligionarios de Francia.*

*Cree, además, que los recuerdos de un testigo presencial de esta guerra serán de utilidad para los historiadores que se ocupen más tarde de la Península en el siglo XIX.*

*Quienes tratan de sustituir la legitimidad por la legalidad, como si ésta pudiera prescindir de aquélla, han pretendido tergiversar la Historia con relaciones falsas. Este libro demostrará la ineffectividad de tales empresas contra la justicia. Los corazones nobles y generosos están siempre dispuestos a escuchar la voz de la verdad.*

IDA, CONDESA DE BOCARMÉ.

París, febrero de 1844.

**Llegada a Bayona.—Paso de la frontera.—Zugarramurdi.—Irún.—  
Don Diego Miguel de García.—Combate de Amezagaña.—Lle-  
gada al Cuartel Real.**

(De 4 a 10 marzo 1837)

Salí de Berna, atravesé rápidamente Ginebra, Lyon y el medio-día de Francia, y el 3 de marzo llegué a Bayona como paladín de una causa que consideraba justa y que era para mí sagrada.

Entonces y después, en medio de los combates y de los peligros, veía alzarse dentro de mí, como una oriflama que guiaba mis actos, la noble y caballeresca figura de mi ilustre bienhechor a quien dedico estas líneas.

Mis amigos conocen la veneración que me inspira y espero que su indulgencia sabrá aceptar mi humilde homenaje.

Cuando atravesé el puente sobre el Adour, en Bayona, un gendarme me exigió el pasaporte y frunció el ceño cuando, al preguntarme dónde pensaba alojarme, di el nombre de hotel de Saint-Etienne (1), conocido en esta época como sitio de reunión de todos los carlistas que, provistos de cartas de recomendación, deseaban pasar a Cataluña o Aragón.

Había comisarios carlistas encargados de entregarnos a guías de confianza para pasar la frontera.

Enseñé las cartas que traía a mi huésped que ya estaba prevenido de mi llegada por los señores C. de S. en B.

Había cometido una falta al entrar en Bayona enseñando mi

(1) El hotel de Saint-Etienne estaba en la rue de Thiers, donde se hallan emplazados los almacenes Thierry.

pasaporte y no lo hubiera hecho, ciertamente, a tener conocimiento del terreno y de las circunstancias.

Mi huésped me estaba poniendo al corriente de las dificultades del viaje, cuando entró un comisario de policía y preguntó el motivo de mi presencia en Bayona.

Mi excelente pasaporte me protegió contra toda vejación por su parte; pero, como el mes de marzo le pareció impropio para un viaje de recreo, me intimó que abandonase la ciudad en el término de cuarenta y ocho horas y que tomase la dirección de Burdeos. Mi coche y mis pasos fueron vigilados por agentes de policía.

Ya no me quedaba otro partido que confiarme ciegamente a mi huésped.

Comenzó por venderme muy caro un caballo provisto de una silla y toda clase de armas. Envió un propio a Sara, en la extrema frontera, donde murió y fué inhumado Alfredo Stolberg; hizo llamar a un jefe de contrabandistas, Miguel Dihursubéer, llamado Hautziart por el hombre de su casa, que llegó al día siguiente (1).

Este hombre tendría de cincuenta a sesenta años, era de estatura mediana, de rostro colorado y ojos pequeños, pero brillantes; pasaba por haber sido durante mucho tiempo uno de los contrabandistas más duchos y más afortunados, pero la edad o la necesidad de reposo le habían hecho renunciar a su peligroso oficio.

Sus numerosos competidores pretendían que su éxito y su fortuna estaban fundamentados sobre una misteriosa inteligencia que existía entre él y el alcalde del pueblo.

No sé si esta afirmación tiene algún fundamento, pero sí puedo asegurar que, en las múltiples excursiones que más adelante hice por este país, nunca conseguí pasar la frontera con más facilidad que esta vez bajo su dirección.

Convinimos la hora y el precio, que se fijó en cien francos por mi persona y otros cien por más dos criados; pagadero el total a nuestra llegada al primer puesto avanzado carlista.

El 5 de marzo salí, después de comer, vestido con mi traje ordinario y acompañado de mi patrón y de su mujer, a pasearme por las orillas del Adour, en el punto de reunión de la gente distinguida de Bayona, que se llama *les allées marines*, y luego nos des-

(1) Subsiste en Sara la casa llamada Hautziarte, que perteneció a este contrabandista. De ella procede el benemérito doctor Lereboure, tan conocido en San Sebastián.

viámos a la izquierda, tomando el camino que conduce a las ruinas del histórico castillo de Marrac.

Llegamos ante una casa aislada en cuyo patio esperaba Hautziart con dos fuertes caballos montañeses. Para el caso de ser molestado me dió un papel, llamado *passavant*, que me designaba en calidad de relojero de Bayona, autorizado para ir a arreglar relojes al pueblo fronterizo de Espelette.

Me despedí de mi patrón y de su mujer, monté a caballo, seguimos por la carretera durante media hora y la abandonamos para cruzar a través de los campos; vimos de lejos las garitas de los aduaneros y, a la bocanocha, llegamos al pie de las montañas. Comenzamos a subir sin echar pie a tierra; varios fuegos de guardias brillaban en el horizonte y distinguíamos perfectamente el del faro de Biarritz, que ha dado su nombre al diario ministerial de la ciudad de Bayona.

Al cabo de cinco horas de marcha y de rodeos bajamos al angosto valle de Sara y nos detuvimos ante una casa que pertenecía a mi conductor.

Echamos pie a tierra y entramos en la cocina para calentarnos junto al fuego.

Vino un ujier de Bayona, que a su profesión agregaba la de ayudar a los contrabandistas vascos a pasar caballos por la frontera. Cenamos juntos en buena armonía y luego tomé posesión de una excelente cama en la habitación en que Carlos V había cenado cuando, acompañado del Barón de los Valles y de algunos realistas de Bayona, había franqueado la frontera (1). Hautziart había guiado entonces a Carlos V ignorando que se trataba del Rey. La hija de Hautziart sirvió la comida y manifestó su confianza en que el Rey había de venir; a lo que Carlos V contestó sonriente que ya se lo diría al Rey, que todo podía ocurrir. Durante esta larga guerra, las idas y venidas de los carlistas fueron tan frecuentes que los contrabandistas se dieron a la profesión de alojarlos de un modo confortable en habitaciones bien amuebladas.

El día 6, a las cuatro de la mañana, la hija de mi patrón vino a despertarme con una taza de chocolate; era un preludio de la cocina española.

Luego vino Hautziart, trayendo debajo del brazo mi nuevo traje;

(1) El Barón de los Valles no da el nombre de la casa en que se alojó en Sara. "Cenamos —dice— en casa de M..., a quien hicimos creer que el Rey era un embajador ruso."

vestíme un pantalón largo de terciopelo de lana, sujeto por encima de la cadera con una faja roja, y una chaqueta corta de paño oscuro. Me puse unas medias azules y unos zapatos y en la cabeza la célebre gorra vasca llamada boina.

La boina formaba parte en España del traje de corte en el siglo XVI y yo la conocía por los cuadros de Velázquez; nada se ha modificado desde entonces y al poner sobre mi cabeza este distintivo de los soldados carlistas me pareció que efectuaba una iniciación solemne.

Vestido de esta suerte y con un bastón nudoso en la mano, seguí a Hautziart a través del pueblo, porque eran más sospechosas las sendas extraviadas que el camino real.

Al pasar junto a los aduaneros mi guía hablaba en euskera, como si me contase algo interesante; yo no comprendía una palabra, pero de vez en cuando decía *bai jauna*, para hacerles creer que era su criado.

A la salida del pueblo tomamos a campo traviesa, hasta llegar a una chabola que pertenecía a mi conductor; salió de ella un chico y cambió algunas palabras con él; nos ocultamos detrás de unos matorrales y un instante después vimos pasar a dos aduaneros.

Luego seguimos nuestro camino y llegamos al borde de un riachuelo sobre el cual había un tronco de árbol tendido como un puente; Hautziart se sentó sobre él y me dijo tranquilamente: "Señor, estamos en España".

El pueblo más próximo es Zugarramurdi, a un cuarto de legua de la frontera. Estaba, como toda esta zona de los Pirineos desde el valle de Baztán hasta el mar Océano, sometido a los carlistas y ocupado por una doble línea de fuerzas para protegerlo de la frontera de Francia por un lado y por el otro de los puestos avanzados de los cristinos.

Zugarramurdi es un pobre lugar navarro de los que se ven en los Pirineos asentados en la falda de las montañas. Algunas hileras de casas de mampostería, cubiertas de tejados casi planos, forman dos o tres calles mal pavimentadas.

Lo único regular es la plaza que se forma frente a la iglesia, como en todos los pueblos españoles. Esta plaza sirve para celebrar los mercados y los habitantes se reúnen en ella para escuchar los bandos y para sus juegos.

Hay una pared alta con rayas y números en la que los domingos se juega a la pelota.

Ante la pared hay un espacio enlosado, y el resto, apisonado. Dos edificios se destacan sobre los demás: la casa parroquial y la venta.

Zugarramurdi está situado en una hondonada estrecha rodeada de altas montañas, cuyas cimas están casi siempre ocultas entre nubes.

A poca distancia del pueblo hay una vasta gruta con estalactitas, única cosa notable en aquellos contornos (1).

MI guía me condujo a casa del comandante carlista.

Vimos a la puerta un centinela, mozo fuerte y grueso, con los cabellos largos, cubierto con una boina azul, adornada de una larga borla, con sandalias y una canana en la cintura; llevaba pendiente de un cordón de seda rodeado al cuello un saquito que contenía reliquias, y el escapulario que todo español lleva siempre consigo porque tiene puesta en él su fe y su confianza.

Todo lo que este soldado llevaba era sucio, excepto su fusil, de fabricación inglesa, que brillaba de limpio, y sobre él se apoyaba negligentemente fumando un cigarro.

Este aspecto poco militar me sugirió una impresión poco favorable de los valientes defensores del Altar y del Trono; pero bien pronto la experiencia me enseñó a conocerlos mejor.

El coronel don Rafael Ibarrola, comandante general de las fronteras, era un hombre de cincuenta años, alto de talla, musculoso, y tenía el tipo característico del navarro. Vestía la zamarra corta y negra, de piel de cordero, con la lana hacia fuera: Zumalacárregui había introducido esta prenda en el ejército carlista y después fue constantemente llevada en invierno por los oficiales en el vivac.

Ibarrola me recibió con bastante frialdad hasta que le hube mostrado la contraseña del comisario real.

Entonces me colmó de deferencias y me preguntó si hablaba vascuense o español.

Al enterarse de que yo era extranjero, quiso saber si francés, inglés o portugués; respondí negativamente.

Exclamó entonces: "¡Pero ya no hay más!"

MI declaración de que era alemán o prusiano le pareció de todo punto incomprensible, y no pasó más adelante.

Viendo las dificultades con que tropezábamos en nuestra con-

(1) Las cuevas de Zugarramurdi, famosas en la historia de la brujería.

versación, recordó que se encontraba en el lugar un sabio, antiguo profesor de matemáticas de Madrid, que había sido preceptor del Infante don Sebastián y que era en la actualidad comisario receptor del Salitre, y le rogó que viniera.

Vino luego en compañía de don José Arias, y me vi frente a un monje carmelita que, además de la plaza de comisario del Salitre, llenaba las funciones de párroco del lugar. Parecía bastante instruido para ser español.

Ibarrola me dejó en compañía de estos dos señores, que me hablaron en francés mientras él comunicaba mi llegada al comisario en jefe en Irún, sin cuyo permiso ningún extranjero podía internarse más en el país.

Don José me invitó a comer, lo que acepté sin ceremonia, poco familiarizado como estaba con las fórmulas de galantería española, que exigen que se rehuse, lo que puso a este pobre hombre en el mayor de los aprietos.

Por la noche nos acompañaron varios extranjeros que venían de Aragón; hablaron mucho de Cabrera, cuya celebridad comenzaba entonces.

Me pareció que los elogios que de él hicieron no eran muy agradables a los navarros que los escuchaban.

Habiendo llegado la respuesta de Irún a la mañana siguiente, me despedí de Ibarrola, a quien no había de volver a ver, pues poco tiempo después fué apresado por los *chapelgorris* (boinas rojas) cristinos y muerto despiadadamente.

Me prestó un caballo y dejé Zugarramurdi acompañado de cuatro soldados.

Desfilamos por un estrecho sendero bordeado de rocas cortadas a pico por un lado y por el otro de un precipicio en cuyo fondo saltaban las aguas espumosas del Bidasoa.

En estas espantosas soledades sólo se encuentran algunas casitas y algunos pastores que guían sus rebaños de hermosos corderos con las pezuñas negras y las colas pendientes; caballos medio salvajes de poca alzada que vagan sin dueño por estas montañas y huyen asustados a la presencia de un viajero.

Después de cuatro horas de una marcha fatigosa llegamos a Vera, donde nos detuvimos para comer.

Este pueblo se parece a Zugarramurdi, mas el modo con que fué defendida su iglesia en 1838 (marzo) le ha hecho adquirir cierta celebridad.

Continuamos nuestro camino; apenas acababa de ocultarse el sol cuando apareció a nuestra izquierda la bahía de Irún; después vimos las montañas y el castillo de Fuenterrabía, tan célebre en los fastos de todas las épocas; por último, al extremo del horizonte el viejo castillo de Figuières (?) como un mojón puesto de una manera pintoresca entre el cielo y la tierra, mientras que el golfo de Vizcaya, recibiendo las aguas del Bidasoa, se extendía en toda su majestuosa grandeza.

A nuestra derecha, por las costas de Francia, nuestra mirada se detenía sobre el faro de Biarritz.

En alta mar se destacaban las blancas velas de los barcos ingleses y a nuestro pies se extendía la bonita villa de Irún, encuadrada en sus jardines y en sus campos fértiles, coronada por el fuerte del Parque.

Este admirable panorama está bordeado a lo lejos, de un lado por la cadena de los Pirineos y del otro por los picos de las sierras de Guipúzcoa.

La admiración que experimenté a la vista de este soberbio cuadro me reconcilió enteramente con el país que acababa de atravesar.

El comisario real don Diego Miguel de García me recibió en sus oficinas con todas las formalidades de un hombre de importancia y toda la gravedad de un español.

Al principio parecía tener mucha gana de suscitarme dificultades, y me citó muchos franceses, gentes de calidad, y un Conde alemán a quienes había despedido.

Yo saqué de cartera las cartas de recomendación que, felizmente, no habían sido registradas y mientras que las leía atentamente pude observar a mi sabor este tipo ladino.

En estos ojos hundidos y oscuros, sombreados por espesas cejas; en esta mirada oblicua; sobre esta boca, que simulaba una sonrisa perpetua; en estos rasgos sarcásticos se podía leer la historia del policía secreto y cruel de Fernando VII y adivinar la atroz emboscada que fué tendida a Torrijos (1).

Don Diego Miguel de García había sido el agente confidencial de Fernando VII y colocado en calidad de secretario junto al viejo

(1) Es la primera vez, y quizá la última, que se hace esta afirmación. Generalmente se acusa a González Moreno de haber tendido a Torrijos la emboscada en que cayó con sus compañeros, y esta acusación se repite en el último libro publicado por Cambroner, titulado *Torrijos* (Málaga, 1931.)

Moreno, capitán general de Málaga; sin noticia de éste, fué a Gibraltar, se vió con Torrijos y le aseguró la cooperación de su general y de sus tropas.

Se sabe que Torrijos, confiando en estas traidoras promesas, desembarcó con cincuenta compañeros en Málaga, donde fué detenido y fusilado por orden del general Moreno, que ignoraba completamente la odiosa trama urdida por su secretario.

Yo no conocía entonces los horribles detalles de esta historia, y sin embargo, no me encontraba a gusto junto a este hombre que me invitó a comer para el día siguiente.

Cuando durante esta comida le oí calificar de "vergonzosa transacción con los liberales" el tratado Elliot, al cual atribuía la lentitud de los éxitos de las armas carlistas, no pude menos de experimentar un sentimiento de disgusto, que los años siguientes han confirmado completamente; porque en todas las maquinaciones, en todas las tortuosas y funestas intrigas que han arruinado a la causa carlista se encuentra siempre la siniestra figura de García, sirviendo de instrumento dondequiera que se trate de perpetuar una acción baja, injusta o cruel.

A pesar de todas las atenciones de que me colmaba García, no permitió que fuese al cuartel general sin haber recibido el permiso que solicitara.

Hube de resignarme, en vista de la lentitud de las comunicaciones, a pasar dos o tres días en Irún.

Hay que convenir, a pesar de todo, en que hizo todos sus posibles para hacerme pasar el tiempo agradablemente.

Visitamos las fortificaciones de Fuenterrabía; una vieja leyenda cuenta que durante cierto asedio, agotadas las municiones, se fundieron balas de oro y plata, procedentes de las riquezas de las iglesias y de los habitantes y que de ahí le viene el título de "heroica e invicta, siempre fiel ciudad de Fuenterrabía".

Durante las largas horas que pasé en compañía de García me dió muchos detalles nobles sobre las costumbres de la Corte y sobre el estado del ejército.

Me creía llamado, sin duda, a desempeñar un papel en medio de esta Corte, donde tantos intereses encontrados chocaban y fermentaban tantas intrigas; e intentaba inspirarme sus opiniones y hacer entrar en mi corazón, gota a gota, el veneno de sus principios.

Al volver a mi alojamiento, después de un largo paseo a caba-

llo, vi que mis criados, mis caballos y mi equipaje habían conseguido reunirse después de muchas tribulaciones.

Había llegado mucha gente al hotel; el patio estaba lleno de caballos soberbios, de raza española, que pertenecían a señores de la Corte que habían venido, en parte por placer, a Irún.

Entré en la sala e hice conocimiento con ellos.

Eran cuatro Grandes de España que, con un desinterés bien raro, habían sacrificado sus grandes fortunas y se habían consagrado a la defensa de su legítimo Rey.

Los Marqueses de Villafranca y del Monasterio, los Condes de Orgaz y de Cirat, don José de Sureda, hijo del Marqués de Vivot, gentilhombre del Rey; este último descendía de una de las ocho grandes casas de Mallorca que, sin poseer la Grandeza de España, son tenidas en una estimación equivalente.

También estaba allí uno de esos personajes enigmáticos que se encuentran siempre en los séquitos de un pretendiente. Era un catalán llamado Carlos que había sido agente del Rey en Francia.

El hotel de Irún era sin disputa el mejor de las provincias vascas. La mesa era excelente: los mejores pescados, los manjares más exquisitos abundaban; el vino, obscuro de color, era muy fuerte (tinto de la Rioja). Se transporta en odres a Guipúzcoa, y con el viaje mejora y resulta excelente.

Tuve como vecino de mesa un hombre con el cual debía estar en contacto frecuente durante mi larga estancia en España y cuyo nombre no debo pasar en silencio: era don Joaquín de Gaztañaga.

Algunas palabras de censura que dejé escapar acerca del gran número de brazos inactivos que embarazaban el Cuartel Real me trajeron su confianza.

El expresó su opinión fuerista con gran calor y franqueza; nos tratamos más íntimamente y me ofreció su casa, en la que fui recibido en diversas ocasiones con tanta cordialidad como agasajo.

Al día siguiente, 10 de marzo, me despertó un ruido que tomé al principio por truenos, pero pronto me apercibí de que era un vivo floreo.

Me apresuré a descender; por todas partes reinaba gran agitación; se creía que Irún iba a ser atacado por las tropas inglesas de San Sebastián.

Estos señores volvieron al campamento. Don Diego estaba demandado ocupado para pensar en mí, y me aproveché de la con-

Moreno, capitán general de Málaga; sin noticia de éste, fué a Gibraltar, se vió con Torrijos y le aseguró la cooperación de su general y de sus tropas.

Se sabe que Torrijos, confiando en estas traidoras promesas, desembarcó con cincuenta compañeros en Málaga, donde fué detenido y fusilado por orden del general Moreno, que ignoraba completamente la odiosa trama urdida por su secretario.

Yo no conocía entonces los horribles detalles de esta historia, y sin embargo, no me encontraba a gusto junto a este hombre que me invitó a comer para el día siguiente.

Cuando durante esta comida le oí calificar de "vergonzosa transacción con los liberales" el tratado Elliot, al cual atribuía la lentitud de los éxitos de las armas carlistas, no pude menos de experimentar un sentimiento de disgusto, que los años siguientes han confirmado completamente; porque en todas las maquinaciones, en todas las tortuosas y funestas intrigas que han arruinado a la causa carlista se encuentra siempre la siniestra figura de García, sirviendo de instrumento dondequiera que se trate de perpetuar una acción baja, injusta o cruel.

A pesar de todas las atenciones de que me colmaba García, no permitió que fuese al cuartel general sin haber recibido el permiso que solicitara.

Hube de resignarme, en vista de la lentitud de las comunicaciones, a pasar dos o tres días en Irún.

Hay que convenir, a pesar de todo, en que hizo todos sus posibles para hacerme pasar el tiempo agradablemente.

Visitamos las fortificaciones de Fuenterrabía; una vieja leyenda cuenta que durante cierto asedio, agotadas las municiones, se fundieron balas de oro y plata, procedentes de las riquezas de las iglesias y de los habitantes y que de ahí le viene el título de "heroica e invicta, siempre fiel ciudad de Fuenterrabía".

Durante las largas horas que pasé en compañía de García me dió muchos detalles nobles sobre las costumbres de la Corte y sobre el estado del ejército.

Me creía llamado, sin duda, a desempeñar un papel en medio de esta Corte, donde tantos intereses encontrados chocaban y fermentaban tantas intrigas; e intentaba inspirarme sus opiniones y hacer entrar en mi corazón, gota a gota, el veneno de sus principios.

Al volver a mi alojamiento, después de un largo paseo a caba-

llo, vi que mis criados, mis caballos y mi equipaje habían conseguido reunirse después de muchas tribulaciones.

Había llegado mucha gente al hotel; el patio estaba lleno de caballos soberbios, de raza española, que pertenecían a señores de la Corte que habían venido, en parte por placer, a Irún.

Entré en la sala e hice conocimiento con ellos.

Eran cuatro Grandes de España que, con un desinterés bien raro, habían sacrificado sus grandes fortunas y se habían consagrado a la defensa de su legítimo Rey.

Los Marqueses de Villafranca y del Monasterio, los Condes de Orgaz y de Cirat, don José de Sureda, hijo del Marqués de Vivot, gentilhomme del Rey; este último descendía de una de las ocho grandes casas de Mallorca que, sin poseer la Grandeza de España, son tenidas en una estimación equivalente.

También estaba allí uno de esos personajes enigmáticos que se encuentran siempre en los séquitos de un pretendiente. Era un catalán llamado Carlos que había sido agente del Rey en Francia.

El hotel de Irún era sin disputa el mejor de las provincias vascas. La mesa era excelente: los mejores pescados, los manjares más exquisitos abundaban; el vino, obscuro de color, era muy fuerte (tinto de la Rioja). Se transporta en odres a Guipúzcoa, y con el viaje mejora y resulta excelente.

Tuve como vecino de mesa un hombre con el cual debía estar en contacto frecuente durante mi larga estancia en España y cuyo nombre no debo pasar en silencio: era don Joaquín de Gaztañaga.

Algunas palabras de censura que dejé escapar acerca del gran número de brazos inactivos que embarazaban el Cuartel Real me trajeron su confianza.

El expresó su opinión fuerista con gran calor y franqueza; nos tratamos más íntimamente y me ofreció su casa, en la que fui recibido en diversas ocasiones con tanta cordialidad como agasajo.

Al día siguiente, 10 de marzo, me despertó un ruido que tomé al principio por truenos, pero pronto me apercibí de que era un vivo tiroteo.

Me apresuré a descender; por todas partes reinaba gran agitación; se creía que Irún iba a ser atacado por las tropas inglesas de San Sebastián.

Estos señores volvieron al campamento. Don Diego estaba demorado ocupado para pensar en mí, y me aproveché de la con-

fusión general para montar a caballo y dirigirme al lugar donde se percibía el tiroteo.

Después de una hora de marcha topé con una patrulla de caballería. El coronel Montagut, a mi demanda, me designó un batallón apostado sobre una altura.

Era el segundo de Guipúzcoa, llamado «el de los hijos de Tolosa», que llegó a ser tan célebre en la historia de las guerras carlistas.

Eché pie a tierra y tuve la dicha de tomar parte en el asalto de las alturas de Amezagaña, cuya ocupación decidió la suerte de esta jornada.

Estaba demasiado cerca del campamento real para volver a Irún y seguí con las tropas hasta Andoain, donde el Rey tenía su residencia.

Andoain estaba desierto cuando nosotros llegamos; el Rey había ido con su séquito y su guardia a apostarse en una altura próxima para ser testigo del combate.

Delante de la explanada de su alojamiento se paseaba un hombre de un lado a otro. Llevaba el uniforme de brigadier y la cruz de Santiago. Este hombre venerable me impresionó. Era el primer oficial general carlista que veía. Me dirigí a él exhibiendo de nuevo mis cartas de recomendación.

Me dijo ser el Marqués de Santa Olalla, jefe del Cuartel General Real.

La suerte me había favorecido haciéndome encontrar en él la persona que podía darme permiso para permanecer en el campo real.

Me apresuré a hacerle comprender por qué había dejado Irún sin estar provisto de un pasaporte del comisario general; durante esta explicación Carlos V volvió a Andoain.

Dos guardias de Corps al galope, con uniforme rojo y azul y el sable en alto, precedían al Rey, que venía montado en un caballo entero, andaluz, blanco.

La silla era roja, la gualdrapa ricamente bordada y el arnés de oro. Iba vestido con un sobretodo pardo y cubierto con un sombrero redondo, cosa bastante extraña en aquella época.

Su actitud era notable de gracia y de dignidad; el séquito avanzaba a cierta distancia; en él se hallaban los señores que había visto en Irún y el Barón de los Valles, ayudante general, el atrevido y afortunado guía del Rey durante su aventurado viaje de Inglaterra a España, el que ya en Portugal había dado pruebas

e una presencia de espíritu rara y de una gran capacidad, y que, lempre fiel a su desgraciado señor, no ha cesado de prestarle grandes servicios, tanto en el campo de batalla como en el despacho.

Augusto Saint-Silvayn, Barón de los Valles, es uno de esos hombres raros cuyos talentos y cuyo carácter, tan enérgico como esuelto, son inapreciables en los momentos críticos.

Otros personajes que por entonces componían el Ministerio formaban parte del séquito; de ellos tendré ocasión de hablar más adelante.

El agente secreto de varias Cortes extranjeras venía montado en un caballo francés; se le conocía en el cuartel general por el pseudónimo de *León de Neuillat* (1). Callaré su verdadero nombre por no disgustar a un hombre honorable por todos conceptos y amigo mío.

Cuando hubieron desfilado el Rey y su séquito se me dió una papeleta de alojamiento para una casa de campo aislada, a unos diez minutos de distancia de Andoain.

Allí compartí mi alojamiento con un oficial italiano, el Conde de Mortara, que había sido coronel de Estado Mayor, y de este modo me encontré instalado en el cuartel general de Carlos V.

(1) Era el Barón de Milanges, caballerizo del Duque de Burdeos, legitimista, que anduvo en negociaciones para la boda de Isabel II con Montemolín. Vide Pirala, IV, 77.

## II

**El Ministerio.—El Rey.—Excursión a Betelu.—Operación combinada del enemigo.—El Infante don Sebastián y su séquito.—Batalla de Oriamendi.—Combate cerca de Galdácano.—Ojeada sobre el teatro de la guerra y las fuerzas carlistas.—Intrigas en el cuartel general.—Corpas y la camarilla.—Azcoitia y Loyola.—El padre Gil y los jesuitas.—El clero español.—La legión extranjera.—Salida y estancia en Tolosa.**

(De 11 marzo a fin abril 1837)

Andoain está situado en la carretera general que conduce de Bayona a Vitoria y a Madrid.

Es conocida la belleza de las carreteras que atraviesan el reino; pueden ser comparadas a las obras de los romanos y parecen desafiar a los siglos.

Después de cuarenta años de continuas guerras, durante los cuales nada se ha hecho por conservarlas, están aún en mejor estado que las calzadas de Francia.

Son frecuentes los atrevidos viaductos colgados sobre precipicios.

Largas extensiones abiertas en la roca viva; altos muros de contención para prevenir los movimientos de tierra; parapetos contruidos de mármol y de piedra tallada, canales subterráneos para recoger las aguas y grandes depósitos de piedra llenos de agua para abreviar las bestias de carga, son otras tantas cosas que despiertan la admiración.

Estas hermosas carreteras han sido contruidas en su mayor parte durante el prudente gobierno de Carlos III; solamente hay

que lamentar su escasez, que dificulta la comunicación de unas provincias con otras, porque los caminos vecinales están en tan mal estado que en ciertas estaciones son impracticables, excepto para las bestias de carga.

Las carreteras y los caminos desempeñan un gran papel en estas guerras, siendo las primeras del dominio de las tropas regulares y los segundos del de las guerrillas.

Es raro que una guerrilla se aventure sobre la carretera y desafíe la artillería y la caballería; pero, en cambio, las tropas regulares jamás han intentado impunemente penetrar en los caminos de montaña.

Cuando los valles de Navarra y del país vasco se declararon por Carlos V, su primer cuidado fué destruir las carreteras y hacer saltar los puentes en los límites de sus provincias.

El país carlista, privado así de comunicación con el exterior, parecía un inmenso fuerte rodeado, como por bastiones naturales, de la sierra, del mar y de la frontera de Francia; solamente el interior conservaba sus vías de comunicación.

Como estábamos acostumbrados a franquear caminos a través de estrechos desfiladeros y a trepar por senderos de montaña, considerábamos un beneficio el circular por carreteras anchas y cómodas.

Andoain está a cinco leguas de Irún; es un bonito pueblo.

La casa parroquial, que es la construcción principal del lugar, estaba convertida entonces en residencia real.

Según la costumbre española, toda casa habitada por el Rey lleva el título pomposo de Palacio Real. De este modo, varios decretos firmados en una cabaña van suscritos: "Dado en nuestro Palacio de..."

Recuerdo aquí un antiguo privilegio del cual he oído hacer mención frecuentemente. Cuando un Rey de España pasa la noche en la casa de un particular, después de su marcha se coloca una cadena de hierro encima de la puerta; ni el verdugo o sus ayudantes, ni alguacil ni guardia alguno puede pasar sus umbrales sin una orden superior.

Un delito infamante cometido por el propietario de una casa honrada de este modo le privaba de este insigne privilegio.

¡Cuántas pobres cabañas perdidas en las sierras más salvajes hubieran reclamado este honor si Carlos V, vencedor, hubiera podido restablecer las antiguas leyes y usos del país!

Al día siguiente de mi llegada me dirigí al Palacio; dos alabarderos guardaban la entrada.

Este Cuerpo no ha conservado de su antigua arma más que el nombre, y se componía de 100 muchachos, todos ellos hijos de oficiales; entraban en el servicio como cadetes, y no hacían otra cosa que custodiar la persona del Rey con 24 guardias navarros de caballería; después de algún tiempo pasaban al ejército con el grado de subtenientes.

Cada provincia vasca daba 20 de ellos, y Navarra, 40.

Estaban mandados por un coronel y sus oficiales tenían dos grados más que los de línea.

Su uniforme consistía en un sobretodo azul-cielo, con franjas rojas guarnecidas de botones blancos, el pantalón rojo y una boina azul con borla de plata; llevaban carabinas inglesas con largas bayonetas.

Una docena de estos guardias estaban sentados o tumbados alrededor de un brasero en el corredor.

El primer piso de este palacio improvisado estaba ocupado por las oficinas del ministerio de Estado, que en España disfruta del privilegio de ocupar la residencia real.

El jefe nominal de este departamento era entonces el señor Sierra, antes encargado de la Embajada de Viena con el Duque de San Carlos.

Era un hombre honrado que no se encontraba a gusto en medio del tumulto de la guerra; lleno de celo y de adhesión, no ha sido culpa suya si los asuntos de su señor no han obtenido una coyuntura más favorable.

Los otros personajes del Ministerio eran Orellana y Tamariz.

Este último es al presente secretario del Rey en Bourges (1); el primer secretario del Ministerio, Mon, hombre de gran capacidad, había sido alejado del servicio hacía poco tiempo y se había retirado a Toledo.

Sierra había sucedido en la dirección al primer ministro Erro; de naturaleza delicada, de carácter modesto y apacible, estaba asombrado de hallarse en medio del ruido de las armas.

Encontré en su Gabinete a sus colegas: el obispo de León, presidente del Consejo y ministro de Gracia y Justicia; don Pedro

(1) Lichnowsky escribía estas Memorias en 1842.

Díaz de Labandero, ministro de Hacienda, y el general Cabañas, ministro de la Guerra.

Cada uno de estos señores tenía un buen número de empleados agregados a su despacho. Yo encontraba, lo confieso, que eran demasiados los ministerios en este estado difícil de cosas. Creo que un buen secretario y un honrado cajero hubieran bastado para hacer marchar mucho mejor los asuntos del Rey.

No quiero vituperar a aquellos hombres honorables que hubieran sacrificado su vida y su fortuna por su Rey; solamente quiero decir que no estaban bien encajados.

El obispo de León había ya dado pruebas de sus principios realistas en los Consejos de Fernando VII.

Había seguido a Carlos V a Portugal y a Inglaterra y contribuido grandemente a la resolución del Rey de confiarse a la dirección del Barón de los Valles. El mismo había intentado, a pesar de su edad y de su obesidad, reunirse con el Rey, pero fué detenido en Francia.

Puesto en libertad hizo nuevas tentativas y lo consiguió con la ayuda del cónsul general de Cerdeña, monsieur Meyer (1), un hombre que ha prestado los mayores servicios a la causa de la legitimidad y particularmente a la de Carlos V.

No es posible poner en duda la lealtad del obispo, pero sus facultades estaban debilitadas, por la edad probablemente, y era tan fácil convencerle de una cosa como hacerle cambiar de resolución.

En los últimos tiempos se dejaba llevar ciegamente por su intrigante secretario don Ramón Pecondón.

La influencia del obispo de León hubiera podido ser de lo más beneficiosa con un poco de entereza para seguir sus buenas intenciones.

No debo pasar en silencio una anécdota que servirá para hacer conocer el carácter del hombre que estaba entonces al frente de los asuntos.

En un momento muy crítico en el que el partido monacal ultra-absolutista amenazaba invadirlo todo y ejercer una influencia per-

(1) Cuantos conocen a M. Meyer saben con qué devoción, con qué generosidad ha sostenido en su infortunio a las víctimas de una noble causa; jamás llamó en vano a su corazón la desdicha o la desgracia. Los caracteres como el suyo son tan admirables como raros en este siglo egoísta en que vivimos. (Nota de Ida de Bocarmé.)

niciosa, un camarero del Papa, monseñor Amat, trajo al obispo de León un despacho de Su Santidad, que encerraba amonestaciones y una admonición severa contra la conducta del clero que se mezclaba en los asuntos de Estado.

El buen obispo, que había concebido algunas sospechas acerca del contenido de la misiva, experimentó tal terror que llevó varios días esta carta oculta en el bolsillo de su hábito sin decidirse a abrirla.

El ministro de Hacienda, Labandero, había sido intendente general de Aragón, bajo el reinado de Fernando VII; débil, honrado y lleno de hombría de bien, hubiera podido ser un ministro pasable en tiempo ordinario.

La creación de los bonos probó su incapacidad financiera porque corrían unos tiempos en que era preciso procurarse dinero, y no crear papel sin valor.

Añádase a esta incapacidad la desgracia que tenía Labandero de ser padre demasiado débil de dos malos sujetos, intendentes a sus órdenes. El más joven, convicto de numerosas irregularidades, perdió su plaza de intendente militar cuando la expedición del general Moreno; pero obtuvo en seguida la de intendente general de Cataluña, la mayor y la más rica de las regiones españolas. Allí, sin más intervención que la de su padre, indulgente con exceso, se hizo culpable de toda suerte de extorsiones, en connivencia con la Junta, hasta que el Conde de España puso término a sus desórdenes.

No hablaré aquí de la parte que don Gaspar de Labandero tomó en el asesinato del Conde de España, a fin de no anticipar los acontecimientos (1).

Uno de los grandes abusos de la administración de Hacienda era la innumerable cantidad de empleados afectos a este ministerio y que todos, más o menos retribuidos, eran una carga demasiado pesada para el Tesoro.

Don Manuel de Medina Verdes y Cabañas, superior por todos conceptos al ministro de Hacienda, retoño de una antigua y noble

(1) Don Gaspar Díaz de Labandero publicó un libro titulado *Historia de la guerra civil de Cataluña en la última época, terminada con la emigración a Francia de las tropas carlistas en julio de 1840, escrita por don Gaspar Díaz de Labandero. Madrid, imprenta de la viuda de Jordán e hijos, 1847. En 8.º, 481 págs.*, en el que relata las incidencias que precedieron a la muerte del Conde de España y la parte que él tomó en aquellos sucesos.

familia de Andalucía, era el verdadero tipo del antiguo caballero español.

Nada le hacía perder el más estricto ceremonial. Pródigo con todo el mundo en saludos y ceremonias exageradas, que se le volvían con usura, sus principios no variaron jamás.

Inexorable cuando se trataba de su deber y de lo que él miraba como justo, ha dado numerosas pruebas de esta fortaleza de espíritu que impone más que la grandeza.

Cuando, por orden de Fernando VII, tomó parte en la persecución ejercida contra Bessières, se le envió la Orden de San Fernando, que rehusó con estas palabras: "He podido obedecer al Rey contra mi convicción, pero rehuso toda recompensa."

Educado en el temor de Dios y de su Rey, sus convicciones religiosas y políticas fueron siempre inseparables.

Se le ha imputado como un crimen el afecto hacia sus hijos, cuyo ascenso fué demasiado rápido. Los dos, sin embargo, eran soldados valientes; el mayor fué vilmente asesinado.

No hablaré del otro, que expía sus faltas demasiado amargamente para que no se tenga indulgencia con él.

Estaba, pues, allí, en esta pequeña camarilla, en presencia de los personajes más importantes de la Corte.

Reconocí fácilmente al obispo de León por su hábito morado y su cruz episcopal. Le entregué la carta de recomendación de que era portador. Me dijo que el Rey, advertido de mi llegada, me recibiría al día siguiente, después de la misa.

Era la una; oía la música de las veinticuatro trompetas de la guardia, tocando durante la comida del Rey, que, según el uso español, come siempre solo.

El gentilhomme de servicio llama a la puerta de la cámara y anuncia: "Señor, la comida."

El Rey se dirige entonces al comedor, acompañado de su capellán encargado de decir el *benedicite*; este puesto estaba ocupado entonces por el célebre párroco de Los Arcos, don Juan Echeverría.

Los criados subalternos traían los platos hasta la puerta, donde los ayudas de cámara los tomaban y entregaban a los gentileshombres ordinarios, los únicos que disfrutaban del privilegio de servir a la persona real.

Los que tenían el rango de chambelán de entrada disfrutaban de la prerrogativa de ver comer al Rey.

Habituado a la noble sencillez de las Cortes de Alemania, no

podía yo mirar sin sorpresa esta tradición viva de los usos españoles, sobre todo al verlas observadas tan fielmente en una miserable choza o en medio del tumulto de los campamentos; mejor se los concebiría bajo las sombrías y majestuosas bóvedas de El Escorial, donde su efecto sería más imponente, sin duda, aunque hay algunas cosas a las que los alemanes se acostumbrarían muy difícilmente; así, por ejemplo, vi en Andoain dos sujetos que llevaban galones de coronel, y no eran más que ayudas de cámara del Rey, pasar con sus platos en la mano, mientras que uno de sus gentileshombres no llevaba más que uniforme de capitán.

El ayuda de cámara del Infante don Sebastián, después de haber acabado la *toilette* de su señor, venía a sentarse a su mesa. A decir verdad, sólo ocupaba un extremo apartado. Era capitán de caballos y llevaba el singular nombre de Conejo y Guisado, según el uso español que añade al apellido del padre el de la madre.

Oí contar la anécdota siguiente al amable M. de Koenneritz, embajador de Sajonia en París, sobre la familiaridad que reina entre los Grandes de España y sus criados.

Cuando Fernando VII habitaba los Reales Sitios hacía frecuentes excursiones campestres; todo ceremonial quedaba entonces suprimido y el Rey comía con sus gentileshombres y con sus ayudas de cámara.

Cierto día en que el príncipe Maximiliano de Sajonia acompañaba a su real yerno en una de estas excursiones, el Rey le preguntó, sentándose a la mesa, por qué su ayuda de cámara no venía a comer, y, a pesar de todas las protestas de éste, fué forzado a sentarse a la real mesa con gran confusión suya y de su señor.

Al día siguiente de mi llegada a Andoain fui a la iglesia; el Rey, rodeado de un séquito numeroso, fué recibido a la puerta por el Cabildo. Su Majestad se colocó bajo un dosel, al lado del Evangelio.

Se cantó una misa mayor con capilla; después del Evangelio, un monje franciscano, fray Domingo, predicador de la Corte, predicó en español. Después de él otro eclesiástico repitió en lengua vasca su sermón para los oyentes de esta nación; sermón que según pude apreciar estaba dirigido al Rey exclusivamente.

Todo esto duró hasta la una.

En seguida me dirigí a la audiencia real, vestido por primera vez con el uniforme español, que consistía en un grueso sobretodo azul, muy corto, con dos filas de botones dorados en los que estaba gra-

bada la flor de lis real de los Borbones con esta inscripción: "Carlos Quinto"; un pantalón rojo con galones negros; la boina escarlata con borla de plata.

La boina blanca con borla negra era entonces el signo distintivo de los generales y de los ayudantes de campo.

Zumalacárregui lo había concedido como una distinción a los soldados del quinto batallón de Guipúzcoa, de donde les viene el nombre de *chapelzuris*.

El Rey habitaba el segundo piso, donde dos pequeñas habitaciones formaban todo su alojamiento.

Dos guardias de Corps guardaban la entrada. Los gentileshombres y los ayudas de cámara ocupaban el corredor.

El gentilhombre don José de Villavicencio, hijo del Marqués de Alcántara, el más querido y el más fiel servidor del Rey, estaba de servicio.

Era uno de esos hombres, casos raros de abnegación, que hacen el sacrificio de su persona a la de su Soberano, sea feliz o desgraciado, sin esperar ni pedir jamás recompensa.

Siguiendo la etiqueta española abrí suavemente la puerta del gabinete diciendo: "Señor", y agregando mi nombre.

Me encontraba por vez primera en presencia de Carlos V; viéndolo a este desgraciado Príncipe, que, como su ilustre predecesor, el gran Pelayo, venía a conquistar su reino espada en mano, estaba yo tan emocionado que apenas pude pronunciar algunas palabras.

El Rey estuvo muy amable conmigo, me habló de la víspera, del segundo batallón de Guipúzcoa y de todos sus bravos defensores, a los cuales, añadió con tristeza, tenía la desgracia de no poder recompensar como lo merecían.

Me afectó profundamente el acento con que estas palabras fueron pronunciadas.

La figura de Carlos V no es ni bella ni imponente, y, sin embargo, en esta mansión, bajo este sencillo traje, me parecía más grande, más admirable que un Monarca rodeado de todo el esplendor de su poder.

Me hice a mí mismo el juramento solemne de estar siempre dispuesto a verter mi sangre por él y de serle siempre fiel en los días prósperos y en los adversos.

Algunas escaramuzas habían tenido lugar desde el día 10 ante la línea de San Sebastián.

El día 14 llegó al Cuartel Real la noticia de que Lacy Evans proyectaba un ataque decisivo contra Hernani con la legión inglesa.

Hernani está a mitad de camino entre Irún y Andoain; el campamento real estaba casi sin defensa.

El ejército, bajo el mando del Infante don Sebastián, se encontraba frente a frente de Sarsfield, en la barranca de Araquil, cerca de Pamplona.

Al mismo tiempo supimos que Espartero, que acababa de obtener el Condado de Luchana, se dirigía con treinta batallones de Bilbao hacia Durango y que había establecido su cuartel general en Galdácano.

El Rey dió la orden de marcha inmediatamente; pero, después de haber pasado una hora a la intemperie durante la noche, agotados por una lluvia torrencial, hubo contraorden y no salimos hasta el día 15, a las seis de la mañana.

La marcha del Rey no era cosa tan corriente para que omita aquí su descripción.

Abria marcha un destacamento de carabineros, seguido de los cien alabarderos que rodeaban la persona del Rey.

Carlos V iba a caballo, vestido de un *mackintosh* (1) y tocado con un sombrero con funda encerada.

Detrás de él seguían las personas de la Corte, los ministros, los ayudantes de campo, los agentes diplomáticos extranjeros.

Mulos altos y robustos llevaban los equipajes sobre los que iban sentados los cocineros y los criados; otros mulos cargados con los archivos y el tesoro iban rodeados por domésticos a pie.

Un escuadrón formado por Zumalacárregui con oficiales supernumerarios de caballería, llamado el escuadrón de la Legitimidad cerraba el cortejo (2).

A su guarda estaba confiado el estandarte de Nuestra Señora de los Dolores, generalísima de Carlos V. Este estandarte había

(1) Mac Kintós, irlandés, inventó un traje militar que se usó mucho. También lo llevaba Rahden.

(2) Zumalacárregui creó en 1835 el escuadrón llamado de Defensores de la Legitimidad, formado por oficiales españoles y extranjeros, entre ellos Arjona, Cabañas, Freyre, Balmaseda, Henningsen, Latorre, Sancho, Moral, Carasa, Quevedo, Soto, Hortelano, Sáinz, Sagarmínaga, Vial. Lo mandaba el brigadier don Juan Bellengero.

sido bordado por la Reina actual (1) cuando aún era Princesa de Beira.

El séquito del Rey ocupaba el espacio de una media legua. Fácilmente se comprenderá cuánto embarazaba con frecuencia las operaciones de la guerra tan larga procesión durante las marchas precipitadas.

Después de dos horas de marcha llegamos a Tolosa, bonita ciudad situada en un estrecho valle en las orillas del Oria; luego tomamos la carretera de Navarra.

Hicimos alto en el pueblecito de Betelu.

Todo el día oímos tronar el cañón del lado de Hernani.

Evans había ocupado posiciones en las alturas de Amezaña y se disponía a atacar la ciudad.

Las tropas reales, poco numerosas, se habían visto precisadas a replegarse hacia Hernani. El momento era de lo más crítico: la toma de Hernani hubiera puesto en peligro el puente de Andoain, que no había sido destruido, y a la pérdida de Tolosa hubiera seguido la de Guipúzcoa.

Los planes del enemigo habían sido concebidos con gran habilidad: sin el movimiento, tan atrevido como rápido, del Infante don Sebastián, la causa carlista hubiera tenido fin entonces.

Los tres generales cristinos debían penetrar al mismo tiempo en el corazón de las provincias vascas.

Esta operación combinada se había fijado para el día 14.

Evans salió de San Sebastián este día con 12.000 auxiliares ingleses; sólo se contaba, para oponerse a estas fuerzas, con seis batallones guipuzcoanos al mando del brigadier Iturriaga y de los coroneles Alzáa e Iturbe.

Espartero, por su parte, había tomado la dirección de Durango mientras que Sarsfield, con el ejército de Navarra, tenía en jaque a las columnas volantes del infante don Sebastián, así como a las fuerzas de la barranca de Araquil y de los alrededores de Estella.

Si esta combinación verdaderamente estratégica hubiera sido coronada por el éxito, Evans se hubiera hecho dueño de Tolosa y de la carretera de Vitoria, mientras Espartero, ocupando los valles de Vizcaya, tomaba posesión de la carretera de Bilbao a Tolosa, sin disparar un tiro.

(1) Trajo el estandarte a Lesaca un oficial inglés el 7 de junio de 1835 (Nabatier).

Reunidos los ejércitos enemigos de esta suerte hubieran caído entonces sobre la Navarra carlista y anodado de un solo golpe la causa realista.

He aquí cuál era la situación de los carlistas el 13 por la mañana. Sin embargo, Sarsfield se adelantó, comenzando sus demostraciones este día en lugar del 14. El Infante avanzó contra él con la división navarra y su columna volante compuesta de nueve batallones, de dos escuadrones y de una batería. Sarsfield no contaba con esto. Pensó probablemente que eran fuerzas demasiado considerables para hacerles frente y se retiró a Pamplona.

El Infante dejó entonces como cuerpo de observación en el puerto más avanzado a la división navarra, mandada por García y Zaratiegui, y se retiró en el mayor sigilo con la columna móvil, atravesó el valle de Irurzun, el desfiladero y el fuerte de las Dos Hermanas, llave de este valle, y llegó inopinadamente el día 15 a Betelu, pocas horas después que el Rey.

Su llegada no pudo ser más oportuna; porque Espartero, dueño de Durango, se disponía a ocupar las riberas del Deva, los valles de Ermúa, Eibar y Plasencia, donde estaban nuestras fábricas de armas, mientras que los batallones guipuzcoanos se defendían a la desesperada dentro y fuera de Hernani contra fuerzas cuatro veces superiores a las suyas.

Ya el fuerte de Oriamendi, tomado y perdido varias veces, había quedado la noche del 15 en manos del enemigo.

La artillería pesada debía llegar de San Sebastián al día siguiente, y si el infante hubiera tardado unas horas en llegar, Hernani hubiera sido tomado el 16.

Puede figurarse la alegría con que fué recibido el joven caudillo que debutaba con tanto honor en la carrera militar.

No olvidaré jamás el momento de su llegada; se había adelantado a las tropas que mandaba y le vimos avanzar a galope a la cabeza de un escuadrón de lanceros.

Al instante fué rodeado por todos los notables del ejército.

Entonces se ofrecieron a mis ojos la mayor parte de aquellos hombres cuya nombradía y cuyas hazañas tanto daban que hablar.

Villarreal, el joven compañero de Zumalacárregi, que se había elevado en dos años del grado de capitán al de teniente general; el venerable Moreno, entonces jefe del Estado Mayor y alma de todas las operaciones; el objeto del odio constante de todos los liberales, el Conde de Madeira, héroe de los hemisferios, que disputó su

lata hasta el último extremo al ejército anglopedrista y que, no pudiendo defender más la causa de don Miguel, consagró su espada a Carlos V, en espera de tiempos mejores.

El cura Merino y Cuevillas, estos antiguos jefes de guerrillas en la guerra de la Independencia.

Pablo Sanz, joven general y jefe de batallón que se distinguió y fué célebre a las órdenes de Zumalacárregui.

El general Elío, el elegante y joven secretario del Infante, general en jefe en los últimos momentos de nuestra agonía, unos de los hombres más notables del ejército.

Los coroneles Cipriano Fulgosio y José Cabañas, dos excelentes oficiales del Estado Mayor.

Tomás Reina, el ayudante favorito de Zumalacárregui, a quien legó su espada; el que en la desastrosa jornada de Mendigorri salvó al Rey y al ejército con cinco cargas desesperadas.

Los dos hermanos Montenegro, jefes de la artillería y otros muchos, casi todos jóvenes en años y ya viejos soldados cubiertos de gloria.

¡No han transcurrido aún cuatro años desde este 15 de marzo y la mayor parte de estos bravos ya no existe!

Moreno, Sanz y Cabañas han sido asesinados. El Conde de Madeira y Fulgosio han muerto a consecuencia de sus heridas; otros, separados de los suyos, gimen en tierra extranjera, próximos a la miseria; brillantes entonces y llenos de gloria, abrían sus almas generosas a las esperanzas más nobles y más legítimas.

Después de dos horas de descanso concedidas a las columnas volantes, el Infante reanudó la marcha.

Nos dirigimos a Tolosa, donde pasamos la noche.

El jueves, 16 de marzo de 1837, a las cuatro de la mañana, el Infante don Sebastián se colocó a la cabeza de nueve batallones, dos escuadrones y cuatro baterías de artillería ligera.

El alba despuntaba apenas en un cielo sin nubes, presagio de una hermosa jornada.

Marchábamos en el más profundo silencio: los soldados parecían comprender la importancia del momento.

Algunos ordenanzas que venían de Hernani se nos reunieron en el camino.

Se aceleró la marcha: era ya de día cuando atravesamos Andoain, que estaba triste y desierto.

Ya el cañoneo más fuerte y más continuo conmovía los ecos de las alturas de Urnieta.

Los soldados, agotados por una marcha forzada, pidieron una hora de descanso; Villarreal, mirando al sol, e indicando con el dedo las columnas del humo que envolvían a Hernani, dijo con calma: "Os concedo esta hora, pero llegaremos tarde."

Los soldados, por toda respuesta, apresuraron su marcha. Ya no se sentían cansados.

Cuando vió el enemigo que el camino y las alturas se cubrían de tropas carlistas comenzó a vacilar, porque no había contado con este refuerzo.

Al cabo de una hora llegamos al campo de batalla. Todas las posiciones fueron tomadas a la bayoneta y en un abrir y cerrar de ojos el enemigo fué rechazado.

Evans se replegó hasta el reducto de Oriamendi.

El batallón de granaderos, lo más granado del ejército, atacó la carretera; el primero y quinto de Guipúzcoa y el de Aragón se dirigieron hacia el ala izquierda contra las alturas de Santa Bárbara, el fuerte de Oriamendi y una casa fortificada de la que se hicieron dueños.

Una compañía del regimiento de Oviedo que se defendía en ella, fué hecha prisionera; mientras tanto los brigadieres Sopelana e Iturriza, con algunos batallones guipuzcoanos, atacaron en el ala derecha el puente de Ergobia que estaba defendido por la brigada inglesa de Cichester.

El ataque al fuerte de Oriamendi continuaba y Evans se disponía a abandonarlo cuando acudió el refuerzo de un batallón de la marina inglesa.

Los nuestros vacilaron un momento, pero, después de un nuevo asalto, las tropas de la marina inglesa quedaron aisladas, y, viéndose perdidas, abandonaron su posición.

Eran las cinco de la tarde. Tan pronto como fuimos dueños de Oriamendi, que era el punto más importante, Evans, viendo que sería inútil resistir por más tiempo, ordenó la retirada.

La derrota fué entonces general: ya no era un ejército disciplinado que se retiraba en buen orden, sino bandas desordenadas que huían en tropel en todos sentidos.

El Infante dió la orden de perseguir al enemigo en todas direcciones y fué una caza desesperada de casacas rojas; muchos fueron hechos prisioneros; otros, muertos en el campo.

Esta persecución encarnizada nos llevó cerca de la línea fortificada que ocupaba el enemigo delante de San Sebastián.

Los navios ingleses desembarcaron entonces apresuradamente todas sus tropas, que vinieron a cubrir la línea; sin esta intervención de los marinos que, como una generosa muralla, se interpusieron entre nosotros y el ejército derrotado, vencedores y vencidos hubieran entrado juntos en San Sebastián.

A las seis el infante don Sebastián atravesó a caballo el campo de batalla del que habíamos quedado dueños.

Estaba cubierto de muertos y moribundos.

Sobre todo, la vista del reducto de Oriamendi era espantosa.

Los cadáveres con casacas rojas estaban amontonados.

A última hora de la tarde entraron las tropas en Hernani con las músicas al frente.

Cenamos en casa del Infante, a quien felicitamos por una victoria brillante, cuyas consecuencias hubieran podido ser decisivas, y volví a mi alojamiento pasada la medianoche.

Vi a los soldados, a quienes se había distribuido triple ración de víveres y de vinos y paga extraordinaria, cantar y bailar por las calles y plazas, a pesar del combate y de las fatigas del día.

Al día siguiente, al atravesar el campo de batalla me fijé en que todos los cadáveres habían sido despojados durante la noche.

A mi vuelta a Hernani me apercibí de que un gran número de nuestros soldados, especialmente los guipuzcoanos, llevaban bajo sus capotes grises el uniforme inglés rojo.

Esta costumbre de tomar el uniforme del enemigo se había hecho general, y muchas veces daba a nuestras tropas un aspecto abigarrado, y no siempre lo hacían por necesidad, pues aun batallones bien equipados no sabían substraerse a esta costumbre.

El Infante publicó al siguiente día una orden del día halagadora y animosa y se cantó un *Te Deum*; este Príncipe nos invitó a una gran comida, después de la cual nos pusimos en marcha y llegamos aquella misma noche a Tolosa.

Los habitantes nos recibieron con entusiasmo; el clero y el Ayuntamiento de esta muy noble y leal villa de Tolosa esperaban al Infante a las puertas de la ciudad, seguidos de los religiosos de los dos conventos, con palio y estandarte, y las cofradías.

Todo el mundo había temido caer en veinticuatro horas en manos de los cristinos, de modo que su júbilo estalló en frases pom-

posas, en las que se comparaba al vencedor con don Juan de Austria y con el gran Condé.

Don Sebastián montaba un soberbio alazán tostado, de largas crines, de la real casta de Córdoba, que había traído Gómez de su expedición a esta ciudad.

El Infante generalísimo vestía su sobretodo carlista de color azul oscuro con la cruz blanca de gran prior de San Juan y la Orden del Toisón de Oro. La boina blanca con borla negra y la banda roja y de oro de mariscal.

La modestia con que el joven vencedor recibió los cumplidos y alabanzas le ganó todos los corazones.

A su lado estaba el viejo y prudente Moreno, y nosotros le seguíamos con la embriaguez del júbilo.

No debo olvidar aquí una particularidad que, al dar una idea de las costumbres, tiene también su aspecto divertido.

Los soldados no habían dejado a los prisioneros más que la camisa; el Ayuntamiento, juzgando que esta facha hería la decencia, hizo una lista de todos los habitantes sospechos de favorecer en secreto a los cristinos y obligó a éstos a proveer de pantalones a los prisioneros.

Al día siguiente salimos de Tolosa y tomamos la carretera que conduce a Bilbao, atravesando un país montañoso y pintoresco.

Llegamos a Azpeitia, donde pasamos la noche y perdimos inútilmente un día.

Esta demora fué una gran falta, porque hubiéramos debido avanzar y, sin disparar un tiro, esperar a Espartero y presentarle batalla.

Más tarde, a la censura severa del Rey, se alegó la falta de municiones y la fatiga de los soldados.

Pero estas excusas no me parecieron fundadas; Zumalacárregui iniciaba el combate muchas veces sin que cada soldado tuviese más que cuatro cartuchos en su canana; en estos casos la bayoneta reemplazaba a la pólvora.

El temor de comprometer los recientes laureles ante unas fuerzas triples en número fué, sin duda, el verdadero motivo a que puede atribuirse esta falta.

El 20 continuamos nuestra marcha y atravesamos el delicioso valle de Azpeitia; pero el tiempo era tan horrible que no pudimos disfrutar de la belleza del país ni ver el magnífico monasterio de Loyola en Azcoitia.



Don Carlos

Después de comer, lloviendo, hicimos un alto en Elgoibar; algunos desertores portugueses del regimiento de caballería de Chaves, que pertenecían al cuerpo auxiliar del Vizconde de Antas, se presentaron al Infante.

Su regimiento estaba bajo el mando de Espartero y venían de Durango, ocupado por este general con 30 batallones.

El regimiento de Chaves era el mejor de la caballería de don Miguel; se sabe que su jefe se pasó con cinco escuadrones a don Pedro, sin asentimiento de sus soldados.

Estos desertores eran mozos arrogantes y llevaban un uniforme muy rico de hulanos de Polonia, que contrastaba con la sencillez del de nuestros lanceros.

El 21, a las tres de la mañana, se tocó diana; una hora después nos pusimos en marcha bajo una lluvia torrencial; cuando a las siete nuestra vanguardia llegó a las primeras casas de Durango, salían los últimos batallones de Espartero en dirección a Bilbao.

Molestamos a su retaguardia durante dos horas.

En Zornoza intentó el enemigo parapetarse, pero no se le dió tiempo.

Espartero desplegó una parte de sus tropas sobre las alturas de Galdácano, a fin de proteger la retirada de las demás.

Villarreal y Elío se pusieron a la cabeza de nuestra columnas y atacaron al enemigo en todas sus posiciones; Espartero, rudamente perseguido por Villarreal, se retiró en desorden y se vió obligado a hacer salir la guarnición de Bilbao para proteger su entrada en esta plaza.

Nosotros habíamos avanzado hasta ponernos bajo el fuego de los cañones de Bilbao, cuyas puertas se cerraron.

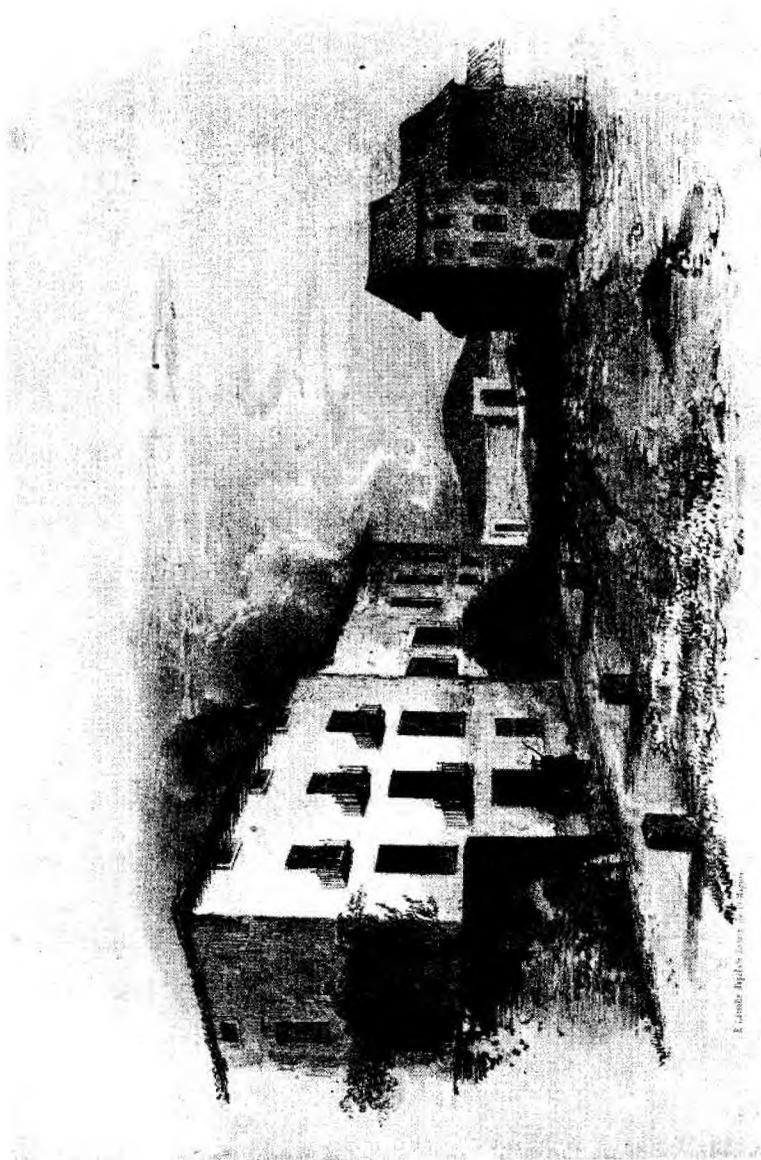
Volvimos a Durango, donde don Sebastián se alojó en la casa que Espartero había dejado pocas horas antes; había servido precedentemente varias veces de morada al Rey y estaba bien amueblada.

Espartero había tenido la galantería de no dejar que sus gentes se llevasen nada de aquello que fuera objeto de su codicia.

El pintor francés Isidoro Magués ha representado esta casa en su obra titulada *Don Carlos et ses défenseurs* (1).

La escaramuza de Galdácano terminó esta campaña de ocho

Casa de Durango donde se alojó Don Carlos



(1) París, Toussaint, 1837.

días en la que el Infante había estorbado los planes combinados de tres ejércitos enemigos.

Ahora no será inútil echar una mirada retrospectiva sobre el teatro de la guerra.

Después de un sitio largo y mal dirigido, el Rey se había visto obligado a renunciar a la esperanza de tomar Bilbao la noche terrible de Navidad de 1836, en Luchana.

Villarreal, que mandaba el ejército, y el Conde de Casa-Eguía, que dirigía el sitio, cayeron en desgracia.

El ejército estaba desmoralizado por los recientes desastres, y la desconfianza en los jefes había reemplazado al entusiasmo religioso y a la ciega confianza de que antes estaba animado.

Se dejaron oír murmuraciones frecuentes y la población del país carlista comenzó a sentir el peso de esta larga guerra.

Los subsidios procedentes del extranjero tardaban en llegar; las provisiones y las municiones se habían agotado; un invierno riguroso dificultaba las operaciones.

Hubo un momento en que los espíritus se animaron esperando resultados maravillosos de la expedición de Gómez; pero Gómez volvió sin dinero, con la infantería deshecha de fatiga y la caballería desmontada.

Nos veíamos rodeados por todas partes de un fuerte ejército enemigo provisto de todo en abundancia, con un refuerzo de 12.000 ingleses, 6.000 hombres de la legión extranjera venidos de Argel bajo las órdenes de Bernelle y 3.000 portugueses.

La flota inglesa, mandada por lord Hay, tenía a disposición de los generales enemigos sus tropas y su material.

La línea del Ebro y las plazas fortificadas de Logroño, Haro y Miranda hacían impracticables para nuestras incursiones las fértiles llanuras de Castilla.

Bilbao, Portugalete, San Sebastián, Pasajes, Pamplona, Vitoria y hasta la pequeña Puente la Reina abundaban en víveres y en artillería pesada.

Las fronteras francesas estaban guarnecidas con tropas de línea, gendarmes y aduaneros, y la línea del mar, cubierta de cruces de España y de Inglaterra.

El angosto y desgraciado país carlista estaba herméticamente cerrado; morir de hambre era la única perspectiva de los soldados de Don Carlos que escapaban al acero enemigo.

Sus fuerzas en Navarra y en las provincias vascas consistían

entonces en 30.000 hombres de infantería, 1.500 de caballería y algunas baterías ligeras.

Si se considera que, según el padrón formado antes de la guerra, la población de estas provincias sólo ascendía a 500.000 almas, se encontrará enorme la cifra de nuestro ejército.

La infantería estaba organizada por batallones de 600 a 800 hombres.

El cuerpo extranjero, compuesto de desertores procedentes de Argel, era más débil y no contaba más de 450 hombres.

Los batallones guipuzcoanos se componían de 850 hombres: cada uno de ellos estaba dividido en dos compañías escogidas, una de granaderos y otra de cazadores, y en seis compañías del centro.

Un primero y un segundo comandante estaban a su cabeza.

Tres batallones formaban una Brigada; seis u ocho, según la provincia, una División.

Teníamos 44 batallones efectivos así organizados: uno de guías y once de Navarra; uno de guías y cinco de Alava; ocho de Guipúzcoa; ocho de Vizcaya; uno de granaderos y cuatro de Castilla; dos del Bajo Aragón, traídos a Navarra por el brigadier Quílez, y dos de Valencia, formados por reclutamientos hechos por Gómez, y, por último, el batallón extranjero.

No se comprende en este número una tropa de jóvenes y viejos venidos de Madrid, de antiguos servidores, de la Corte y de empleados.

Este batallón, poco numeroso, estaba en Bermeo y en Lequeitio encargado de la defensa de la costa.

Había, además, algunas compañías de inválidos empleadas en el servicio de fronteras, del lado de Francia. A mi llegada a Zugarra me había chocado un soldado de este Cuerpo: aquel mozo peludo, apostado a la puerta del comandante, había llamado mi atención por su aire tan poco militar.

Las tropas de línea llevaban capotes de paño gris, adornados con vueltas cuyo color variaba según las provincias, pantalones rojos y buenos zapatos.

En Aragón y en Castilla los soldados calzaban sandalias, calzado cómodo que las otras tropas comenzaban a imitar.

La boina azul con borla de color era el tocado general; sólo los zapadores se cubrían con la boina escarlata.

La del quinto batallón de Guipúzcoa era blanca y se llamaba de

*chapelzuris*, y algunos portugueses incorporados a los batallones de Castilla la llevaban verde.

El armamento consistía en un fusil de fabricación inglesa o francesa, que, las más de las veces, había sido tomado al enemigo. La canana, que contenía 40 cartuchos, iba delante y la bayoneta a la derecha.

Atado a la espalda se llevaba un saco de tela llamado morral.

Este traje y este armamento, que hubieran hecho un efecto deplorable en una parada, eran perfectamente adecuados a la guerra de montañas y a las marchas forzadas.

La caballería estaba compuesta exclusivamente de lanceros; algunos escuadrones, el primero y el segundo de Navarra (Manuelín y Osma), eran excelentes, pero mediocrementemente montados.

El armamento de estos escuadrones, compuestos de 100 caballos, consistía en un sable, dos pistolas y una lanza guarnecida de un gallardete rojo y amarillo.

Medio escuadrón llevaba carabinas o trabucos en vez de lanzas.

El hierro de las lanzas estaba fabricado con mucho cuidado según un modelo polaco; los sables eran rectos o ligeramente curvados, con anchas guardas.

Las sillas eran un término medio entre la antigua forma española y la de los dragones y estaban cubiertas con pieles de carnero.

El bocado, de forma oriental, no podía servir más que para los caballos españoles, porque sólo tenía un filete largo y curvado, sin falsa brida. Los caballos estaban ligeramente y bien equipados.

Todas las fuerzas de caballería usaban la boina roja, chaquetas cortas de paño pardo, verde o rojo, según los escuadrones; pantalón gris o rojo guarnecido de cuero y capote gris con cuello alto vuelto de rojo.

Los capotes de los trompetas eran rojos.

Como la organización de la caballería había sufrido numerosas modificaciones, no fué jamás posible establecer en ella una uniformidad perfecta (1).

La artillería era el punto flaco del ejército.

Los primeros cañones fundidos por el coronel Reina en las Améscoas, en tiempo de Zumalacárregui, eran muy mediocres. Des-

(1) Cuando el Infante tomó el mando constaba de seis escuadrones de Navarra, uno de Guipúzcoa, otro bien nutrido de Alava, otro vizcaíno, cuatro de Castilla y dos de Aragón (traídos por Quílez).

No incluimos el citado escuadrón de oficiales y la guardia.

pués se estableció una fundición y una Academia de Artillería en Oñate.

Más tarde un herrero de Vitoria, que se había establecido en Oñate, fabricó cañones con herraduras forjadas a martillo.

Eran excelentes y tan bien pulidos que relucían como el acero; y tan ligeros que una pieza del calibre de 16 libras no pesaba más que una pieza de cuatro en bronce (1).

En la retirada de Bilbao (Luchana) se perdieron varias piezas.

En 1837 toda la artillería consistía, según creo, en 16 ó 18 piezas de a cuatro, seis y ocho y algunos obuses; nunca nos fué de gran utilidad.

Nuestras fortalezas no podían ser comparadas con las del enemigo. Se componían de dos pequeños fuertes encima de Estella, provistos de ocho bocas de fuego, y otros fuertes en San Gregorio, Monjardín, Ciriza y Dos Hermanas, cada uno con dos cañones; uno sobre el Arga, junto a Belascoain, y en la línea de Zubiri cinco.

La plaza mejor fortificada era el antiguo castillo de Guevara, en Alava, reconstruido por Villarreal y guarnecido con 16 cañones.

Este punto tenía mucha importancia para aislar la guarnición de Vitoria.

En Vizcaya teníamos, además, dos cañones en la isla fortificada de San Nicolás, en el puerto de Lequeitio; dos en el castillo de Bermeo, y otros dos en el de San Antonio de Urquiola.

En Guipúzcoa: seis en el fuerte del parque de Irún; en el castillo de Fuenterrabía, ocho; en el convento de Hernani, cuatro, y en el reducto de Oriamendi, dos; en total: 63 cañones de grueso calibre.

Tales eran las circunstancias poco favorables en que se encontraba el Rey a fines de enero de 1837 cuando Su Majestad colocó a su sobrino el Infante don Sebastián a la cabeza del ejército.

Se puso como consejero del Príncipe y jefe de Estado Mayor al teniente general Vicente González Moreno, que, después de la derrota de Mendigorria por Córdoba, había sido alejado del mando.

Costó mucho al Rey que volviese al servicio activo un general cuya popularidad había desaparecido en el ejército.

Moreno, acostumbrado desde la infancia a las reglas severas

(1) Los dos hermanos Montenegro, oficiales muy capaces, estaban al frente de la artillería. Contrasta esta apreciación, que considero sincera, con la diatriba que puede leerse al final de este libro.

de la disciplina militar, no podía agradar al espíritu independiente de los vascos.

Las maneras frías y acompasadas del viejo general provocaban la antipatía de los soldados; es posible que no viera en su verdadero aspecto los elementos particulares de una guerra carlista y daba mucha importancia a las antiguas tradiciones españolas relativas a la disciplina militar; estos cuerpos de voluntarios, estas bandas de guerrillas, no querían ser mandadas como las tropas regulares o las guardias valonas.

La poca inteligencia que reinaba entre Moreno y los navarros se acentuó bien pronto con la elección que este general hizo para su Estado Mayor de oficiales instruidos y de buena familia, es verdad, pero que, aun habiendo servido bajo las órdenes de Fernando VII, eran de otras provincias del reino.

El Infante, por su parte, tenía una marcada preferencia por los vascos y navarros; parecía que entre ellos estaba a su sabor.

Cuando se formó su cuarto militar nombró a Villarreal como ayudante general; éste era alavés.

Elío, su secretario militar, era navarro, y también lo eran sus cuatro oficiales de ordenanza.

En las oficinas del Estado Mayor general se censuraban acerbamente las maneras indisciplinadas de los provincianos. En los salones del Infante, Moreno y sus partidarios eran objeto de amargas críticas.

Tal fué el origen de las querellas y de las diferencias que estorbaron más tarde todas las operaciones militares, de las intrigas que provocaron la desgracia de los mejores generales y que ocasionaron al fin la muerte, la traición y la pérdida deplorable de la causa carlista.

Si se hubiera aprovechado la victoria de Oriamendi, Madrid habría abierto sus puertas al Rey sin disparar un tiro.

Por el contrario, se dejó escapar la fortuna y se dejaron pasar dos meses en la mayor inactividad.

Los odios, las querellas, salieron a la superficie; las diferencias entre los partidarios del Infante y los de Moreno crecieron en tal medida que amenazaban estallar en hostilidades abiertas.

Los dos bandos intrigaban en la Corte por medio de sus partidarios y ambos espían el menor movimiento del Rey para administrar un golpe mortal a su adversario.

Había un ser misterioso que era el alma de todas las conspiraciones.

Sin embargo, no estaba investido de ningún carácter oficial.

Ni se le veía en la cámara del Rey, ni en las oficinas del Estado Mayor, ni en los salones del Infante.

Corpas era el prototipo invisible de esta secreta y poderosa influencia que algunas veces ha minado sordamente los más grandes Estados; tal era, sin duda, el carácter de los célebres directores de las camarillas que, desde Felipe II, colocados entre el Trono, los ministros y la nobleza, castigaban o recompensaban, elevaban o rebajaban a su antojo disfrutando de un poder inmenso sin dar la cara y sin que sus nombres figurasen en la Guía Oficial, siendo muchas veces ignorados hasta su muerte o su desaparición.

Esta especie de personajes existía aún hace cincuenta años. La camarilla del Rey de España recordaba el país de los lotófagos: una vez que se entraba en él era imposible salir (1).

Corpas nació en Granada y fué en su juventud cónsul en Faro (2); algunas irregularidades de que se hizo culpable le hicieron perder su puesto. Más tarde fué nombrado ministro residente en Hamburgo, destino que no llegó a ocupar, y después fué iniciado en todas las intrigas de la camarilla de Fernando VII.

En aquel tiempo era sumamente difícil ser admitido a las tertulias nocturnas que tenían lugar en un gabinete privado de las habitaciones del Rey, a las que eran invitadas las personas que designaba su favorito Ugarte (3); sucedía algunas veces que una perso-

(1) Vide *Des intrigues politiques qui, depuis 1823 jusq'en 1834, ont préparé le triomphe de la Révolution en Espagne, avec des renseignements biographiques sur Ferdinand VII, Zumalacarrégu, et autres, Par D... traduit de l'Espagnol par A. de M... Paris, Madame Gouillet, 1834.* In 8, IV, 187 páginas. Sospecho que el autor es Auguet de Saint Sylvain, barón de los Valles. En respuesta a este folleto salió otro, también anónimo, titulado *Reflexiones políticas sobre el estado actual en España por D. Guillermo A...* Madrid, 1834. In 8, II, 104 págs. Vide también Baroja, *Corpas el intrigante*, publica en *Siluetas románticas*. Corpas dió a luz en París otro folleto: *Précis historique de l'origine et des progrès de la rebellion d'Espagne, 1823.*

(2) Faro, en los Algarbes.

(3) Acerca de este privado, famoso en la historia contemporánea de España, he obtenido algunas noticias de un personaje de aquel tiempo que voy a transmitir por creerlas interesantes:

Don Antonio de Ugarte y Larrazábal fué en su juventud *paje de bolsa* de un ministro, algo así como *huissier de la chambre*, y maestro de música de danzas nacionales (maestro de bolero) en Madrid; más tarde estableció su oficina

na recibida en audiencia particular agradaba al Rey por el relato de anécdotas escandalosas o por sus observaciones críticas sobre los sucesos de actualidad; entonces el Monarca le invitaba directamente sin prevenir a su favorito.

Este, para quien todo estaba permitido, hacía uso, por su parte, de la misma libertad.

Cuando todos estaban reunidos llegaba Fernando VII con traje de casa y el cigarro en la boca, hablaba a uno y a otro de los más graves asuntos de Estado y oía las quejas y las denuncias contra las personas más eminentes; estas quejas y estas denuncias eran secretas, pero no por eso menos funestas para las víctimas.

Del seno de esta camarilla era de donde salía el Gobierno que mandaba en España.

Una vez obtenida la entrada ya no se perdía, salvo el caso de incurrir en desgracia.

---

de negocios, y llegó a entablar relaciones, antes de 1808, con el embajador ruso de entonces, Barón de Stroganoff.

Cuando estalló la guerra con Francia era un patriota exaltado, y su avisado ingenio utilizó sus antiguas relaciones rusas. Por medio de Cea Bermúdez, que había sido comerciante en Málaga y entonces estaba asociado con la casa Colubi y Cía., de San Petersburgo, Ugarte entabló relaciones con Rusia en favor de la causa española; fué a Cádiz y consiguió de la Regencia que Cea Bermúdez fuese nombrado cónsul español en San Petersburgo. Estos hábiles intermediarios consiguieron que en 1810 se establecieran con Rusia relaciones importantes y provechosas para España. Cuando se acabó la guerra, Ugarte era el hombre de confianza del Gabinete ruso en Madrid.

Fernando VII supo aprovechar las condiciones que tenía para la intriga, empleándole en muchos asuntos.

Ugarte continuó en inteligencia con el embajador ruso en esta época, Tatischeff. Fué postergado y desterrado por el ministro de Justicia, Torres, hasta que recobró la libertad en 1820, cuando la revolución de Riego. Fué en secreto a Madrid, donde, de acuerdo con Fernando VII, conspiró contra la revolución, sacrificando su fortuna.

Al derribarse la Constitución disfrutó de lleno los favores del Rey, obteniendo la compensación del sacrificio de su fortuna, y, por su influjo, se formó el Ministerio del Marqués de Casa Irujo cuando volvió el Rey de Cádiz. También fueron producto de su intervención los Gabinetes Ofalia y Cea Bermúdez; estos favoritos del Rey abandonaron a Ugarte, que obtuvo, sin embargo, la cartera diplomática de Turín y después de Florencia.

Fué sabido que hasta 1830 era considerado en España como un destierro el puesto más brillante en el extranjero, y así apreció su destino el omnipotente favorito. En 1829, a la caída de Cea Bermúdez, pudo volver a España, donde murió al año siguiente, sin haber logrado ver al Rey. (N. de L.)

Me han referido el modo singular de que se valió Corpas para obtener este favor.

Se envolvió en una larga capa, cubrió su cabeza con un tricordio, como iban las personas respetables que tenían la entrada franca, y se apostó junto a la puerta de escape de palacio, acechando su paso y con ellas se deslizó hasta la puerta de entrada del gabinete.

Llegado allí hizo una gran reverencia a Ugarte; éste creyó que venía por orden del Rey.

Cuando llegó Fernando VII y Corpas se le aproximó para besarle la mano el Rey le tomó por un protegido de Ugarte.

Corpas continuó frecuentando la tertulia y, cuando se tuvo conocimiento de la estratagema, se había hecho ya indispensable al favorito.

En tiempo de la Constitución se refugió en Francia con el general Quesada, supo mantenerse en el favor al restablecerse el antiguo orden de cosas en 1825 y obtuvo, por la intervención de su protector Ugarte, la embajada de Suiza.

Cuando cayó Cea Bermúdez perdió aquel puesto por el Duque del Infantado; a su vuelta a Madrid Fernando VII rehusó recibirlo, y fué desterrado a Sevilla, donde permaneció hasta la muerte del Rey.

Allí se relacionó con algunas notabilidades carlistas y trató de ganar Andalucía para la causa; pero, habiendo fracasado, se refugió en Portugal y más tarde en Francia.

Hacia algún tiempo que se había presentado en el teatro de la guerra y vivió en Tolosa.

Hay que confesar que casi nunca tuvo relación directa con el Rey, quien despreciaba su carácter.

Sus partidarios hicieron inútiles esfuerzos para que consiguiera la cartera de Estado (1). Corpas, a pesar de su influencia, no pudo entrar jamás en los Consejos de Carlos V.

Corpas, dotado de gran inteligencia y de una memoria prodigiosa, escribía y hablaba varias lenguas a la perfección; con un

---

(1) Al primer rumor de la posibilidad de este nombramiento los agentes diplomáticos de Carlos V en el extranjero se apresuraron a comunicar su disgusto al Rey y amenazaron con la dimisión de sus cargos. Los que más duramente se expresaron fueron el Marqués de Labrador, desde París, y Alcudia, desde Viena.

espíritu lleno de sutileza tejía todos los hilos de la intriga combiniéndolos a su voluntad.

La influencia que ejercía sobre tres de los hombres que estaban entonces en el poder no tenía límites (1).

Muchos de mis lectores encontrarán un poco romántica la aparición de este misterioso personaje; es cierto que un hombre como él no se hubiera hecho lugar en ninguna otra parte de Europa; pero España, que había permanecido estacionaria desde el tiempo de Felipe II, era una excepción y sus costumbres conservaban aún el sello de la Edad Media.

Las tempestades políticas no habían pasado los Pirineos.

España no había pasado por ese período de transición que sucede generalmente a los grandes sacudimientos. He aquí por qué se tocaban los extremos en este país: el fanatismo más exaltado junto a la incredulidad más completa, la lucha por el realismo y el vértigo republicano.

Los Gobiernos y los publicistas extranjeros han querido, equivocadamente, asimilar a su propio país esta tierra excepcional de España.

De ahí han nacido tantos juicios erróneos sobre las costumbres y sobre los actos, cuya justa apreciación no han encontrado por falta de conocimiento suficiente de sus hombres y de sus cosas.

Por eso yo no creo que hayan existido jamás verdaderos traidores durante esta larga guerra ni en uno ni en otro campo, ni siquiera en la intención, aunque esta acusación se haya repetido hasta la saciedad.

Si después de la batalla de Oriamendi se hubiera dado una ocupación activa a todos estos espíritus inquietos, en lugar de perder un tiempo precioso, todas estas intrigas, todas estas malas inteligencias que entorpecieron más tarde la buena marcha de los asuntos, no hubieran tenido tiempo para desarrollarse y desmoralizar al ejército.

Al día siguiente de la acción de Galdácano el Infante salió de Durango y llevó su cuartel general a Azcoitia, donde nos detuvimos ocho días.

Este pueblo encantador está situado a la entrada de un deli-

(1) Uno de ellos ha muerto; los otros acaso no vean con gusto que se les mencione.

cioso valle en medio del cual se eleva el magnífico monasterio de Loyola.

Desde allí se divisa Azpeitia, al otro lado de la calle que está rodeada de rocas escarpadas, en medio de las cuales se dibujan sombríos bloques de mármol que han servido para las columnas de Loyola. La carretera, bordeada de bonitos jardines, adornados de verde césped, atraviesa la villa.

Sus habitantes pasan por ser los más hermosos de las tres provincias.

En efecto, nunca había encontrado más imágenes bellas, y cuando el domingo, después de misa, se hallan los habitantes reunidos por centenas, no se ve un rostro que no sea agraciado.

Las mujeres tienen el talle fino y esbelto, los pies pequeños, las facciones regulares, los ojos grandes y negros, llenos de expresión, sombreados por largas pestañas.

Lo pasábamos muy bien en Azcoitia.

Yo habitaba la casa del Marqués de Narros, cuya amable familia me recibió con afectuosa cordialidad.

El palacio del Duque de Granada de Ega se había alhajado para el Infante. Un gran comedor y una galería de ventanas, desde la cual se divisaba todo el valle, nos reunía diariamente a la hora de comer.

El Infante, amable en extremo cuando se lo proponía, y que durante la campaña prescindía completamente de la fastidiosa etiqueta española, recibía todos los días en su mesa a su cuarto militar y a los oficiales superiores que llegaban al cuartel general.

Usaba de una gran indulgencia con los oficiales jóvenes que lo rodeaban y le gustaba tomar parte en nuestros juegos y bromas.

La instrucción de este joven Príncipe es profunda y variada, cosa bien rara en un Príncipe español.

Habla varias lenguas con mucha elegancia y cultiva la música y la pintura.

En medio de las discusiones más animadas tuve ocasión de admirar en él varias veces un profundo sentimiento de conveniencia y de dignidad.

Jamás permitía en su presencia apreciaciones ligeras sobre la religión o sobre las mujeres; pero admitía que se combatiera francamente su opinión sobre los acontecimientos o sobre las personas más eminentes, excepto el Rey, por el cual profesaba una profunda

veneración y del cual sólo hablaba con el más profundo respeto, aun en tiempos en que tenía motivos para lamentarse.

Habiendo entablado un día una discusión bastante viva con un jefe, éste perdió la serenidad hasta el punto de proponer al Infante una apuesta, sirviéndose de la locución familiar:

—Vamos, ¿qué apostamos?

El Príncipe respondió sonriendo:

—He aprendido a discutir, pero no a apostar.

Vivíamos muy agradablemente en Azcoitia; salones, billares; nada faltaba para nuestra diversión; nos hubiéramos creído a cien leguas del teatro de la guerra.

Durante un paseo a caballo tuve ocasión de visitar detenidamente el célebre monasterio de Loyola, construido por Carlos II, último Rey de la Casa de Habsburgo: sus armas, esculpidas en mármol blanco y en oro, adornan la puerta de entrada.

El edificio redondea su bóveda atrevida sobre la misma casa en que nació San Ignacio y la protege contra la intemperie de las estaciones y los rigores del tiempo.

Ha sido conservada cuidadosamente tal como era en vida del santo.

La celda de donde tantos sublimes pensamientos y tantas fervientes oraciones se elevaron al cielo parece bien humilde al lado de las bóvedas inmensas, los salones y las gigantescas escaleras que la rodean.

Un sentido profundo, un pensamiento delicado se oculta en esta veneración de sus discípulos, que han llegado a ser poderosos, hacia la pobre celda de su maestro.

¡Cuántos sabios preceptos, cuántas lecciones sublimes salieron de este escondido rincón para extenderse por todo el mundo, arraigar y producir frutos de salvación!

Al penetrar en este piadoso asilo, las vidas de Javier, Francisco de Regis, San Luis Gonzaga y tantos otros santos que han ilustrado con sus ejemplos y con sus obras esta Orden sabia y célebre, tan injustamente perseguida por la filosofía anticristiana moderna, desfilaron ante mis ojos y mis rodillas se doblaron involuntariamente.

El superior de Loyola, don Manuel Gil, uno de los hombres más distinguidos de España, era amigo íntimo del Infante. Conocía perfectamente la situación de la Corte del Rey y deploraba las querellas intestinas que comprometían su existencia y su porvenir.

Inspirado por un espíritu de paz, el ángel del buen consejo, para hablar como Bossuet, manifestaba sus propósitos siempre conciliadores y prudentes.

Lejos de estar inspirado por ese ciego fanatismo que muchos publicistas reprochan al clero de España, deseaba ver en manos de Carlos V la rama de olivo y no la corona de laurel.

Desgraciadamente, estos prudentes consejos, que sólo daba cuando eran solicitados, fueron seguidos muy pocas veces.

No se presentó en la Corte más que una o dos veces; todos sus cuidados y todo su tiempo estaban consagrados a la educación de sesenta jóvenes hijos de las mejores familias de las tres provincias.

Le secundaban en esta labor algunos miembros instruidos.

Había uno de América del Sur, otro de Bélgica y otro de Roma.

El monasterio quedó sin terminar a la muerte de Carlos II.

Carlos V prometió acabarlo una vez en el Trono de sus padres; el Gobierno actual acaba de suprimirlo.

Creo que algunas palabras sobre el clero español estarán aquí en su lugar.

Por las páginas precedentes se puede ver que yo consideraba como perniciosa la influencia que ejercía el partido ultraapostólico.

Pero, lejos de extenderse mi juicio a todo el clero, sólo se refiere a algunos intrigantes que siguieron a la Corte y a otros monjes que eran miembros de algunas Juntas provinciales.

En general, el clero español se ha mostrado el más sólido y el más resuelto apoyo de Carlos V.

El es quien llamó al pueblo a las armas; él es quien inspiró a los más tímidos la confianza en el éxito y la fe en el porvenir.

La existencia del clero está tan íntimamente ligada a la causa real que el último cura de lugar llegaba a ser elocuente cuando desde el púlpito predicaba la cruzada para la defensa del Altar y del Trono y bendecía las armas de los voluntarios confiando a su valor religioso el destino de su Príncipe y de su país.

¿Quién podría negar la parte inmensa que tomó el clero en la resistencia de España contra Napoleón?

Sus palabras de anatema, que se dirigían entonces contra los franceses, eran ahora lanzadas a voces contra los cristinos, a quienes se representaba como ateos, paganos, dignos de la execración de los siglos futuros.

He conocido un buen número de capellanes venerables que en

lo más fuerte de la pelea se arrojaban junto a los moribundos para llevarles los últimos consuelos.

Muchos de ellos han sido muertos, heridos, hechos prisioneros o despiadadamente asesinados por el enemigo.

Todos los carlistas se acuerdan de fray Guillermo, en Andoain, yendo al fuego cubierto con su capucha; del padre Ramón, que fué herido gravemente, en Oriamendi, en un brazo, y del viejo capellán de la primera división de Cataluña, fray Ignacio, que fué hecho prisionero en Esterrí y en seguida hecho pedazos por el enemigo, en el valle de Arán, en diciembre de 1838.

Formaba un contraste conmovedor el ver a estos santos padres la mañana de un combate haciendo oración al frente de los batallones y pidiendo a Dios la victoria para su bandera y la salud eterna para aquellos que no debían existir por la tarde, mientras las cantineras circulaban entre las filas enemigas distribuyendo aguardiente para excitar el valor de los pretendidos soldados de la libertad.

El segundo día de nuestra llegada a Azcoitia se recibió la noticia de que, mientras Espartero era rechazado hacia Bilbao, García y Zaratiegui, con la división navarra, habían derrotado al general Sarsfield delante de Pamplona. Hubo gran alegría en el cuartel general del Infante y se vitoreó a los navarros.

Por la noche se presentó al Infante una lista de más de 150 desertores que se habían presentado en las avanzadas reales.

Entre ellos había muchos extranjeros de la legión de Argel.

Este cuerpo de 6.000 hombres había sido vendido por Francia a España como un rebaño sin voluntad y sin destino.

Un buen día fueron embarcados en Orán y tomaron tierra en las costas de Cataluña. Su jefe, el general Bernelle, retuvo una parte del sueldo de cada soldado y con este dinero organizó tres escuadrones.

Los sujetos nada recomendables de todas las naciones que formaban esta tropa eran los verdaderos *lasquenetes* de la época.

Con la historia de estos hombres, desertores unos, y otros abrumados con algún crimen que los había desterrado de su patria, se hubiera podido urdir la trama de una novela fecunda en escenas atroces, en sucesos trágicos, en aventuras de filibusteros.

Muchos de ellos se habían encontrado dondequiera que desde hace veinte años hubiera silbado una bala en el nuevo o en el viejo continente.

Argel, Bélgica, don Pedro, don Miguel, la Legión extranjera, Brasil, las Repúblicas de América del Sur, las colonias holandesas, la insurrección de Polonia, los alborotos de Italia, Mahomet-Alí, la guerra de Grecia, los disturbios del Senegal y la campaña inglesa en la India, sin exceptuar Ab-del-Kader, todos los acontecimientos que estos nombres recuerdan habían tenido o reclutado sus representantes en la legión extranjera; y los episodios que se podrían citar de la vida de estos vagabundos iría más lejos que lo que la imaginación de los novelistas modernos ha podido crear de horrible y de inverosímil.

La mayor parte eran alemanes, de las provincias renanas y de Suabia.

Recuerdo, en particular, un mocetón largo y delgado, natural de Oehringen, que, al servicio de los cristinos, fué condenado a muerte por haber robado en una iglesia un crucifijo de plata.

Me contaba que no fué muy cómoda esta expedición; pero que el Cristo era tan pesado que esto le daba valor.

Se reconocía fácilmente a los alemanes por sus cabellos rubios y su cuerpo estirado.

Eran de un humor difícil, murmuraban sin cesar, eternos discutidores, grandes comedores y grandes bebedores.

Durante la marcha cantaban canciones frívolas que decían a los españoles ser sus himnos nacionales.

Infatigables, por lo demás, no dejaban de ser soldados útiles y tenían sus armas en el mejor estado.

Esto que acabo de decir no se refiere más que a los soldados llamados argelinos, o legión de Argel, cuyo tipo ha desaparecido de la tierra, porque Argelia y España han sido su tumba (1).

En cambio, la legión inglesa se componía de gentes incapaces para el servicio. Era la escoria de las calles de Londres; apenas sabían manejar sus armas y era preciso embriagarlos para hacerles entrar en fuego.

Un día en San Sebastián se hicieron tan mal las cuentas al repartir unas pagas atrasadas, que 300 de ellos se fueron con las manos vacías. Estos desertaron al instante y se vinieron con nosotros.

(1) En los últimos tiempos el nombre de argelinos había llegado a ser injurioso para los españoles; lo aplicaban a los extranjeros que servían con ellos, como en otro tiempo la palabra "gabacho", que al principio sólo se aplicaba a los habitantes del Pirineo y después sirvió para designar a todos los franceses que se establecieron en España. (N. de L.)

En el cuartel general no se sabía qué hacer de ellos; por fin, se confió su mando al coronel Merry, del cuarto del Infante, quien, por ser de origen inglés, hablaba su lengua. Antes de ocho días tuvo que suplicar que se le librase de aquella carga, diciendo que prefería la muerte al mando de tales soldados.

Entre las muchas quejas que se dieron de ellos, recuerdo una que es característica. Se había fijado el precio de una piastra (25 céntimos) a cada fusil que presentasen los desertores del enemigo. Presentáronse varios al coronel Merry con fusiles ingleses procedentes de la legión de Evans, lo cual no le extrañó al principio, y abonaba el importe del premio convenido; pero los mismos fusiles se los vendían unos a otros, presentándolos varias veces, para gastarse en vino el dinero robado de este modo.

Cuando entraban en un pueblo carlista su primer cuidado era desvalijar al patrón. En vano Merry había hecho aplicar los castigos más severos haciendo dar hasta trescientos palos a un soldado; los soportaban con una indiferencia estoica y al siguiente día volvían a sus depredaciones.

No hubo más remedio que deshacerse de esta detestable tropa, haciéndoles pasar la frontera bajo escolta.

En cuanto a los argelinos, hay que hacerles justicia: se batían con el valor y la serenidad de quien todo lo debe temer sin esperar nada.

Es sabido que el tratado de Durango excluía de la convención a las tropas extranjeras.

Esta medida ha sido criticada acerbamente por la Prensa inglesa.

Convengo en que no estaba conforme con los principios de humanidad generalmente admitidos, pero hay que tener en cuenta que en 1836 había caído en el campo enemigo tal cantidad de vagabundos y de malos sujetos de todas las naciones que era de temer que los Gobiernos pensasen en desembarazarse por este procedimiento de la hez de su población.

El decreto de Durango puso término a estos reclutamientos.

El escaso número de inválidos que volvieron a su patria, y especialmente los que en Londres sitiaban el hotel del embajador de España para reclamar el pago de sus atrasos, han demostrado la importancia de esta medida.

No quiero decir con esto que todos los prisioneros fueran fusi-

lados, sino que, una vez conocido el proyecto, esta clase de gente tenía ya pocas ganas de entrar a servir a los cristinos.

En cuanto a su aplicación, nunca ha sido tal como lo dicen los periódicos liberales.

La legión auxiliar francesa ha perecido casi enteramente en los campos de Huesca y de Barbastro. En cuanto a la legión inglesa ha sido víctima de su intemperancia casi por completo.

El 20 de marzo, aniversario del nacimiento del Rey, hubo una gran revista de las columnas volantes; el 31 se trasladó el cuartel general a Tolosa donde permaneció durante un mes.

En este tiempo hubo un canje de prisioneros con Espartero.

Cuando los 65 oficiales que fueron objeto de este canje se presentaron al Infante, reconocí entre ellos con alegría a uno de mis compatriotas, Bernardo de Plessen, ex teniente del 24 regimiento de infantería prusiana.

Había sido hecho prisionero en Luchana, llevado a Bilbao y tuvo que sufrir horriblemente.

Sus cabellos rubios y su acento lo denunciaron como extranjero y fué objeto de chacotas atroces y de tratos crueles.

Plessen, que no tenía otra cosa para vestirse, llevaba una especie de balandrán con mangas, que no está de moda en España.

Sus guardianes encontraron que le daba cierto aire monacal y diciendo que los monjes no deben de llevar barba, le arrancaron la suya, escupiéndole al rostro. Encerrado en una jaula de hierro, el populacho corría para verle y llenarle de injurias.

Entre la turba se encontraban algunas mujeres públicas, y estas desgraciadas criaturas, más caritativas que el resto del populacho, le hicieron la limosna de algunas monedas, con las cuales pudo procurarse un poco de sopa y una camisa.

Estas caritativas mujeres se compadecieron de su miseria; recordemos aquella frase de Schiller en *Cabale Und Liebe*: "Todas son compasivas".

Algunos días después de nuestra llegada a Tolosa me dijo el Infante que un alemán protestante, de la legión extranjera, quería hacerse bautizar y que le había rogado que fuera su padrino.

Sucedía frecuentemente que estos desherrapados se bautizaban de este modo varias veces para procurarse dinero y regalos.

Hablé con el neófito, nacido en Meiningen; había desertado sucesivamente del servicio de los holandeses, de los belgas, franceses, de los pedristas y de los cristinos y era a la sazón sargento.

Durante la marcha a través de Cataluña su amo, el coronel **Rahden**, lo perdió; había sido hecho prisionero y se escapó.

En diciembre de 1838 lo volví a encontrar en la parte más salvaje de Cataluña; era por entonces cirujano del batallón del coronel Castels, sin tener la menor ciencia del arte de curar. Yo lo llevé como cocinero durante dos semanas, pero guisaba mal y era bastante sucio.

Creí de mi deber prevenir al Conde de España de este abuso y ordenó su separación; pero el coronel Castels suplicó que se lo dejásemos, porque los soldados tenían la mayor confianza en su habilidad...

¡Por esto puede juzgarse cómo sería el resto de los cirujanos!

Durante nuestra agradable estancia en Tolosa asistí por primera vez a la ceremonia del besamanos.

Los que han visitado las dos Cortes de la Península conocen esta ceremonia a la que los españoles conceden gran importancia y cuyos días están señalados en el almanaque de Corte.

El Soberano o el Infante que celebra el besamanos está en medio del salón como un poste y los cortesanos desfilan uno a uno ante él, le hacen una reverencia y besan la mano, como si fuera una reliquia religiosa; todo ello en silencio, pues a lo sumo el Rey se digna decir alguna vez: "¿Cómo vas?"

Esta vez el Infante celebraba el cumpleaños de su madre; la ceremonia del besamanos le aburría, pero había que celebrarla para seguir la costumbre.

Todos vestían sus mejores galas. El Conde de Madeira llevaba su uniforme de general portugués, aunque servía en España desde mucho tiempo atrás. Elío su uniforme antiguo de la guardia real, en el que brillaban los entorchados de brigadier bordados por las monjas de Vergara.

Yo me puse mi rojo uniforme de Malta.

Acerca del lujo que se desplegaba en estas ocasiones hasta poco antes de la Revolución francesa se cuentan historias fabulosas.

Bajo el reinado de Fernando VI el lujo en el vestir que se desplegaba con tal ocasión era prodigioso.

Cuéntase que su favorito, el Marqués de la Ensenada, que era al mismo tiempo ministro de Hacienda, de Marina y de Ultramar, habiéndose procurado el dibujo del bordado de seda del traje que debía llevar el Rey, hizo ejecutar este último dibujo sobre el suyo en piedras preciosas.

Cuando se aproximó al Monarca vestido con estos magníficos arreos, el Rey frunció el entrecejo, y le dijo:

—¡Qué lujo, Ensenada!

—Señor —respondió el astuto cortesano, doblando la rodilla—, por las galas del criado se conoce la magnificencia del amo.

El Rey sonrió y no dijo más.

Al besamanos siguió una gran comida, y después desfilaron los comensales a pie y vestidos de gala por las calles de Tolosa, haciendo visitas.

Una visita en día de gala se tiene por un gran honor.

Un oficial que había llegado del extranjero hacía poco tiempo, von Rappard, llamó la atención con su uniforme del segundo regimiento de hulanos de Garde-Landwehr (defensa de la patria). Sólo el Infante y él llevaban un plumero sobre la gorra; los demás se tocaban con la boina, y el Infante, en los días de gala, con sombrero de general, engalonado ricamente.

Después de haber perdido un mes entero en conversaciones y en debates inútiles, se tomó la resolución de dar un golpe de efecto penetrando en el corazón de la monarquía para poner término a esta guerra interminable.

## III

**Arresto del general Eguía.—Salida de la expedición real.—Paso del Arga y del Aragón.—Batalla de Huesca y de Barbastro.—Paso del Cinca.—Travesía de Cataluña; batalla de Guisona.—Entrada en Solsona.—Los jefes catalanes.—Marcha hasta el Ebro.**

(De primeros de mayo a 28 junio 1837)

La atención general estaba pendiente de la gran expedición, de la que se hablaba desde abril y tenía tantos partidarios como adversarios; nadie se atrevía a exponer en voz alta su opinión porque estaba seguro de hallar una oposición violenta.

El Infante y los vasconavarros no aprobaban ni el tiempo ni la manera de su ejecución; creían que era demasiado pronto y que cuando llegase el tiempo de dar el golpe decisivo, era preciso reunir todas las fuerzas disponibles y dirigirse directamente sobre Madrid; pero antes se necesitaba forzar la línea del Ebro y derrotar a Espartero.

Durante la expedición el Rey debía quedar en las provincias; su presencia no haría más que aumentar la responsabilidad de los jefes y retardar la marcha de las operaciones.

El Conde de Casa-Eguía, que vivía retirado en Tolosa, se expresaba en este sentido con mucha vehemencia.

Es probable que se quejasen de ello al Rey, porque este viejo general fué llamado a la Corte de Estella, y, cuando declaró abiertamente su opinión poco favorable hacia las personas que rodeaban al Rey, fué tratado con mucha severidad y relegado al fuerte de San Gregorio. Se dice que al final de una audiencia se le intimó

la orden de ir a Turín, y habiendo el Conde alegado su mucha edad, su poco conocimiento de la diplomacia y la escasez de sus recursos, el Rey, enojado, ordenó su prisión. No puedo apreciar hasta qué punto es exacta esta historia; pero esta medida de rigor contra un anciano y fiel servidor produjo el más deplorable efecto.

Eguía había sido teniente general en Galicia con Fernando VII; sus principios monárquicos le expusieron a las iras de los revolucionarios.

Todos saben que perdió la mano derecha y dos dedos de la izquierda al abrir una carta llena de una materia explosiva.

Era lamentable ver a un viejo militar, de cuyos sentimientos de lealtad no podía dudar el Rey, desterrado en una triste fortaleza, en la cima de una montaña por algunas palabras escapadas a su sinceridad.

Castigar a un hombre como éste era apartar a las personas sinceramente afectas; era cometer una falta irreparable.

Moreno, sus partidarios y todo el que pertenecía al partido castellano apresuraron la ejecución del plan de esta gran expedición, bajo el mando directo del Rey; se valoró esta tentativa presentándola bajo su aspecto más brillante.

Navarra y las provincias vascas gemían desde cuatro años atrás bajo el peso de la guerra; para aliviarlas y para dar una base más amplia a las operaciones, era necesario generalizar las hostilidades.

A pesar del éxito que en el antiguo teatro de la guerra se había obtenido contra el enemigo, sin embargo, no se puede negar que nada notable ni decisivo se había podido conseguir desde los tiempos de Zumalacárregui.

Los resultados favorables no se habían extendido nunca al cuerpo expedicionario ni a las partidas carlistas del resto de España.

La razón principal de ello era que se dudaba todavía de la presencia de Carlos V, y era preciso que el Rey se dejara ver del pueblo.

Su vista electrizaría a todas las provincias de España y daría valor a los más tímidos.

Las guerrillas de Cataluña aumentarían; el partido de Cabrera en Aragón, Valencia y Murcia vendría a ser tan pujante que ni Oráa ni el barón de Meer podrían atajar sus progresos siempre crecientes.

Por todas partes el pueblo, presto a reconocer a su Rey legítimo, pediría las armas para sublevarse en su favor.

Era urgente secundar todas estas disposiciones.

El Gobierno enemigo se vería entonces obligado a dividir en cien fracciones su último ejército, a fin de combatir y perseguir a las nuevas partidas.

Madrid se rendiría sin disparar un tiro, asegurando al Rey la victoria y la Corona.

Resuelta la operación, se rodearon del mayor secreto los preparativos.

Para llamar la atención del enemigo hacia otro punto se trasladó el cuartel general de Tolosa a Hernani el 2 de mayo.

Parecía que íbamos a pasar mucho tiempo en esta plaza, porque se reunieron muchas tropas en ella.

Al día siguiente, en la llanura de Oriamendi, el Infante condecoró con la cruz de la Orden, que el Rey había creado en memoria del triunfo, a los batallones que habían combatido el 16 de marzo.

Espartero parecía temer un ataque contra la línea de San Sebastián, y llevó sus tropas sobre este punto.

El 3 y el 4 estuvimos frente al enemigo y hubo pequeñas escaramuzas.

En este tiempo se presentó en el cuartel general un oficial prusiano, el Barón Guillermo de Rahden, hoy general de brigada, que hizo su nombre recomendable en el ejército carlista por los servicios que no cesó de prestar.

Este oficial se estrenó con un acto de valor que le granjeó la estimación general (1).

El 11 de mayo, a las once de la noche, se dió la orden de marcha.

Las columnas volantes salieron en el más profundo silencio por

(1) Rahden se presentó en Hernani al Infante un día en que hubo una pequeña escaramuza y se agregó como voluntario a un batallón de infantería. Su compañero de filas fué muerto y Rahden empuñó su fusil, se cifó la cartuchera y avanzó cincuenta pasos delante de los suyos y consiguió, poniendo su pañuelo como bandera en la punta de su fusil, rehacer a los soldados, que ya se retiraban, y mantener su puesto hasta que llegaron refuerzos, disparando todos sus cartuchos.

Este hecho de arrojo le valió la estimación general, que supo conservar durante toda su permanencia en España.

la carretera de Tolosa, que atravesaron a las dos; a las siete llegamos a Betelu.

Pasamos al día siguiente por Lecumberri y el fuerte de las Dos Hermanas, que cierra los valles de Navarra, y entramos en la barranca de Araquil, teatro de las primeras victorias de Zumalacáregui.

A mediodía se hizo un alto en Irurzun y después se siguió la marcha por Villanueva y por un país montañoso y muy pintoresco hasta Huarte Araquil.

Por la noche un correo trajo la noticia de que Espartero, habiendo tenido noticia de la aproximación del Infante, había embarcado sus tropas a toda prisa en San Sebastián.

El 14 por la mañana, día de Pentecostés, dejamos la carretera para internarnos en las gargantas cubiertas de bosques y estranguladas por las abruptas sierras que comunican la llanada de Estella con la barranca.

Franqueada la montaña, se tomó un descanso en una venta (Zumbelz) y por la tarde se estableció el cuartel general en Abárzuza, a hora y media de Estella.

Las tropas acamparon junto al pueblo y el Infante se trasladó a caballo junto al Rey, a Estella.

Esta ciudad, que contaba 5.000 habitantes, era la más importante de Navarra que poseíamos; Durango en Vizcaya, Oñate y Tolosa en Guipúzcoa y Estella eran denominadas, en broma, las cuatro Cortes, porque la Corte andaba de una a otra casi continuamente.

Estella tenía una plaza regular, algunas casonas hidalgas, varias iglesias y conventos; estaba rodeada de muros aspillorados, dominada por dos fortines asentados en alturas próximas y no dejaba de inspirar algún respeto la vista de estas defensas.

Cuando se penetraba en las viviendas contrastaba desagradablemente su extremada suciedad, comparada con la pulcritud holandesa de las casas vascas.

Los alimentos y el vino son también peores que en las provincias vascas.

El carácter es, asimismo, muy diferente.

Los vascos unen a una gran altivez aristocrática ciertas ideas de libertad republicana y hasta en las clases inferiores se encuentra una urbanidad que no he visto en ninguna parte.

Se reportan ante los extranjeros, y saben evitar en la conversación aquello que les pudiera molestar.

Ni tienen la meticulosa y pesada cortesía de los demás españoles ni la rudeza de los navarros, cuyo tono, aun cuando quieren ser amables, está lleno de rudeza.

Cuando os aborda un navarro su "usted", saliendo del fondo de las fauces, suena ya como una altanería.

Sospecho que han tomado estas formas acerbas de sus vecinos los aragoneses, que pasan por ser el pueblo menos educado de la Península (1). Y, sin embargo, han tenido tiempo de perder estos malos hábitos desde el tiempo de Don Alfonso *el Batallador*, en que se separaron de Aragón, hace seiscientos años.

El 15 por la noche el Rey dejó Estella y fué a descansar a Salinas de Oro, seguido de la Corte, de los ministros y de su guardia.

El 16 salió el Infante de Abárzuza y llegó a Ciriza, a orillas del Arga. La Corte estaba en Echauri y el valle de este nombre era el punto designado para reunirse las tropas de la expedición.

Moreno había designado 20 batallones, 1.200 caballos y ocho piezas de grueso calibre; pero, sea por mala inteligencia o por mala voluntad, faltaron a la concentración cuatro batallones guipuzcoanos y la artillería fué devuelta a Estella, con el pretexto de que entorpecería la marcha en los caminos de montaña.

He aquí cómo pasaron el Arga las tropas el día 17: rodeando la persona del Rey iban los guardias de Corps, los alabarderos y el escuadrón de oficiales, mandados por el general don Simón de la Torre (que se pasó al enemigo con Maroto).

El Infante iba acompañado de una escolta de 40 guías a caballo, mandados por el teniente coronel Crespy, hermano del Conde de Orgaz.

La vanguardia, formada por el primer escuadrón de Navarra, el batallón de guías y los tres batallones navarros, iba al mando del general Sanz.

En el centro formaban los alaveses, con el general Sopedana; cuatro batallones de Castilla, con Cuevillas; dos de Aragón, con Quilez; el batallón de granaderos, a las órdenes del coronel Krayevinkel, un walón, y el de extranjeros, a las del teniente coronel Sabatier, un vendeano.

(1) Dejamos los comentarios, más o menos amargos, a la iniciativa libre del lector.

En total, 16 batallones.

La caballería iba mandada por el general Conde del Prado (1), los coroneles Reina, Segovia y Martínez formaban su Estado Mayor. La caballería constaba del tercero y cuarto regimientos, dos escuadrones aragoneses y uno de Alava.

Se habían agregado algunos soldados de artillería para servir las piezas que se tomaran al enemigo; de éstos formaba parte Plessen, de quien he hablado antes.

Seguían a la expedición y entorpecían la marcha una turba de generales, de oficiales, de jefes que no tenían soldados, de gentes inútiles, caballos, mulas, criados y equipajes. Esta gente se eclipsó durante algún tiempo y no se dejaron ver hasta que el enemigo les obligó a cobijarse bajo el amparo del Cuartel Real, de donde no se tuvo la crueldad de alejarlos.

A las dos de la tarde las tropas pasaron el Arga. Al salir de Ciriza fué destituido de su cargo de secretario militar del Infante el general Elío, víctima del partido dominante. Sé que esta medida afligió profundamente al general, cuya separación del Infante le fué muy dolorosa, y que la atribuyó a intrigas de una persona que no tuvo la menor participación en ello y que era muy afecta a Elío; si llega a leer estas líneas reconocerá su error (2).

Elío había gozado siempre de la confianza de su jefe, a quien esta medida produjo el más vivo disgusto. Elío había sido el amigo y el confidente del Infante, que se encontró aislado al separarse de él; sólo le quedaba una persona afecta, su capellán fray An-

(1) Cuenta el Barón von Rallden en sus "Andanzas de un antiguo soldado" cómo conoció al Conde del Prado. Fué presentado a él por el Príncipe Lichnowsky en unión de otro alemán, von Rappard, y como especial título de éste dijo el Príncipe al Conde que había servido en la guardia de a caballo del Rey de Prusia.

—Bien, muy bien —exclamó el general—. Yo le conozco mucho al Rey de Prusia. ¡Es Bernadotte!

—Sí, señor; es Bernadotte, y la Princesa Victoria es nuestra Reina —repuso Lichnowsky burlándose de la crasa ignorancia del general.

—¿Cómo? —replicó algo escamado el general—. Y aquí terminó la conversación.

Rappard soltó un terno y agregó:

—¡Y que semejante c... sea un jefe!

Esto sucedía en mayo de 1837.

(2) Se dijo que Elío era partidario de la independencia navarra y que veía con disgusto la expedición a Castilla.

tonlo Sanz, que pensaba, en algunas materias, de manera distinta a la de Elío.

En el diario de un compañero de guerra he escrito, como glosa marginal, los siguientes detalles sobre esta maravillosa aparición: Gobierno de frailes (teocracia), inquisición y jesuitismo son palabras borradas del léxico liberal. Discutidas y tergiversadas desde hace cincuenta años, la definición de las mismas apenas si nos ha llegado históricamente. Por eso debemos admirarnos de que en España subsistan algunos vestigios de aquellas formas de gobierno que no se han podido desarraigar por completo desde el tiempo de Felipe II.

Fray Antonio Sanz poseía, como Cisneros y Alberoni, la pureza de costumbres y la persuasión; humilde en medio de su grandeza, sólo le guiaba el bien de sus semejantes.

Jamás solicitó un favor para sí mismo.

Poseía un gran conocimiento de los hombres y de las cosas y sus consejos eran sabios y prudentes. Es preciso haber visto la mirada plácida de este hombre para comprender la sublimidad de su alma. Su bondad no tenía límites; nunca se le acercó un desgraciado que no hallase alivio en sus miserias, consuelo en sus dolores.

Lo único que exigía a cambio de los innumerables beneficios que prodigaba era que no se supiera, que el favor permaneciese ignorado.

Don fray Antonio Gervasio de Sanz y Sanz pudo haber nacido aquí o allí; su actuación siempre será la misma. Nadie ha sabido el mucho bien que hizo dondequiera que intervino para consolar, socorrer y aconsejar.

Quien encuentre exagerada esta imagen que piense que es el mayor elogio que puede prodigarse al original y al retrato.

Apelo al testimonio de cuantos conocieron a Sanz, sea junto al Infante, en la campaña de 1837, sea cuando estaba de consejero de Cabrera. Estoy seguro de que ninguno de ellos desmentirá mis palabras.

Después de una hora de marcha vivaqueamos cerca de un pobre lugar llamado Paternain.

A pesar de los largos preparativos que precedieron a la expedición, estaba tan mal organizada que no se habían previsto víveres para ocho días, aunque era de sospechar que no se encontrasen en el país que íbamos a atravesar.

En Paternain se comenzó a sentir la falta, que fué haciéndose más sensible los días siguientes.

De ello era culpable el general Moreno, siempre tan misterioso, que no quería decir a los intendentes lo que se iba a hacer al día siguiente, y muchas veces, cuando llegábamos al vivac después de una jornada fatigosa, faltaban los víveres para las tropas y el forraje para los caballos.

Nada se había prevenido.

Ni había armeros, ni fraguas de campaña, ni pontones, sino una gran cantidad de mulas cargadas de bagajes inútiles.

Sucedió más de una vez que, al caminar por un sendero estrecho, las cajas y las maletas caían al suelo y tenían que detenerse columnas enteras.

Aleccionado por estas molestias diarias, yo me había procurado dos cofres de igual dimensión que sujetaba al baste de mi mula por medio de ganchos y de anillas.

Este excelente animal, fuerte y alto de talla, era de la noble raza del Ampourdan, y tenía los remos tan finos como un caballo árabe.

En menos de dos minutos podía ser cargada y descargada y puesta la carga en perfecto equilibrio, sin que pudiera desatarse.

Los españoles admiraron mucho la sencillez de este mecanismo, pero ninguno lo imitó, que yo sepa.

Ataban sus bagajes con una infinidad de cuerdas que daban vueltas alrededor de la silla, lo que no impedía que se soltasen varias veces al día, haciendo perder mucho tiempo.

Cuando nos deteníamos a descansar yo me apresuraba a descargarme mi mula, mientras que las otras permanecían encorvadas bajo el peso de su carga.

A buen seguro, si la mula es un animal razonable, según parece, hay que sospechar que la suerte de la mía habrá sido envidiada por las demás.

El 18 pasamos ante un gran acueducto romano (1) y nos alojamos aquella noche en Salinas de Monreal, situado sobre la carretera de Zaragoza. El 19 atravesamos una de esas áridas llanuras cuyo suelo, de un rojo pardo, abierto con anchas grietas, anuncia la proximidad del Alto Aragón.

(1) Lo que Lichnowsky tomó, visto de lejos, por un acueducto romano es el de Noain, que conduce las aguas de Subiza a Pamplona, construido en 1795.

A las cinco llegamos a Gallipienzo, fortificado entonces y abandonado hoy, que domina una altura aislada.

El río Aragón, que corre por allí cerca, constituye la frontera del reino.

Dos de los arcos del puente de piedra habían sido saltados, y remediamos el mal imperfectamente poniendo en su lugar unos tablonés.

Los caballos tenían que pasar uno a uno por este puente vacilante, y la tropa tardó toda la noche en pasarlo.

Hubo muchos desórdenes durante el paso, y recuerdo que al cura Merino le robaron un par de botas nuevas.

El viejo guerrillero, reverenciado como un santo entre la tropa, publicó el robo, intimando la restitución; dos horas después las botas estaban en el saco sobre el caballo que llevaba el equipaje del cura Merino.

Acampamos junto al río Aragón, en una campiña alegre, llena de árboles frutales. Los zapadores de la legión extranjera construyeron una barraca para el Infante, cantando el aire de los bandidos de Schiller.

Pasamos buena parte de la noche tumbados junto a grandes fogatas, bebiendo y conversando.

El tiempo era suave; millares de estrellas brillaban en este cielo meridional.

Las sombrías aguas del Aragón reflejaban el brillo de las estrellas y el de nuestras hogueras, hasta que los primeros rayos de la aurora borraron este cuadro pintoresco, no viéndose ya más que los tonos tristes y uniformes del suelo de esta región.

El Rey pasó la noche a tres leguas de nuestro campamento, en Cáseda; cerca de allí había un cuartel fortificado y una cabeza de puente sobre el Aragón.

La guarnición, de 70 hombres, se rindió y fué incorporada a nuestras filas.

Esta facilidad de alistar a los prisioneros ha sido siempre perniciosa; desertaban a la primera ocasión y ejercían una influencia malsana en el espíritu de nuestras tropas.

El día 20 el Rey y el Infante dirigieron al ejército una proclama que se imprimió y distribuyó; algunos malhechores fueron castigados.

El país era cada vez más árido; es desesperante atravesar estas planicies desiertas.

De pronto se divisa un poblado y se va alejando en el horizonte cuando se aproxima a él, como si fuera un fenómeno de espejismo, y sólo se llega al cabo de algunas horas de marcha.

Era ya tarde cuando llegamos a Castilliscar, miserable lugar de cristinos; éramos los primeros carlistas que entraban en él.

El Alto Aragón nos era hostil en general; las altas mesetas, defendidas por fortines, eran raramente visitadas por las guerrillas carlistas.

Por lo demás, el país era demasiado pobre y miserable para que pudiera sentir ningún entusiasmo.

Durante esta noche tuvimos que continuar sufriendo la falta de víveres y de forrajes.

Al día siguiente se hizo una sopa de aceite, poniendo en ella a remojar pan de avena, negro y de un gusto destestable; el poco vino que se pudo procurar era amargo y sabía al pellejo en que se había transportado.

Al otro día nos pusimos en marcha muy de mañana; hacia el mediodía llegamos a Luna, pueblo realista, cuyos habitantes nos recibieron con alegría. Se dió a las fatigadas tropas doble ración de pan, carne y vino, y de este modo olvidaron la dieta pasada. Hasta el batallón extranjero parecía satisfecho, cosa difícil de obtener, pues estas gentes consumían una ración triple de la que basta a los sobrios españoles.

Descansamos el resto del día, y al otro llegamos al borde del impetuoso torrente del Gállego.

La caballería lo vadeó y se construyó con carretones una especie de puente para la infantería.

Nos detuvimos en Ormeza hasta que hubo atravesado el torrente toda la columna, y continuamos nuestra marcha hasta Lupiñén, donde vivaqueamos.

Al mediodía nos llegó aviso de que el general Iribarren venía en nuestra persecución con un cuerpo considerable y había llegado a Almudévar. Dimos poco crédito a esta noticia.

Reanudamos la marcha al nacer el día. El aspecto del país había cambiado; el sol lucía con vivos resplandores y sus rayos venían a quebrarse en el prisma triangular de las bayonetas que los reflejaban a través de los olivares.

Ante nosotros se mostraba Huesca, la antigua capital del Alto Aragón, asentada en anfiteatro sobre una estribación de la montaña.

Entramos a las diez en la ciudad; las tropas, con sus bandas

de música, desfilaron ante el Rey; se veían pocos habitantes; los hombres, urbanos en su mayor parte, habían huído, y las mujeres nos recibieron muy friamente.

El obispo de Huesca, que había jurado a Isabel II, se ocultó en su palacio, haciéndose pasar por enfermo.

El Rey ordenó que no fuera molestado, de modo que salimos de la ciudad sin que experimentara la menor incomodidad este prelado que había votado la muerte del Rey.

El Cabildo recibió a Carlos V a la puerta de la Catedral con un entusiasmo estudiado. El deán entonó un *Te Deum* para celebrar la entrada del Rey en la antigua capital de sus abuelos; pero cuando llegó al lugar en que se dice el nombre del Monarca, vaciló, y no pudimos evitar una sonrisa.

Sólo el Rey permaneció serio.

Después de la ceremonia fué con el Infante a alojarse en el Obispado; nosotros nos alojamos en la ciudad.

Los cuatro batallones navarros que formaban la vanguardia, a las órdenes de Sanz, vivaquearon en una altura cerca de la ermita de San Jorge para observar los movimientos del enemigo.

Estábamos comiendo a las tres con el Infante cuando llegó la noticia de que Iribarren estaba a la vista de la ciudad; montamos a caballo a toda prisa y, cuando atravesamos los arrabales, ya las granadas estallaban por encima de nuestras cabezas.

El enemigo había atravesado las llanuras con una actividad sorprendente y se desplegaba en orden de batalla frente al punto ocupado por los navarros.

El general Sanz le hizo frente, apoyándose, por un lado, en la ermita y, por el otro, en una altura próxima.

Iribarren tenía de 10 a 11.000 hombres de infantería, 1.000 caballos y 14 cañones.

Sanz resistió con sus escasas fuerzas durante una hora el ataque de la infantería y la caballería enemigas, hasta que el general Sopenana salió de la plaza con cinco batallones y atacó al enemigo.

La victoria se decidió en nuestro favor; desalojado el enemigo, se escalonó por masas para proteger la retirada en toda la línea. Su caballería hizo grandes esfuerzos para proteger a la infantería, que puso en cuidado a Iribarren, por medio de cargas reiteradas.

En este momento crítico Villarreal, con tres batallones y dos escuadrones, cayó sobre el ala izquierda del enemigo, produciendo en él el mayor desorden.

Los infantes huían en todas direcciones, poniéndose al abrigo de la caballería, que se esforzaba por cubrirlos con cargas desesperadas.

Su jefe, don Diego León, fué derribado de una lanzada; entonces acudieron tres batallones de refresco que acabaron de poner en fuga las masas enemigas.

La derrota fué completa; la obscuridad salvó a los diseminados del ejército vencido.

Su pérdida ascendía a 1.000 hombres muertos o heridos; sobre todo su caballería sufrió mucho.

Al día siguiente trajeron tal número de corazas que el Infante tuvo la idea de transformar en coraceros uno de nuestros escuadrones; pero fracasó este plan ante la obstinación de los soldados, que rehusaban cargarse con tan pesada armadura.

Las hermosas corazas inglesas fueron rechazadas y sirvieron para cocer el calderete en el vivac.

A parte de nuestra pérdida de 480 hombres, tuvimos que lamentar la de un excelente oficial, el coronel de caballería Segovia: al morir recomendó al Rey a sus cuatro hijos, que servían en su regimiento.

Entre los muertos se encontraba también un oficial prusiano, Otto von Rappard; había sido teniente del segundo regimiento de ulanos de la Guardia del Rey de Prusia. Una bala le destrozó la frente (1).

Se dató el boletín de la jornada en la ermita de San Jorge y en seguida entramos en Huesca.

Permanecimos allí dos días.

Se ha criticado severamente esta inactividad diciendo que el Infante hubiera debido perseguir y anonadar al enemigo y, en la consternación primera, Zaragoza hubiera abierto sus puertas a los vencedores. La línea del Ebro, llave de Madrid, hubiera caído en nuestro poder.

(1) Rappard es el prusiano de los largos bigotes de quien nos habla Rahden en "Aus Spaniens Bürgerkrieg". La víspera de morir se emocionó un poco von Rappard oyendo tararear al Marqués de Pina una tonada alemana del Oberón; acercó su caballo al de Rhaden y buscando su mano por debajo del capote se la estrechó, diciendo: "¡Viva la patria querida!" Luego, como avergonzado de esta debilidad, añadió: "¡Mañana a pelear!"

Al siguiente día fué la batalla de Huesca, en la que murió von Rappard.

Esta opinión ha sido emitida con frecuencia en el extranjero; pero no tiene fundamento, pues no es probable que las autoridades de una ciudad bien fortificada hubieran perdido la cabeza hasta el punto de rendirla sin resistencia.

Bastaba que cerrasen sus puertas para obligarnos a retroceder, no llevando ni artillería ni pontones para cruzar el Ebro, muy crecido en aquella estación.

Estando destruídos todos los puentes era imposible que las tropas pasasen el río ni se podría proveer de lo necesario al cuerpo expedicionario.

Estas circunstancias hicieron que se tomase la resolución de no aproximarse al Ebro hasta Barbastro para facilitar el contacto con Cabrera.

El 27 salimos de Huesca. Todos los asnos de la ciudad y de los contornos fueron requisados para el transporte de los heridos y colocados en el centro de la columna. Si la contemplación de los que sufren no fuera cosa tan triste nos hubiéramos reído de buena gana de las escenas cómicas que ofrecía este cortejo. Sobre todo los granaderos presentaban un aspecto singular encaramados en aquellas miserables monturas y arrastrando las piernas por el suelo.

Era de notar que la mayoría de los soldados navarros heridos lo estaban en el torso y los alaveses en las piernas. Los primeros habían defendido la ermita, que estaba rodeada de una tapia, mientras que los segundos lucharon a campo abierto.

Habíamos salido de Huesca a las cinco de la mañana; a las nueve atravesamos el Alcanadre y, después de una fatigosa marcha, llegamos por la noche a Barbastro.

Muy de mañana se oyó tocar generala y corrió la voz de que el enemigo entraba en la ciudad y se batía con nuestras tropas.

Don Sebastián envió algunos oficiales a reconocer el campo en la dirección en que se decía que estaba el enemigo; reinaba el desorden más espantoso y era casi imposible salir de la ciudad.

Las tropas se cruzaban, tropezando con la impedimenta y los equipajes. Se oían gritos de "¡traición!"

Nuestra entrada en esta ciudad se hizo con presagios funestos: ni un solo reverbero alumbraba las largas calles desiertas en las que sólo se oían nuestros pasos y los de nuestros caballos.

Recordábamos esta circunstancia y creíamos que Barbastro iba a ser nuestra tumba.

El Rey estaba en la Catedral, vestido con su uniforme de gala de coronel de la Guardia y adornado de todas las condecoraciones.

Se llevó su caballo a la puerta de la iglesia, pero él no quiso que se interrumpieran los oficios.

Una vez acabados, montó en su magnífico caballo llamado *el Emperador* y se presentó a los soldados, contra el parecer de los cortesanos, que temían a las balas de los disparos que hubieran podido hacer desde las ventanas.

Cuando las tropas lo vieron un grito unánime de "¡Viva el Rey!" resonó en los aires.

Mientras tanto habíamos subido al galope a una altura que domina la llanura de Barbastro y, habiendo examinado por todas partes el horizonte con ayuda de un excelente catalejo de fabricación inglesa, no pudimos descubrir al enemigo.

Villarreal no podía creer a sus propios ojos, y envió ordenanzas en todas direcciones, cuya vuelta esperamos sentados bajo un árbol que nos protegía de los ardores del sol.

Al cabo de una hora volvieron sin haber descubierto ninguna traza del enemigo.

No pudo averiguarse quiénes fueron los autores de esta alarma, a pesar de las pesquisas más minuciosas.

Desde aquel día se colocaron puestos avanzados en todas las alturas, lo cual, por una negligencia inconcebible, no se había hecho hasta entonces.

El 29, a mediodía, mientras que en el balcón del palacio del Marqués de Altasona, habitado por el Rey, fumábamos unos cigarrillos, se detuvo en la plaza una docena de jinetes vestidos de una manera extraña, montados unos en hermosos caballos y otros en jacos miserables.

Iban seguidos por 30 ó 40 hombres a pie, cubiertos por grandes mantas en forma de toga romana; una especie de gorro frigio encarnado, cuyo extremo colgaba hacia atrás, cubría su cabeza; todos llevaban sobre los hombros buenos fusiles.

El jefe de esta tropa era un hombre como de cincuenta años, de cabellos rojos, de cara bonachona y flemática y más bien parecía un cervecero bávaro que un jefe de partida español.

A pesar del mucho calor, llevaba un sobretodo pardo con **pleles** y las mangas bordadas como los uniformes de brigadier.

Una colección de cintas y de cruces adornaba su pecho y com-

pletaban este extraño atavío una montera de nutria en forma de melón, un ancho sable y un bastón con puño de oro.

Sobre la silla de su gran caballo negro llevaba una piel de oso adornada de una banda escarlata.

Cuando este singular personaje hizo su aparición en la sala de espera no pudimos contener la risa.

El se presentó con mucha gravedad, dando el nombre de don Bartolomé Porredón, llamado el *Ros de Eroles* (el Rojo de Eroles), brigadiez del Rey y jefe de la primera División del ejército de Cataluña.

Cuando supo que se aproximaba nuestra expedición había dejado los valles de Urgel para venir a nuestro encuentro.

A pesar de esta pomposa presentación, toda su división se reducía a cuatro batallones indisciplinados que apenas contaban 500 hombres cada uno.

Su vestimenta era la de los hombres que habíamos visto en la plaza.

Porredón traía cartas de la Junta de Cataluña que contenían quejas contra el comandante general Royo y una brillante relación de fuerzas.

Se había anunciado que esperaban al rey en esta extensa y rica provincia 23 batallones y que el pueblo se sublevaría en masa a su presencia. Se había designado a Solsona, capital de uno de los distritos carlistas, como punto de reunión de todos los jefes catalanes que rehusaban obedecer a Royo, pero que, a la voz del Rey, se apresurarían a unir sus fuerzas al grueso de la expedición.

Con este refuerzo, y siendo ya nuestro ejército superior al del enemigo, se podía pensar en amenazar las fértiles zonas de la costa o en marchar victoriosamente sobre el Ebro.

Con la unión de Cabrera sería posible transportar a Castilla el teatro de la guerra, llevándola al corazón de la Monarquía y amenazando a Madrid.

Aunque estos brillantes planes fuesen reproducidos a diario por los catalanes y en ellos tuvieran puesta su confianza, se comenzó a vislumbrar la posibilidad de una excursión a Cataluña.

Este proyecto encontró en la Corte muchos partidarios, que alegaban la necesidad de organizar militarmente las provincias bien dispuestas.

Cabrera insistía en vano en sus cartas para que se apresurase

el paso a la orilla derecha del Ebro, designando los puntos más favorables y prometiendo acudir el día señalado.

Parecía que se olvidaban de Cabrera y del fin de la expedición, y se resolvió entrar en Cataluña al cabo de cuatro días de discusiones inútiles, que dieron tiempo al enemigo para reunirse y ponerse en marcha.

El 2 de junio, al clarear la aurora, se señaló la presencia del enemigo y los dos ejércitos se encontraron a la vista.

La columna de Oráa se había unido a los restos del cuerpo de Iribarren y formaba sus masas en las alturas de Fornillos y de Permisán.

Nuestras tropas tomaron posiciones en las alturas y montículos próximos a Barbastro.

El flanco derecho se apoyaba en una colina coronada por una capilla; el izquierdo se extendía por la carretera, un camino hondo que la cruzaba y la altura más cercana.

A medio cuarto de legua de la pendiente opuesta a Barbastro se extendía un pequeño valle atravesado por un arroyo que nos separaba del enemigo.

A las once los gastadores avanzaron hasta el borde del arroyo, y al medio día comenzó Oráa el fuego en toda la línea apoyado por una numerosa artillería.

Sus fuerzas se elevaban a 24 batallones y 2.000 caballos, doble número de las que tenía el enemigo en Huesca.

Dirigióse el primer ataque contra nuestra centro, pero fué rechazado, y entonces el enemigo intentó envolver nuestro flanco derecho.

La acción estaba indecisa hasta que nuestras masas se replegaron hacia unos olivares. Después de esta maniobra decisiva, atraída la caballería enemiga a un terreno desigual y arbolado, fué rechazada con grave pérdida, y la legión extrajera, que avanzó para sostenerla, fué aniquilada casi por completo, siendo muerto su brigadier Conrad (1). El enemigo comenzó entonces a ceder.

Oráa dirigió todas sus fuerzas contra nuestra izquierda, pero sus ataques fracasaron y la guardia de los cristinos fué rechazada al pie de la altura.

(1) Acerca de la muerte del bravo Conrad y de su historia véase el libro de Paul Azán: "La légion étrangère en Espagne, 1835-1838." París, Charles-Lavuzelle, sin a.

Un nuevo ataque contra nuestro centro tuvo el mismo resultado; el enemigo, batido en toda la línea, tocó retirada, que se inició con orden, pero que se convirtió en huida general cuando los nuestros se lanzaron a su persecución.

A las cinco de la tarde se presentó una columna enemiga de cuatro a cinco mil hombres a un media legua de distancia, pero había llegado tarde y sólo sirvió para cubrir la retirada del grueso de las fuerzas y para reunir a los fugitivos.

Una hora después el enemigo había desaparecido detrás de los montes. A las siete el Infante dictó el boletín en el campo de batalla. Nuestra pérdida ascendió a 500 hombres puestos fuera de combate; la del enemigo, a 2.000.

El combate de Barbastro se tuvo como la más brillante victoria de esta expedición. Habían maniobrado grandes masas de una manera regular; y los dos viejos generales que se hallaron frente a frente parecían adivinarse, de modo que, apenas iniciados algunos movimientos en uno de los campos, surgía la respuesta en el otro.

Los dos bandos combatieron con gran encarnizamiento; fué horrible el momento en que las dos legiones extranjeras se atacaron a la bayoneta entre los olivos; muchos de ellos se reconocieron, se llamaron en alemán o en francés y, antiguos camaradas, se desgarraban las entrañas.

Los españoles veían con una alegría feroz cómo los extranjeros se destrozaban mutuamente.

Por mi parte confieso que este espectáculo me causó una sensación penosísima.

Esta victoria tuvo una gran importancia para el ejército real; una derrota, cuya primera consecuencia hubiera sido nuestra salida de Barbastro, lo habría aniquilado, y, perseguidos por el enemigo, la corriente impetuosa del Cinca hubiera sido nuestra tumba.

Todas las probabilidades estaban contra nosotros; se había cometido una imprudencia al aceptar la batalla en posición tan desventajosa.

El resultado superó a todas las esperanzas y entonces, más que nunca, era el momento de acercarnos a Zaragoza, o, cuando menos, al Ebro.

Desgraciadamente esta victoria no hizo más que acentuar la obcecación y se persistió en ir a Cataluña. Muchos predijeron entonces un resultado funesto, predicción que no tardó mucho tiempo en ser una realidad.

El día siguiente se pasó en ceremonias religiosas para celebrar la victoria. El 4 nos pusimos en marcha. Los heridos fueron llevados a un depósito catalán, al otro lado del Cinca.

Las columnas llegaron a medianoche a orillas del río; los batallones de Porredón vivaquearon a la orilla opuesta.

A pesar de nuestra larga estancia en Barbastro, las medidas que se tomaron para el paso de las tropas eran deficientes; para el transporte de la infantería y los bagajes se había dispuesto dos barcas sujetas por unos cables, pero sólo cabían en ellas 50 hombres, de modo que el paso duró toda la noche, mientras que con un puente de barcas se hubiera hecho en una hora.

El torrente era tan rápido y tan profundo que varios jinetes y caballos perecieron al intentar atravesarlo.

Fuí testigo de un desgraciado accidente; el marqués de Altona, en cuya casa se había alojado el Rey, ofreció a éste, como soldado, a su hijo único.

Los padres equiparon cuidadosamente a este joven de dieciséis años, que ingresó como cadete en un regimiento de caballería. Pocas horas después de haber abandonado la casa paterna el desdichado joven se ahogaba en el torrente.

Las personas del séquito del Rey se inquietaban más por sus caballos y equipajes que por los soldados, que tuvieron que esperar hasta que hubo pasado el último portamantas.

A las dos de la mañana el Rey atravesó el torrente y fué a alojarse a un cuarto de legua más adelante, en Estada.

El Infante pasó la noche junto al agua. A las nueve de la mañana quedaba aún por pasar el cuarto batallón de Castilla (Princesa), cuando, de pronto, se cubrieron las alturas de enemigos, que hacían fuego contra los rezagados.

Villarreal colocó en las orillas algunas compañías, que contuvieran al enemigo, pero, a pesar de estas precauciones, fueron hechas prisioneras, a la vista de todo el ejército, después de haberse defendido desesperadamente con el agua a la cintura. El resto del batallón se salvó a nado y pudo llegar felizmente a la otra orilla.

Esta desgracia hubiera podido ser evitada si se hubiera pensado en los soldados más que en las mulas.

Un grito de indignación salió de todas las filas, y el 5 de junio de 1837 dejó un recuerdo amargo en el corazón de todos los soldados. Desde aquel día nadie se recataba en murmurar contra los despiadados intrigantes del Cuartel Real.

Las cuatro compañías del batallón de la Princesa fueron después vengadas. Este desgraciado suceso había puesto de mal humor a todo el mundo. Hasta entonces la expedición se asemejaba a una marcha triunfal, nadie pensaba en la posibilidad de un revés; pero ahora se había deshecho el encanto.

El 6 caminamos hasta Estopiñán, a través de caminos detestables, de veredas estrechas, expuestos a los rayos de un sol canicular y exhaustos siempre de víveres.

Los soldados no comían más que habas y, alguna vez, un poco de pescado. El pan escaseaba tanto que tuve que pagar tres pias-tras para conseguir uno.

Llegué muerto de hambre y de fatiga a mi alojamiento de Estopiñán y encontré a mis gentes en negociaciones para obtener a peso de oro algún alimento; pero su elocuencia quedó sin efecto; ni siquiera la vista de un doblón pudo convencer a mi huésped para que nos cediera una gallina, cuya existencia sospechamos a la vista de unas cáscaras de huevo que había en el patio.

Yo estaba decidido a acostarme en ayunas cuando mi asistente vino a decirme que había oído el canto de un gallo en la cuadra, bajo un montón de estiércol.

Nos apresuramos a quitar el estiércol; una gran piedra cubría una abertura; la levantamos y vimos con gran satisfacción un pozo seco que encerraba una docena de gallinas.

Un vasco que cuidaba mis caballos bajó al pozo y les cortó el cuello; iba a subir cargado con su botín cuando notó que había una puerta practicaba en el muro, la empujó y descubrió un almacén que contenía más de cien panes.

Este modo de esconder los víveres era frecuente en la región, y sólo cito este hecho para demostrar cuán hostiles nos eran los habitantes.

Al otro día pasamos el río Noguera-Ribagorzana, que separa Aragón de Cataluña. Hicimos cuatro leguas más por las montañas y acampamos en Auberola, en una miserable campiña.

A la falta de víveres hubo que añadir aquí la falta de agua, que había que ir a buscar a tres cuartos de legua, en un miserable torrente.

Por la noche, una lluvia copiosa nos caló hasta los huesos.

Los caballos se desataron y costó mucho tiempo recogerlos.

El hambre hizo cundir la insubordinación. Si el soldado espa-

ñol no fuese el soldado más sobrio del mundo hubieran sido muy graves las consecuencias de esta situación (1).

El 8 atravesamos el lugar de Tartaréu, donde la Corte había pasado la noche. Parece que nuestras privaciones iban a tener fin, porque entrábamos en un delicioso país de montaña; las alturas estaban cultivadas hasta la cumbre.

Los catalanes son el pueblo más industrial de España; allí donde no puede funcionar el arado es reemplazado por la mano del hombre y la azada remueve el último terrón.

Estos valles habían sufrido mucho con la guerra; atravesamos algunos hasta el pueblo de Avellanes, donde se pensó en remediar nuestras necesidades más apremiantes.

Al día siguiente franqueamos tres montañas, y en seguida el Noguera-Pallaresa. Esta jornada fué de lo más fatigosa, y por la noche llegamos agotados a Alós, en la orilla del Segre. Aquí nos horrorizó un acto inaudito de insubordinación. Un cadete mató a un oficial de un tiro de fusil.

El Infante reunió en seguida un Consejo de Guerra, y una hora después se fusiló al culpable en el mismo lugar en que cometió el crimen.

Durante la noche se construyó un puente y el 10 proseguimos nuestra marcha. A pesar de nuestra posición crítica, se seguían fomentando las ilusiones del Rey. Al atravesar el puente me dijo el Infante:

—¡Figúrese usted que se ha hecho creer al Rey que este puente señala la mitad de camino de nuestra campaña!

El paisaje entre el Noguera y el Segre es romántico y recuerda los valles del Tiro!; pero las privaciones que estábamos padeciendo hacían que fuéramos poco sensibles a los encantos de la naturaleza.

El país estaba devastado por la guerra y por una gran sequía. Las tropas sufrían, visiblemente agotadas por el hambre y por la

(1) El general Chassé decía a Rahden:

“Yo he mandado de casi todos los soldados de Europa; el más apreciado para mí es el español. Con ajo y carajo, con papel de cigarros y sol es capaz de marchar durante tres días seguidos y aguantar el hambre y la sed. Y su virtud principal es ¡que no razona!”

Rahden había servido en Holanda en 1835 y cuenta esta anécdota en su “Miguel Gómez”. Ein Lebenslichtbild, pág. 3, y añade que a los holandeses eso de la frugalidad les suena a fábula.

fatiga, y avanzaban a duras penas; ya no se oían aquellos cantos alegres que repetían los ecos de las montañas vascas cuando las bordeaban nuestros soldados; muchos caballos perecieron y sus jinetes seguían tristemente a pie a sus escuadrones arrastrando las sillas penosamente hasta que tenían que abandonarlas por la fatiga.

El cuerpo expedicionario estaba próximo a su destrucción sin haber experimentado derrotas.

A pesar del estado lamentable del ejército, que no era para inspirar mucha confianza, el Rey fué recibido en los distritos bien dispuestos con un entusiasmo que recordaba el de las provincias vascas; los habitantes venían de muy lejos a su encuentro; los lugares más pobres repicaban las campanas y se iluminaban las casas, y los hombres, arrodillados, tendían sus capas al paso del caballo del Rey.

Todo esto no impedía que, una vez pasadas las brillantes demostraciones de entusiasmo, nos acostásemos sin cenar.

El 10 por la noche nos detuvimos en Tudela de Cataluña. El 11 continuamos nuestra marcha hasta Agramunt, lugar fortificado con 100 hombres de guarnición.

Allí nos esperaba el ejército enemigo, el mismo que habíamos derrotado en Huesca, en Barbastro y sobre el Cinca; pero reforzado por el cuerpo del barón de Meer, capitán general de Cataluña.

Nos desviamos de Agramunt y tomamos a la derecha la dirección de Cervera.

El enemigo cambió sus posiciones y hostilizó sin descanso nuestra retaguardia.

El terreno desfavorable en que nos encontrábamos (atravesábamos una de las extensas planicies de Cataluña) nos obligó a una marcha forzada. A media noche llegamos a Concabella. El Rey se alojó a media legua de allí, en Gra, y el enemigo, que nos había seguido los pasos, se detuvo en Serma, plaza fortificada.

Después de haber deliberado prolijamente sobre nuestra crítica situación se resolvió salir muy de mañana, para evitar el encuentro en la llanura y poder llegar a las montañas próximas a Cervera; desgraciadamente no pudimos realizar este plan; nos acosamos con tristes presentimientos.

Apenas pudimos reunir algunos víveres y escasísimos forrajes; por la mañana hombres y caballos levantaron el campo casi en ayunas; se distribuyeron los últimos cartuchos.

El 12 de junio, a las diez de la mañana, el enemigo, en número

de 20.000 hombres, desplegó sus fuerzas sobre un altozano, frente a Concabella y Gra, donde nosotros estábamos.

A las once y media comenzó el fuego de artillería, colocada en su centro. Moreno dirigió el núcleo de nuestras fuerzas contra este punto, que fué atacado y defendido con encarnizamiento; parecía que la batalla se decidía por nosotros cuando Oráa lanzó toda su caballería contra nuestra ala derecha, que se extendía a lo largo de un pequeño bosque.

Este ala se componía de catalanes, mandados por Porredón, que, poco acostumbrados a combatir en campo abierto, no pudieron sostener el choque, y en un instante nos vimos envueltos por masas de caballería.

Los catalanes corrieron en desorden hacia nuestras filas y desorganizaron la columna principal, y la derrota fué general.

Solamente los granaderos del coronel Solana resistieron durante media hora, oponiendo una resistencia desesperada al empuje arrollador del enemigo; durante este tiempo nuestras tropas atravesaron un foso lleno de agua.

Dos batallones de Alava habían sido cortados por los granaderos a caballo, pero consiguieron abrirse paso a través de las filas enemigas con una bravura admirable.

Se consiguió reunir al otro lado del foso algunos escuadrones, que cubrieron la retirada y detuvieron al enemigo durante dos horas.

La columna real ganó las montañas y vivaqueó cuatro horas en Iborra, donde se logró restablecer el orden en nuestras filas, y se pudieron apreciar nuestras pérdidas, que ascendían a 400 hombres; entre los muertos estaba Bernard de Plessen; una bala de cañón le había llevado la cabeza.

El 13 marchamos hasta Biosca, lugar situado en medio de la sierra de Cadi, donde encontramos abundantes provisiones y, entre otras cosas, 4.000 raciones de cebada ocultas en cisternas.

El comandante general de Cataluña, Royo, se reunió aquí con el Rey, trayendo cuatro batallones y un escuadrón de caballería.

Sus tropas estaban mejor vestidas y mejor disciplinadas que las de Porredón y en más de una ocasión se han batido bien.

En el Estado Mayor de Royo iban varios oficiales distinguidos, entre otros el coronel vizconde Rochemore, realista francés.

Allí recibimos noticias de Cabrera. Dos de sus ayudantes de campo, los coroneles Arnau y Gaita nos trajeron la noticia de que

su general había salido a una expedición cuando recibió la orden de Barbastro de que se acercase al Ebro para facilitar el paso de la columna real, orden que obedeció inmediatamente.

El 14 por la noche dejamos Biosca y atrevesamos un país encantador. Las tropas vivaquearon entre la ermita de Torre de Nagó y el convento de Milagro, cuyos monjes habían sido expulsados, como los demás, de España; el cuartel general fué establecido en estas vastas construcciones desiertas.

El Rey y el Infante se alojaron en casa del prior, que tenía un balcón, desde el cual se divisaba un panorama delicioso.

Después de algunas horas concedidas al descanso, montamos a caballo y seguimos al Rey y al Infante a Solsona.

Las tropas continuaron en el vivac.

A las nueve llegamos a la ciudad, situada al borde de río Negro; sus fortificaciones son insignificantes, pero está defendida por un castillo, punto principal de ocupación de los carlistas de Cataluña.

Solsona, sitiada y tomada varias veces al enemigo, había tenido mucho que sufrir, había calles enteras inhabitadas, faltaban las puertas y ventanas en las casas; por todas partes se notaba la devastación de las guerras.

Salió a recibir al Rey a su entrada en la ciudad el presidente de la Junta, brigadier Orteu.

Los batallones catalanes cubrían el paso en las calles, y el pueblo demostraba su alegría con ruidosas exclamaciones.

Los obispos de Solsona y de Lérida, con todo el cabildo, esperaban al Rey a la puerta de la catedral, le dieron su bendición y le condujeron al palacio preparado para recibirlo.

Estos dos prelados tenían gran influencia entre los montañeses y catalanes. Un tercer obispo, el de Seo de Urgel, se había visto precisado a refugiarse en Francia.

El de Lérida se había refugiado junto al de Solsona y desde allí predicaban el levantamiento en defensa del Altar y del Trono.

Dejo el relato de la guerra de Cataluña para tiempos venideros, cuando tenga ocasión de permanecer más despacio en este país (1).

(1) Lichnowsky vino otra vez a Cataluña en 1838-1842, de vuelta de Portugal. Su estancia en Barcelona fué poco tranquila, y de ella nos da cuenta en su libro "Portugal. Erinnerungen aus dem Jahre, 1842. Mainz: Victor von Zabern, 1843". Hay dos traducciones portuguesas.

Sólo diré ahora algunas palabras acerca del estado de cosas en Cataluña cuando entramos en Solsona.

Royo era el cuarto comandante general nombrado por el Rey, y no había tenido más éxito que sus predecesores en la empresa de unir y ordenar las numerosas partidas que recorrían el país en todas direcciones.

Su autoridad era nominal más que real y se limitaba a establecer cierta relación entre las diversas expediciones organizadas por los jefes de partidas.

Como carecía de tropas de que disponer directamente tenía que unirse tan pronto a una como a otra guerrilla.

Su estancia habitual era Borredá, a tres leguas de Berga, donde permanecía rodeado de una pequeña escolta.

Siempre en querrela con la Junta, raramente visitaba Solsona.

Esta Junta, compuesta de frailes y de leguleyos, contrariaba sus planes de continuo, dificultaba la percepción de las contribuciones y se las apropiaba repartiéndose sus productos con los amigos que tenía en la Corte, donde intrigaba sin cesar.

Únicamente pudo Royo conseguir que cada partida mandada por un jefe tomase el nombre de batallón. Antes de esto cada una tomaba el nombre del jefe, que llamaba a los soldados "mi gente", y la tropa se llamaba "la gente" de tal o cual, como si fuesen criados.

La confusión se aumentaba con la costumbre que tenían los jefes catalanes de adoptar un nombre de guerra o apodo: Porredón, Pons, Ibáñez, Sobrevías, Tristany firmaban con sus nombres, pero sus guerrillas se llamaban la gente de *Ros de Eroles* (Rojo de Eroles), *Pep del Oli* (José del Olivo), *Larch des Copons* (Largo de Copons), *Muchacho*, *Mosén Benet*, hasta el punto de que los soldados ignoraban los verdaderos nombres de sus jefes.

Este abuso hacía imposible su destitución o su castigo.

Para poner remedio, Royo había formado 23 batallones, pero eran muy desiguales en número; algunos sólo tenían 200 hombres, otros, como el de guías de Tarragona, 900.

Esta organización defectuosa había inducido al Rey a error en Barbastro y había contribuido a la malhadada expedición de Cataluña, donde se contaba con batallones completos para una concentración oportuna.

Fuó en Solsona donde se conoció el verdadero estado de cosas, demasiado tarde.

Es verdad que muchos jefes vinieron a rendir acatamiento al Rey, pero la mayor parte tenían escasas fuerzas, y su fin principal era obtener ascensos y condecoraciones, para ellos y para sus oficiales.

Los salones del Obispado se llenaban todas las mañanas de tipos originales; todos pretendían ser héroes, todos querían mandar y ninguno obedecer; por todas partes se oían quejas amargas.

En lugar del cuadro halagador que nos pintaron en Barbastro nos encontramos en medio de una anarquía completa.

Los obispos de Solsona y de Lérida aconsejaban al Rey que quitase el mando a Royo, y se lo diera al cabecilla más fuerte, don Benito Tristany (conocido por el nombre de *Mosén Benet*), antes canónigo, que era enemigo de Royo y recorría con cinco batallones las llanuras que rodean a Barcelona.

Tristany se apresuró a venir, respondiendo a la invitación halagadora y apremiante del Rey, trayendo consigo algunas raciones de pan y un rebaño para las tropas de la expedición.

Tristany pasaba por el guerrillero más farruco y más expeditivo de España. Se cuentan de él cosas inauditas. Se dice que, cuando necesitaba dinero secuestraba a ricos propietarios y a los que no pagaban su rescate los colgaba encima de un pozo, hasta que obtenía la confesión del lugar donde ocultaban el dinero; algunas veces se rompió la cuerda y los desgraciados perecieron ahogados. Estas atrocidades eran conocidas, pero había que pasar por ello, pues se necesitaba de todos.

La figura franca y abierta de Tristany no estaba en armonía con su reputación.

A pesar de su cambio de vida y de su ropa, se adivinaba aún en sus maneras su antigua profesión. Era una mezcla extraña de cura y de soldado.

Su cabeza, que conservaba trazas de la tonsura, estaba cubierta con un gorro azul de cuartel; su traje consistía en un *spencer* pardo, una chaqueta roja y un ancho pantalón; llevaba enormes espuelas, un par de pistolas y un gran sable atado a la cintura. Vestido de esta manera se presentó a la audiencia, e hizo protestas del más profundo respeto al Rey, que le nombró mariscal de campo y segundo comandante general de Cataluña.

Aceptaba aparentemente todas las indicaciones, pero obraba a su capricho.

Tristany se puso tan orondo con esta distinción que prometió agregar sus tropas a la columna real.

Cuando tuvo ocasión, más adelante, de introducirse en las casas habitadas por el Rey, no pudo ocultar su sorpresa al ver que todo se pagaba en dinero contante.

—Yo —decía ingenuamente— me apropio lo que mejor me parece y sólo pago con un adiós.

Es inútil añadir que los demás jefes obraban de la misma manera, exceptuando Moreno, Villarreal, Zaratiegui y el Conde de España.

En el Cuartel Real se abonaban en el acto todas las provisiones, gallinas, chocolate, excepto los forrajes. Ni que decir tiene que no siempre se cumplía esta orden.

Tristany vivía con gran lujo comparado con las privaciones de los demás.

La fortuna de Tristany, fruto de sus rapiñas, se hacía ascender a 40.000 onzas (más de tres millones de pesetas) que, según decían, tenía escondidas en una cueva.

También había hecho una gran provisión de paño que se encontró en un agujero horadado en las rocas, estropeado ya, hasta el punto de que no servía para nada.

Se fijó nuestra marcha para el 19. La mitad del séquito del Rey debía quedar en Solsona con el ministro Sierra, que estaba enfermo, y entre otros, tres Grandes de España, gentileshombres del Rey, algunos capellanes y un caballero. Los heridos fueron confiados a los cuidados de la Junta.

A las cuatro de la mañana salimos de Solsona y ascendimos al pico más elevado de los montes que se hallan al oeste de la ciudad y que atraviesan el país desde Seo de Urgel hasta el Ebro.

Durante ocho horas trepamos por senderos más accesibles a las cabras que a los hombres; llegados a la altura vimos extenderse ante nosotros una inmensa llanura limitada por el mar.

Distinguimos también a simple vista dos fortalezas de primer orden, Cardona y Manresa, y en lontananza, los picos de Montserrat, coronados por 100 ermitas, cuya silueta peregrina parece la de una mano inmensa levantada hacia el cielo. Montserrat se ve de cualquier punto de Cataluña, dominando todas las alturas.

Al mediodía nos detuvimos en Castelladrall y al anochecer en Suria, a orillas del Cardoner.

Pasamos la noche siguiente al borde del Cardoner. El 20 nos

detuvimos algunas horas en la solitaria rectoría de San Sadurní de Callús, cuya población está diseminada, y por la noche vivaqueamos ante San Fructuoso, en la carretera de Manresa.

Había una pequeña guarnición defendiendo un punto fortificado, llamado San Pedor; le intimamos la rendición, rehusó rendirse y disparamos contra la guarnición con nuestro único cañón, fundido por Tristany.

Al octavo tiro reventó el cañón y llevó dos dedos al coronel de ingenieros Gordillo, que fué trasladado a Solsona, confiando el mando de su arma al coronel de Rahden.

Un nuevo ataque contra las barricadas de las calles fué rechazado, pero no fué un ataque serio, sino una manera de despistar al enemigo sobre la dirección efectiva que íbamos a tomar.

El barón de Meer, creyendo que la columna iba a pasar por Manresa, para penetrar en las llanuras de Barcelona y del Ampurdán, dirigió sus fuerzas hacia estos puntos.

Tan pronto como lo supimos renunciarnos a la toma de San Pedor y volvimos a Suria, de donde reanudamos la marcha el 24 y apresuradamente atravesamos las montañas.

Montserrat, Cardona, la gran llanura sembrada de innumerables pueblecillos, el mar, y en el horizonte un pequeño punto negro, Mallorca; todo esto se extendía bajo nuestros pies, como una inmensa carta geográfica. Pero estábamos tan penetrados de la importancia de nuestra marcha que no pudimos entregarnos a la admiración que merecía semejante cuadro.

Pasamos sin detenernos por Pradés, Puig-Pelat, Castell-Fullit e Iborra, que había sido el punto de concentración después de la batalla de Guisona, hasta Tarroja, andando desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche.

Habíamos hecho nueve leguas de España (o sea un grado geográfico).

Después de doce horas de descanso dejamos Tarroja y llegamos a la planicie más extensa de Cataluña, la Pla de Urgel.

El enemigo había quedado tan atrás que no había temor de que nos atacase; sin embargo, aun era preciso hacer una marcha forzada; después de dos horas pasamos por Claravalls, la carretera general de Barcelona a Madrid, y cuando llegamos a Vallbona habíamos hecho nueve leguas más.

Esta bonita ciudad, situada en un valle profundo, rodeado de altas montañas, nos ofreció un buen descanso. El enemigo no se

había aventurado a venir aquí en toda la guerra por su situación y por las guerrillas que la protegían.

Un vasto edificio servía en ella de refugio a las monjas de Barcelona y a otras comunidades que se habían refugiado en Vallbona.

Es sabido que el Rey y los Príncipes de su familia tienen derecho a penetrar en todos los conventos, y las monjas tienen que levantar sus velos; de este modo, tuve ocasión de visitar, acompañando a Su Majestad, un convento de religiosas; la abadesa, que se distinguía por su cruz de oro, al frente de las monjas, recibió al Rey a la entrada de la reja y le hizo atravesar varias salas.

En el locutorio estaba preparado un almuerzo. Las buenas hermanas estaban muy contentas y nos instaban para que tomásemos de todo lo que habían dispuesto para nosotros.

Eran muy numerosas; las había de todas las edades y su hábito variaba, según la orden a que pertenecían; me fijé en el de las canonesas de Barcelona, que era blanco y negro, con un medallón esmaltado, sujeto al pecho por una cinta de color naranja.

Quedaron tristes cuando nos fuimos, y yo también hubiera permanecido más tiempo, pero al medio día tuvimos que dejar Vallbona, porque se aproximaba una columna enemiga; atravesamos Ollers y Fullela y acampamos en el lugar de Vinaixa.

Tristany, con sus batallones, se separó de nosotros para desviar la atención del enemigo.

A petición de la Junta, el Rey nombró a Urbiztondo comandante general de Cataluña, en lugar de Royo.

El 27 continuamos nuestro camino hasta Margalef; sólo estábamos a cuatro leguas del Ebro. Cuando lo supieron las tropas estalló una gran alegría.

Parecía que despertaba el antiguo espíritu belicoso de los vascos y navarros y pedían a gritos seguir adelante; pero se les obligó a descansar algunas horas.

Algunos batallones avanzaron dos leguas más para tomar posiciones en el desfiladero de Cabacés, que la columna principal atravesó el día siguiente.

A las seis atravesamos La Figuera y Molá, y dos horas más tarde, al pasar por García, la fortaleza enemiga de Mora hizo algunos disparos de cañón para anunciar nuestra proximidad.

Desde las alturas de García pudimos contemplar las aguas del Ebro que descendían majestuosamente al mar.

¡Todo el mundo sintió viva emoción al ver este río, precio de tantos esfuerzos!

¡Cuántos de nosotros cayeron antes de llegar y cuántos lo atravesaron que no debían volver más a sus hogares!

¡Pero un solo pensamiento nos dominaba: sabíamos que Europa tenía puestos sus ojos en nosotros!

## IV

**Paso del Ebro.—Combate de Tortosa.—Cabrera.—Valencia.—Regreso a las montañas.—Combates de Chiva.—Marcha a Cantavieja.—Excursiones al Bajo Aragón.—Batalla de Herrera o de Villar de los Navarros.—Marcha a través de Castilla hasta las puertas de Madrid.**

(De 29 junio a 12 septiembre 1837)

Quando se hubo calmado la primera emoción pensamos en las dificultades del paso. Todos los puentes estaban destruidos y nuestra posición estaba dominada, aguas arriba y aguas abajo, por dos fortalezas enemigas: Mora y Tortosa.

Una columna de cristinos (cazadores de Oporto), a las órdenes de Borso di Carminati, recorrían el reino de Valencia y podían impedir que Cabrera viniese a proteger nuestra travesía.

Estas circunstancias hacían que nuestra posición fuera crítica; tanto más que, si tardábamos en pasar al otro lado del Ebro, el general Van Meer, que nos seguía, no dejaría de atacarnos en esta posición desfavorable.

Atormentados por esta inquietud continuamos nuestra marcha hasta Ginestar.

Los cañones de Mora la Nueva dispararon contra nuestras columnas; se rindió la escasa guarnición de Ginestar, donde demolimos las fortificaciones e hicimos que se abriese de nuevo al culto la iglesia, que había sido profanada.

Al siguiente día las columnas dominaron las alturas sobre la orilla izquierda del Ebro, frente a Cherta y Tortosa.

Nos acercamos al río y oímos un vivo tiroteo y, habiendo subido

algunos oficiales a una eminencia, cerca del pueblo de Tivenys, pudieron distinguir nubes de humo en la carretera de Tortosa.

Era Cabrera, que se batía con Borso.

El Infante ordenó a las tropas que se hallaban más próximas, que eran los guías de Navarra, que acudieran en auxilio de Cabrera; pero la dificultad estaba en pasar el río; por fin, después de haber buscado el medio durante mucho tiempo, se descubrieron cinco o seis barcas en una pequeña ensenada; cada una de ellas podía contener todo lo más 20 hombres.

Los caballos se dejaron en la orilla.

Villarreal y el Conde de Madeira saltaron a una barca; las demás se llenaron de soldados.

Así es como atrevesamos el Ebro el 29 de junio de 1837, al medio día, en medio del estampido de numerosas descargas.

Tan pronto como pusimos pie en tierra, corrimos al encuentro de Cabrera. El enemigo se batía ya en retirada.

Borso, con 3.500 infantes y 250 caballos, había intentado rechazar a Cabrera; de haber logrado su empresa nuestro paso hubiera sido imposible y la pérdida de la columna, inevitable.

Cabrera logró desalojar al enemigo con cuatro batallones de la división de Tortosa, mandados por Forcadell.

Cuando nosotros llegamos, desalojado el enemigo de todas sus posiciones, se había replegado hasta Aldover, a mitad de camino entre Cherta y Tortosa.

Medio batallón persiguió al enemigo, que se retiró en buen orden, tiroteándolo.

En el punto más avanzado se divisaba un pequeño grupo de jinetes, capitaneados por un joven de cabellos y cejas negras, facciones morunas, que, montado en un pequeño caballo blanco, estaba inclinado sobre la silla. Era Cabrera.

Sus grandes ojos negros brillaban con un ardor sombrío; sus labios entreabiertos dejaban ver dos filas de dientes admirables.

Su barba, apenas cubierta de un ligero vello; su pequeña estatura, sus miembros delicados, pero proporcionados perfectamente, le daban una apariencia tan infantil que no se reconocía en él al atrevido jefe sino por el respeto y el ciego entusiasmo que le testimoniaba su comitiva.

Examinándolo más de cerca se descubrían en él todas las cualidades que constituyen un caudillo poderoso; pero es preciso un estudio profundo para comprender esta amalgama de cualidades,

muchas veces contradictorias, que han determinado que él solo, entre todos los guerreros españoles, haya subido de simple cabecilla a gran capitán.

¡Cabrera había comenzado su carrera militar con 15 hombres y la ha terminado, al cabo de cinco años, siendo Virrey de tres reinos!

El sentimiento de su dignidad aumentaba en él a medida de sus victorias. Sabía que ocupaba un puesto demasiado importante en la historia de su país para retirarse sin ser apercibido.

Cuando el veneno y el conato de traición le impidieron realizar su gran obra; cuando no podía vencer para su Rey, quiso guardar intacto su renombre y prefirió abandonar la escena a ser de nuevo un simple cabecilla.

No tengo la intención de trazar aquí la historia maravillosa de Cabrera. Uno de nuestros compañeros de armas, el Barón de Radden, ha cumplido tan bien este intento difícil que a su obra remito a mis lectores. Sin embargo, no me he podido abstraer a decir aquí algunas palabras relativas a esta gran figura.

Cabrera nos dió caballos; yo monté el del coronel Cubells, que acababa de ser herido, y perseguimos al enemigo bajo los muros de Tortosa.

El brigadier Forcadell estaba junto a Cabrera; era un hombre de cincuenta años, de aspecto franco y alegre, y parecía sentir gran predilección por los colores chillones.

Su *spencer* azul cielo, su pantalón rojo, su barretina verde, hacían un singular efecto sobre el soberbio caballo andaluz, castaño atigrado de blanco.

Cabrera se cubría con una boina blanca, con borla de oro; un sobretodo verde muy corto, un pantalón escarlata con galones de plata y botas de cuero. No llevaba espada ni sable; algunas veces sujetaba uno a la silla, pero nunca a su cintura.

La camisa abierta dejaba ver su cuello nervudo y llevaba dos largas pistolas en el arzón de la silla forrada con piel de lobo.

Cuando Villarreal le regaló una pistola de las fábricas de Eibar llevaba tres.

Cabrera tenía entonces una herida que le impedía sentarse y le obligaba a ir encorvado sobre el caballo, que en las marchas sucesivas substituyó por un mulo, sobre el que montaba a mujeres.

Así es como cabalgaba junto al Rey, que conversaba con él familiarmente.

Pronto nos dejó para presentarse al Rey y le seguimos a pequeñas jornadas con las tropas.

Mientras tanto se habían proporcionado dos grandes barcos de vela que podían contener, cada uno, 150 hombres, y sirvieron para el transporte del resto de las tropas.

Los caballos, desensillados, pasaron a nado.

A la mañana siguiente toda la expedición había llegado a Cherta y algunas horas más tarde la orilla izquierda del Ebro estaba cubierta de enemigos.

Van Meer nos había seguido con tal celeridad que sin los dos barcos de vela la mitad de la columna real hubiera caído en sus manos. Se contentó con enviarnos algunas bombas desde el otro lado del río, y se retiró.

El paso del Ebro fué mirado como un acontecimiento tan importante que el Rey se creyó en el caso de dar cuenta a las Cortes extranjeras que le interesaban.

El Conde de Orgaz fué enviado a Italia, el Marqués de Monasterio a El Haya, Viena y Berlín y el Marqués de Villafranca a San Petersburgo.

Los despachos se redactaron en Cherta y fueron enviados a Solsona por medio de un correo que los puso en manos de sus destinatarios.

Estos despachos tienen su origen en la conversación que sostuvieron en Solsona, en el Cuartel Real, tres personajes el 17 de junio. Dos de ellos se acordarán de esta conversación y de sus consecuencias. No puedo dar más detalles.

La idea de estas misiones diplomáticas fué inspirada por un hombre que comenzaba a figurar en la Corte. Ha pesado mucho en la causa de Carlos V para que guarde silencio acerca de su estreno en la política.

El que haya seguido la marcha de los asuntos en España durante estos últimos años habrá adivinado que se trata del famoso don José Arias Teijeiro, cuya importancia efímera y cuya influencia momentánea son una prueba triste y palmaria del lamentable estado y del desquiciamiento moral de la causa realista.

Don José Arias Teijeiro era hijo de un propietario de Galicia; apenas salió de la adolescencia cuando se trasladó a Madrid, como todos los de su tierra, para buscar fortuna. Con grandes esfuerzos

logró colocarse como escribiente de Aznárez, consejero de Estado. Era durante los últimos años de Fernando VII, cuando el partido liberal comenzaba a estar en boga. Bien pronto se distinguió en los clubs y en los cafés por la violencia de sus diatribas contra el clero y la Monarquía; esto le hizo imposible la vida en la capital, y Aznárez lo despidió y volvió a su provincia, donde pudo conseguir una plaza en el Tribunal de Santiago.

Pronto se hizo lugar y fué necesario a los negligentes consejeros que descansaban confiados en su asiduidad y actividad infatigable. Pero la exaltación de sus ideas hizo que se le tuviera por un hombre peligroso y perdió su empleo al morir Fernando VII.

Vuelto a Madrid, no pudo encontrar manera de vivir, lo cual le determinó a buscar a Carlos V poco después de la aparición del Príncipe en las provincias vascas.

Su tío materno, José Teijeiro, había sido ayuda de cámara del Rey y se encargó de su presentación.

Nunca pudo obtener la confianza del ministro Erro (de ahí su odio contra él), y, a su caída, entró a servir con el obispo Abarca, ministro de Gracia y Justicia.

Empleado cerca del obispo de León, a la caída del ministro Erro, supo ganarse su voluntad por su amor al trabajo.

El obispo no podía hacerse dueño de este carácter y se sentía influido, a su pesar, por el joven; y queriendo librarse de esta obsesión aprovechó la primera coyuntura para alejarlo de su persona.

El obispo no pudo obedecer la orden que dió el Rey cuando se inició esta campaña de que le acompañaran todos los ministros, debido a su mucha edad y al estado de su salud, y consiguió que Su Majestad llevase a Arias para hacer sus veces en la administración de justicia.

El joven hizo la corte al Rey con asiduidad; con ayuda de su tío, obtuvo la entrada libre en Palacio, y, por último, cuando Sierra cayó enfermo en Solsona, heredó su puesto, con asombro de todos.

Difícilmente se hubiera podido hacer un nombramiento más desacertado; esta elección contrariaba vivamente al partido poderoso cuyo candidato para el Ministerio era Corpas, y fué la señal de una guerra declarada entre las dos opiniones.

El 2 de julio dejamos Cherta y entramos en una región tan bella que su recuerdo no puede borrarse cuando se ha recorrido.

Jardines floridos, prados cuya frescura constante está asegurada por numerosos arroyos, bosques de naranjos, de higueras y de algarrobos, en medio de los cuales se destacaban algunos grupos de palmeras.

A lo largo de los caminos, avenidas de granados y de moreras presentaban un aspecto delicioso.

Todo lo que alcanzaba la vista eran tierras bien cultivadas, cubiertas de arbolado.

Los campos estaban cruzados por canales de riego; a través de los macizos de oleandros y de almendros se divisaban bonitas viviendas cuyas ventanas abiertas dejaban ver mosaicos de diversos colores.

Era el país de los romances y de las leyendas españolas, el que celebraban los cantos orientales.

Cada torreón en ruinas, cada valle pintoresco encerraba recuerdos románticos. Ruy Díaz de Vivar, *el Cid Campeador* y su espada maravillosa; Boabdil y la historia de los Zegríes y de los Abencerrajes se desenvolvían en la imaginación; pensábamos en las hazañas del caballero Pascual Vivar de Gormaz, en San Jorge, que vino en su ayuda, en las cuatro Ordenes militares, que recibieron el bautismo de sangre, así como a todos estos héroes que la imaginación reproducía a nuestros ojos.

Recordando las áridas planicies de Aragón, las sierras salvajes de Cataluña y las miserias pasadas, nos parecía soñar.

Apelo a cuantos han atravesado este país encantador, que comprenderán mi entusiasmo.

Continuamos nuestra marcha alegremente, guiados por Cabrera y su división, que nos precedía.

Después de un descanso de algunas horas en lo más fuerte del día en la Galera continuamos nuestro camino hasta Ulldecona.

El 3 atravesamos el río Cenja, que forma la frontera política del reino de Valencia, aunque su naturaleza y su clima se extienden hasta el Ebro. Nos detuvimos algunas horas en Traiguera. Al día siguiente se estableció el cuartel general en San Mateo, donde permanecimos dos días.

El 6 fuimos, pasando por Cuevas, hasta Cabanes; el 7, por Borriol, pasamos ante la plaza fuerte de Castellón de la Plana.

A poca distancia dos fragatas inglesas se balanceaban en el mar; transportaban las tropas de Borso de la desembocadura del Ebro al puerto de Valencia.

Después de comer pasamos el Mijares por un hermoso puente de piedra, cosa rara para nosotros, que, de mucho tiempo atrás, sólo hallábamos a nuestro paso puentes cortados o vados.

Por la noche entramos en Villarreal de los Infantes, una de las más bonitas ciudades de la llanada de Valencia.

Las tropas fueron alojadas cómodamente y se les abonaron las pagas atrasadas. El mercado estaba provisto de todo en abundancia.

La disciplina fué restablecida en lo posible y se castigaron algunos merodeos.

Yo me hospedé en casa de la joven alcaldesa, cuyo marido había sido conducido como prisionero a las provincias vascas. Doña Lorenza, que así se llamaba, no tenía noticias de su marido; pero no se preocupaba gran cosa de él y trajinaba con alegría para hospedarnos.

Después de una tentativa infructuosa sobre Castellón de la Plana se siguió la marcha el 9 por la mañana.

En el momento de salir llegó la noticia de que Segorbe y Liria se habían rendido a Cabrera.

El cuartel general se estableció aquella noche en Nules.

La mula de mi criado se había muerto en una de las últimas marchas y en Nules compré un caballo pequeño, que se portó bien. Di por él una onza, con gran alegría del valenciano que lo vendió, acostumbrado, como estaba, a que no todos pagasen sus adquisiciones.

El 10 nos separamos de la carretera en Almenara, pero siguiendo siempre con el mar a la vista. Muchos barcos de guerra y transporte que se dirigían a Valencia dejaban ver el movimiento de tropas.

Una hora después divisamos Murviedro, la antigua Sagunto, que domina toda la región en lo alto de una roca. Habíamos dado un gran rodeo para ponernos fuera del alcance de sus cañones.

¿Quién no recuerda aquí el *perit Saguntus* de Aníbal y las guerras de su tiempo?

La altiva Sagunto se asienta en su trono con tanta majestad que parece que dicta órdenes al mar y a la tierra.

Después de haber atravesado el canal entramos en la huerta de Valencia. Así se denomina este delicioso país, que rodea a la ciudad en una extensión de varias millas de distancia como un jardín riente.

La belleza y la fertilidad de esta tierra privilegiada son imposibles de describir. No hay ciudad en Europa cuyos alrededores puedan ser comparados con los de Valencia.

La Corte se quedó en Albalate y las tropas vivaquearon cerca de Estibella, junto a la carretera de Valencia a Zaragoza.

El 11 nos detuvimos algunas horas en Rafelbuñol, y por la noche acampamos cerca de Valencia, en Burjasot.

Desde la terraza de la habitación del Infante vemos Valencia la Real, con sus 70 torres y cúpulas, la floresta de sus palmeras, que la asemejan a una ciudad oriental, y la huerta que la rodea como una inmensa guirnalda.

El horizonte estaba limitado por el mar, sobre el que surcaban a toda vela los barcos de la escuadra inglesa, que parecía atemperar a la nuestra su marcha.

Cabrera intentó al otro día aproximarse a la ciudad con algunas compañías; después de haber arrollado a un batallón de guardias nacionales penetró hasta la puerta principal de Valencia por el lado del puente del Río, por el barrio de Murviedro. Pero se cerró la puerta, y nos retiramos por el convento de San Miguel a Burjasot, mientras que Borso desembarcaba sus tropas. Si se hubiera ocupado el camino entre Valencia y el mar este desembarco no se hubiera podido efectuar.

La ciudad tenía una guarnición escasa, contábamos con muchas inteligencias dentro de la plaza; la artillería estaba ganada; es incomprendible e imperdonable que no se intentase un ataque serio cuando el éxito estaba asegurado de antemano.

Teníamos confidentes dentro de los muros y nos hubiera sido muy fácil penetrar en la ciudad por algún punto menos vigilado y haber abierto sus puertas al grueso del ejército.

No hay para qué decir la importancia material y moral que hubiera tenido la toma de Valencia para la causa carlista.

Numerosa artillería, provisiones en abundancia hubieran abastecido nuestras tropas, facilitando su organización en grande. El impulso en el sur de España hubiera sido enorme.

Es probable que la posesión de una de las capitales del reino y de un puerto considerable hubiera determinado el reconocimiento de Carlos V por algunas Cortes extranjeras.

En lugar de ello, perdimos un tiempo precioso, y el 13 llegó la noticia de que Borso había entrado en la ciudad con toda la divi-

sión y de que, por otro lado, Oráa y Noguerras se aproximaban con el ejército del Norte y habían ya llegado a Sagunto y Liria.

A pesar de que Cabrera daba prisa, no se emprendió la marcha hasta seis horas después, por Manises y Cuarte hasta Chiva, en la carretera de Valencia a Madrid.

En lugar de aprovechar esta ventaja acampando en las sierras que forman la frontera entre Castilla y Valencia, se pasó el día siguiente en Chiva con toda tranquilidad.

Este lugar está situado sobre una colina que termina la cadena de montañas y a sus pies corre un río estrecho, sobre el que hay un puente de piedra.

Esta posición hubiera sido favorable para esperar al enemigo, si no hubieran faltado las municiones y la artillería.

Cabrera había prometido traerlas de Cantavieja, pero sólo llegaron algunos mulos cargados de cartuchos.

Las balas fabricadas con estaño de tuberías eran demasiado ligeras para la cantidad ordinaria de pólvora. Cabrera, poco familiarizado con las leyes de gravedad, creyó que siendo las balas más ligeras, no había más que disminuir la cantidad de pólvora; pero cuando Moreno le hizo observar su error, mandó rehacer los cartuchos, diciendo que un general tan viejo debía entender más que él de estas materias.

El 15, por la mañana, se señaló la presencia del enemigo, y aunque era de temer, nada se había previsto.

Las avanzadas fueron sorprendidas en el momento en que los soldados limpiaban sus armas; los fusiles estaban desmontados y la mayor parte de los guías de Navarra pudieron salvarse; pero tres compañías cayeron prisioneras.

Cuando a las ocho de la mañana se tocó a generala en las calles de Chiva, la columna enemiga estaba ya a la vista.

El Rey, con su guardia, se colocó en una altura detrás de la ciudad; el centro de la columna ocupó la carretera a uno y otro lado del puente.

A las nueve las masas enemigas avanzaron sobre el ala derecha, mandada por Cabrera, quien, avanzando con excesiva precipitación, rompió el contacto entre las dos alas, de suerte que el enemigo, cargando con todas sus fuerzas a nuestro centro, amenazó cortar nuestra línea de batalla.

El Rey y su séquito se vieron en peligro, pero Arnau, ayudante

de campo de Cabrera, con una carga brillante al frente de sus ordenanzas, nos dió tiempo para esquivar el ataque.

Nos replegamos sobre el puente, retiramos nuestro flanco izquierdo e intentamos tomar posiciones entre el río y la ciudad.

La falta de municiones se hizo sentir amargamente; compañías enteras estaban privadas de cartuchos, y como estábamos a descubierto y sufriendo el fuego del enemigo, Moreno, persuadido de que nuestra posición no se podía conservar, ordenó la retirada.

La caballería, al mando de Juan Bellengero, nos persiguió durante dos horas; a pesar de ello, la retirada se hizo con bastante orden.

Bien pronto dejamos la carretera y conseguimos llegar a las montañas; después de ocho horas de marcha vivaqueamos en Sot de Chera.

Nuestra pérdida en esta acción, que no duró muchas horas, fué poco sensible; pero el efecto moral que produjo fué tanto peor cuanto que nos obligó a abandonar un país fértil para internarnos de nuevo en las montañas.

Para remediar la falta de municiones era necesario aproximarnos a Cantavieja, donde Cabrera, de grado o por fuerza, hacía trabajar a todos los obreros del país.

El 18 de julio nos pusimos en marcha, guiados por Cabrera.

Las sierras que tuvimos que atravesar son un país tan árido y tan pobre como el que he descrito al principio de nuestra expedición.

Trepamos por senderos detestables a una montaña; luego a otra, hasta que, al fin, llegamos, por Chulilla y Domeño, a Chelva, ciudad bastante considerable, situada sobre un brazo del Guadaluaviar.

Había sido fortificada por el enemigo y tomada por Cabrera hacía poco.

Aquí tuvimos vívires y encontramos dos cafés, donde nos sirvieron un refresco delicioso, después de ocho horas de marcha, con una temperatura de 28 grados.

Yo me procuré una mula, porque mis caballos estaban tan fatigados que era preciso conducirlos de la brida. Desde entonces me he servido constantemente de esta montura, que es infinitamente más agradable y más segura en país montuoso, reservando mis caballos para los días de batalla.

Al día siguiente el enemigo turbó nuestro reposo; queríamos

evitarlo, pero nuestros espías nos informaron tan mal que en vez de alejarnos de él, después de una hora de marcha, salimos a su encuentro.

Fué preciso que tomásemos rápidamente la dirección opuesta.

Tuvimos que trepar a una montaña tan escarpada que los caballos tenían que ir uno a uno.

Llegados a lo más alto, después de cuatro horas de marcha, vimos los fuegos del vivac enemigo, hicimos un alto y continuamos la marcha durante siete horas, por la noche, hasta llegar a La Yesa.

No se había pensado en traer provisiones de Chiva, de modo que tuvimos por todo alimento unos pedazos de pan negro, tan duros que había que remojarlos, y algunos pimientos y tomates (1) que cogimos en el campo.

¡Una comida tan miserable me solía producir un acceso de nostalgia!

Una lluvia menuda nos empapó durante todo el día.

Fuimos silenciosamente durante siete horas y llegamos a Manzanera, donde pasamos la noche; habíamos atravesado la frontera y entrando en el Bajo Aragón.

Al día siguiente continuamos la marcha; el tiempo y el país no habían cambiado.

Cruzamos cerca de Albentosa la carretera de Zaragoza a Valencia, encontramos el Mijares y llegamos a Rubielos de Mora después de siete horas de marcha.

Este nombre me recuerda una horripilante historia que acaeció en la casa que yo habitaba, poco antes de nuestra entrada.

La cuento tal como me la refirieron varios habitantes.

Una columna enemiga perteneciente al cuerpo de Espartero había entrado en Rubielos; la escasez era tan grande que los soldados no pudieron obtener raciones; los hombres habían huído; sólo quedaban en la ciudad las mujeres y los niños.

Los soldados entraron en una casa y obligaron a una pobre mujer a que saliera al campo a buscar algunas legumbres; volvió y encontró a los soldados sentados a la mesa alrededor de una marmita humeante, y cuando se hubieron marchado, descubrió la desgraciada mujer que aquellos canibales habían devorado a su

(1) Lichnowsky llama a los tomates *Paradies-Aepfel*, manzanas del paraíso.

hijo, cuyos restos sanguinolentos habían ocultado en un estercolero.

Durante la noche llegaron de Cantavieja 45 mulas; cada una traía dos cajas de a 1.000 cartuchos; al día siguiente dejamos Rubielos y fuimos a Linares, cuna de una familia establecida hoy en Prusia (1).

La falta de víveres obligó a dividir la columna; entonces fué cuando nos apercebimos de lo que había disminuido el número de soldados por efecto de la fatiga, las privaciones y los combates.

La legión extranjera, sobre todo, había sufrido cruelmente: de 450 hombres que habían atravesado el Arga el 19 sólo quedaban 64.

No podían desertar, porque hubieran sido fusilados al punto por el enemigo, de modo que habían muerto o languidecido en los hospitales de Cataluña.

El número de sus oficiales, casi todos franceses, había también disminuído.

Recuerdo varios de ellos que habían servido en la Vendée y tenían sus despachos de oficial firmados por la Duquesa de Berry; entre otros, los capitanes de Tandé (2) y Garnier, el teniente Hubert Reignez, el comandante Sabatier (3) y otros muchos.

Todos eran valientes soldados que sabían batirse con denuedo, y bajo este aspecto la legión extranjera ha merecido los más brillantes elogios.

Durante las marchas siguientes se dividió el ejército en dos cuerpos separados que seguían paralelamente hacia Cantavieja.

El Rey estableció su cuartel general en Mosqueruela con el Infante y ocho batallones, y al otro día, en Iglesias del Cid, a dos leguas de Cantavieja.

Allí permaneció ocho días el Cuartel Real. Los soldados recibieron algunos vestidos y zapatos, de los que tenían gran necesidad, y municiones.

El Infante visitó la fortaleza de Cantavieja, situada sobre una montaña; su emplazamiento es tal que sólo puede tener importancia en una guerra del género de la nuestra; los caminos que la

(1) Los Príncipes y Condes de Lynar, actualmente súbditos prusianos, son de origen español y todavía se ven en Linares las ruinas de su palacio solariego. (N. de L.)

(2) Anastase de Tandé publicó sus Memorias en Le Mans, 1809, con el título "Campagnes et aventures d'un volontaire royaliste en Espagne".

(3) Sabatier publicó en Bordeaux, 1836, "Tío Tomas".

rodean hacen imposible el acceso de la artillería pesada y a esto debe su seguridad, ya que está dominada por las alturas próximas.

Permanecí poco tiempo en Cantavieja y observé las fortificaciones superficialmente, por lo que remito al lector a la obra de Rahden (1), tanto más cuanto que él estuvo encargado de levantar el plano de Cantavieja y de hacer la inspección de la plaza cuando fué nombrado director de la artillería en el ejército de Cabrera. Rahden habla con conocimiento de causa. Yo me limito a observar que la importancia de Cantavieja consistía únicamente en que las fábricas y depósitos estaban al abrigo de un golpe de mano.

Estas fábricas de Cabrera eran tan imperfectas y estaban dirigidas con tanta incuria que vimos una veintena de soldados dedicados a hacer cartuchos fumando cigarrillos a pocos pasos de la pólvora, puesta a secar sobre planchas.

En Iglesiasuela no había más que dos casas buenas, ocupadas por el Rey y por el Infante; las tropas estaban alojadas en unas barracas miserables, llenas de miseria.

El general Cuevillas, que se pasó después al enemigo con Maroto, perdió el mando de los batallones castellanos después de haber dado pruebas de incapacidad. Le sucedió el general García, conocido con el nombre de don Basilio.

Este suceso y la llegada de un corresponsal del *Morning-Post*, M. Gruneisein, son los únicos hechos a notar durante nuestra estancia en Iglesiasuela (2).

El 29 el enemigo atacó a la segunda columna, mandada por el general Sopolana; pero fué rechazado después de algunas escaramuzas.

Al día siguiente todo el cuerpo expedicionario dejó los alrededores de Cantavieja y marchó durante cuatro horas hasta Miram-

(1) Cabrera. Erinnerungen... Frankfurt a. M., 1840, cap. 14, págs. 345 y siguientes.

(2) Unos meses después, cuando trataba de volver a Inglaterra en compañía del capitán Henningsen, fué hecho prisionero con él y tratado cruelmente; por mediación de lord Clarendon, embajador en Madrid, consiguieron de Espartero la libertad. Yo les había entregado una carta dirigida a Viena para que la pusieran en la estafeta de Bayona. El jefe que examinó a los prisioneros, al leer el sobre, confundió Viena con Viana, en el Ebro, y no había manera de disipar sus sospechas de que estaban en inteligencia con la ciudad de Viana, de Navarra, que había sido tomada recientemente por los cristinos. Esta sospecha estuvo a punto de costarles cara. (N. de L.)

bel; pasó de nuevo las fronteras del reino de Valencia y pernoctó en Forcall u Orcajo.

Tan pronto como las hubimos franqueado notamos una gran diferencia en el clima y en la cultura del país. Volvimos a ver el algarrobo de Indias, cuyo fruto proporcionó un excelente pienso a nuestros caballos, pero tan fuerte que hay que tener cuidado cuando substituye al maíz, que es su alimento habitual en el norte de España.

Lo mismo sucede con los caballos franceses cuando vienen a España y se les da maíz.

Tan ricos son los vegetales de Valencia en materias nutritivas.

El primero de agosto se estableció el cuartel general en Zorita, a orillas del Bergantes.

Nunca me he explicado la razón de esta marcha que colocó al ejército en una posición sumamente peligrosa, en un país descubierto, y entre dos columnas enemigas, una de las cuales nos seguía de cerca.

Tuvimos que abandonar la posición apresuradamente y volvimos por el camino más corto a Mirambel, donde permanecemos cinco días.

El 3 de agosto reuní en mi casa a todos los oficiales alemanes para celebrar el aniversario del nacimiento de nuestro Rey Federico Guillermo III. La escasez era tal que a duras penas pudimos procurarnos un pellejo de mal vino para beber, tan lejos de nuestros hogares, a la salud de nuestro señor.

Hicimos votos por que Carlos V tuviera tanta firmeza como la que nuestro Rey había demostrado en la desgracia y una corona de laurel tan hermosa como la que ciñe hoy su venerable cabeza.

El capitán Henningsen llegó de Inglaterra al cuartel general; traía cartas de algunos notables del partido de los *torys* pidiendo la revocación del decreto de Durango.

El 8 salimos de Mirambel y nos dirigimos hacia las sierras de Peña Golosa.

Al cabo de siete horas de marcha llegamos a Fortanete, donde recibimos la noticia de que Espartero se encontraba en Daroca y Oráa en Castellón de la Plana.

Tuvimos que caminar cinco horas más para llegar a Villarroya de los Pinares.

El día 9, después de comer, pasamos dos cordilleras y el río

Alfambra y, después de cuatro horas de marcha, hicimos alto en El Pobo, donde permanecemos dos días.

Recuerdo la conversación que tuve entonces con Cabrera, que había venido a visitarme. Se quejaba amargamente de algunas personas que rodeaban al Rey y que no cesaban de intrigar contra él.

“Ya sé que le van contando al Rey que no soy un beato —dijo—. Puede ser que yo no sea un santo, pero hago milagros.”

Esta frase ha tenido resonancia en España.

En mi diario está consignado que se pronunció en la cocina de mi alojamiento en El Pobo; estaban presentes el general Rahden y mi bella patrona, la mujer del cerrajero de El Pobo.

El 12 volvimos por el mismo camino y se estableció el cuartel general en Camarillas, a tres leguas de El Pobo.

Oráa había avanzado hasta Teruel con sus fuerzas y observaba nuestros movimientos.

Las tropas, desperdigadas a lo largo del Guadalope, se concentraron alrededor de Camarillas. Aquí tuve el placer de recobrar un excelente caballo que me había salvado la vida en Guisona y que se había perdido al pasar el Ebro. Los militares comprenderán cuán sensible me había sido esta pérdida.

El 15 hicimos una marcha de tres horas faldeando la montaña, pero volvimos el 16 a Camarillas pensando que se acercaba el enemigo.

El 17 se trasladó el cuartel general a Aliaga; el 18 fuimos a Ejulve, cinco leguas más lejos; el 20 toda la columna franqueó las montañas hasta Estercuel y, después de algún reposo, continuó el camino hasta Oliete.

El 21 atravesamos una vasta llanura y llegamos a Muniesa.

Cabrera, después de una larga conferencia con el Infante y con Moreno, se separó de nosotros y se fué a Chelva con sus tropas.

El 22 hicimos cinco horas y media de camino, pasando por Planas a Villar de los Navarros.

Las tres columnas enemigas ocupaban la meseta superior. Espartero estaba en Calatayud; Oráa, que nos tenía siempre en jaque, en Daroca, y Buerens, que había salido de Zaragoza, ocupaba Cariñena.

Nuestras avanzadas, puestas en la carretera de Herrera, que va de Belchite a Daroca, se replegaron a Villar de los Navarros cuando Buerens entró en Herrera el 23.

Supimos que las tres columnas habían formado el plan de envol-

ver el cuerpo expedicionario. Era, pues, urgente atacar a Buerens antes de que pudiera reunirse con Oráa.

El 24 montamos a caballo muy de mañana; un sol resplandeciente iluminaba este día, el más hermoso para las armas carlistas desde la muerte de Zumalacárregui.

A las diez estaban nuestras tropas colocadas sobre las alturas que dominan a Villar de los Navarros en dirección a Herrera. Ante nosotros se extendía un estrecho valle (cañada de la Cruz) hasta Herrera; las colinas que teníamos enfrente estaban también ocupadas por nuestras tropas.

Los navarros, los granaderos y dos batallones de Aragón formaban el centro del ala derecha.

Un batallón de navarros estaba desplegado en guerrilla, y en el centro, guardada por un escuadrón, estaba toda nuestra artillería, consistente en cuatro piezas de a cuatro traídas de Cantavieja.

Los alaveses formaban el ala izquierda y los castellanos la segunda línea.

Al mediodía divisamos la columna enemiga, que se componía de 6.000 hombres de infantería, 800 caballos y seis piezas de artillería. Una hora después estaba frente a nosotros alineada en orden de batalla.

Nadie parecía querer atacar el primero. Llevábamos una hora de tiroeto en guerrilla cuando avanzaron los oficiales enemigos, poniendo algunas compañías en movimiento, que cargaron a los navarros, y en pocos instantes el combate se hizo general.

Eran las tres cuando el centro enemigo avanzó hasta el valle y ensayó varias veces arrollar a nuestra ala derecha.

El momento fué tan crítico que el Conde de Madeira, que se hallaba con el Infante en calidad de su ayudante general, se puso a la cabeza de 40 ordenanzas y cargó contra algunos batallones que estaban a punto de cortar el centro de nuestra ala derecha.

En este instante decisivo Villarreal ordenó al general Sopelana que atacase con los cuatro batallones de Alava el ala derecha del enemigo, que se replegó hasta la entrada del barranco de que hemos hablado.

Sopelana cargó entonces a la bayoneta el centro del enemigo, tomándolo de flanco, mientras que toda nuestra caballería desembocaba por este barranco o cañada de la Cruz y caía sobre el ala derecha, que tuvo que replegarse.

De los tres oficiales superiores que mandaban esta brillante

carga, dos quedaron tendidos en el campo de batalla: el brigadier Quílez y el coronel Manuelín; el enemigo no pudo resistir este choque violento y fué arrollado en toda la línea.

Un batallón de infantería de la Guardia y el batallón provincial de Ceuta se rindieron.

Artillería, tren, bagajes, todo cayó en manos de nuestra caballería, que avanzó a galope hasta Herrera.

Cuando el primer escuadrón real entraba en el pueblo, salía huyendo el comandante general Buerens, seguido únicamente de 20 jinetes, en dirección de Belchite.

Una pequeña guarnición que ocupaba la iglesia opuso una resistencia desesperada; pero se dió el asalto, la puerta fué derribada y casi todos sus defensores fueron acuchillados.

A las siete de la tarde se había decidido la victoria. Hicimos 5.000 prisioneros, entre los cuales se hallaba el jefe de Estado Mayor, general Solano, y cerca de 300 oficiales. El resto del ejército se había dispersado completamente.

Durante la noche los paisanos nos traían fugitivos que habían arrojado sus armas.

A las nueve estableció el Infante su cuartel general en Herrera, y al siguiente día el Rey creó una condecoración en memoria del 1 de agosto de 1837. De los oficiales condecorados quedan ya pocos; se había establecido una especie de confraternidad entre ellos.

La victoria de Villar de los Navarros fué tan completa y tan decisiva que devolvió a la causa real todo su lustre y preponderancia. Fué una terrible revancha de las jornadas de Guisona y de Chiva.

Por segunda vez, después de seis meses de combinaciones, las esperanzas del enemigo se vieron frustradas. Uno de sus cuerpos de ejército había sido aniquilado en el corazón mismo de la Monarquía y otros dos estaban paralizados.

En Madrid cundió un terror pánico al saberse esta noticia: como después de la batalla de Oriamendi, los carlistas, en el momento en que se les creía perdidos, se mostraban más amenazadores que nunca y más próximos a la capital.

Si hubiera sido posible sacudir entonces esta inacción letárgica que neutralizó la victoria sin aprovechar sus frutos; si, cuando menos, se hubieran empleado útilmente los ocho días siguientes, la corona de Carlos V hubiera quedado asegurada.

Todos aquellos que fueron sinceramente leales al Rey y no se

dejaron llevar de ilusiones engañosas recordarán, con profundo disgusto, los ocho días perdidos en Herrera.

Cada hora que pasaba sin acercarnos a nuestro fin era una pérdida irreparable.

Cuando se resolvió, al cabo, proseguir la marcha, el efecto moral que había producido tan brillante victoria estaba ya debilitado.

El enemigo tenía una columna menos; nosotros, algunos millares más de prisioneros; nuestro cuerpo expedicionario había disminuído sensiblemente.

He aquí el resultado que produjo el memorable combate de Villar de los Navarros.

Nadie ha podido comprender por qué, al día siguiente de la batalla, no se persiguió a Oráa, que, hallándose cortado por la acción de la víspera, hubiera sido derrotado indefectiblemente; y con esta doble victoria hubiéramos podido dar cara a Espartero para tratar con él o para vencerlo.

Las tropas de Espartero y de Oráa eran las únicas disponibles para contenernos. Sarsfield y Evans estaban demasiado ocupados en el antiguo teatro de la guerra para venir en socorro de Madrid; Van Meer tenía que combatir a las partidas de Cataluña; Borso estaba frente a Cabrera, y sabíamos que Zaratiegui y Elío habían atravesado el Ebro con nueve batallones, habían derrotado a los portugueses y habían entrado en Segovia. ¡¡¡En circunstancias como éstas se perdían seis días de tiempo!!!

Cuatro años han transcurrido desde esta época memorable; este drama sangriento ha tenido su desenlace.

Todas nuestras esperanzas se perdieron y apenas si hoy se recuerda este episodio.

Un destino implacable ha hecho que sean vanas esta lucha heroica y tantas hazañas.

El 24 de agosto de 1837 fué uno de esos días que deciden la suerte de una Monarquía; ha sido precisa una inconcebible fatalidad para que se mudara el rumbo de las cosas.

Yo debo respetar las cenizas de Moreno, asesinado a los setenta y dos años, y no quiero juzgar la causa de los vivos sobre la tumba de los muertos; pero es cierto que, a pesar de la oposición que frecuentemente hallaba en el Consejo, hubiera podido impedir la inmensa e imperdonable falta que se cometió y cuya consecuencia deplorable fué la pérdida de la causa real.

Por fin, el 30 de agosto abandonamos Villar de los Navarros

y fuimos durante tres días en dirección a Fombona, donde vivaquearon las tropas aquella noche.

Al día siguiente cambiamos súbitamente de dirección, y tomamos la del Sur, a lo largo de las márgenes del Huerva, lo cual nos probó que no se trataba de buscar al enemigo, sino de penetrar en Castilla.

El 1 de septiembre atravesamos una vasta llanura y llegamos a Calamocha, ciudad de alguna importancia que había sido abandonada la víspera por un destacamento enemigo.

Nos alojamos con toda comodidad. Yo me instalé en un gran palacio que tenía un aire imponente, pero que estaba desierto.

Me hallaba sumido en el más profundo sueño cuando mi ordenanza vino a anunciarme a un extranjero que no hablaba cristiano. Venía con un enorme paraguas debajo del brazo y reconocí en él a uno de mis antiguos conocidos de Silesia, von Keltisch, ex teniente de artillería al servicio del Rey de Prusia.

Llegaba de Barcelona y Valencia y había conseguido, no sin esfuerzo, franquear las líneas del ejército enemigo, habiendo corrido muchas aventuras antes de llegar hasta nosotros.

Aquella misma tarde lo presenté al Rey y al Infante, a quien sirvió hasta el fin, distinguiéndose mucho. Ya tendré ocasión de ocuparme de él más adelante.

El día 2, a las cinco de la mañana, nos pusimos en camino, siguiendo la misma dirección, y atravesamos el Jiloca, pasando por el Pobo, Caminreal y Monreal del Campo, donde nos detuvimos al mediodía.

Seguíamos la llanura que divide Castilla de Aragón, extendiéndose hasta el Ebro. Al atardecer cruzamos Villafranca del Campo (1), repasando el Jiloca, y pernoctamos en Alba.

El 3 dejamos la llanura y, al cabo de cuatro horas de marcha, llegamos a Pozondón; subimos a la sierra de Albarrach, seguimos cuatro horas hasta Orihuela y llegamos a Nuestra Señora de la Trinidad, lugar de peregrinaciones, situado al pie de la sierra de Molina, en el Gallo.

(1) En esta llanura muchos pueblos agregan a su nombre "del Campo". Este hecho es frecuente en España. En los pinares de Castilla la Vieja muchos se llaman "de los Pinares". En las proximidades de Medinaceli, "del Ducado". En la llanura de Valencia, "de la Plana". Es también de notar que muchos lugares de Castilla la Vieja terminan en "illo", "illa" y otros de Cataluña comienzan por "Puig" y "Castell". (N. de L.)

Hacia dos días que la columna real vivaqueaba frente a la ciudad, cuando divisamos al enemigo.

Espartero había dejado Daroca para seguir nuestros movimientos.

Sus avanzadas iniciaron una pequeña escaramuza con las nuestras, pero se retiraron al entrar la noche.

El enemigo ocupaba el valle y nosotros las alturas. Entre los dos campos había un cuarto de legua de distancia.

A las cuatro de la mañana abandonamos el vivac en el silencio más profundo, sin apagar los fuegos; al cabo de una hora de marcha, cuando comenzaba a clarear, el enemigo vió nuestra columna y oímos el toque de diana.

Los cuatro batallones alaveses del general Sopelana y un escuadrón de caballería, mandado por el Conde de Madeira, formaban la retaguardia.

Media hora después el enemigo atacó y fué rechazado en toda la línea.

Espartero se limitó a hostilizarnos hasta que nos internamos en los desfiladeros de la montaña, donde no se atrevió a seguirnos.

Atravesamos las gargantas de la Sierra de Molina y a las cinco horas de marcha, por un terreno abrupto, llegamos a Frías, pueblo situado entre la estribación de la sierra de Albarracín y el monte Collado de la Plata.

Nuestra impedimenta se había perdido en el camino y el enemigo venía a sus alcances.

Las mulas que la conducían tuvieron que cruzar a toda prisa picachos y precipicios; ya la creíamos perdida cuando se nos reunió felizmente en Frías.

El 5 pusimos el pie por vez primera en Castilla. Todo el mundo se reunió junto al Rey para felicitarle cuando pisó la frontera del primer reino de su corona.

Pasamos la noche en Salvacañete y el 6, a las siete horas de marcha, llegamos a Villar del Humo, en la carretera de Cuenca a Valencia, y seguimos aún tres leguas más adelante hasta Cardenete.

Después de esta marcha, que se hizo con el mejor orden, sin dejar un solo rezagado y que duró desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde, se permitió el descanso hasta el día siguiente al mediodía.

El país era rico; atravesamos campos fértiles y pueblos opu-

lentos que no habían sufrido con la guerra, de modo que a nuestros soldados no les faltaba nada.

La Mancha me recordaba una región de Moravia llamada Hanna. No sólo eran los mismos campos que se perdían de vista, sino también la misma forma de construcción y de conservar los granos y la paja, formando grandes montones que terminaban en punta.

Sólo los habitantes no se parecían a los de Moravia, no teniendo nada que los recordase.

Al extranjero le chocan los usos del país: así, por ejemplo, sobre la mesa de cada habitación se encuentra un plato que contiene almendras, pasas y cañamones, y todo el que llega toma un puñado sin ceremonia.

Los habitantes de la Mancha tienen cierta predilección por esta simiente, que lanzan a la boca con una habilidad extraordinaria.

Por mi parte, no he acabado de tomarle el gusto.

El 7 dejamos la carretera y fuimos a campo traviesa por un terreno ondulado y bien cultivado, por Paracuellos hasta Campillo de Altobuey.

Nos hallábamos en el corazón de la Mancha, y nuestro primer pensamiento fué para el ingenioso hidalgo don Quijote, que es aún el héroe favorito del pueblo, que echaría a mala parte las bromas que se pudieran permitir con él.

Un día que me atreví a hacer chacota de él, mi patrona se incomodó y me hizo callar.

Estábamos bien alojados, las tropas tenían vino en abundancia, los habitantes eran bondadosos y alegres; esto y la seguridad de que nos acercábamos a Madrid nos ponía contentos, y las esperanzas más hermosas llenaban nuestra alma.

En Campillo vimos periódicos, cosa muy rara, que traían noticias muy importantes para nosotros: entre otras, que Zaratiegui había avanzado hasta la sierra de Guadarrama, lo que causaba vivas inquietudes en Madrid, y el asesinato de Sarsfield, en Pamplona, por sus propios soldados.

Nuestra causa no se había manchado por entonces con tales crímenes y el horror de aquel asesinato causó una impresión general (1).

(1) Lichnowsky no sospechaba al escribir estas líneas que él mismo moriría asesinado, como murió también el general González Moreno, jefe técnico de la expedición.

Fué tan grande la cantidad de melones que trajeron al mercado, en Campillo, y su precio tan bajo, que Moreno se vió en la necesidad de prohibirlos, porque esta fruta deliciosa era nociva para la salud de los soldados.

Una triste experiencia de esta clase tuvimos en Valencia al atravesar unos campos de higueras.

A las ocho de la mañana dejamos el encantador Campillo; yo me había alojado en casa de dos eclesiásticos que me guardaron toda clase de atenciones.

Descansamos algunas horas en Valverdejo y fuimos hasta Buenache de Alarcón, en la carretera de Valencia a Madrid.

Aquí nos reunimos con Cabrera, que, después de nuestra separación en Muniesa, había concentrado sus fuerzas cerca de Chiva y, como consecuencia de la conferencia secreta de que he hablado, avanzó por la carretera de Madrid.

Este joven general era tan entero en lo que consideraba justo y de su deber que obedecía ciegamente al Rey y no ha desmentido esta afirmación un solo instante. Así ocurrió en esta ocasión: había prometido venir, y cumplió su palabra.

Investido de un poder casi soberano, ejecutaba las órdenes que recibía, muchas veces de gran distancia, con la mayor exactitud; nada era imposible para él cuando se trataba de obedecer a su Rey, y esto hizo en esta ocasión.

Al llegar nosotros a Buenache sus avanzadas estaban en Tarancón, a 12 leguas de Madrid, y sus lugartenientes, Forcadell, Llangostera, Tallado y Ladosa, escalonados a lo largo de la carretera, con 12 batallones y 800 caballos.

Sólo había dejado tras él las fuerzas necesarias para conservar sus posiciones de Valencia y las plazas del Bajo Aragón.

Las fuerzas reales reunidas en aquellos momentos en la carretera de Madrid ascendían, cuando menos, a 16.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería.

El 9 atravesamos el Júcar, marchamos durante seis leguas y llegamos a Villar de Cañas.

Los campesinos venían de muchas millas a la redonda para ver al Rey; se oía frecuentemente la palabra "paz" entre los miles de gritos de "¡Viva el libertador!" "¡Viva el Rey!"

Todos creían que iba a tener fin esta larga guerra y que este desgraciado país iba a renacer bajo un gobierno paternal.

El clero recibía al Rey con cruz alzada y palio a la entrada

de cada lugar. Los hombres salían procesionalmente a su encuentro con los Ayuntamientos a la cabeza, que depositaban a los pies del caballo del Rey las llaves de la ciudad y los títulos de sus privilegios, que eran confirmados por Carlos V.

Las ventanas y balcones estaban llenos de mujeres, que arrojaban coronas de flores y laureles al paso de las tropas; las casas empavesadas y colgadas de tapices, y las guirnaldas entrelazadas a los árboles daban al aire sus colores; las calles y los tejados parecían tener movimiento; se había erigido tablados para contener a los espectadores, que se aglomeraban para venir a saludar al paso de cada batallón con gritos delirantes de alegría.

Delante de las puertas había cubas llenas de vino; víveres de todas clases y cestos de frutas deliciosas fueron distribuidos a los soldados; cuando se hacía alto las mujeres, jóvenes y viejas, se metían entre las filas para llevar de comer a los soldados.

Nadie creía entonces en la posibilidad de una retirada y mucho menos en la de un desastre.

Contábamos las horas y los días de nuestra entrada en Madrid, y a duras penas pudimos evitar que se uniese a las tropas aquella turba de hombres, mujeres y niños que querían acompañarnos en esta marcha triunfal.

Todo parecía presagiar el éxito más feliz. Los periódicos de Madrid nos trajeron la noticia de la toma de los fuertes de Lerín y de Peñacerrada por el capitán general Uranga; Zaratiegui y Elio habían plantado sus cuarteles en El Escorial; sus avanzadas estaban a orillas del Guadarrama; don Vicente Rugieros, llamado *Palillos*, el intrépido jefe de nuestras fuerzas de la Mancha, había avanzado hasta Ciudad Real con 800 jinetes y ocupaba la carretera de Andalucía para cortar la comunicación con Madrid.

Espartero se hallaba en Cuenca, muy lejos de nuestra retaguardia; nada teníamos que temer de ningún lado.

Quien hubiera hablado en estas circunstancias de la prolongación de la guerra o de la posibilidad de un desastre habría pasado por loco.

Bajo estas impresiones, en paseo triunfal, en medio de aclamaciones y de júbilo continuo, avanzó la columna real por Montalbo, Saelices, Villarrubio, pasando por Uclés, cerca del célebre santuario de los caballeros de Santiago, donde se reunieron todas las tropas.

El puente sobre el Tajo, que corre a tres leguas de esta ciudad.

estaba derruido; el río era ancho y profundo y ya se sabe que no estábamos provistos de pontones.

Esta circunstancia hubiera podido retrasar nuestra marcha, pero parece que hasta los acontecimientos de la naturaleza querían salirse de su ritmo natural para facilitar nuestra entrada en Madrid.

Cuando el coronel von Rahden, enviado por el Infante, llegó a orillas del Tajo, ya de noche, no pudo descubrir material alguno que sirviera para construir un puente.

De pronto, a las cuatro de la mañana vió que la corriente arrasaba maderas en tal cantidad y de tan buenas proporciones que en poco tiempo pudo armarse un puente flotante.

El 11, a las cinco de la mañana, el ejército pasó por él, frente a Fuentidueña.

Apenas había pasado nuestro último soldado cuando vimos aparecer al otro lado del río y a poca distancia la vanguardia de Espartero, que nos había perseguido a marchas forzadas, sin bagajes, con lo más elegido de sus tropas; la infantería venía en coches y a la grupa de la caballería.

Rahden hizo soltar de prisa la clave del arquitrabado del puente que de este modo continuó su camino como había venido, flotando en almadías sueltas.

Este suceso, casi milagroso, se explica fácilmente: la madera que se corta en los bosques de Molina y Cifuentes, destinada a construcciones navales, se echa al río y se abandona a su corriente, y según parece, algunos días antes, ésta que nos sirvió tan oportunamente se había detenido y arremolinado algo más arriba; aquella misma noche siguió su curso y se detuvo de nuevo en el sitio en que vivaqueábamos.

Cuando los primeros soldados enemigos llegaron al Tajo no encontraron un solo madero y nada turbaba la superficie límpida y clara del río.

Al cabo de horas continuamos nuestra marcha, pasando el Tajuña, delante de Perales, donde acampó aquella noche el cuartel general.

El 12 reanudamos la marcha a las seis de la mañana y, al cabo de tres horas, hicimos nuestra entrada en Arganda, villa bastante considerable, a tres leguas de Madrid.

El entusiasmo con que fuimos recibidos sobrepuja al que vimos hasta entonces.

Estos momentos quedarán grabados eternamente en mi memo-

ria, aunque no encuentre palabras para describirlos, porque otros recuerdos tristes van unidos con el de este espectáculo encantador.

Cada uno de nosotros era un nuevo Mesías enviado a este pueblo, que acudía en masa disputándose el honor de alojarnos, de obsequiarnos y de servirnos.

En cada casa se había preparado un festín; en la que me cupo en suerte había cuatro jóvenes que se disputaban el cuidado de agasajarnos; no sé cuál de ellas era más bella.

A las once entró el Rey en Arganda, llevado, por decirlo así, por el pueblo, más bien que montado en su caballo, a cuyas plantas se arrojaba la turba, cubriendo de besos las manos y los pies del Rey y humedeciéndolos con sus lágrimas de alegría.

Las plazas y las calles estaban tan henchidas de gente que a duras penas podía abrirse paso.

La división de Cabrera avanzó sin obstáculos y se apoderó de Vallecas, a una legua de Madrid; dos horas después el Infante montó a caballo y, seguido de un escuadrón, se lanzó al galope hacia la capital.

En Vaciadrid y Vallecas había ocho batallones.

Nos reunimos con Cabrera en Vallecas y subimos a todo correr a una pequeña colina; entonces pudimos contemplar a nuestros pies el altivo Madrid, silencioso y triste.

Un grito unánime, parecido al del peregrino que, después de haber errado mucho tiempo por el desierto, divisa al fin la tierra prometida, salió de nuestros pechos.

Madrid parecía tan abandonado, tan humillado, tan poco defendido que no teníamos más que abrir sus puertas para hacernos dueños de él.

La división de Forcadell ocupó las alturas, que forman un anfiteatro alrededor de la capital y la dominan.

Algunos escuadrones de Cabrera avanzaron por la carretera hasta unos mil pasos de la puerta de Atocha; se hicieron dueños del puesto de la Aduana, llamado Cadena del Buen Retiro.

Todo permanecía tranquilo; la puerta siguió cerrada y la ciudad como envuelta en un profundo sueño.

El ambiente puro y en calma embellecía este cuadro grandioso encuadrado por la sierra de Guadarrama, en cuya falda el coloso de El Escorial parecía contemplar al heredero de su augusto fundador.

De pronto los tejados y terrazas de Madrid se llenaron, no de

soldados, sino de pacíficos habitantes de ambos sexos, que nos miraban con curiosidad.

Los rayos del sol reflejaron millares de puntos brillantes que provenían de los anteojos dirigidos hacia nosotros.

Después se armó un toldo sobre una terraza del Buen Retiro, Palacio del Emperador Carlos V, y pudimos contemplar una dama vestida de color azul celeste, que, a juzgar por su brillante cortejo, era la viuda de Fernando VII, que estaba mirando a los defensores de su real cuñado.

Bien pronto la puerta de Alcalá se abrió; seis escuadrones de la guardia real de Isabel II salieron al paso y se colocaron entre nosotros y la ciudad; nos contemplamos tranquilamente durante un cuarto de hora, hasta que un escuadrón de granaderos de Don Carlos avanzó por la carretera aceptando el combate.

Madrid y nuestro ejército eran espectadores de este duelo.

El escuadrón del Turia, que estaba frente a la Aduana, avanzó hacia nuestros granaderos, que fueron arrollados por la violencia del choque.

No olvidaré jamás a su coronel, que caracoleaba negligentemente delante de sus soldados; su caballo, blanco como la nieve, cayó al suelo y fué hecho prisionero con 16 soldados y un oficial; el resto volvió bridas y la puerta de Atocha fué el refugio de los fugitivos.

A este pequeño episodio siguió un nuevo armisticio; muchos de los nuestros avanzamos hasta cincuenta pasos de los muros; algunos pepinillos silbaron en el aire, pero aguantamos a pie firme.

El enemigo no nos atacaba, nosotros no avanzábamos y las horas transcurrían.

Detuvimos un correo que enviaba la Reina a Espartero en Alcalá de Henares; una carta autógrafa de la Reina pintaba su miedo y la debilidad de Madrid, donde sólo se contaba para hacernos frente con la Milicia Nacional y seis escuadrones.

Una turba de espías y de amigos que teníamos en Madrid nos confirmaban estas noticias, y nos participaron la agitación del pueblo, descontento de la Regencia, y el gran número de realistas que había entre los habitantes.

Sólo tenían un temor, y era la duda de si Carlos V tenía propósitos severos de castigo o venía con ánimo generoso de perdonar a todos; de si sus soldados entrarían en Madrid como libertadores o como vencedores.

Nada se había hecho: ninguna proclama, ninguna promesa real, que todo el mundo esperaba; ningún indicio de amnistía general venía a tranquilizar los espíritus.

Si Carlos V hubiera empeñado su real palabra, como primer caballero del reino, nadie, ni los republicanos ni los anarquistas más exaltados, hubiera osado dudar un instante; pero, a pesar de ser una cosa tan importante, no se tuvo en cuenta.

El Rey quedó en Arganda; ni siquiera vió su capital.

Las tropas acamparon delante de Madrid; cada minuto se hacía largo como una hora, y este 12 de septiembre de 1837, que hubiera podido cambiar la faz a la mitad del mundo, tiene un lugar en la historia como ejemplo inaudito de la más amarga decepción.

Cabrera se asemejaba a un león enfurecido y conjuraba al Infante para que ordenara el asalto sin perder momento y sin comunicarlo al Rey hasta que la villa estuviera tomada.

Se enviaron ayudantes de campo, uno tras otro, al campo real para obtener un consentimiento tan ardientemente deseado.

¡Por fin a las ocho de la tarde llegó la orden de retirar todas las avanzadas y de volverse a Arganda!

## V

**Retirada hasta Alcarria.—Los jefes de partidas de la Mancha.— Toma de Guadalajara.—Combate de Aranzueque.—Retirada a través de Castilla la Nueva y Castilla la Vieja.—Paso del Duero cerca de Gormaz.—Reunión con Zaratigui y combate de Aranda del Duero.—Entrada en los Pinares.—El cura Merino.— Batalla de Retuerta.—División del cuerpo expedicionario.—Excursión a los Pinares.—Marcha hasta Casalarreina.—Diario de Moreno.—Mi separación del Infante y mi vuelta a Estella.**

(De 13 septiembre a 21 octubre 1837)

Hacia la media noche todas las tropas, concentradas en Arganda, esperaban nuevas órdenes con impaciencia.

Todavía duraba la creencia general de que íbamos a entrar en Madrid.

Los oficiales aposentadores habían distribuido los boletos de alojamiento a los generales y a los ayudantes de campo a fin de evitar los desórdenes de la entrada. El palacio de Villa Hermosa me había sido designado como habitación.

Mil versiones diversas circulaban, acerca de la demora; se decía que era un poco tarde y que había que entrar más de mañana con el Rey en persona a la cabeza de las columnas.

En la antecámara del palacio se discutía si el Rey debía entrar en carroza o a caballo; qué traje debía vestir, y quién ocuparía los primeros puestos junto a su persona; se hablaba de mercedes y de ascensos; se designaban los embajadores que iban a ser enviados a las Cortes extranjeras.

Corpas, que ya se veía jefe del Ministerio, estaba en su oficina,

muy ocupado en redactar una lista de doce personas que debían ser condecoradas con el Toisón de Oro.

Todas estas cosas eran discutidas con la mayor seriedad cuando, a las dos de la mañana, oímos tocar generala en las calles.

La columna real comenzó a marchar en dirección opuesta a Madrid, hacia las alturas situadas entre el Tajo y el Tajuña, que forman la región más fértil de Castilla, llamada Alcarria.

Mi amigo y compañero de armas, el general von Rahden, en su interesante libro, ya mencionado, emite la opinión de que, si el Infante hubiera enviado a sus ayudantes de campo para pedir al Rey la autorización de entrar en Madrid, en lugar de haber enviado al coronel Gaeta, ayudante de Cabrera, el Rey no la habría rehusado y, en este caso, Moreno se hubiera sometido a la voluntad real.

En esta época era yo ayudante de Su Alteza Real, y no puedo participar de esta opinión, puesto que he averiguado por una persona que formaba parte del consejo secreto, celebrado el 12 en la cámara del Rey, durante la ausencia del Infante, que Moreno y Arias Teijeiro, que ordinariamente eran de opinión encontrada, estaban de acuerdo en esta ocasión, desgraciadamente, y se oponían a la entrada en Madrid, alegando que era necesario batir a Espartero antes de dar este paso decisivo, porque su ejército estaba demasiado próximo a la capital y podía obligarnos a abandonarla, lo cual hubiera sido del peor efecto.

Así es como, después de largas discusiones, en las que no intervino el Rey, mientras estábamos nosotros en Atocha, se tomó el acuerdo que nos alejó para siempre de Madrid.

Después de cinco horas de marcha nos detuvimos en Mondéjar, ciudad principal de este distrito.

El pueblo no creía aún en nuestro retirada; nosotros mismos, considerando la posición ventajosa en que nos hallábamos, estábamos persuadidos de que se trataba de presentar la batalla a Espartero, que estaba en Alcalá de Henares.

Muchos de los nuestros estaban convencidos de que, si el Rey entraba en Madrid y se entendía con la Reina Cristina, Espartero entraría también en negociaciones, aceptando los brillantes ofrecimientos que se le harían.

La fértil Alcarria, que hasta entonces se había librado de la guerra, podía subvenir a las necesidades del ejército durante mucho tiempo.

El pueblo, como en toda Castilla, era partidario de don Carlos y todos los días se nos agregaban numerosos grupos de voluntarios.

Muchos de ellos traían armas y otros desarmaban a las milicias nacionales de sus pueblos para procurárselas.

Pero los jefes de partida de la Mancha no se dejaban ver; sin duda, temían las reprimendas del Rey, que había recibido numerosas quejas, por las vejaciones de que hacían víctimas a los habitantes, aun a los que nos eran afectos; y, sobre todo, temían ser agregados a nuestros batallones.

Su principal ocupación consistía en desvalijar las diligencias, interceptar los convoyes y robar las cajas de las aduanas y de la recaudación de impuestos.

Las vastas llanuras de la Mancha y de la provincia de Toledo eran el teatro de sus hazañas; alguna vez se aventuraban por otras regiones y extendían sus excursiones hasta Extremadura o Andalucía, donde este modo de guerrear encontró imitadores en algunas bandas que comenzaron a formarse.

Sólo las había de a caballo, y la mayor parte contaban de 40 a 100 jinetes.

El jefe más poderoso de estas bandas, don Vicente Rugieros, llamado *Palillos el padre*, para distinguirlo de su hijo, había sido elevado recientemente al rango de brigadier y comandante en jefe de la Mancha; pero los demás cabecillas no le obedecían; cada uno iba por su lado y operaba separadamente como bien le parecía, lo mismo que en la Edad Media.

Ni daban cuartel ni lo obtenían, y lo mismo en la buena como en la mala fortuna, sólo contaban consigo mismos y se repartían el fruto del botín.

*Palillos*, que, unido a su hijo, mandaba 800 jinetes, había adoptado un sistema adecuado a esta manera de combatir.

Cuando operaba en una llanura de la que se proponía sacar contribuciones, dividía su gente por grupos de 30 a 40 hombres, que ocupaban todos los pueblos en un espacio de ocho a diez leguas cuadradas.

Cada paisano tenía que subvenir a las necesidades de un hombre y de un caballo, y *Palillos* obligaba al pueblo a entregarle una cantidad igual que la que pagaba de contribución al Gobierno.

*Palillos* se alojaba para esto en el centro del pueblo invadido, instalado en la casa parroquial lo más cómodamente posible.

Cuando sus soldados entraban en un pueblo prohibía tocar las

campanas y ponía un centinela en el campanario para observar lo que ocurría.

Habían establecido una línea telegráfica convencional por medio de toques de campana para advertir con rapidez la proximidad del enemigo y transmitir órdenes.

La sorpresa era imposible porque algunas campanadas bastaban para avisar a los hombres diseminados en el país y para hacerles huir.

Rara era la vez que atacaba *Palillos*, aun cuando el número de enemigos le ofreciese ventajas; pero su espíritu acometedor adquiría toda su actividad cuando se trataba de detener algún convoy.

*Palillos*, su hijo y sus lugartenientes Jara, *Orejita* y *Padre Eterno* me recordaban al *Zampa* y al *Fra Diávolo* de nuestros teatros.

Su traje estaba de acuerdo con su papel.

Un sombrero alto y puntiagudo de terciopelo negro, ornado de una infinidad de botones, de medallas y de madroños, con una pluma negra, cubría un rostro encuadrado en grandes patillas.

Llevaba una chaqueta corta adornada con cinco hileras de "pesetas"; algunos jefes, para mayor adorno, en lugar de pesetas llevaban doblones.

Un ancho cinturón negro contenía 40 cartuchos, un puñal y un par de pistolas (otro par iba en los bolsillos del pantalón).

El pantalón, corto, era de terciopelo negro.

Polainas de cuero pardo, botas con enormes espuelas, un ancho sable, otro par de pistolas en el arzón de la silla y uno o dos trabucos cargados con una docena de balas completaban el traje y el equipo de estos señores partidarios manchegos.

Casi todos montaban sobre fuertes caballos enteros, cuyos relinchos les traicionaban muchas veces en sus expediciones nocturnas.

Fuera de nuestra estancia en Mondéjar, vimos pocos de estos tipos; pero los reclutas que llegaban de los alrededores eran tan numerosos que, al pasar revista el Infante, los batallones castellanos tenían 1.000 hombres más que cuando atravesamos el Arga.

El 15 supimos que Zaratiegui había dejado El Escorial, y se había retirado en dirección a Valladolid atravesando la sierra de Guadarrama.

Esta noticia produjo mala impresión y excitó las murmuracio-

nes, porque se hacía imposible unirse a Zaratiegui y emprender una operación combinada contra Madrid.

Sin embargo, pronto se consoló la gente, con esa indiferencia española que parece ser el fondo de su carácter nacional.

Una vez pronunciado el "no importa" parece que se ha olvidado todo.

El 16 por la mañana salimos de Mondéjar y fuimos, pasando por Loranca y Aranzueque, cinco leguas más adelante, hasta Chiloeches, a una legua escasa de Guadalajara, donde pasamos la noche.

La mañana siguiente vió cubiertas de tropas reales todas las alturas que rodean a Guadalajara por los dos lados y las avanzadas a un cuarto de legua de la ciudad en las orillas del Henares.

A las once, en el momento en que se celebraba el oficio divino en honor de Nuestra Señora de los Dolores, recibimos la noticia de que la columna de Espartero avanzaba por la carretera de Alcalá.

Subimos corriendo a los altos, donde vivaqueaban nuestras tropas, pero no pudimos divisar al enemigo.

La división de Forcadell y cuatro batallones navarros, a las órdenes de Sanz, estaban acampados en un olivar a tiro de cañón de Guadalajara, cuya ciudadela nos enviaba de vez en cuando alguna granada.

Cabrera, Forcadell y Arroyo pasaron el Henares para reconocer la tierra llana entre Cabanillas y Marchamalo.

Cuando nos convencimos de que el enemigo no estaba cerca fué enviado el coronel Cipriano Fulgoso a la ciudad como parlamentario, pero la guarnición del fuerte lo recibió a tiros.

Después de comer aparecieron algunas tropas enemigas entre el Henares y los muros de la ciudad, a 50 pasos de nuestras avanzadas.

Sanz pidió varias veces permiso para atacar y se le negó, y así pasamos todo el día en la inacción.

Teníamos a la vista la bella ciudad de Guadalajara.

El palacio del Duque del Infantado dominaba a las demás construcciones; esta mansión, verdaderamente real, es tan grande que forma por sí sola un pueblo.

No podíamos ocultar nuestro disgusto al vernos por tercera vez ante una gran ciudad sin que se nos permitiera entrar en ella.

Cabrera no podía disimular el suyo.

Como jefe del cuerpo que iba constantemente a la vanguardia, operaba casi independientemente de Moreno.

Al caer la tarde reunió a algunos de nosotros y preguntó a Sanz si quería entrar en la ciudad; Sanz rehusó, alegando su posición de subordinado; pero todos lo deseábamos demasiado para disuadirle de ello.

La compañía de granaderos del primer batallón de Tortosa se deslizó a media noche bajo las murallas, sorprendió un puesto enemigo, abrió una puerta pequeña y en pocos instantes entró un batallón y se hizo dueño de una de las puertas principales.

A las dos entraron en Guadalajara las divisiones de Forcadell y Llangostera.

Cuando comenzó a alborear el día estaba Cabrera en el balcón del Ayuntamiento envuelto en su capa blanca; sus tropas se habían reunido en la plaza y la música de jenízaros despertaba a los habitantes con sus toques guerreros.

Grande fué el asombro de los vecinos de Guadalajara, pero se abstuvieron prudentemente de toda clase de demostraciones, temiendo, sin duda, las represalias, aleccionados con la suerte de los de Arganda, a quienes, después de nuestra retirada, se hizo expiar cruelmente el entusiasmo con que nos recibieron.

Cabrera hizo borrar la inscripción "¡Viva Isabel II!" "Plaza de la Constitución", que había encima del balcón del Ayuntamiento.

Poco tiempo duró la alegría porque a las siete de la mañana se notó la proximidad del enemigo y se dió orden de dejar Guadalajara.

Cuando los últimos soldados de Cabrera salían por una puerta de la ciudad la vanguardia de Espartero entraba por la puerta de Alcalá.

Desde las alturas veíamos la carretera cubierta de enemigos, que, según supimos por los espías, no formaban todo el cuerpo de Espartero, sino una columna de 5.000 a 6.000 hombres, mandada por un general subalterno.

Espartero se había quedado en Alcalá con el grueso del ejército.

Cuando llegó esta noticia a nuestro Estado Mayor, esperábamos la orden de pasar el Henares para cortar la comunicación de esta columna con el cuerpo principal. Nuestra posición en las alturas era favorable y la derrota del enemigo, segura; pero no se adoptó este plan.

Al cabo de una hora de espera sobre las alturas, a tiro de cañón

del enemigo, nos retiramos por Chiloeches a Aranzueque, adonde llegamos de noche.

A las once reanudamos la marcha en el mayor silencio, atravesando Valdarachas, Pozo, Santorcaz y Anchuelo, y avanzamos hasta las alturas de Zulema, frente a frente de Alcalá de Henares, con intención de sorprender al enemigo.

Durante este tiempo la columna que se destacó a Guadalajara se había reunido con el cuerpo principal del ejército enemigo, de modo que Espartero contaba con un frente de 25.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería, unido a las fuerzas de Lorenzo; la mitad de este ejército estaba acampado en la llanura que se extiende entre Alcalá y las alturas de Zulema, frente a nuestras posiciones.

Para hacer más imposible aun la sorpresa proyectada traíamos con nosotros toda la impedimenta de la Corte, de modo que el enemigo podía oír a media legua de distancia los gritos de los muleros, y los relinchos de los caballos, que delataban nuestra aproximación.

Cuando la cabeza de la columna real dominó las alturas de Zulema vimos ante nosotros al enemigo alineado en orden de batalla; después de una hora de debates se ordenó la retirada, que se efectuó con bastante orden, hasta Pozo, donde descansamos dos horas. Aquí el enemigo nos alcanzó.

En un país descubierto y con tropas destrozadas no podíamos oponer más que una resistencia débil. La infantería se retiró escalonadamente hasta Aranzueque, guardada por la caballería, que hizo frente a los ataques del enemigo; pero, mal dirigida por el brigadier Delpan, en lugar de cargar vigorosamente e impedir la formación contraria, se replegó precipitadamente, aumentando el desorden en nuestra infantería.

Hicimos alto en Aranzueque y ocupamos las alturas próximas. Este lugar está situado al pie de una cadena de montañas, de las que está separado por el Tajuña y por una estrecha llanura.

El enemigo dejó de perseguirnos a los tres cuartos de hora; pero aun estábamos desbridando los caballos cuando apareció de nuevo a la entrada del estrecho valle en cuyo fondo estábamos nosotros, ocupando toda su anchura y dispuesto a atacarnos por tres lados.

Pasamos a toda prisa un pequeño puente que separa Aranzueque de las colinas; un terror pánico se había apoderado de la ma-

yoría de los nuestros. Las compañías que desfilaron en último lugar fueron apostadas en el puente cuando la caballería enemiga entraba en Aranzueque.

El tren de guerra y los equipajes estaban fuera de tiro de cañón en un desfiladero y fueron trasladados a Orgaz y después a Carabaña.

Se colocó nuestra caballería en una planicie que se extendía desde el valle hasta el puente y algunos batallones fueron escalonados por las alturas que dominan el río.

Avanzó el enemigo, pero fué rechazado por algunas cargas de caballería, limitándose a establecer una batería en la iglesia de Aranzueque, que era el punto más elevado; esta batería lanzó algunas bombas contra nuestras posiciones, que mantuvimos hasta la noche y nos retiramos a Hontova y Hueva, donde descansamos algunas horas. Espartero vivaqueó en Aranzueque.

El 20, muy de mañana, continuamos nuestro camino. La columna de Cabrera debía formar a nuestra retaguardia, pero en cuanto salimos de Hueva tomó hacia la derecha, pasó el Tajo y se dirigió a marchas forzadas hacia su tierra natal.

Se ha acusado a Cabrera de haber abandonado al Rey; yo no puedo emitir un juicio sobre este hecho porque ignoro si Cabrera obraba así con la aquiescencia real; lo que puedo afirmar es que ni el Infante ni Moreno estaban informados de antemano de esta separación, cuyo resultado fué favorable, pues ocasionó la división de las fuerzas enemigas que, en parte, fueron en persecución de Cabrera.

Creo también que el haber permanecido unido a la columna real no hubiera conjurado el destino siniestro que se cernía sobre nosotros desde que se inició la retirada ante Madrid; y que hubiera participado de nuestras derrotas, viéndose obligado a pasar el Ebro y perdiendo el influjo que ejercía en Aragón y Valencia, adonde volvió a tiempo para evitar que se desorganizasen y se desbandaran las fuerzas reales.

La campaña de 1838 ha demostrado mi aserción con sus éxitos brillantes mientras nada se hacía en el antiguo teatro de la guerra.

Parecía que una rara fatalidad perseguía a Cabrera y a sus lugartenientes cada vez que unían sus fuerzas a las de las expediciones.

Cuando en 1836 se vió obligado a juntarse a Gómez, volvió fugitivo y seguido únicamente de algunos jinetes,

Su cooperación a la expedición real acababa de ser fatal asimismo, y, cuando en 1838 don Basilio García, comandante general de Castilla y de Extremadura, solicitó el auxilio de una de sus divisiones, el desgraciado Tallada que la mandaba fué derrotado en las montañas de Granada, su cuerpo de ejército disperso y él hecho prisionero y fusilado.

Después de la separación de Cabrera, nuestra columna se componía de 6.500 hombres de infantería y 500 de caballería, y no se podía pensar en ninguna empresa seria con fuerzas tan escasas; las continuas marchas y contramarchas habían agotado de tal modo a hombres y caballos, que era de temer una disolución próxima.

Durante un alto momentáneo que hicimos en Tendilla se apodró el sueño de los soldados con tal fuerza que muchos se quedaron dormidos en los cuarteles y fueron hechos prisioneros.

El general Sanz, separado de su división, fué despertado en el último instante y se salvó de milagro cuando el enemigo entraba en su casa. Durante cinco días anduvo errante por las montañas, hasta que, con grandes trabajos, un guía le condujo hasta la columna real.

El calor era excesivo y el agotamiento tan grande que, cuando la columna se detenía por acaso, los soldados se dormían de pie o caían al suelo vencidos por la fatiga y la necesidad de sueño.

Así atravesamos Fuente la Encina, Peñalver, Irueste, Vallermosto de Tajuña y Archilla, hasta Brihuega, adonde llegamos extenuados a las cinco de la tarde. El enemigo llegó hasta Tendilla y vivaqueó en Horche.

Brihuega, pueblo rico junto al Tajuña, recuerda días gloriosos para la historia de España. En 1713, Carlos de Austria, más tarde Emperador Carlos VI, fué derrotado allí por el general de Felipe V, y en 1823 Bessières obtuvo en Brihuega una gran victoria sobre las tropas constitucionales.

Nuestra presencia no debía quedar señalada por una tercera victoria de las armas reales.

Apenas iniciado nuestro descanso cuando oímos el redoble de generala en las calles y nos apresuramos a dejar la ciudad y a ganar una pequeña meseta que la domina. Allí permanecimos dos horas y entre dos luces, cuando el enemigo comenzó a establecer sus vivaques en las alfuras; reanudamos la marcha hacia el noroeste y fuimos por Olmeda del Extremo hasta Cifuentes, adonde llegamos

a las tres de la mañana. Recuerdo que en este lugar encontramos gran cantidad de pescado escabechado, a cuyo comercio se dedica, y no creo que quedase mucho después de nuestra marcha.

Después de dejar Cifuentes atravesamos el norte de la Alcarria, pasamos el Tajuña, cerca de Torrecuadrada; nos detuvimos al mediodía en Torrecuadrada, y tomamos un atajo hasta Renales, pueblo en ruinas apoyado contra una montaña, donde vivaqueamos. Una lluvia torrencial nos obligó a buscar refugio en estas miserables cabañas, donde al menos podíamos encender fuego.

Yo estaba instalado en una de las más confortables, cuando me despertó un ruido formidable, y vi con gran sorpresa que las cuatro patas de una mula habían atravesado el techo y colgaban sobre mi cabeza; el pobre animal estaba suspendido como de un potro y costó grandes esfuerzos sacarlo de aquel atolladero. Su conductor lo había metido en el granero que estaba a pie llano por el lado del monte.

Nuestra posición comenzaba a ser crítica; los batallones se amotinaban amenazando con desbandarse si no se ponía término a sus miserias.

El enemigo, que pasó la última noche en Brihuega, continuaba persiguiéndonos; a cada instante temíamos ser atacados y, en este caso, la victoria le hubiera sido fácil y la dispersión de la columna real cierta.

Por fortuna, no consiguió alcanzarnos.

Penetramos por Cortes y Luzaga en la cadena de montañas que une la sierra Ministra con la sierra de Solorio, y nos detuvimos en Alcolea del Pinar.

Nuestras avanzadas, puestas en la carretera de Zaragoza a Madrid, detuvieron una diligencia en la que iban tres oficiales ingleses enviados a Madrid y al cuartel general de Espartero como comisarios militares por lord Palmerston.

Eran el coronel Lacy, el capitán Montgommery y el teniente Crafton. Los uniformes, las armas que se hallaron en sus maletas y, más aún, sus pasaportes, probaban su cualidad de militares, de modo que eran nuestros prisioneros, con arreglo a las leyes de la guerra; a pesar de esto, el Rey ordenó que fueran puestos en libertad inmediatamente. Firmaron la promesa de no tomar las armas mientras durase la lucha de los dos partidos que se disputaban la Corona de España; se les devolvió el equipaje, y el mismo día continuaron su camino hacia Madrid.

Nosotros fuimos a Bujarratal.

Desde el mediodía estaba el enemigo a la vista, pero parecía no tener muchas ganas de atacarnos; entró en Alcolea momentos después de haber salido nosotros y por la noche acampó a media legua de nuestro campamento.

El 24, a las dos de la mañana, nos pusimos en marcha, y al salir el sol, llegamos a Salinas de Imón, donde detuvimos a los recaudadores de impuestos de Cristina y nos incautamos de 34 mulas cargadas de sal. Descansamos un poco y seguimos la marcha hasta Atienza, pueblo importante situado en el declive de la sierra de las Sillas, que separa Castilla la Nueva de la Vieja.

Aquí recibieron las tropas víveres en abundancia, pero la presencia del enemigo no nos dejó descansar; a las seis de la tarde se presentó Espartero con 11.000 hombres de infantería y 1.000 de caballería, mientras Lorenzo, que se había destacado de él por la mañana con 4.000 infantes y 500 caballos, tomaba por Somosierra el camino de Castilla la Vieja.

Nos internamos en las montañas y vivaqueamos cerca de una aldea miserable llamada Cañamares, situada al borde de un arroyo, y cuyas viviendas parecían más propias de los insulares del mar del Sur que de hombres civilizados. Allí no hubo manera de procurarse alimento.

Yo conservaba, por fortuna, algunas pastillas de chocolate, que quise hacer hervir; para ello envié a mi ordenanza, que era un esbelto mozo de la Rioja, a que buscara agua y volvió, al cabo de un rato, calado hasta los huesos; había caído en el arroyo y por poco se ahoga.

Los oficiales alemanes reunidos alrededor de mi fuego no pudieron contener la risa al ver al pobre muchacho temblando de frío. Era un verdadero español, hijo de un capitán de guerrillas; unía a la mayor fidelidad y sumisión una gran altivez de carácter y un valor a toda prueba; me recordaba con frecuencia a los *palikazes* de que habla el Príncipe Pükler en el último volumen de su viaje a Grecia.

Al día siguiente, muy de mañana, fuimos pasando por Somolinos a Campisábalos, donde nos detuvimos cinco horas, mientras que el enemigo, siempre a nuestro alcance, entraba en Atienza. Pronto divisamos la cabeza de su columna, pero no nos inquietó en nuestra marcha a Caracena, después de pasar la frontera de las dos Castillas.

Caracena es un pueblo pequeño situado en una garganta, dominado por un gran castillo en ruinas, y esta posición desventajosa frente al enemigo no dejó de inquietarnos la noche siguiente.

El nombre de Cara-cena no era de buen augurio, pero el enemigo no nos molestó y permaneció vivaqueando a media legua de nosotros.

No nos explicábamos esta persecución prolongada de un enemigo cuyas fuerzas eran tan superiores a las nuestras.

A las cuatro continuamos tranquilamente nuestra marcha por Carrascosa y Fresno, hasta los bordes del Duero; frente a nosotros se destacaban, sobre la cima de una montaña, las ingentes y admirables ruinas del castillo de Gormaz, cuyo aspecto despertó en mi corazón alemán el recuerdo de los tiempos caballerescos tan bien celebrados por el poeta Uhland (1).

Pasamos el puente, que dejamos obstruido, y nos detuvimos cerca de siete horas junto al pueblo de Gormaz.

Yo aproveché este tiempo para escalar la montaña y visitar el castillo, cuyas ruinas imponentes testimoniaban aún su antiguo esplendor.

Estaba rodeado de anchos fosos y altas murallas; tenía acceso por cuatro puertas laterales y dos principales, y una torre elevada sobre una roca avanzada domina todas las alturas onduladas que le rodean.

Tiene cuatro patios, uno de ellos tan capaz que podrían maniobrar en él dos batallones a su sabor, y subterráneos inmensos, uno de los cuales desciende y pasa por debajo del Duero hasta la orilla opuesta.

Estas murallas construidas con bloques de basalto y de mármol rojo, parece que debían desafiar al tiempo, y, sin embargo, sólo ruinas ofrecen a nuestra vista!

Heidelberg, Chambord y Warwick, los tres castillos mayores de tres países, reunidos en uno, no igualarían en extensión a éste de Gormaz.

Había subido a la almena más alta; mi vista abarcaba, por un lado, las sierras de las dos Castillas, y, por otro, hasta las llanuras

(1) Guillermo Enrique Uhland, poeta romántico de la hornada de Göttingen, se especializó en los romances caballerescos medievales. En uno de ellos recoge la leyenda consignada por García de Salazar en sus *Bienandanzas e Fortunas*, según la cual el Conde de Castilla Garcí Fernández puso sitio a San Esteban de Gormaz.

del Bajo Aragón, cuando descubrí a mis pies una nube de polvo que se acercaba rápidamente.

Con ayuda de mi antejo pude distinguir la columna enemiga que llegaba por el camino de Fresno.

Era la una cuando se acercó al puente, no atreviéndose a pasar por él, puesto que lo teníamos defendido.

Se colocó en orden de batalla en la llanura, que sólo estaba separada de nuestro campo por el Duero, y maniobró durante dos horas con una precisión tal que recordaba la de las paradas en tiempo de paz.

Estaba mandada por don Diego León, hoy Conde de Belascoain, hermano del que murió en Huesca; montaba un caballo inglés negro y colín y vestía un hermoso uniforme de húsar, azul y blanco.

Varios ayudantes de campo trataron de buscar un vado, sin encontrarlo.

Desde nuestra posición inexpugnable mirábamos tranquilamente todo lo que pasaba; luego me fuí con algunos oficiales a Quintana de Gormaz, que está a un cuarto de legua, y allí el cura del lugar nos dió una comida excelente. Había sido capellán de Itúrbide cuando reinaba en Méjico con el título de Agustín I, y nos relató muchas cosas referentes a esta grandeza efímera.

Al caer la tarde abandonamos nuestra posición sobre el Duero y fuimos por Osma a Burgo de Osma, ciudad importante, donde pasamos la noche.

El cabildo de la catedral nos recibió de un modo admirable.

El Infante estableció su cuartel general en casa del deán y los demás nos alojamos en casa de los canónigos, que nos acogieron de la manera más hospitalaria, sobre todo, aquellos que, por haber recibido sus nombramientos de Madrid, tenían alguna molestia de nuestra parte; mi huésped se hallaba en este caso.

Cuando volví a media noche del alojamiento del Infante, con quien había cenado, hallé la mesa puesta, y, quieras que no, tuve que hacer honor a la cocina excelente del buen canónigo.

A nuestra salida de Gormaz el enemigo derribó las barricadas que construimos en el puente, atravesó el río y acampó a una legua de nosotros en Osma.

El Rey, que no había querido detenerse en Burgo de Osma, se había adelantado hasta Berzosa, dos leguas más allá, que nuestras tropas atravesaron el día siguiente por la mañana.

Se continuó la marcha por Villálvaro, La Torre, Cuscurrita y Casanova hasta Peñaranda.

Allí supimos que Lorenzo había tomado Valladolid, obligando a Zaratiegui a retirarse apresuradamente abandonando parte de su tren.

No se pudo saber con seguridad el punto adonde se había retirado. Unos afirmaban que había ido a los Pinares por Lerma y Burgos; otros, que había pasado el Duero por el vado de Peñafiel, penetrando de nuevo en Castilla la Nueva; la versión más probable era que había entrado en Aranda de Duero, y después se confirmó esta noticia.

Al día siguiente, a las diez, nos dirigimos hacia Aranda y tres leguas hacia San Juan del Monte Zazuar, y al llegar a Quemada nos encontramos con el coronel de caballería Valmaseda, enviado por Zaratiegui para comunicarnos que estaba atacado por el enemigo en Aranda y que defendía el puente. Apresuramos nuestra marcha y salieron adelante cuatro ayudantes de campo para observar el estado de cosas.

Zaratiegui había propuesto que nuestra columna se dirigiese en seguida sobre el Duero, que lo vadease por un lugar que designaba y que cayese sobre el enemigo atacándolo por la espalda.

Este plan excelente, que hubiera hecho caer en nuestras manos la columna de Lorenzo antes de que Espartero hubiera podido venir en su socorro, no fué adoptado; continuamos por la orilla derecha del río, dejando así el campo libre al enemigo.

Zaratiegui, entretanto, había cerrado el puente con barricadas, cerró la puertas de la ciudad y llenó de soldados los tejados y ventanas de las casas; desde allí hacían un fuego mortífero al enemigo, que, obligado a renunciar al ataque, se retiró en dirección a Peñafiel con una pérdida considerable.

Zaratiegui entonces hizo demoler las barricadas y salió en su persecución con toda la caballería y una batería de seis y de ocho.

Entonces fué cuando se le reunieron los ayudantes enviados por el Infante; por ellos supo que no se había adoptado su plan, y considerando inútil el prolongar la persecución del enemigo, ordenó la retirada y volvió a Aranda.

La columna de Zaratiegui se componía de 4.500 hombres de infantería, 600 de caballería y seis piezas de artillería.

Había ocupado sucesivamente varias grandes ciudades; sus

tropas se habían equipado en Valladolid, y había acuñado moneda en Segovia.

En La Granja de San Ildefonso hizo correr las fuentes, para diversión de los soldados, y estableció su cuartel general bajo las inmensas bóvedas de El Escorial. Había vivaqueado frente a Madrid.

El también tuvo sus jornadas memorables y, aunque forzado a retirarse, sus tropas no habían sufrido tantas miserias y tantas privaciones de todo género como las nuestras.

Su aspecto era brillante comparado con las de la columna real, que era lastimoso, así en lo físico como en lo moral.

Su caballería estaba perfectamente montada y equipada; su infantería, vestida de nuevo, y los oficiales, cuyo sueldo iba corriente, tuvieron tiempo en Valladolid para hacerse elegantes uniformes.

Si se hubiera aprovechado la ocasión de nuestro encuentro con Zaratiegui del modo que he explicado más arriba, nos hubiéramos resarcido de las pérdidas de la última semana; pero no habiendo sido así nos quedaban dos caminos a seguir: el primero, propuesto por el Infante, era volver de nuevo contra Madrid a marchas forzadas por Segovia y San Ildefonso, teniendo cuidado esta vez de ocupar la sierra de Guadarrama.

Al llegar el Rey a El Escorial debía dirigir proclamas a la capital, y de este modo, al acercarnos por segunda vez, hubiera renacido el prestigio que se perdió con la retirada.

Este plan, atrevido y caballeresco, era tal vez un poco aventurado.

Zaratiegui y Elío propusieron una separación de las dos columnas para obligar al enemigo a dividir sus fuerzas. Querían penetrar de nuevo en las planicies de Castilla la Nueva, mientras el Rey debía internarse en los pinares de Soria para organizar allí una sublevación general. La presencia del famoso cabecilla de aquella comarca, el cura Merino, sería de gran influencia en esta ocasión.

Estos dos proyectos fueron rechazados: el primero como demasiado aventurado, y el segundo fué acerbamente censurado en la Corte y considerado por muchos cortesanos como una traición.

Se reprochó amargamente a Elío y a Zaratiegui el no haberse quedado en los alrededores de Madrid para tener en jaque a la capital conjuntamente con la expedición real.

En vano probaron estos dos generales que, desde que se pasó

el Ebro, mientras estaban en El Escorial y después de la toma de Segovia y, por último, después de la retirada, habían escrito y enviado espías al campo real para tener instrucciones, y que estos mismos espías, después de haber esperado durante muchos días, volvían sin traer ninguna orden concreta.

Cuando Zaratiegui envió a Aragón la noticia de la conquista del Alcázar de Segovia y una muestra de la moneda que había acuñado con la efigie del Rey, se le respondió simplemente con una aprobación a su proposición de avance, enviándole una gran cruz para él y una faja de general para Elío, añadiendo que obrase según las circunstancias, como creyera ser más favorable al servicio del Rey.

Si Zaratiegui y Elío hubieran tenido noticia de la proximidad de las fuerzas del Rey, hubieran defendido a toda costa sus posiciones ante Madrid.

Una negligencia imperdonable, una inercia increíble que presidió todas las operaciones de aquel tiempo, he aquí la causa de nuestras pérdidas, y no Zaratiegui y Elío, que fueron indignamente calumniados y encarcelados injustamente cuando volvimos a las provincias vascas (1).

Se les dejó languidecer en los calabozos, ya que no se les pudo probar el menor delito.

Estos dos generales pertenecen, sin duda, a la categoría más distinguida de los que ha producido la guerra civil.

Desde su comienzo hasta el fin no han cesado nunca de prestar los más señalados servicios y se han mostrado siempre fieles y leales servidores del Rey.

Después de haber dispuesto de medios poderosos; después de haber ocupado ricas ciudades y de haber ejercido el mando de ejércitos considerables, se ven hoy reducidos a languidecer en un depósito francés, pobres y desprovistos de todo.

Esta es la mejor prueba de su honradez.

Los dos son jóvenes todavía; don Juan Antonio Zaratiegui había sido secretario, amigo y confidente de Zumalacárregui; de su pluma salían aquellas proclamas elocuentes que el gran general confirmaba con la punta de su espada victoriosa.

(1) Véase el libro de Madrazo Escalera, titulado "Un episodio de la guerra civil en el ejército de Carlos V..." París, Moessard y Jousset, 1840. En 8.º, 254 páginas, plano y facsímil.

Don Joaquín Elío, el fiel compañero de gloria y de sufrimientos de Zaratiegui, era de la familia de los Condes de Ezpeleta, una de las mejores casas de Navarra.

Cuando yo llegué a España era brigadier y secretario militar del Infante y tuve ocasión de apreciar frecuentemente la capacidad de este joven oficial.

Algunos intrigantes, celosos de su influencia con el Infante, consiguieron, al iniciarse la expedición real, que fuera destituido de su cargo cerca de don Sebastián y substituído por el coronel de Estado Mayor, Arjona.

Elío quedó en Navarra hasta que Zaratiegui le nombró jefe de su Estado Mayor.

Se acusaba a Zaratiegui y a Elío de no haber tomado el convento fortificado de Valladolid y de haberse dejado sorprender en esta ciudad por Lorenzo. Lo primero no pudo ser por falta de artillería; lo segundo tal vez se hubiera evitado con la ocupación de un puente junto a la ciudad o, cuando menos, con una retirada ordenada.

No estaba bien que castigasen con tal rigor una pequeña negligencia quienes eran culpables de tantas y tan graves faltas.

La reunión de nuestras fuerzas con las de Zaratiegui, que debía ser ventajosa para las operaciones, resultó un vasto campo para las intrigas del Cuartel Real.

Estas intrigas, esta cizaña que minaba y perdía al ejército expedicionario se corrieron también al de Zaratiegui.

Elío parecía predecir estos tristes resultados: cuando pasábamos el puente de Aranda cabalgaba yo junto a Elío admirando el buen aspecto de sus tropas, y me respondió tristemente: "En pocas semanas estarán tan mal como vuestras columnas." Esta profecía se realizó demasiado pronto.

Mientras tanto en Aranda se vivía alegremente; los oficiales y los soldados celebraban la reunión de los dos cuerpos y nadie se acordaba de las miserias pasadas.

La ciudad está situada en una llanura rica y ofrecía a los soldados recursos abundantes.

Todo el mundo estaba en las mejores disposiciones cuando, inesperadamente, se dió la orden de marcha.

Espartero había avanzado hasta Peñaranda.

Caminamos tristemente a lo largo de la carretera de Burgos y asentamos nuestro campo en Gumiel de Hizán.

Supimos por los espías que Espartero se había reunido con Lorenzo y Carandolet y que sus fuerzas ascendían a 19.000 infantes y 1.800 jinetes.

A las tres de la mañana dejamos la carretera e hicimos seis leguas por la montaña, después de un descanso en Pinilla de Trasmonte.

Aquella noche acampamos en Covarrubias de Cervera, a orillas del Arlanza; poco después de nuestra salida el enemigo había ocupado a Gumiel de Hizán y se encontraba ahora en Lerma, a unas dos horas y media de nuestro campo.

Nos hallábamos a la entrada de estos famosos pinares, la región más árida de España, donde nos esperaban el hambre, la miseria y las privaciones de todas clases.

Los pinares, divididos en dos partes, los de Burgos y los de Soria, se extienden de sudeste a noroeste de Castilla la Vieja. Son grandes extensiones montañosas cubiertas de pinos achaparrados, de donde viene el nombre de pinares.

Exceptuadas algunas ciudades edificadas en los oasis, sólo se encuentran, a largos intervalos, algunas miserables aldeas, situadas en gargantas estrechas y alguna vez en las cimas más elevadas, formadas por pobres chozas construídas con piedras mal trabadas y cubiertas de vigas mal escuadradas y peor unidas, por donde entra la luz y el agua y se escapa el humo.

El interior está lleno de miseria.

Los habitantes de esta comarca misérrima son una raza de hombres robustos, casi salvajes, atrevidos e ignorantes como los hotentotes. Las mujeres repugnan por su fealdad y su porquería.

El campo pedregoso de los pinares, que produce muy poco en años de abundancia, es poco menos que estéril en los años secos, como éste de 1837, y no me puedo explicar de qué modo subsisten sus habitantes.

Vi algunos pobres chicos que machacaban piñones para hacer pan con ellos.

Más adelante vi en el condado de Paillase, en Cataluña, que los habitantes de las montañas habían quedado reducidos a un estado tan acabado por efecto de la guerra que fabricaban pan con las raspas y las pepitas de la uva.

Los pinares fueron el teatro de las hazañas del célebre guerrillero don Jerónimo Merino, cura de Villoviado.

No hay un granadero del Imperio ni un soldado del ejército de Wellington que no lo conozca; pero donde su recuerdo durará es en estos lugares salvajes, testigos de sus victorias.

Después de treinta años de calma sólo su voz y su presencia conservan el poder de arrancar de su apatía natural a las gentes de estos desiertos.

La aparición de Merino, su vida, sus actos, tienen un sello particular de verdadera originalidad y de naturaleza fuerte.

En vano buscaréis un segundo individuo de su temple; únicamente Stofflet, el osado jefe de la Vendée, puede serle comparado.

Nacido de humilde condición, comenzó por ser pastor; en esta ocupación erraba por los montes solo con su rebaño durante meses enteros, pasando días y noches sin más cobijo que la bóveda del cielo.

Así es cómo se bronceó su cuerpo en la fatiga y cómo los senderos, los atajos y las veredas más ocultas de aquel país le eran tan conocidos que no tenía más que mirar al sol y a un pico elevado para orientarse al punto en este desierto.

Cuando llegó a los veinte años su tío materno, que era cura de Villoviado, le nombró sacristán de su iglesia; aprendió a leer y escribir y un poco de latín, recibió la tonsura y acabó siendo coadjutor de su tío.

Cuando estalló la guerra contra Francia llamó a las armas a los pastores de las montañas y a los hombres de Villoviado y esperaba ser nombrado párroco.

Cuando estalló la guerra de la Independencia reunió a los feligreses de Villoviado y a los pastores de las cercanías y formó una partida.

Tuvo éxito en sus primeros ataques y bien pronto se vió al frente de 2.000 jinetes e hizo una guerra encarnizada a los franceses, asestándoles los más duros golpes allí donde menos lo esperaban.

Durante los años 1811, 1812 y 1813 era el guerrillero más terrible de toda la Península.

Es conocida su victoria de Quintanapalla; cayó en sus manos el inmenso convoy del mariscal Soult, que valía varios millones; lo repartió entre los aldeanos, y se dió el gusto de abrir por su mano todos los fardos. Sólo se quedó para su uso un paquete de medias negras, que le parecieron agradables después de examinarlas. Se las fué probando una a una y las encontró tan a su gusto que deci-

dió quedarse con todas. Lo demás, incluyendo considerables sumas de dinero, lo apartó, sin quedarse con nada.

La Regencia de Cádiz le nombró mariscal de campo; al volver Fernando VII no quiso seguir en el Ejército, y el Rey, como recompensa de sus servicios, le dió dos ricas canongías en Zaragoza y Valencia.

Pronto se cansó e hizo dimisión, porque se aburría con la vida de la ciudad, retirándose a su pueblo con una pensión módica.

De sus grandezas pasadas no conservó más que sus dos mejores caballos y dos galgos, con los que cazaba liebres en las montañas.

Cuando Fernando VII iba a La Granja, Merino no dejaba nunca de ir a cumplimentar al Rey, que lo recibía con toda llaneza y le preguntaba si deseaba algo; Merino nunca pidió nada para sí mismo, sino pequeños favores para los pobres de Villoviado, que nunca le fueron negados.

En la época constitucional España se levantó en armas nuevamente y Merino despertó a su vida guerrera; en pocas semanas reunió una buena tropa de jinetes que hostilizaban a los generales constitucionales tan pronto como aparecían en Castilla.

La entrada del Duque de Angulema terminó pronto esta campaña, y Merino se retiró a su pueblo, reanudando su apacible modo de vivir.

A la muerte de Fernando VII, fué el primero que en esta comarca se declaró en favor de Carlos V y que enarboló la bandera real en los pinares.

Unido a otro cabecilla, llamado Cuevillas, se puso al frente de un centenar de jinetes camino de Portugal, con ánimo de traer de allí a Carlos V; pero en el curso de su marcha fueron atacados y deshechos y cuando llegó a presencia del Rey, en Coimbra, sólo le quedaban 14, oficiales en su mayor parte.

Cuevillas principió por dirigir al Rey un patriótico discurso, en el que, entre otras cosas, dijo que había reunido 40 batallones y que había sido el primero en proclamar al Rey en España.

Entusiasmado, el Rey le abrazó y la Reina (la Infanta doña Francisca de Asís de Portugal) descolgó del cuello del Príncipe de Asturias la Gran Cruz de San Fernando y condecoró con ella a Cuevillas.

—¿Dónde están tus batallones? —le preguntó el Rey.

—Señor, todos han desertado —respondió Cuevillas.

Este jefe, que era, por lo demás, tan bravo como inconsecuente, y que había envejecido al servicio de la Causa Real, tuvo la desgracia de terminar una larga y honorable vida tomando parte en la traición de Vergara.

Merino, que no pudo convencer al Rey para que se confiase a él y atravesara España hasta las provincias vascas, abandonó Portugal y organizó en Castilla la Vieja algunos escuadrones, con los que llegó al teatro de la guerra.

Desde este momento su importancia pasó a ser secundaria, porque había envejecido y, aunque su antigua energía parecía despertar algunas veces, ya no se hallaba en estado de hacer una guerra de montañas.

A pesar de su mucha edad, nada había variado en sus costumbres y soportaba, como el más fuerte, las fatigas de largas marchas a caballo por carreteras desfondadas y por senderos escarpados.

Nunca consagraba al sueño más de dos o tres horas, no bebía más que agua y leche y comía muy poco.

Merino es de alta estatura, seco, pero vigoroso; su cráneo, de perfil clásico, notablemente hermoso, sólo conserva algunos cabellos grises en las sienes; cejas negras y pobladas, como las del mariscal Marmont, sombreaban sus ojos hundidos en la órbita, cuya expresión es dulce y sardónica a la vez.

Su boca, casi desprovista de labios, tiene soberbios dientes, que ha conservado completos, a pesar de sus muchos años y de su costumbre de fumar continuamente.

Llevaba de ordinario una zamarra de piel de carnero, un chaleco y una faja de corte eclesiástico y un ancho pantalón, todo negro; espuelas largas y puntiagudas, sombrero de terciopelo alto y copudo, el sombrero castellano; un grueso bastón herrado en forma de muleta, del que no se ha separado y que me ha legado para después de su muerte; un sable que pesa veinte libras, cuya hoja es la más ancha que he visto, pende constantemente de su cintura; en su silla, cubierta de una funda a rayas, van dos pistolas de construcción ordinaria y un trabuco cargado con doce balas.

Detestaba a todos los extranjeros, y una de sus rarezas consistía en no dejarse retratar; en una ocasión despachó a palos de su casa al pintor francés Magués, que tenía el encargo de hacer los retratos de las personas notables de la Corte y del ejército.

Sin embargo, bajo esta corteza tosca penetraba a veces el fuego poético que yace en el alma de todos los hombres de naturaleza

superior; pero en Merino se manifestaba raramente y como a pesar suyo.

No olvidaré nunca un día en que me hallaba solo junto al viejo partidario en la cima más alta de los Pinares: nuestra columna atravesaba algunos lugares cuyos habitantes estaban agrupados para ver pasar al abuelo, nombre con que era conocido Merino en las dos Castillas; mientras que las tropas desfilaban por el valle nosotros trepamos a la montaña; estaba sombrío y algo de solemne embellecía su mirada.

Llegados a lo más alto, un magnífico espectáculo se ofreció a nuestra vista: cerros oscuros y verdes se dibujaban en los flancos de las lomas, serpenteaban a nuestros pies numerosos senderos y sobre el horizonte inmenso que se extendía delante de nosotros se destacaban los picos elevados.

—¿Dónde están los días —dijo Merino con aire grave y triste— en los que, a mi voz y al conjuro de mi nombre, surgían del fondo de los Pinares millares de hombres que venían a alinearse bajo mis banderas? ¡Pasaron aquellos tiempos y con ellos la felicidad de España; entonces había fe y amor, y el soplo de la revolución no había llegado aún a nuestras montañas!

En este momento la figura del viejo castellano parecía iluminada; sus mejillas se coloreaban ligeramente de sangre y su mirada, tan fría ordinariamente, tenía llamaradas de entusiasmo que pronto se apagaron; como quien despierta de un sueño, pronunció un enérgico ¡c...jo!, y, llevando maquinalmente su cigarrillo a la boca, descendió con rapidez de la montaña, montó a caballo y se reunió con la columna. Nada quedó de su inspiración poética.

Más adelante fui testigo de una escena semejante, cuando Carlos V perdió el ejército y el reino y Merino pisó por vez primera la tierra francesa el 14 de septiembre de 1839, en Saint-Pée, lugar de la frontera francesa. Las circunstancias eran más tristes que dos años antes en lo alto de los pinares. Ahora languidece en un depósito francés, sobre una tierra de destierro, con duelos y privaciones.

Covarrubias es uno de los pueblos más importantes de los Pinares; tiene dos plazas irregulares y una docena de casas tortuosas.

Yo estaba alojado en una casa a orillas del Arlanza, que era de un eclesiástico.

Desde mi ventana se divisaba, al otro lado del río, una torre de construcción mitad gótica mitad moruna que, según una vieja

tradición, había servido siglos atrás de prisión a una Princesa, llamada sin fundamento torre de Doña Urraca, porque esta hija del Rey Enrique de Trastámara nunca estuvo presa (1).

En la sacristía de la iglesia del convento vi un hermoso cuadro alemán en el que era visible la firma de Alberto Durero: *El Salvador entre los sayones*. Es el único cuadro de nuestra escuela que he visto en España, y el azar le ha preservado de caer en manos de los franceses o de los cristinos, que en las guerras no dejaban de apoderarse de cuantos cuadros hallaban en su camino.

Algunos, sin embargo, han escapado a su rapiña; en Villar de los Navarros vi una *Coronación de la Virgen*, por Herrera padre.

Este cuadro, de gran tamaño, como el célebre Pasmó? de El Escorial, contenía más de cien figuras.

En el convento de religiosas de Vallbona, en Cataluña, vi un magnífico Zurbarán, cuya ejecución y composición son bien superiores a las que del mismo maestro hay en la galería de Aguado, de París.

Más tarde encontré dos hermosos Mengs en el convento de Santo Domingo de Silos, en los pinares.

Así sucede, a veces, que se encuentran algunos tesoros en pequeños lugares; en las provincias vascas no se encuentra nada, y parece que no han pasado de los montes de Navarra, pues apenas he visto otra cosa de valor que un *San Ignacio moribundo* que hay en Loyola.

Me dijeron que en la Colegiata de Roncesvalles se guardan algunos bellos cuadros, pero no he tenido el placer de verlos.

Pasamos tristemente algunos días en Covarrubias. Los heridos y los enfermos fueron transportados a Santo Domingo de Silos, tres leguas más allá.

Según un convenio firmado tiempo atrás por Zaratiegui y Carandolet, este hospital era tenido como neutral, de modo que confiábamos en que sería respetado por el enemigo; pero no fué así, y los heridos fueron hechos prisioneros después de nuestra salida contra todas las leyes de la guerra; sólo pudieron escapar algunos convalecientes.

Durante este tiempo las columnas enemigas ocuparon la carretera entre Aranda y Burgos y, como si esperasen un ataque por

(1) La tradición se refiere a otra Doña Urraca, reina de León y esposa de Ordoño III.

nuestra parte, concentraron sus fuerzas cerca de Bahabón, Lerma y Santa Inés.

Esta aproximación del enemigo exigió un cambio en nuestras posiciones; dejamos Covarrubias y establecimos nuestros cuarteles una legua más lejos, en Retuerta. El enemigo miraba con recelo nuestros movimientos y empleó nueve horas en una marcha de tres leguas hasta Covarrubias.

Cuando al día siguiente supimos que el enemigo había entrado en Covarrubias nos retiramos hasta Santibáñez del Val y Santo Domingo de Silos, en el valle de Mataviejas, donde tomamos posiciones, mientras que Lorenzo y Carandolet avanzaban hasta Retuerta, de suerte que nos separaba un espacio de tres cuartos de legua de las avanzadas enemigas.

Las fuerzas reunidas del enemigo se elevaban a 18.000 hombres de infantería y 1.800 de a caballo; las nuestras a 11.000 infantes y 900 de caballería.

Se preveía por ambas partes un combate próximo.

El día 5, por la mañana, los dos ejércitos estaban frente a frente, alineados paralelamente en las posiciones que siguen: el enemigo ocupaba Covarrubias, Quintanilla y Retuerta; el ejército real, San Vicente, Santibáñez y Santo Domingo; ambas líneas se apoyaban en las laderas opuestas. El enemigo tenía la retirada hacia Lerma y nosotros hacia los pinares.

Lorenzo y Carandolet ocuparon a las siete las alturas que avanzan entre Retuerta y Quintanilla. Espartero estaba en la pendiente del monte, entre este último lugar y Covarrubias.

El grueso de nuestras fuerzas avanzó y se escalonó frente a las posiciones enemigas en la ladera que se extiende del lado de Santibáñez.

Nuestra ala derecha, compuesta de algunos batallones de Zaratiegui, se desplegó hacia San Vicente; un estrecho valle nos separaba del enemigo y estábamos entre dos ríos: el Arlanza y el Mataviejas, que se juntan más allá de Covarrubias.

Por un lado teníamos las llanuras que llegan hasta el Duero, a nuestra espalda, y por el otro los pinares.

Era ventajosa nuestra posición, y con un acuerdo perfecto en las operaciones y la buena voluntad de algunos jefes podíamos esperar la victoria.

Serían las nueve cuando rompió el fuego una batería en el centro enemigo, lanzando sobre nuestras masas gran cantidad de cule-

brillas; no todas nos alcanzaron, pero las que hicieron blanco causaron grandes destrozos; una de ellas, que cayó en el 25.º batallón de Aragón, mató 25 hombres.

Los cazadores de ambos lados descendieron al valle, que era tan estrecho que el fuego continuó por encima de sus cabezas.

Después de cuatro horas de un combate mortífero, durante el cual la caballería de los dos ejércitos permaneció inactiva, las fuerzas principales del enemigo se lanzaron contra nuestra ala izquierda, que tuvo que replegarse.

Se ordenó la retirada, que se llevó a cabo con el mayor orden hasta Santo Domingo de Silos.

El enemigo nos persiguió débilmente y se retiró el mismo día a Retuerta y Covarrubias.

Nuestra pérdida fué considerable en esta jornada, tan poco decisiva que ambas partes se atribuyeron la victoria.

El Conde de Madeira había recibido una herida en el brazo izquierdo. Villarreal corrió grave riesgo y su caballo cayó muerto bajo el general.

El coronel Reina fué herido de un balazo en la cadera y M. de Keltsch, que se nos había reunido en Calamocha, en el brazo.

A nuestra llegada a Santo Domingo, el general Moreno me envió a llevar el parte de la jornada al Rey, que se encontraba en Mamolar, a una legua del campo; Moreno prometía atacar de nuevo al enemigo al día siguiente; señalaba las faltas cometidas la víspera y pedía que se abriese un proceso para depurarlas.

El Rey ordenó al ministro de la Guerra que volviese conmigo a Santo Domingo.

El grueso del ejército se dirigió por la tarde a Peñacoba y durante la noche continuó su marcha hasta Contreras, en tanto que dos batallones y un escuadrón fueron destacados a Retuerta para desviar la atención del enemigo.

Cuando salió el sol vió el enemigo nuestras tropas apostadas en las alturas de Retuerta y se retiró hacia las montañas, reuniéndose con el cuerpo acampado en Covarrubias y llevando todas sus fuerzas sobre Barbadillo del Mercado.

La columna real desfiló a la derecha, pasando por Haedo, y tomó posiciones junto a la iglesia de Villanueva de Carazo, de donde se retiró, después de un pequeño ataque, hasta Gete.

El enemigo nos seguía lentamente y se decidió, por fin, a atacarnos; intentó desalojarnos varias veces, pero sus cargas de caba-

llería fueron rechazadas con pérdidas de su parte. En vista de ello se retiró a Barbadillo con el grueso de su ejército, teniendo sus avanzadas en Villanueva de Carazo, pero dejando un cuerpo de observación en las alturas de Gete, cerca de las cuales acampaba el ejército real.

El Infante estableció su cuartel general una legua más allá, en Pinilla de los Barruecos.

A las dos de la noche nos pusimos en marcha para volver por Peñacoba, Mamolar y Santo Domingo de Silos; después de algún descanso siguió la columna dos horas más, camino de Santibáñez, hasta Castro Ceniza, donde pernoctamos.

El enemigo concentró sus fuerzas cerca de Salas y de Barbadillo del Mercado.

El 9 estableció su cuartel general en Quintanilla del Coco.

Al día siguiente el Rey, que había quedado en Castro Ceniza, envió a decir al Infante que había resuelto encargarse él mismo del mando en jefe del ejército que iba a ser dividido en dos columnas, una de las cuales quedaría bajo las órdenes inmediatas del Rey, mientras la otra, al mando del Infante, obraría por separado.

La imposibilidad de proveer a las necesidades de tan numerosa tropa en una estación tan avanzada y en un país montañoso fué la razón que se alegó para justificar esta medida.

Al dividir nuestras fuerzas se obligaba al enemigo a dividir las suyas.

A mi entender no se tomaron las prevenciones necesarias para el porvenir ni se fijó un plan concreto; confirma mi opinión el hecho de que, al día siguiente, se hablaba de una expedición del cuerpo mandado por el Infante hacia el Guadarrama, pasando por San Ildefonso, cuando las operaciones se hacían con vistas a una dirección opuesta.

Moreno quedó agregado, como jefe de Estado Mayor, con todos sus oficiales y todos sus cargos, a la persona del Rey.

Al Infante se le dió como jefe de su Estado Mayor a Zaratiegui, y formaban parte del mismo los generales Villarreal, Conde de Madeira, Elfo y Sanz.

Yo conservé mi puesto cerca del Infante.

El día 10 abandonó el Rey Castro Ceniza y fijó su cuartel general en Ciruelos de Cervera, y el 11 siguió, por Espinosa de Cervera y Arauzo de Miel, a Huerta del Rey mientras el Infante quedó

en Quintanilla del Coco. El enemigo retrocedió a Lerma y Santa Inés, obligado, sin duda, por la falta de víveres.

El día 11, por la noche, fui enviado por el Infante al Cuartel Real, llevando algunos despachos; después de cuatro horas de carrera desenfadada llegué a Huerta del Rey.

No quiero decir lo que oí a algunas personas del séquito real ni los despropósitos poco favorables al Infante que corrían de boca en boca en el Cuartel Real; el porvenir demostró cuán funestas fueron estas diferencias.

Al mediodía había dado fin a mi misión, y, entre otras cosas, me fueron comunicadas las propuestas de ascensos y recompensas por el hecho de Villar de los Navarros.

Cuando me despedí del Rey me pareció verle muy confiado y que estaba muy lejos de percatarse de lo difícil de su situación. Seguramente ni él ni yo pensábamos que ya no nos volveríamos a ver sino en las provincias vascas.

El Infante se había trasladado de Quintanilla a Peñacoba, donde pasó la noche, y allí me reuní con él.

El día 13 fuimos a Arauzo de Miel, pueblo situado en el confin de un valle.

El Rey había permanecido el día anterior en Huerta del Rey, y fué por Espejón y Navas del Rey hasta Hontoria del Pinar.

El enemigo se había dirigido hacia Gumiel de Hizán, pasando por Bahabón, para recibir un convoy en Aranda.

El 14 siguió el Rey su camino por Aldea del Pinar, Rabanera, Cabezón de la Sierra, Palacios, Vilviestre y Canicosa, hasta Quintanar de la Sierra.

Después de recibir el convoy, el enemigo siguió al Rey hasta Huerta del Rey, derrotó su caballería, mandada por el brigadier Cabañas (hijo del ministro de la Guerra), y sus cazadores hostilizaron al mismo tiempo a la columna del Infante en Arauzo de Miel.

Después de varias horas de tiroteo se retiró el Infante por Doña Santos a Peñacoba.

Hasta entonces estuvimos en comunicación con la columna real; pero a partir de este día cesaron las noticias oficiales, y las que recibíamos, por medio de espías y de aldeanos, eran contradictorias.

El 15 fuimos por Carazo y Contreras hacia Covarrubias; el enemigo ocupó San Leonardo y Hontoria del Pinar.

La columna real estaba en Quintanar de la Sierra, donde permaneció el día 16, mientras el enemigo iba por La Gallega y Pinilla a Salas, desde donde amenazaba la posición del Infante en Covarrubias con fuerzas muy superiores.

El Infante se vió obligado a ir a Cascajares, donde recibió el orden de tomar la dirección opuesta y de dirigirse hacia el Ebro para reunirse nuevamente con la columna real.

Viéndose libre por el momento de la persecución del enemigo, había resuelto el Rey aproximarse al Ebro y hacer venir de Navarra un refuerzo de hombres y de efectos militares.

Nuestra marcha fué interrumpida al instante y, a un cuarto de legua del enemigo, tomamos la dirección ordenada; hicimos siete leguas sin detenernos; atravesamos Hortigüela, Villaespasa, Rupelo y Tanabueyes, y Santa Cruz de Juarros; llegamos a las tres de la mañana a Palazuelos, descansamos dos horas y anduvimos luego cuatro leguas más, pasando por Brieba hasta Villasur y Villafranca de Montes de Oca, donde hicimos alto. Por la tarde anduvimos dos leguas más por Espinosa, Villambistia y Tosantos, hasta Belorado, donde pasamos la noche.

La columna enemiga se había dividido asimismo. Lorenzo, con 6.000 hombres, nos seguía de cerca, y Espartero, con 12.000 hombres, seguía los pasos de la columna real.

La proximidad del enemigo y la noticia de que los refuerzos que se esperaban de Navarra no habían llegado al Ebro, movieron al Rey a ordenar al Infante que no continuase su aproximación a este río y que volviese a Santo Domingo de Silos.

Mientras esperaba la vuelta del Infante, el Rey tomó el 17 la dirección de Duruelo de la Sierra, Covalada y Salduero hasta Molinos, donde quedó el 18, en tanto que Espartero ocupaba a Hontoria y San Leonardo.

Nosotros habíamos avanzado por Tormantos, Villalobar y Cuzcurrita, por el Tirón y el Oja (vulgarmente Glera), dos afluentes del Ebro, hasta Casalarreina, a una legua del Ebro, no lejos de Haro, plaza fortificada, defendida por el enemigo.

Entonces fué cuando nos llegó la orden del Rey de que he hablado; era ya tarde e imposible retroceder, pues Lorenzo se había colocado con su columna entre nosotros y los pinares.

Así se comunicó al Rey y, en espera de nuevas órdenes, nuestras tropas se acantonaron en Casalarreina.

El brigadier Arjona fué encargado de llevar este parte al Rey,

y no sin grandes peligros consiguió llegar el día 20 a Quintanar de la Sierra, donde se hallaba la columna real.

Cuando se supo que el Infante no había vuelto a los pinares, se puso el grito en el cielo contra los generales que le rodeaban, acusándolos de desobediencia tan grave que sería causa de la pérdida del Rey y de sus tropas.

Es verdad que la situación se iba haciendo sumamente crítica; el Rey, reducido a sus propias fuerzas, que sólo ascendían a 5.500 hombres de todas armas, tenía enfrente a Espartero, con doble número de fuerzas.

Por otro lado, Lorenzo con su columna lo separaba del Infante y tenía cortadas todas las salidas al Ebro por la Rioja.

En este estado de cosas Moreno sometió el siguiente plan de retirada, que transcribo textualmente del diario original de este general, que tengo a la vista.

El primer día se debía evitar la persecución de Espartero con una marcha de flanco; el segundo la de Lorenzo, volviendo a la derecha y el tercero había que aproximarse al Ebro, entre Burgos y Briviesca, para vadearlo entre Cillaperlata y Cubillo de Ebro.

La ejecución de este plan requería una gran prontitud, la mayor precisión y una ejecución exacta de los movimientos para ganar un día de ventaja sobre Lorenzo. Yo considero este plan, que fué ejecutado felizmente, como la obra maestra de la estrategia de Moreno, y aunque no fuí testigo de las operaciones, me permito trasladar aquí una copia del citado diario de Moreno:

"La retirada comenzó hacia las dos de la madrugada. Iba un escuadrón a la descubierta para cerciorarse de los pasos y barrancadas del frente y del ala izquierda hasta Belorado. Al mismo tiempo fueron enviados espías para observar los movimientos del enemigo.

"La columna marchó por Huerta de Arriba, Bezares, Barbadiello de Herreros y Riocabado hasta Pineda de la Sierra.

"Después de una jornada tan importante, sin que se notase movimiento en el campo enemigo ni por nuestra retaguardia ni por el lado de Belorado, la columna se puso en movimiento el 22 por Vilasur de Herreros, Galarde, San Juan de Ortega y los Barrios, en dirección de Fresno de Rodilla, tres veces más cerca del vado del Ebro que Belorado; pues, una vez en Fresno, se había ganado a Lorenzo una ventaja de cinco horas por lo menos, quedando éste a la espalda de la columna en la prolongación del ala derecha.

Espartero estaba a ocho o diez horas de la retaguardia. Se había salvado el Rey de la encerrona de los pinares, aunque faltaban aún diez horas hasta los vados del Ebro y no se sabía si eran transitables o estaban ocupados por el enemigo.

"Aquella noche llegó la noticia de que Lorenzo, que había perseguido al Infante hasta la Rioja, había regresado precipitadamente dirigiéndose a Belorado con la intención de cerrarle el paso del Ebro; falló el golpe, y nuestra columna siguió tranquilamente su retirada el 23 hasta Barrios de Bureba, aldea que abandonó el 24 a las dos de la mañana.

"Pasó entre Laparte y Busto y, tomando la nueva carretera de Pancorbo, fué a parar a Pozo; entonces cambió de rumbo, pasó por Terminón, fué a marchas forzadas por los precipios de Cantabrama y Herrera, coronó a las siete de la mañana las cumbres del Condado y a las nueve estaba en la orilla del Ebro, en los puentes y vados de Arenas, asegurando el paso con tan rápida operación."

Hasta aquí el diario de Moreno, de cuya precisión militar no cabe dudar. Añade después unas observaciones que conceptúo demasiado importantes para dejar de transcribirlas. Entiéndase que son opiniones de Moreno y no mías, y que en manera alguna acepto la responsabilidad de ellas. Dejemos que hable Moreno:

"En esta breve sinopsis (itinerario de la retirada de la columna real de Alcalá al Ebro, 18 de septiembre a 24 de octubre de 1837) se aprecian los siguientes momentos importantes: el ejército enemigo vivaqueó en la noche del 19 de septiembre en Aranzueque, al alcance de los cañones de la columna real, y pasó el 22 a tres cuartos de hora de ésta, que, con la separación de Cabrera, se había reducido a un tercio. El 23 vivaqueó el enemigo a cinco cuartos de hora del Rey, encontrándose éste en terreno abierto en todas direcciones. La noche del 24 las avanzadas enemigas estaban a tiro de fusil de nuestras fuerzas y la columna real, en plena marcha, en un campo abierto. El 7 de octubre, por la mañana, retrocedió el enemigo, a la vista de la cabeza de la columna real; atacó al atardecer, fué rechazado y se retiró, quedando a gran distancia.

"Desde esta época, a excepción del ataque de los escuadrones enemigos el 14 de octubre en Huerta del Rey, no se dejaron ver éstos a menos de dos horas de la columna real; más bien parecía que trataban de evitar un combate general y decisivo, que hubiera ocurrido de no faltar el general que dirigía las operaciones, cuyo asesinato, según se dice, se cometió en su mismo ejército con el pre-

texto de que se oponía constantemente a la retirada del enemigo al Ebro.

"Estos acontecimientos no necesitan explicación y resuelven el problema de ver a un cuerpo de ejército que se retira sin descalabros contra su interés y sin enemigos que le hagan frente."

En el cuartel general del Infante en Casalarreina no se tenía la menor noticia de los movimientos de la columna real, y no pensando pasar el Ebro, se había resuelto guardar esta posición todo lo posible.

Pero se quiso aprovechar la vecindad de Navarra para transportar los heridos a nuestros hospitales, canjear los reclutas que Zaratiegui traía de Castilla y que todavía no eran aptos para el servicio por antiguos batallones, y proveer la columna de municiones y de vestimenta.

Con este fin ordenó el Infante a los generales Sanz, Marqués de Bóveda y a mí que atravesásemos el Ebro con los dos batallones de voluntarios de Burgos y Segovia (eran los reclutas de Zaratiegui), con una pequeña escolta de caballería, y que fuéramos a Estella para que, de acuerdo con el capitán general Uranga, que, en ausencia del Rey, tenía el alto mando de Navarra y provincias vascas, se hiciera el canje de tropas y volviéramos a toda prisa a Casalarreina. Además, debíamos traer, si era posible, diez o doce batallones de refuerzo.

Dejamos Casalarreina el 19 por la mañana, pasamos el Ebro, a la vista del fuerte enemigo, y, después de haber andado cinco leguas, llegamos a Peñacerrada, pequeña fortaleza de la que Uranga se había apoderado hacía poco tiempo y que es la clave de los valles de Navarra.

Al día siguiente atravesamos los llanos y montículos de Alava; al mediodía pasamos el Ega y nos detuvimos en Santa Cruz.

Aquí fué donde algunas semanas antes fué sorprendido en la cama y hecho prisionero por Zurbano el brigadier Berástegui, comandante general de Alava, que andaba en correría por aquella comarca.

Berástegui había puesto bajo la almohada su cinturón, lleno de centenes; cuando Zurbano entró en el cuarto del brigadier lo vió, y apoderándose de él, exclamó:

—Señor Berástegui, con un cinturón tan bien provisto sería difícil sorprender a Zurbano, aun en medio del país enemigo. Yo pago mis espías con oro y usted no les da más que calderilla.

Después de comer fuimos a Ulibarri, y al día siguiente, a las diez, hicimos nuestra entrada en Estella.

Cuatro días después llegó el coronel Merry, ayudante de campo del Infante, y trajo la noticia de que la columna del Infante, apretada por el enemigo, había atravesado el Ebro y acampaba junto a Peñacerrada.

Suspendimos todos los preparativos y, cuando dos días después entraba yo en Tolosa, supe que también el Rey había pasado el Ebro y llegado a Arciniega, en Alava.

Así es como terminó esta expedición cuyos principios felices hicieron abrigar la esperanza de éxitos brillantes.

De nuevo se desvanecía la ilusión de poner fin a esta larga lucha; rechazados al antiguo escenario de la guerra, se iba acercando el día de nuestra completa destrucción.

## VI

**Impresión que la vuelta del Rey produce en el pueblo y en el ejército.—Manifiesto de Arciniega.—Arrestos y mudanzas.—Don Juan Echeverría.—El Conde de Madeira.—Amurrio.—Expedición de don Basilio.—Excursión a la costa.—Vuelta de Urbiztondo.—El Cuartel Real de Azcoitia.—Conversaciones con el cónsul de Francia en Bilbao.—El Cuartel Real en Estella.—Expedición de Negri.—Excursión a Zugarramurdi.—Vuelta por el Baztán.—Partida.**

(Noviembre 1837 a 1 abril 1838)

La vuelta del Rey al antiguo teatro de la guerra causó la peor impresión entre los vascos y navarros, de cuyo espíritu se adueñó una sombría desesperación cuando vieron que, al cabo de cuatro años de lucha y de sacrificios de todas clases, caía de nuevo el peso de la guerra sobre su país; pues habían prestado una fe ciega a las palabras del Rey, que, en su proclama dirigida al ejército el 20 de mayo, cuando atravesó el Aragón, decía desde Cáseda: "A vuestros esfuerzos sobrehumanos se debe el triunfo que se aproxima..."

Poco después de esta proclama tuvieron noticias de las primeras victorias de Huesca y de Barbastro, el paso del Ebro, la destrucción de la columna cristina en Herrera y nuestra aproximación a Madrid, que iban celebrando con bandeos de campanas, *Te Deum*, toros y otros regocijos públicos.

Se falseaban los hechos, convirtiendo en movimientos afortunados las operaciones desgraciadas, y los éxitos encontraban abiertos los cauces de la credulidad y del entusiasmo.

La pérdida de Irún y Fuenterrabía acaecida poco antes de la expedición fué considerada en poco y no se le dió importancia.

Las tropas que habían quedado en el norte rivalizaban en celo con las que fueron en la expedición real y, a pesar de que el general Uranga estaba desprovisto de capacidad, obtuvieron éxitos notables, aun en los últimos tiempos, cuando ya el Infante se había separado del Rey.

La expedición de Zaratiegui, en la que formaban tropas elegidas, inauguró su campaña con una victoria sobre los portugueses en el Ebro. Después llegó la noticia de la toma de Segovia.

Lerín y Peñacerrada, dos plazas importantes, fueron tomadas por asalto.

La línea del Ebro estaba libre; Espartero, acosado en su marcha por Dos Hermanas, y Leopoldo O'Donnell, derrotado en Andoain por Alzáa, Iturriza y Vargas el 14 de septiembre.

Aun en los últimos momentos, cuando el Rey venía en retirada, habían conseguido nuestras tropas algunas ventajas.

García forzó la línea de Zubiri en Navarra y derrotó al enemigo.

La ilusión y la esperanza, que habían llegado al más alto grado, se vieron desvanecidos cuando el Rey repasó el Ebro y volvió con los restos de un ejército desorganizado, y, lo que es peor aún, demoralizado.

No hay palabras para describir la desesperación y el asombro de los vascos a su vista. Desapareció el prestigio de los jefes y del Rey mismo y la camarilla comenzó a conocer lo equivoco de su posición.

Quedaba un resto de esperanza: que el Rey, reuniendo todas las fuerzas disponibles y colocando jefes capacitados a su frente, repasase el Ebro y volviese a llevar la guerra a la capital; de este modo renacería la confianza y quedaría conjurada la tormenta.

En lugar de esto, vieron con espanto que los horrores de la guerra descargaban de nuevo sobre Navarra y las tres provincias vascas.

Era imposible que un país tan reducido pudiera subvenir hasta la primavera a las necesidades de una aglomeración tan considerable de hombres y se dejó ver la perspectiva del hambre.

Los consejeros del Rey no podían hacerse ilusiones sobre el lamentable estado de cosas, y, en lugar de tomar medidas que tranquilizasen al pueblo, eligieron, en su confusión, el medio más in-

adecuado: el 29 de octubre apareció en Arciniega esta proclama, dirigida al ejército:

"Voluntarios: la revolución, vencida y humillada, próxima a sucumbir a nuestro esfuerzo sobrehumano, ha librado su esperanza en armas dignas de su perfidia para prolongar algunos días su funesta existencia. Mas, por fortuna, están descubiertas sus tramas. Sabré frustrarlas. Para realizarlo, para dictar providencias que pongan cuanto antes término a esta lucha de desolación y de muerte, he vuelto momentáneamente a estas fidelísimas provincias. Pronto me veréis de nuevo en donde, como hoy aquí, me llaman mis deberes.

"Vuestro heroísmo interesa demasiado mi paternal corazón para que renuncie a triunfar y, si preciso fuere, a morir entre vosotros.

"Voluntarios: no bastaba la continuada serie de hazañas y de prodigios que forman la historia de vuestras campañas. Los cinco últimos meses llevan vuestro mérito todavía más allá de cuanto se ha visto, y el cuerpo expedicionario que me ha acompañado ofrece un ejemplar, sin modelo.

"Con sólo la tercera parte del ejército que operaba en Navarra y Provincias Vascongadas se han reducido las fuerzas enemigas a un número menor de las que hoy tengo disponibles en todos mis dominios: habéis vencido al ejército revolucionario en los llanos como en las montañas, sin artillería como con ella; Huesca, Barbastro, Villar de los Navarros, Retuerta, serán eternos monumentos de vuestras glorias.

"Si la falta de municiones o de cooperación de algún cuerpo precisó por el momento a ceder el terreno, dejasteis harto escarmentado al enemigo, haciéndole sufrir pérdida triplicada, y, en las mismas retiradas, un corto número ha podido marchar seguido, no hostilizado, por más de dobles fuerzas que no han osado atacarnos cuando le habéis presentado la batalla, que ni un solo tiro han disparado contra vuestras masas. Sobre todo habéis hecho ver a la Europa que mis enemigos lo son de los pueblos; que la lealtad y decisión de éstos no pueden ser mayor que su adhesión a mi persona, y su entusiasmo por mi justa causa han arrostrado la sangrienta venganza de sus opresores; que sólo esperan vuestra protección para sacudir el yugo que los esclaviza, lo mismo en Aragón que en Cataluña, en Valencia como en Castilla.

"Sí, voluntarios, ni en vosotros ni en los pueblos ha estado dejar de exterminar la usurpación en este país desgraciado, teatro

de sus horrendos crímenes y de la anarquía que devora sus propios hijos y que acabaría por devorarla a ella misma.

"Causas que os son extrañas, causas conocidas que van a desaparecer para siempre, han dilatado por poco tiempo más los males de la Patria.

"Pero el ensayo está hecho, se ha visto a cuánto puede aspirarse, y las medidas que voy a adoptar llenarán vuestros deseos y la esperanza de todos los buenos españoles.

"Voluntarios: testigo de vuestro heroico denuedo, compañero de vuestros sacrificios y fatigas y admirador de vuestra resignación y virtudes, quiero ante todo daros la muestra mayor de mi real aprecio. Desde hoy me pongo a vuestro frente y os conduciré por mí mismo a la victoria; preparaos a recoger nuevos laureles, sed dignos de vosotros mismos y, contando con la protección de nuestra Generalísima, confiad en que vuestro general es vuestro Rey.—Carlos."

A esta proclama siguió un decreto del ministerio de la Guerra que concedía gracias y recompensas a los oficiales del ejército expedicionario.

En este decreto, firmado por Arias Teijeiro, se hablaba también del regreso voluntario y momentáneo del Rey.

Pocos días después Zaratiegui y Elío fueron detenidos y presos; el primero en el fuerte de San Antonio de Urquiola y el segundo en el de Dos Hermanas, donde quedaron incomunicados.

Los brigadieres Fernando Cabañas y Sanz (no el general don Pablo) fueron encerrados en otros fuertes; el ministro de la Guerra, Cabañas, perdió su cartera, que fué confiada a Arias Teijeiro, quien de este modo disfrutaba de tres ministerios. Arias Teijeiro puso a su lado al comisario general de Irún, don Diego Miguel de García, de quien hemos hablado al principio de estas Memorias.

El Infante perdió el mando del ejército, y Moreno, su destino de jefe del Estado Mayor.

Villarreal fué desterrado a un pueblecillo de Navarra (1), próximo a las avanzadas enemigas, y Simón de la Torre, relegado también a un lugar de Vizcaya.

Todos los oficiales de ordenanza del Infante y del Estado Mayor fueron distribuidos en diferentes depósitos, y su secretario militar, el brigadier Arjona, enviado a las minas de Barambio.

(1) Eugui.

Corpas abandonó apresuradamente el Cuartel Real y se trasladó a Oñate.

Tres nuevos personajes hicieron su aparición en el campo de Don Carlos: el Conde de Negri, gentilhombre del Rey cuando era aún Infante, que había huído de una larga cautividad en Cádiz y que traía consigo a su mujer y a sus hijos; el Duque de Granada, capitán de la guardia real de Fernando VII, viejo santurrón a quien su excesiva bondad le inducía a cometer tonterías. Pueden darnos idea de su carácter algunos trazos de su conducta singular.

Era coronel del regimiento de caballería de Borbón durante la guerra de la Independencia, y en la batalla de Bailén, al cargar al frente de su regimiento, no desenvainó el sable porque "Dios —decía— me autoriza para atropellar, pero no para matar" (1).

Un día que iba yo a caballo con él por el campo de Llodio, a tres leguas del pueblo comenzó a llover a mares; en cada cruz o capilla que encontrábamos se descubría y sacaba el rosario; yo perdí la paciencia y lo dejé solo, y él volvió tres horas después calado hasta los huesos.

El Duque hizo un flaco servicio a la causa real trayendo un capuchino, fray Ignacio de Larraga, fraile fanático, que era su confesor, y que, por desgracia, substituyó en el puesto de confesor del Rey a don Pedro Ratón cuando este digno y venerado eclesiástico cayó enfermo en los pinares.

Pero el nombramiento que colmó la indignación general fué el del general Guergué para jefe del Estado Mayor.

Este hombre, reputado como ladrón y petardista y despreciado de todos, no poseía ni talento ni virtud militar.

En esta época fueron enviados: a las Cortes del Norte el Barón de los Valles; y el coronel Alvarez de Toledo, hijo natural del duque del Infantado, a las de Italia para notificar el retorno del Rey y solicitar subsidios.

Nadie podía explicarse la razón de haberse adoptado medidas tan rigurosas. Un pasaje de la proclama de Arciniega parecía indicar que se había descubierto un complot que había podido evitarse, y que había vuelto el Rey para castigar a los culpables. La afectación con que el regreso era calificado de momentáneo hacía pensar en una nueva expedición. La misma proclama contenía una

(1) En la "Historia política del partido carlista", de don Manuel Lassa-  
la, pág. 77, pueden leerse algunas anécdotas relativas a este personaje.

acusación indirecta contra Zaratiegui y Elio como causantes del abandono de Castilla por su inhibición el 12 de septiembre.

El alejamiento del Infante y el destierro de los vascos y navarros se atribuía a que había pasado el Ebro con ellos, en lugar de volver a los pinares. No se sabe de qué encono partidista nacían estas acusaciones vagas e injustas que alcanzaban también a algunos jefes castellanos.

Moreno había perdido su puesto, y el ministro de Estado, su cartera, y uno de sus hijos estaba detenido, y el otro, desterrado.

Corpas había dejado la Corte, y Fernando Freire, un *sportman* andaluz que era hechura de Corpas y que disfrutaba del empleo de intendente de Hacienda, fué también relegado.

Acerca de esta figura ridícula, que era el blanco de todas las bromas, se cuentan diversos chascarrillos.

En cierta ocasión se hallaba la Corte en Aranjuez presenciando una corrida de toros. Soltaron un novillo y el Rey invitó a Freire a que bajase a la plaza. Freire se tiró al ruedo, derribó al novillo sujetándolo por los cuernos, y lo descabelló diciendo:

"Señor, que todos los enemigos de Vuestra Majestad y del Altar y del Trono perezcan de esta manera."

Freire era, por lo demás, un hombre inofensivo y bonachón.

En los últimos tiempos de Fernando VII bullían en la Corte dos partidos: el portugués o carlista y el napolitano o cristino, a cuyo frente figuraban cuatro damas: Cristina y su hermana Carlota, de un lado, y de otro, Francisca y su hermana la Princesa de Beira.

Sólo una figura de este partido se mantenía en pie como pasiva y neutral.

Muchas cabezas habían caído, sin que se supiera de dónde venían los tiros, hasta que comenzaron a destacarse de este caos Arias Teijeiro y el cura Echeverría.

Acerca de este último, encuentro entre mis apuntes la siguientes líneas de una carta que escribí a un amigo por aquel tiempo:

"Don Juan Echeverría, cura de Los Arcos, el primero en declararse carlista en Navarra, el amigo y confidente de Zumalacárregui, de Iturralde y de Santos Ladrón, ha conservado una gran influencia sobre los navarros."

De Roncesvalles al Baztán, en los alegres valles de la Rioja, junto a las floridas riberas del Ebro, en los desfiladeros de las Améscoas y sobre las alturas de la Barranca, el jocundo cura era el favorito de los pueblos.

A su nombre estaban unidos los más gloriosos recuerdos de los cuatro años últimos, y mientras resonase su potente voz en su heróico país no faltarían brazos vigorosos para defender a Carlos V.

Sus formas atléticas y su increíble fuerza le permitían soportar todas las fatigas de la guerra.

Así como en los primeros tiempos del levantamiento seguía a las partidas por montes y valles después de haber celebrado misa por la mañana sobre cualquier roca del camino, del mismo modo siguió al ejército durante la pasada expedición.

Desde que el Rey entró en España, Echeverría ocupó puestos preeminentes; al principio fué presidente de la Junta de Navarra, y después, capellán del Rey.

Conservaba sus maneras rudas y francas en medio de los cortesanos, y, con lenguaje sincero, daba a veces sanos consejos al Rey quien los escuchaba con benevolencia, a pesar de lo áspero de sus formas.

Solía decirle con frecuencia: "Señor, os acompañaré hasta Madrid y, luego, me volveré a mi limpia casita parroquial, rodeada de viñas, para acabar mi vida llena de recuerdos entre mis fieles navarros, que me quieren como a un padre."

La opinión que entonces tenía es la misma que ahora tengo de Echeverría, aunque su conducta a la vuelta del Rey fué, dicho sea suavemente, algo sospechosa.

Su participación en el nombramiento de Guergué y, sobre todo, sus intrigas en el destierro de Francia en febrero de 1839, que terminaron por la sedición de tres batallones en Vera, han hecho su nombre odioso al Rey y a la causa; pero sus errores deben imputarse a falta de talento y a una obstinación excesiva.

Este buen hombre servía de instrumento a quienes conocían su lado flaco, y tengo la íntima convicción de que jamás tuvo otras intenciones que las de servir al Rey en Navarra, porque las otras provincias le interesaban poco.

Tenía acceso libre a la real cámara y hablaba al Rey con rudeza, empleando, a veces, palabras gruesas, y ello le daba cierta importancia. Disfrutaba de un gran prestigio entre los navarros, que aceptaban sin discusión sus indicaciones.

Echeverría guardaba todos sus entusiasmos para el Rey y para Navarra; nada le importaba de las demás provincias, y con arreglo a este criterio obró siempre.

Si le hiciese alguien reflexiones al presente, en el depósito fran-

cés en que está internado, sobre lo equivocado de su conducta y sobre los males que acarreó a la causa carlista, Echeverría seguiría creyendo que había obrado siempre, no sólo con lealtad, sino con acierto.

Arias Teijeiro comprendió lo importante que sería para él ganarse la voluntad de semejante hombre y, para serle agradable, puso a la cabeza del ejército a Guergué, que era compatriota y amigo de la infancia de Echeverría.

A cambio de este nombramiento prometió Echeverría calmar a los navarrós descontentos, lo que no pudo lograr, sino a medias, pues estaban muy resentidos por la prisión de Zaratigui y Elío, a quienes querían mucho, especialmente a este último.

Arias Teijeiro, que era abogado, se encargó, como he dicho, de la cartera de Guerra, que desempeñaba Cabañas, lo que escandalizó a todo el mundo en aquel momento en que la suerte de la causa carlista dependía de la fuerza de nuestras bayonetas y de los auxilios del extranjero. Desde entonces todas las personas de algún relieve despertaron sospechas y fueron alejadas de los puestos oficiales. Los jefes principales se vieron postergados o presos. Eguía, que se había opuesto a la expedición real, llevaba seis meses en prisión, y Gómez, diez, sin que consiguieran ser oídos.

Los pocos oficiales superiores que quedaban libres, especialmente los que habían servido con el Infante, rehusaron ponerse a las órdenes de Guergé y de Arias, no faltando pretextos que justificasen su inhibición.

El Conde de Madeira se retiró a Oñate para curarse de sus heridas, de las que no pudo restablecerse, porque murió en Boulogne en enero de 1840, cuando se disponía a embarcarse para Inglaterra.

En esta ocasión escribí un artículo en memoria de mi caballeresco amigo, que se publicó en la *Gaceta de Augsburgo*, en los términos siguientes:

"Acaba de abandonarnos uno de los ilustres campeones cuyo esclarecido nombre ha sonado en los campos de batalla de los dos reinos de la Península y cuyos ecos han repercutido en toda Europa.

"El Conde de Madeira era uno de los mejores generales y de los más bravos del Rey Don Miguel y de Carlos V.

"El título que le valió su heroica resistencia se extingue con él; nadie lo llevará después de su muerte.

"A la manera de esos héroes cuya armadura era demasiado

grande y demasiado pesada para sus descendientes, no deja a su familia más que un nombre célebre en los anales de Lusitania.

"Don Alvaro da Costa Souza y Albuquerque pertenecía a una de las mejores familias de Portugal, como lo indica suficientemente la reunión de estos apellidos de tres linajes históricos.

"A los catorce años abrazó la carrera de las armas, con su padre, el Conde de Misquitel, en época en que Europa ardía en guerras. Me falta espacio para seguir a mi ilustre amigo en los fastos guerreros en que tomó parte.

"Arapiles, las líneas delante de Torres Vedras, Albuera, le vieron al lado del mariscal Beresford, que hizo muchas veces mención oficial de su valor.

"Cuando Juan VI volvió del Brasil era coronel; más tarde fué enviado a América, y a los veintiséis años era ya general y gobernador de la provincia de Montevideo.

"Cuando todos sus compañeros ayudaron a don Pedro a que arrancase la corona de las sienes de su padre, él solo permaneció fiel a su señor, porque don Alvaro da Costa nunca supo faltar a sus juramentos ni vender su honor.

"Cuando tuvo lugar la separación de Brasil y Portugal vino de América para ocupar una situación modesta en su patria.

"Los ofrecimientos más brillantes que la usurpación le hizo y el reconocimiento de todos los Soberanos no pudieron conseguir que se transformase para él en soberanía legítima, y no llegaron a seducirle. Fué nombrado gobernador de Setúbal y luego capitán general de la provincia de Tras-os-Montes, y cuando Don Miguel subió al trono de sus padres le confió el gobierno de Madeira.

"Los habitantes de esta isla, abandonados durante algún tiempo, vivían en la miseria; los productos no llegaban a cubrir los gastos de administración; las fortificaciones se derrumbaban.

"Con esfuerzos inauditos, el nuevo capitán general devolvió a la isla su antiguo esplendor, y, previendo las tempestades que amenazaban a su patria, dedicó sus cuidados a reconstruir el castillo de Funchal, como si presintiera que sobre estas almenas iba a ilustrarse su nombre para siempre.

"Terceira se había rendido, Oporto estaba en poder del enemigo, cuando escribió a su Rey: "Señor, guardaré la isla que me ha sido confiada hasta que las cabras salvajes sean sus únicos habitantes."

"La respuesta del Rey iba acompañada del real despacho de Conde de Madeira.

"El señor y el criado sabían que todo buen caballero tiene que morir sepultado entre las ruinas del castillo cuyo nombre lleva.

"Hacia sesenta y cuatro días que la flota anglopedrista manobrababa frente a la isla; Funchal había sido bombardeada y ocupado Puerto Santo; sólo el Conde de Madeira continuaba inquebrantable.

"Entonces llegó la noticia de la Convención de Evora-Monte.

"Don Miguel había perdido su corona.

"Un emisario del Conde había conseguido deslizarse a través de la flota enemiga y llevar una carta al Rey, en la que le suplicaba que se refugiase en la isla; era demasiado tarde, el drama había tenido su desenlace.

"Una orden del Rey le conminó a rendir la isla y el Conde obedeció con el corazón sangrando de dolor. Hasta el último instante conservó su dignidad y escribió al pie del acta de rendición: "Por orden de mi Rey."

"Y como las autoridades pedristas quisieran poner reparos a esta expresión, añadió: "En otro caso no entregaré la isla."

"El Conde de Madeira se trasladó de Funchal a Génova, donde se reunió con su Rey.

"Don Miguel lamentó, aunque tarde, haber preferido a los extranjeros para la defensa de su Trono, y no haberle dado el mando a su mejor y más fiel general.

"Con el Conde de Madeira se fué toda esperanza de reacción realista en Portugal. Era el único para esta empresa.

"Cuando todo se perdió en su patria, se fué a España a combatir por la misma causa. Tan modesto como valeroso, se puso voluntariamente a las órdenes de Villarreal, joven general que actuaba en esferas mucho más humildes que las que había ocupado Madeira, famoso ya en ambos continentes. Madeira se distinguió en el sitio de Bilbao. Era el primero en el ataque y el último en la Corte de Durango, minada ya entonces por las intrigas. Y cuando don Sebastián, Infante de España y de Portugal, se puso a la cabeza del ejército y se rodeó de las personalidades de ambos países, el Conde de Madeira ocupó entre ellos el primer puesto, y fué, con Villarreal, ayudante general del Infante.

"El 16 de marzo, en Oriamendi, hizo armas por vez primera en España y, junto a su jefe, tomó parte en cuantos combates tuvieron lugar.

"En Huesca ganó la Gran Cruz de Isabel la Católica; el 29 de junio fué el primero que atravesó el Ebro, diciendo a sus compañeros: "¡Europa nos contempla!"

"En la jornada memorable de Herrera y en la de Villar de los Navarros, cuando después de un combate de cuatro horas sólo pudieron salvarse el comandante general y 20 jinetes, el Conde de Madeira, al frente de 40 soldados, dió una brillante carga contra una columna enemiga, mereciendo la placa de la Orden Militar de San Fernando.

"El 4 de septiembre del mismo año, en Orihuela del Tremedal, defendió con medio escuadrón nuestra retaguardia hostilizada violentamente por Espartero.

"A la cabeza de un ejército era un gran general; al frente de 20 jinetes, un valiente soldado. Se distinguió por su conducta brillante en Guadalajara, en Aranzueque y en el puente de Aranda.

"No podré olvidar la fecha del 5 de octubre en los pinares de Castilla la Vieja, entre Retuerta y el convento de Santo Domingo de Silos, en que todos le vimos montado sobre su hermoso caballo inglés, inmóvil, a veinte pasos de los tiradores enemigos; a nuestros ruegos de que no se expusiera así respondía sonriendo: "Amigos, cuando oigo silbar las balas me parece que me llaman."

"Cinco minutos después una bala de mosquete le destrozó el brazo izquierdo.

"Lo volví a ver el 14 de septiembre de 1839 en un pueblecillo del departamento de los Pirineos, llamado Saint-Pée.

"Nuestras esperanzas se habían frustrado una vez más: un Rey había perdido su tierra y su corona, un ejército había sido traicionado y vendido.

"Desesperado, me arrojé en brazos de mi amigo ilustre; me prodigó palabras de consuelo entre las que oía: "Lisboa, Madrid."

"¡Hoy su alma heroica ha subido al cielo!

"Nuestra sangrienta tragedia ha tenido dos actos: el primero terminó con la muerte de Zumalacárregui, Santos Ladrón, Eraso, Iturralde y Sagastibelza.

"Grandes victorias y grandes derrotas separan la primera época de la segunda, que termina por la traición, el veneno y el puñal.

"Moreno, el Conde de España y el Conde de Madeira fueron sus ilustres víctimas. Sólo Cabrera pudo surgir del caos y se mantiene en pie; ¿cuál será su destino?

"Los sacrificios nada pueden en pro de la sagrada causa de la legitimidad. ¡Sólo Dios puede salvarla!"

Poco a poco, todas las personas notables que podían inspirar alguna inquietud o que sostenían las riendas del poder fueron alejadas de la Corte. Únicamente quedaron junto al Rey Moreno y Cabañas.

El Infante, que también quedó en la Corte, estaba disgustado por el alejamiento de los suyos.

Era un amasijo singular el de estas gentes, tan opuestas entre sí, que se mezclaban continuamente en el reducido espacio de un pueblo y en la antecámara del Rey, sin dirigirse la palabra.

Arias Teijeiro, que desempeñaba tres ministerios creados por él, demostraba gran actividad trabajando sin cesar y procurando crearse una aureola de popularidad, sin conseguirlo.

Durante este tiempo, Guergué se había formado su Estado Mayor con oficiales navarros, rudos y subalternos, allegados o camaradas; seguía al Rey con el título de jefe del Estado Mayor del Ejército.

El Rey se había reservado el mando como comandante general, y la principal ocupación de Guergué consistía en decretar arrestos.

Se daba aires de importancia, y sobre la puerta del gabinete donde trabajaba con su secretario Ibáñez (fusilado por Maroto, como Guergué, en febrero de 1839) había puesto este letrero: "Prohibida la entrada a todo aquel que no haya sido llamado."

Un día me presenté para hablar con Guergué y el oficial de servicio quiso impedirme el paso, mostrándome la orden. Yo abrí bruscamente la puerta, diciendo: "Don Juan Antonio, ¿también reza conmigo esa orden?"

Guergué reprendió al oficial, y, dándome mil excusas, me recibió amablemente.

En otras ocasiones me hizo también objeto de sus deferencias, y, personalmente, no tengo ninguna queja de su trato.

A pesar de la aparente tranquilidad, las personas que rodeaban al Rey notaban la mala impresión que había producido su vuelta y no se consideraban seguros ni se atrevían a trasladar la Corte a uno de los pueblos del interior.

Pasaron algunos días en Arciniega y el Rey se instaló, al fin, en Amurrión, situado en la carretera de Bilbao a Orduña, donde permaneció siete semanas.

Yo fui llamado al Cuartel Real, donde me designaron como alojamiento un caserío a media legua del pueblo. Para resguardarme de la intemperie tuve que tapar las ventanas con papeles impregnados en aceite, a fin de que fueran traslúcidos, y las rendijas de las puertas con las mantas de los caballos.

Por fortuna, tenía un cocinero francés, que lo había sido de Zaratiegui y que fué arrestado y perdió su colocación con el general navarro. Esto hacía más soportable mi vida material.

Para ir al Cuartel Real tenía que atravesar un torrente que a veces se desbordaba y se hacía peligroso.

Las ocupaciones del servicio eran casi nulas; raramente recibía periódicos y no tenía noticias de mi patria.

Mis amigos habían sido reemplazados; todos eran rostros desconocidos para mí y me encontraba como extranjero en la Corte.

Los últimos acontecimientos, tan recientes, y sus consecuencias, demasiado tristes, me quitaban las ganas de escribir.

Una de las pocas personas que me visitaban, atraída, sin duda, por mi cocinero, era el doctor Obrador, médico del Estado Mayor, mallorquín, hombre competente e ilustrado que había hecho sus estudios en Montpellier; pero era sospechosa su manera de alabar enfáticamente al Rey y al Infante, como si quisiera convencernos de su lealtad. Fué uno de los que se pasaron al enemigo.

A media hora de distancia de mi alojamiento vivía un ex coronel prusiano que había llegado recientemente y que se marchó pronto.

Me visitaba con frecuencia y solía venir, desafiando el mal tiempo, sobre la mula de su patrón, cubierto con una manta que le prestaban.

La montura inglesa que ponía sobre su cabalgadura y su tipo robusto le daban un aspecto pintoresco cuando trotaba sobre aquel mulo de poca alzada.

También recuerdo a otro oficial prusiano, von Goeben, teniente del 24.º regimiento de infantería prusiana, que acababa de ser rescatado como prisionero y estaba en Orduña con su batallón.

Al salir la expedición de don Basilio le aconsejé que no tomara parte en ella, augurándole muchos trabajos y poca gloria, y le propuse entrar en el Estado Mayor. No le pude convencer.

Algunas semanas después supe que estaba herido y prisionero

en la cárcel de Cádiz, donde permaneció un año (1). Cabrera lo rescató y pudo volver a servir con brillantez en el ejército.

El único suceso importante que tuvo lugar por entonces fué la formación de una división compuesta de castellanos, aragoneses y valencianos a los que se agregaron los numerosos desertores del enemigo y los reclutas de Zaratiegui.

Esta división se componía de 13 batallones, cada uno de 500 hombres.

El poco dinero disponible, incluido el millón de francos enviado por H. de A. (2), se empleó en equipar esta tropa.

El Rey pasó revista a fines de diciembre y se trasladó a Orduña para aproximarse al Ebro.

Fué confiado el mando de seis batallones, 200 caballos y dos piezas de artillería de a cuatro al general García (3), más conocido por el nombre de don Basilio, que pasó el Ebro con su expedición cerca de Mendavia el 28 de diciembre.

Espartero se encontraba con 16 batallones en Miranda de Ebro.

Don Basilio tenía orden de dirigirse hacia los pinares para recoger los batallones de Zaratiegui que habían quedado allí y los hombres que se hallasen restablecidos en el hospital de Santo Domingo de Silos, atravesar el Duero por Aranda, irrumpir en la Alcarria y organizar allí la guerra uniéndose a los jefes de la Mancha.

Con este fin le acompañaba el Marqués de Santa Olalla, que había sido comandante de la Mancha y había dejado buenos recuerdos.

Esta división expedicionaria, unida a las partidas del país, compuestas en su mayor parte de caballería, hubiera sido bastante fuerte para hacer frente y atravesar una parte de las fuerzas enemigas.

Este plan, concebido ligeramente en apariencia, no debía tener mejor resultado que los precedentes.

El alejamiento del centro carlista y la falta de provisiones que no se podían procurar en país enemigo, obligó a la expedición a

(1) Anastase de Tandé cuenta cómo encontró a Goeben en el depósito de prisioneros de Cádiz. August von Goeben publicó sus Memorias con el título "Vier Jahre in Spanien. Die Carlisten..." Hannover, 1841.

(2) El barón de Haber ?

(3) No hay que confundirlo con don Francisco García, fusilado por Ma-roto en Estella en febrero de 1839. (N. de L.)

vagar constantemente por las montañas cuando era perseguida por un enemigo superior en fuerzas.

La expedición de Guergué a Cataluña, la de Sanz a Asturias, la primera de don Basilio, la del canónigo Batanero, en Castilla; la de Gómez, y, por último, la de la columna real y Zaratiegui habían costado más de 40 batallones.

La segunda expedición de don Basilio confirmó esta triste experiencia.

Después de haber atravesado, perseguida constantemente, Castilla la Nueva y la Vieja, Extremadura y Andalucía; después de haberse apoderado por dos veces de las minas de Almadén, fué, por fin, atacada y dispersa por Pardiñas en Castilla la Nueva, cerca de Béjar.

El coronel Fernando Fulgosio, que mandaba la primera brigada y no quiso rendirse, fué sacrificado sin piedad.

Don Basilio consiguió llegar a Morella con los restos de su división; allí encontró la protección de Cabrera y, después de cuatro meses, volvió a las Provincias al frente de una escasa patrulla de jinetes.

Quien hubiera tratado de vaticinar el triste resultado de esta expedición habría sido mirado como traidor en la Corte, de modo que todo el mundo ocultaba su opinión.

El 29 de diciembre, después de la salida de don Basilio, el Rey se trasladó de Orduña a Llodio, situado a tres leguas de Bilbao, para poder observar la pequeña fortaleza de Valmaseda, que era importante por su proximidad a Bilbao y Portugaleta, y por ser la llave de las montañas de Santander.

Se suponía que Espartero vendría a defender esta plaza y se presumía una colisión. Veintiún batallones de los nuestros se colocaron en Valle de Mena, entre Valmaseda y el Ebro.

Una vez tomada Valmaseda, había el pretexto de enviar una expedición a Galicia. Se hablaba mucho de Galicia desde que un gallego era primer ministro, o, mejor dicho, ministro universal.

Se había designado como jefe de esta expedición al Marqués de Bóveda, de la Casa de Pimentel; una bala de cañón le destrozó la cabeza en el sitio de Valmaseda, y su muerte hizo que se renunciase al proyecto.

Pero las expediciones eran muy del gusto de los ministros de entonces para quedarse así; cuatro batallones mandados por Zabala y Merino fueron designados para pasar el Ebro, cerca de

Haro, y guerrear en Castilla la Vieja. Espartero les cerró el paso y retrocedieron.

Habiendo transcurrido el año 1837 en estas andanzas, vimos llegar el nuevo año bajo la impresión de tristes presentimientos.

Durante las últimas semanas me había yo alejado de la Corte para hacer una excursión por los hermosos lugares de la costa, en compañía de algunos oficiales prusianos que servían en el ejército.

Fuimos a Lequeitio, donde pasamos alegremente las fiestas de Navidad.

Mi cocinero tenía ocasión de aplicar sus conocimientos preparando excelentes platos y condimentando lo que pescábamos. Por primera vez, desde nuestra salida de Francia, bebimos Champaña.

Desde Lequeitio escribimos a mi protector, el Príncipe de Prusia, a quien dedico este libro.

El tiempo era muy templado, a pesar de la estación; tanto que, al salir de la iglesia, se reunía la gente delante de mi casa y se bailaban fandangos y otros aires populares, con alegres músicas, a las que respondían, como un eco, los cantos corales de los pescadores que volvían al puerto y el ruido acompasado de los remos.

El descanso y la alegría de aquellos habitantes alejados del teatro de la guerra nos colmaban de placer. Pero bien pronto fué preciso decir adiós a este hermoso pueblo y a sus deliciosos alrededores, Lequeitio, Ondárroa y el pintoresco Motrico, donde fui recibido de un modo encantador en un magnífico palacio, junto al mar, por la señora de esta mansión y por sus hijas.

El 1.º de enero estábamos de vuelta en Llodio, cuyo aspecto triste y frío no tenía nada de agradable; todas sus casas estaban ocupadas por la Corte.

Tuve que alojarme en un edificio destartado, sin puertas ni ventanas, y formé la resolución de no quedarme allí mucho tiempo.

Después de presentar mis respetos al Rey, partí para Durango, donde pasé algunas semanas con tranquilidad, pero enfermo.

Tenía conmigo a mi ayudante de campo, el capitán Keltsch, y ocupábamos una bonita casa, llena de comodidades, que daba a la plaza.

Cerca de ella vivía el Marqués de Valdespina, presidente de la Junta de Vizcaya, a quien no se puede negar gran inteligencia, modales distinguidos y actividad infatigable; se había entregado en cuerpo y alma a la causa a la que sacrificó su fortuna.

El enemigo quemó su palacio de Ermúa y 45 caseríos y fincas de su propiedad.

Acaso esta amargura haya contribuido a formar su carácter agrio, un poco duro para el enemigo y para los que no participan de sus opiniones políticas.

Se le ha achacado la afición que demostró a veces a la intriga y al misterio más que a una manera de obrar clara y transparente.

Su actuación como ministro de la Guerra fué muy desdichada.

Se hizo cargo de la cartera cuando vino el general Maroto, y se dejó deslumbrar al principio por la aureola con que hizo su aparición este hombre, como otros muchos.

Más tarde despertó a la realidad y Valdespina se desligó de Maroto, cuando ya no cabía dudar de la traición; todavía a tiempo para salvar su honor, pero demasiado tarde para poner remedio a la causa.

Después de catorce días de permanencia en Durango, me vi con otro antiguo amigo y compatriota, el Barón Eugenio von Vaerst (1). Pasó algunos días conmigo.

Supo granjearse la consideración del Rey y de los cortesanos, y sus iniciativas fueron tan acertadas como respetables.

Todavía me acuerdo de una comida que ofreció a la Corte, en Llodio, para la cual hizo traer de Bilbao, por medio de contrabandistas, vinos franceses y pasteles trufados.

El Rey le concedió la Cruz de Comendador de la Orden de Carlos III.

El Castillo de Valmaseda estaba bloqueado por nuestras tropas desde el 2 de enero; el 5 del mismo mes se emplazó una batería de cuatro cañones pesados en una altura frente al castillo. Pero vino Espartero con fuerzas superiores por Valle de Mena, derrotó a Guergué y a Sanz, hizo levantar el asedio, destruyó las fortificaciones y abandonó la plaza, que entonces fué ocupada tranquilamente por Guergué, el cual hizo aparecer en el boletín este hecho como una victoria.

(1) El Barón Eugen von Vaerst cuenta sus aventuras en España en su libro *Die Pyrenäen*, publicado en Breslau, 1847. Refiriéndose a este encuentro, dice: "A las ocho estábamos en Durango. Aquí encontramos al Príncipe Lichnowsky y a su ayudante el capitán von Keltch. Permanecí aquí cuatro días a causa de un caballo cojo". *Die Pyrenäen*, t. II, pág. 2633.

A estas desdichas hay que añadir el regreso de Urbiztondo, que venía de Cataluña.

Recordará el lector que el Rey le había nombrado capitán general de esta provincia cuando salió de ella, a fin de junio.

Urbiztondo comenzó a actuar con éxito.

Formó dos batallones con los merodeadores, los rezagados y los heridos. Estos batallones le acompañaban siempre formando su guardia personal, y con ellos pudo refrenar a los cabecillas catalanes y les tuvo a raya al principio. En las primeras semanas de su mando tomó cuatro plazas fuertes: Ripoll, Berga, Gironella y Prats de Llusanes.

En el Cuartel Real, que por entonces andaba por el Bajo Aragón, se tuvo noticia de la creación de estos batallones y Urbiztondo recibió la orden de que se incorporasen a la expedición real.

Urbiztondo protestó, alegando que no contaba con otras fuerzas para dominar a los insubordinados cabecillas.

El Rey insistió y el general envió unos comisionados a Eulbe, que no fueron recibidos. Los dos batallones tuvieron que unirse a nuestra expedición, donde no hicieron gran cosa, mientras que su actuación en Cataluña hubiera sido muy útil.

Urbiztondo, privado de estas tropas que había disciplinado con energía y que, en cierto modo, aseguraban la independencia de su mando, vió desaparecer su prestigio y no pudo intentar operaciones decisivas. Y como, a pesar de todo, quisiera poner orden y mantener su personalidad ante las intromisiones de la Junta, se rebelaron contra él todos, siendo los individuos de esta Junta los primeros en alentar la rebeldía.

Pronto se limitó su campo de acción a Berga, donde parecía prisionero. Sólo podía contar con los pocos oficiales navarros que le habían seguido, y tuvo que dejar el mando y volverse al país vasco para dar cuenta al Rey y advertirle que, si no se enviaban tropas para imponerse a la Junta, nada podría hacerse en Cataluña.

Se hizo anunciar al Rey, pero no consiguió ser recibido, pues el ministro de la Guerra le envió a Tolosa la orden de no presentarse en el Cuartel Real, donde se condenaba el que hubiera abandonado su puesto sin permiso.

Urbiztondo permaneció en Tolosa y se confió el mando de Cataluña al brigadier Segarra.

Urbiztondo, a quien tengo por uno de los jefes más distinguidos de nuestro ejército, ha tenido un fin lamentable y deshonroso; digo

fin, aunque vive, porque para nosotros y para su honor está muerto; firmó el Convenio de Vergara y se pasó con su división al enemigo, en compañía de Maroto.

Este general es demasiado joven y demasiado bien nacido (que se me perdone esta expresión aristocrática que se refiere únicamente a su origen de una buena familia realista).

Ha recibido una educación excelente y ha probado con exceso su fidelidad y devoción al Rey para que sea tenido por un conspirador y un traidor premeditado. Más bien creemos que fué llevado a este extremo por la conducta de Arias Teijeiro y de su camarilla, hasta perder el respeto a sus convicciones y a las cosas más sagradas. La pasión y la desesperación le condujo a la deslealtad que no se puede justificar, ni aun disculpar.

Pero dejemos por ahora este asunto, del cual sería prematuro hablar. Sólo pretendo hacer notar con esta ocasión que, si entre las personas que rodeaban al Rey no se hubieran hallado hombres malvados, inútiles e incompetentes y que obraban de un modo absurdo y vil, nunca hubiera habido traidores, y Maroto se hubiera quedado solo en Vergara, de haberse atrevido alguna vez a buscar cómplices para sus planes criminales.

Al cabo de algunas semanas el Cuartel Real se trasladó a Azcoitia.

Los vascos, a pesar de que no estaban muy contentos con el resultado de la expedición y con los últimos acontecimientos, recibieron al Rey con gran entusiasmo.

Yo tomé posesión de mi antiguo alojamiento en casa del Marqués de Narros.

En esta casa fui recibido con gran cordialidad. Asistí a las agradables reuniones del salón de la joven Marquesa, tan bella como amable, que sabía hacer los honores de su casa con exquisita gracia.

Actualmente está desterrada, como tantos otros, y vive con su esposo y con su madre en San Juan de Luz.

Si por azar cayera este libro en manos de su familia, deseo que halle en él la expresión de mi reconocimiento por las bondades con que me obligaron.

Por este tiempo llegó a la Corte el Conde de Fonollar, que venía de Lille, donde estaba prisionero el Conde de España.

El Rey había ofrecido a éste el mando de Cataluña y el Conde no lo quería aceptar sino a condición de disfrutar de un poder ili-

mitado, incluso el de asumir el cargo de presidente de la Junta y la facultad de poder deponer a sus individuos.

El Rey accedió y Fonollar volvió a Lille para ver de conseguir la libertad del Conde de España, mientras el Marqués de Sentmenat, otro noble catalán, fué a Berga para prevenir su llegada.

El ministro Arias Teijeiro tuvo una entrevista con el cónsul de Francia en Bilbao, Roger Laffitte, a propósito de un negociante francés, llamado Casimiro Monier, que fué hecho prisionero.

Era la primera vez que las autoridades francesas y carlistas trataban oficialmente.

Como es asunto del que se ha ocupado mucho la Prensa europea, merece la pena de que hagamos un resumen.

Las tropas de Zaratiegui hicieron prisionero y se llevaron a un comerciante vecindado en Vitoria, llamado Weidmann.

Su amigo, Casimiro Monier, también comerciante, francés, que tenía negocios en Madrid y en el Bajo Aragón, se presentó a la Junta de Castilla, que andaba por la sierra de Burgos, para recabar la libertad de Weidmann, que había sido ya concedida por orden de Zaratiegui.

El desgraciado intercesor, Monier, que había tenido abierta al público en Madrid una sala de lectura de orientación liberal, fué detenido por la Junta y llevado con la expedición real hasta Amurrio, donde estuvo encerrado varios meses sin que consiguiera que se viese su causa.

El cónsul francés en Bilbao presentó varias reclamaciones dirigidas al "directeur général des forces carlistes" y pudo obtener una entrevista en Elgoibar. Llegó hasta nuestras avanzadas, en el puente de Bolueta, escoltado por los cristinos; allí le esperaba un destacamento de lanceros carlistas, que le acompañó a Elgoibar.

Durante el trayecto mandó llevar izada la bandera tricolor, lo cual promovía manifestaciones hostiles a su paso por los pueblos. Esta hostilidad se acentuó en Elgoibar, donde tuvo que apearse del caballo, más muerto que vivo, en la puerta de la fonda, donde le esperaba Arias Teijeiro con dos secretarios.

Allí se entabló una discusión, que duró varias horas, y que continuó varios días por correspondencia, decidiéndose, al fin, que Monier saliese por la frontera de Vera, con la promesa de no volver a poner los pies en tierra carlista, lo cual le agradó muy poco.

El 21 de febrero fué el Rey de Azcoitia a Tolosa; el día siguiente, al mediodía, se detuvo en Betelu. Recordé que la víspera de la

batalla de Oriamendi también me encontraba en este lugar y las ilusiones y esperanzas de entonces.

Pernoctamos en Lecumberri y a la mañana siguiente pasamos el fuerte de Dos Hermanas y nos detuvimos en Echarri Aranaz. Al otro día estábamos en Estella, donde se alojó el Rey en una magnífica casa que la Junta de Navarra le tenía preparada.

Esto no obstante, presumo que el Rey, como nosotros, echaba de menos los hermosos valles vascos.

Ocho días después tuve que ir a Zugarramurdi para verme con cierta persona que no podía penetrar más adentro en el país.

Tomé el camino de Pamplona, en compañía de mi ayudante el teniente Swiderski y llegué a Cirauqui, plaza fortificada frente a la enemiga de Puente la Reina.

De aquí fuimos en dirección al norte, por Belascoain (famoso más tarde por la victoria de Diego León), cuyo puente estaba defendido y ocupado por nuestras fuerzas y, siguiendo el valle del Arga, llegamos a Ciriza.

No pude distraerme al recuerdo doloroso de la expedición que el año anterior se inició por aquel mismo camino.

Pasé de noche por Dos Hermanas. La escasa guarnición del fuerte estaba alarmada; su comandante, un viejo capitán navarro, había subido al atardecer a uno de los picos que dan su nombre a aquellos lugares, desde el cual se domina el valle y se pueden observar los movimientos del enemigo; tuvo un desvanecimiento y cayó despeñado hasta la puerta del fuerte, donde quedó destrozado delante del centinela.

El infeliz yacía sobre un catre en el zaguán y los soldados gemían y juraban que algún cristino poseído del diablo lo había arrojado desde la altura, sin que se les pudiera convencer de lo contrario.

Estaban tan impresionados con esta idea que no querían abrir las puertas cuando llegamos y nos amenazaban con los fusiles.

Pude conseguir a duras penas que nos dejaran pasar a pie. Después me reconocieron.

Muy entrada la noche llegamos a la venta de Urriza, donde había comodidades y, al atardecer del día siguiente, a Tolosa.

Esta ciudad era por entonces la morada de todas las grandezas caídas.

El ex ministro Erro, el consejero Aznárez, el ministro Sierra, Corpas, los generales Urbiztondo, Moreno, Lardizábal; el torero

Freire, las familias del Conde de Eguía y del difunto general O'Donnell, el canónigo Batanero, monsieur de Carles y otros muchos personajes residían en la ciudad.

Como los españoles son los paseantes más empedernidos de la tierra, andaban siempre por las calles, llenas de gente locuaz, que se lamentaba de todo y murmuraba incesantemente, cosa fácil en aquel tiempo.

Su exclamación favorita era "¡Ojalá!", de donde vino el remoque de ojalateros, que les fué adjudicado por vascos y navarros y que, más tarde, dió lugar a escenas sangrientas, que se desarrollaron al grito de "¡Mueran los ojalateros!"

Después de un descanso de veinticuatro horas dejamos Tolosa y fuimos a Leiza, donde, en tiempos pasados, había establecido el Rey su cuartel general, alojándose en el palacio de Lescuan.

Lescuan era un hidalgo que hospedó al Rey y que vió cómo Rodil quemaba su palacio en castigo de su hospitalidad. Pasó a vivir con su mujer y tres hijas en una casa vecina. Su único hijo, que tenía catorce años por entonces, se fué con Zumalacárregui y, a la sazón, era capitán. Fuí obsequiado por estas buenas gentes.

Al día siguiente franqueamos la montaña, pasamos por Saldías y, después de un corto descanso al mediodía, fuimos por el valle de Ituren, Zubieta y Aurtiz y llegamos a Santesteban, villa situada a orillas del Bidasoa. A pesar de ser ya la estación avanzada, el tiempo era hermoso, y el campo, verde y florido.

Sobre el valle se alza el monte Mendaur, uno de los picos más elevados de los Bajos Pirineos; en su cima se alza una ermita dedicada a la Santísima Trinidad que no pudimos divisar, porque está siempre envuelta en celajes de niebla. Todos los años se va en peregrinación a esta ermita.

Al salir de Santesteban íbamos a lo largo del Bidasoa. Los arbustos estaban en flor, los árboles brotaban, un olor suave embalsamaba el ambiente, millares de pájaros gorjeaban a nuestro alrededor. Era el 14 de marzo.

La impresión que me producía el despertar de la naturaleza fué tan singular que la veo anotada en mi diario con el nombre de Frühlingswehen (mal de primavera).

Nos detuvimos en Echalar al mediodía y llegamos ya tarde a Zugarramurdi.

Durante la noche celebré en la frontera la entrevista que había sido objeto de mi viaje.

Volví por Urdax, último reducto de Carlos V al abandonar el suelo español por el puente de Dancharinea el 13 de septiembre de 1839.

En Urdax teníamos fortificada una casa a la entrada del valle, y en Landivar, diez minutos más adelante, un cuartel con foso y puente levadizo, y en el extremo del valle, junto al puente de Dancharinea, un puesto de guardia.

El arroyo forma la frontera y al otro lado del puente había un fuerte francés, a poca distancia de las posiciones carlistas.

Este punto era tenido como neutral y servía para las entrevistas con los comisarios franceses.

Seguí por Maya y el valle de Baztán, que comprende 14 pueblos, cuya capital es Elizondo, que está en el centro.

El Baztán se gobierna por leyes propias distintas de las que rigen en el resto de Navarra, como sucede en otros valles, llamados nobles, en Navarra; el de Orozco, en Vizcaya, y el de Arán, en Cataluña.

Todos los naturales del Baztán nacen hidalgos, como los vascos, y traen, además de las propias, las armas del valle, que son ajedrezadas de gules y de blanco (1).

Cada uno de los 14 pueblos elige su regidor; los regidores se reúnen en Elizondo y eligen, a su vez, un jefe vitalicio, que lleva el título de alcalde y capitán del noble valle de Baztán.

Para alcanzar esta dignidad se requiere pertenecer a una familia del valle y haber nacido en él.

Elizondo había sido fortificado por nosotros y tenía una pequeña guarnición carlista.

Observé que en la casa del valle había varias águilas bicéfalas de gules, de seis pies de altura, talladas en madera o modeladas en latón, suspendidas de los muros. Tenían las armas en el pecho y con las garras sostenían banderolas llenas de inscripciones con fechas y divisas.

En algunas casas del valle había visto estas mismas águilas. Pregunté qué significaba aquello y me dijeron que cuando algún baztanés se distinguía en el ejército, en la carrera eclesiástica o en otra profesión, a su muerte se coloca una de estas águilas, llamadas "victor", en su casa, y otra en la del Ayuntamiento.

(1) Las armas del Baztán son jaqueladas de plata y de sable, o sea de blanco y negro.

No pude averiguar el por qué del color rojo de estos victores. Los baztanenses dicen que recuerda a los emperadores.

El victor trae las armas del personaje ilustre, a quien conmemora, en el pecho, y con las garras sostiene las bandas en las que va inscrito el nombre, origen, casa solariega y acciones heroicas, virtudes o talento.

El día siguiente salí de Elizondo y seguí durante dos horas por el valle de Baztán, desayuné en Almandoz, pasé el puerto (de Velate) y llegué a otro valle extenso y hermoso, llamado la Ulzama.

Su situación no es tan pintoresca ni está tan llena de evocaciones románticas como el Baztán; pero no faltan algunos vestigios del régimen medieval.

Así, por ejemplo, se reúnen los alcaldes de los catorce pueblos de Ulzama con otros tantos regidores en la venta de Larrainzar para tratar patriarcalmente de los asuntos del valle.

Llegué a esta venta después de cinco horas de viaje y me alojé en ella; el patrón me declaró que podía hacerlo con entera confianza, puesto que el Rey había sido su huésped varios años atrás.

El 17 continué mi camino por Muzquiz y Gulina. Este lugar es famoso por las victorias de Zumalacárregui.

La memoria de este general es reverenciada, como la de un santo, en estos valles; los aldeanos hablan de él con una triste veneración.

Tomás Zumalacárregui es el héroe de cantos y baladas que harán resonar su nombre cuando no se acuerde nadie de don Carlos ni de Cristina.

¡Cuántas veces, a lo largo del camino, se detenían los guías y, quitándose la boina, exclamaban: "¡Aquí derrotó al enemigo tío Tomás; él tenía tantos cientos de soldados; los cristinos, tantos miles! ¡Sí, entonces!..."

Atravesé la carretera de Pamplona y pasé cerca de un paraje donde Zumalacárregui hizo decir una misa antes del combate. Es una capilla socavada en la roca; una lamparilla ilumina débilmente el templo solitario, que lleva aún el nombre de Zumalacárregui. Ante la capilla corre un torrente y pasa la carretera.

Hacía frío y cabalgaba bajo la lluvia. Pasé el valle de Olio por Anoz, donde hay un puente que conduce al valle de Gofil, y pernocté en Azanza.

Al día siguiente atravesé Salinas de Oro por una tierra montañosa y solitaria. En las faldas de la sierra se veían dos aldeas

tristes y pequeñas, Guembe y Azcona, que eran depósitos de prisioneros.

Por la noche llegué a Estella, donde me sorprendió desagradablemente la noticia de que el Conde de Negri, de quien he hablado antes, había pasado el Ebro con nueve batallones y 200 caballos (1).

Nada podía esperarse de este hombre limitado e incapaz que no inspiraba la menor confianza a los soldados y a quien únicamente apoyaba Arias Teijeiro.

(1) No carecerá de interés recordar algunos detalles de esta expedición, poco conocida.

El Conde de Negri pasó el Ebro el 15 de marzo de 1838, al frente de una expedición, que, como se ha dicho, constaba de nueve batallones carlistas, recientemente organizados, y doscientos caballos.

El viejo cura Merino, recientemente nombrado comandante general de Castilla la Vieja, le acompañaba con dos escuadrones.

Negri, al llegar junto a Burgos desvió la expedición hacia los montes de Liébana, contra la opinión del veterano Merino, que conocía la aridez de aquella sierra y la crudeza del clima.

Merino se separó con sus dos escuadrones, tomando la dirección de Lerma y Aranda. Negri, perseguido constantemente por Latre, fué derrotado el 2 de marzo en Bendejo.

Aquella noche cayó una gran nevada, que obligó a las columnas a la inmovilidad. Los carlistas tuvieron que sufrir grandes penalidades. Los heridos, agravados por el hambre y por el frío, fueron puestos a cubierto en La Cruz de Cabezuela, donde perecieron muchos.

Parece increíble que Negri no hubiera aceptado doce mil raciones de pan, vino y carne que le ofreció don Antonio Roldán, miembro de la Junta de Castilla la Vieja, que esta Junta tenía almacenadas en Potes, adonde no fué Negri. Hubiera evitado muchas desgracias.

Hasta el día 24 estuvo en las proximidades de Bendejo y fué a unirse con Merino en la sierra de Burgos pasando por el valle de Polaciones y el puerto de Piedrasluengas.

Merino, entretanto, organizó dos batallones y fortificó Peña de Cásaro.

La llegada de Negri derrotado disgustó profundamente a Merino, por la mala impresión que causaba en el país, y decidió ocuparlo militarmente para contrarrestar este mal efecto.

Merino ofreció a Negri dos de sus batallones para que operase con ellos mientras él instruía a los reclutas, cuidaba de los heridos y reunía a los dispersos.

Negri hubiera tenido de este modo un punto de apoyo en la sierra, pero no aceptó la proposición, y se separaron tras una violenta discusión, en la que Merino pronunció palabras muy duras, culpando a Negri de la pérdida de la causa carlista en Castilla.

Negri se dirigió hacia Segovia, haciendo marchas inútiles y dando lugar a que el enemigo le alcanzase y le derrotase otra vez en la llanura de Cam-

El resultado de esta expedición contrasta singularmente con los términos pomposos con que Arias Teijeiro la anunciaba.

Cuando entré en el gabinete de este ministro me enseñó los despachos que cursaba a los agentes de las Cortes extranjeras; comenzaban con estas palabras:

“Dios ha concedido una prueba de su divina protección a nuestro amado Monarca, y nuestra gloriosa generala, Nuestra Señora de los Dolores, ha permitido que nuestro mariscal de campo, gentilhombre del Rey, Conde de Negri, pase hoy el Ebro...”, etc.

Cuando, algún tiempo después, visité en París al venerable y espiritual Marqués de Labrador, uno de los hombres más eminentes de España, me habló de este despacho alzando los hombros.

Habiéndole preguntado su opinión me respondió con la calma que le caracteriza:

—He escrito al Rey: “Señor, soy un viejo servidor de vuestro padre y de vuestro hermano, y, en esta atención, me abrogo el derecho de ser franco con Vuestra Majestad. Deseo que los chambelanes, camarleros y capellanes se limiten a las atribuciones de su cargo y que no se dé la cartera de la Guerra a abogados, ni el mando del ejército a mayordomos”.

Al día siguiente por la mañana me llamó el Rey y se decidió mi viaje al extranjero.

Al cabo de tres días recibí las últimas instrucciones del Rey, y el 24 de julio dejé la Corte y tomé el camino de la frontera.

Mis guías se perdieron, y por caminos extraviados, ya de noche, llegué a Bacaicoa, donde me hospedé en casa del cura.

pos, junto a Mayorga. Se retiró de nuevo a los montes de Liébana, perseguido siempre por Iriarte.

El hambre, el frío, el cansancio y las privaciones de todo género diezmaron a los soldados.

Espartero aprovechó la ocasión para derrotar a Negri.

Negri, como si hubiera querido facilitar los planes del enemigo, perdió veinticuatro horas haciendo disparos inútiles con un mortero de cuatro libras contra la iglesia de Aguilar de Campóo.

Iriarte alcanzó a Negri, que huyó a Fresno de Rodillas, haciendo una marcha de dieciséis leguas españolas.

Espartero se apoderó, sin disparar un tiro, de los restos de la división carlista.

Negri logró escapar con dos oficiales de Estado Mayor, el coronel de caballería Arróspide, que se pasó con Maroto más tarde, y algunos jinetes.

La suerte de sus soldados le preocupó menos que la pérdida de su equipaje y de una faja de general, regalo del Rey. (N. de L.)

El día siguiente era la fiesta de la Anunciación de la Virgen, y el cura fué tan amable que adelantó la hora de la misa para que pudiera yo oírla antes de continuar mi viaje.

Fuí por Iturmendi a Alsasua, donde almorcé en la misma fonda en que se habían entrevistado lord Elliot y Zumalacárregui.

Después de almorzar seguí mi camino hasta Segura, donde me hospedé en una magnífica casa elegantemente puesta con muebles ingleses; tenía un hermoso jardín con un surtidor en medio.

Era el palacio habitado frecuentemente por el Rey, y su dueña, joven y hermosa, nos recibió con toda galantería y tocó al piano vales de Strauss (1).

Seguí a Ormaiztegui al otro día, y vi la casa de Zumalacárregui.

Almorcé en Villarreal de Zumárraga, en la carretera de Vitoria, y llegué al anochecer a Azcoitia, donde pasé un día en casa de mis amigos los Marqueses de Narros.

Pocos días después estaba en Zugarramurdi, donde me despedí de mis ayudantes, el capitán de Keltsch y el teniente Swiderski, a quienes no volví a ver en España. Diez y ocho meses más tarde, cuando todo había terminado, nos volvimos a encontrar en París.

Von Keltsch, después de una brillante defensa en Ramales, había sido nombrado coronel y condecorado con la Cruz de San Fernando; von Swidersky había llegado a capitán y caballero de la misma Orden por su brillante carga de Sesma en 19 de diciembre de 1838, en la que desmontó al coronel enemigo y mató a dos lanceros. Más tarde fué promovido a capitán y a fines de septiembre de 1839 abandonó España al frente de sus tropas.

Los dos fueron fieles a su juramento hasta el último instante y han entrado al servicio de Prusia.

En Zugarramurdi cambié mi traje militar por el de aldeano vasco y emprendí el camino, guiado por Hautziart, el mismo que me condujo a mi entrada en España. Pero esta vez no fué tan afortunado como trece meses antes. A un cuarto de legua de Sara nos encontramos con un pelotón de aduaneros, que nos prendió.

Fuí conducido bajo escolta ante el comisario de policía de Ainhoa, y a la mañana siguiente dos gendarmes me llevaron a Bayona.

Al salir de Zugarramurdi había confiado a mi guía una cartera que contenía papeles de importancia, y el guía los había enviado a Sara, a una casa de confianza.

(1) Sería la casa de Zubano.

Hautziart, que traficaba en caballos, ofreció a los gendarmes dos monturas para llevarlos a Bayona, y ellos las aceptaron complacidos. En el camino me apercibí de que una voluminosa alforja colgaba al costado de la silla de uno de estos caballos. Al entrar en Bayona Hautziart y yo fuimos registrados minuciosamente, pero los gendarmes pasaron sin requisa.

Puede figurarse mi sorpresa cuando, al llegar al hotel, me di cuenta de que el gendarme había pasado mi cartera sin sospecharlo.

Aquella noche celebré una conferencia en el hotel del Comercio con el prefecto M. Henaut, con quien empeñé mi palabra de no salir de casa, y con ello me vi libre de mis guardianes.

Gracias a las gestiones del Marqués de Lalande, nuestro comisario en Bayona, obtuve permiso para circular libremente por la ciudad.

El subprefecto había comunicado mi arresto al Ministerio, por telégrafo, y recibió la orden de darme un pasaporte para París y hacerme vigilar hasta Burdeos.

El día 6 monté en la diligencia con el séquito de un agente de policía, que me acompañó hasta los bordes del Garona, y tres días más tarde entré en París.

(Aquí termina el volumen primero en la edición original alemana.)

MEMORIAS DE LAS AÑOS 1837-1838-1839

## SEGUNDA PARTE

Das Leben nach dem Kriege ist ein langweiliges  
Schildwachestehen.

(La vida después de la guerra es un aburrido es-  
tar de centinela.)

FAUPACH.

(El segundo volumen de la edición alemana principia por el capítulo VII de la traducción francesa, que es el I de esta segunda parte.)

## VII

**Arresto y libertad del arzobispo de Cuba.—Los legitimistas de Marsella.—Viaje por el mediodía de Francia.—Las hijas de Maroto.—Don Manuel Valdés.—Resumen biográfico de Maroto.—De Burdeos al “château” de Marrac.—Los contrabandistas del Pirineo y paso de la frontera.—Visita a Moreno.—Aparición de Maroto.—Llegada al Cuartel Real de Elorrio.**

(De abril a mediados de julio 1838)

La primera noticia que recibí a mi llegada a París fué el arresto del arzobispo de Cuba.

Este prelado parecía destinado a desempeñar un papel importante en nuestros asuntos, de modo que su detención fué vista generalmente como una desdicha.

Algunas personas de opinión moderada habían incitado al arzobispo, que se hallaba en Inglaterra, a que viniese al teatro de la guerra, sin esperar las órdenes del Rey.

Creían, sin duda, que el prestigio de su persona y su influencia en el ánimo real llegarían a neutralizar los malos efectos de la administración de Arias Teijeiro.

El arzobispo cedió a estas instancias, y llegó a Bayona sin contratiempo; pero en Bayona, a un cuarto de legua de la ciudad, cayó en manos de los aduaneros, por la impericia de su guía, y fué conducido a Bordeaux y de allí a Tours, donde quedó detenido.

Yo no conocía al arzobispo y pocas veces había oído hablar

de él, porque en España se habla muy poco de las personas que han ocupado o que puedan llegar a ocupar el Poder. Nadie quiere demostrar su disgusto por el pasado ni sus esperanzas en el porvenir. Tenía pocos elementos para poder formar juicio de su persona.

Sin embargo, aquellos franceses y españoles carlistas a quienes interrogué en París elogiaban unánimemente al prelado, asegurando que no solamente era muy apreciado en las Cortes extranjeras amigas y enemigas, sino en la de Madrid, donde tenían un alto concepto de su política moderada y de su ilustración.

Fuí encargado de procurar su libertad, a lo cual me decidieron algunas cartas que me entregó el banquero Jauge.

Visité al Conde A..., quien me recibió amablemente y me prometió hablar a Luis Felipe.

Al día siguiente recibí una respuesta favorable, en lo que cabía en aquellas circunstancias, y algunas horas después estaba camino de Tours.

En Tours no me detuve más que seis horas.

Después de algunas semanas, el arzobispo, provisto de un pasaporte para Italia, se puso en camino, llegó a Lyon, donde una persona de su edad y vestida exactamente como él tomó su lugar en la diligencia, y, conducido por un legitimista francés, vino a Oñate, donde estaba el Rey, por Toulouse y Bayona.

Su llegada sentó como un rayo a Arias Teijeiro y consortes.

Se hablaba de una revisión completa y se comentaba que el Rey lo hubiese recibido con los brazos abiertos y le hubiera concedido largas audiencias.

Pero estas esperanzas resultaron fallidas; Arias Teijeiro continuó en el Poder y el arzobispo, que no supo aprovechar aquel momento, siguió en la Corte sin destino oficial, como otros muchos.

Cuando más tarde, en una época desastrosa, se puso al frente de los asuntos, tuvo que arrepentirse amargamente de la confianza que había depositado en Maroto.

Porque yo estoy lejos de participar de la opinión de ciertas personas que han osado acusar al arzobispo de complicidad en este siniestro drama que comenzó con la llegada a España de Maroto, siguió con los fusilamientos de Estella y terminó con la traición de Vergara.

Después de una corta estancia en París, Salzbourg, Viena y Módena, embarqué en Génova el 25 de junio de 1838.

Un pasaporte húngaro, extendido a nombre de un desconocido y visado suficientemente, debía facilitar mi entrada en Francia y mi viaje a Bayona.

Cuando desembarqué en Marsella y me dirigí a la aduana con mis maletas, algunas personas me seguían y trataron de abordarme. Yo creí que eran agentes de policía y evité su conversación.

Uno de ellos, hombre grueso, de unos cuarenta años, sacó de su bolsillo una flor blanca, y, mirándome de una manera significativa, se la puso en el ojal.

Yo me hice el desentendido y él, dando un franco a un mendigo, exclamó para que yo lo oyera:

—Reza por nuestro joven Rey, buen hombre.

Cuando llegó el turno de registrar mis maletas me dirigió la palabra, diciendo que quizá me fuera desagradable este registro; y, hablando en voz baja con el carabinero, ambos me miraron sonriendo.

El carabinero tachó con tiza mi equipaje, sin abrirlo, mientras el de la señorita Falcón, bonita cantante, que había venido en el barco conmigo, sufrió un registro minucioso.

Al salir de la aduana mi desconocido protector se acercó de nuevo y me dijo:

—Conviene que vayáis al hotel X... Seguid a este hombre.

Obedecí maquinalmente. Llegamos al hotel, salió el dueño, y mi conductor le dijo «Es él», y desapareció.

Fuí bien tratado; el dueño hizo visar mi pasaporte para Bayona y, por último, para colmo de esta mixtificación, cuando pedí la cuenta no pude lograrla, a pesar de mis protestas; cosa inaudita en Francia, donde los hoteleros que se las echan de realistas tienen la costumbre de duplicar las partidas.

Aquella noche salí para Montpellier, y después supe que me habían confundido con un notable personaje realista a quien se esperaba y que no llegó.

El viajero que no quiera ser molestado por cuentos absurdos, bravatas gasconas y por la insolencia y la jactancia de los señores vinjantes de comercio, debe evitar el tomar asiento en las diligencias francesas.

Yo había caído, por mi desgracia, en el interior de una de estas diligencias, con mi ayuda de cámara, y los cuatro asientos restantes estaban ocupados por cuatro personas insoportables.

Durante varias horas pusieron a prueba mi paciencia contando,

con un acento que delataba las orillas del Garona, sus proezas y aventuras galantes.

Por último, uno de ellos, volviéndose hacia mí, exclamó:

—Y usted, señor, ¿a qué le pega? (*Dans quoi faites-vous?*)

Yo respondí, indicando a mi criado, que era poseedor de unos formidables bigotes:

—Mi amigo es director de una sala de esgrima, y yo soy maestro de armas y vamos a dar un asalto en Toulouse.

Un silencio respetuoso siguió a esta respuesta, y en adelante fueron más considerados y no se me echaban encima, ni sacudían sus pipas dentro del coche, ni escupían por la ventanilla desde el asiento de enfrente.

En la mesa me ofrecieron delicadamente de cada plato, y en la comida anterior se lanzaban como verdaderos hambrientos sobre los mejores bocados.

En Narbona se despidieron de mí, deseándome buena suerte y prometiendo asistir a mi asalto; yo correspondí a su amabilidad ofreciéndoles billetes para el espectáculo.

Más tarde, en Carcasona, se llenó el coche de oficiales cristinos, que me fastidiaron con sus relatos tendenciosos relativos a los carlistas.

Crefan que yo no entendía su lengua y, como hablaban sin recato, pude recoger algunas aserciones interesantes para mí; entre otras cosa, afirmaron que, si el 12 de septiembre de 1837 hubiéramos entrado en Madrid, Espartero y su ejército se hubieran declarado por nosotros a tambor batiente.

En Toulouse fui a visitar al Marqués de H..., por quien supe que Maroto había tomado el mando del ejército.

Me había enterado en Módena de su llegada al campo carlista; el Rey vacilaba hasta que vino a decidir el nombramiento de Maroto la derrota que sufrió Guergué en Peñacerrada el 22 de junio de 1838.

Guergué me era tan poco simpático que la noticia me fué agradable y participé del entusiasmo general con que fué recibido el nombramiento.

Cuando vine de Toulouse a Bordeaux mi amigo el cónsul general Meyer me llevó a visitar a las hijas de Maroto.

Vivían a media legua de la ciudad en una casa de campo, llamada Alemania. Maroto la había comprado por 50.000 francos,

con la idea de vivir retirado y esperar en ella el momento de volver a la vida activa.

Eran dos criaturas encantadoras, nacidas en Perú y educadas en Granada.

Sus ojos negros, rasgados, bordeados de sedosas pestañas, y la pequeñez de sus manos y de sus pies denotaban el tipo meridional. La menor, sobre todo, era adorable; tenía una mirada misteriosa y melancólica que le daba un encanto particular. Hablaba con profunda tristeza de su padre que, según su expresión, se había sacrificado y debía sucumbir. Pocos días antes de mi viaje a Alemania esta señorita, de diez y ocho años, había dado pruebas de valor y de presencia de ánimo.

Una noche oyó ruido, miró por la ventana y vió una sombra que escalaba la casa y trataba de penetrar en la habitación contigua a la suya. Sin avisar a su hermana, cogió un fusil y disparó por la puerta entreabierta, haciendo huir al malhechor.

Volví a ver, en Burdeos, a don Manuel Valdés, tan conocido en el *faubourg* de Saint-Germain con el nombre de "el bello Valdés", y con el de "Valdés de los gatos" en España, donde ha dejado tantos recuerdos tiernos y novelescos (1).

Se había agregado en Valladolid a la expedición de Zaratiegui, y hubiera sido de utilidad a la Causa sin la prevención de algunas personas que le guardaban antiguas rencillas y que lograron su alejamiento.

Lo conocí en Aranda, cuando íbamos en persecución de la columna de Lorenzo; entonces era Valdés teniente coronel agregado al Estado Mayor de Zaratiegui.

La elegancia de sus maneras y lo cuidado de su *toilette*, que sabía conservar impecable en medio del combate, me chocaron tanto más, cuanto que contrastaba con nuestras ropas destrozadas.

Valdés era un gran conocedor de España y de todos los personajes de la época. Tuve ocasión de apreciar la exactitud de sus juicios y de sus previsiones; casi todas se realizaron.

Cuando le pedí su opinión sobre Maroto, cuyo nombre des-

(1) Valdés era famoso por su belleza y disfrutaba de los favores de una dama encopetada que tenía un gato. Alguien ponderó la hermosura del gato y dijo la dama:

En el Valdés de los gatos.

(Con este apodo le conocen los españoles y, sobre todo, las españolas. (N. de L.)

Volvió a España y representó a Fernando VII contra sus compañeros, entre otros, los generales Laserna, Canterac, Valdés, Carratalá y los comandantes Lahera, Espartero y Villalobos.

Como recompensa de sus delaciones, obtuvo el gobierno de Asturias, de donde hubo que llamarlo, atendiendo a los ruegos de los asturianos.

Se retiró a Valladolid y más tarde a Madrid, donde ciertas personas de la camarilla del Rey, de quien era protegido, encontraban en él un instrumento complaciente y le consiguieron el mando de Toledo.

En Toledo, como en todas partes, se hizo odiar pronto. Una queja, a consecuencia de haber dictado exacciones ilegales contra ciertas personas, fué causa de que le llamasen a Madrid y retuviesen su paga algunos meses para indemnizar a las víctimas de sus atropellos.

Mediaron influencias poderosas que acallaron aquel proceso, que obra aún en los archivos de Capitanía general de Castilla la Nueva.

Vivió desde entonces retirado y no sonó su nombre, hasta 1833, en que apareció complicado en una conspiración realista.

Pronto salió de la prisión, mientras que sus cómplices fueron condenados a ocho y diez años de galeras.

Varias personas me han asegurado que compró su libertad con la revelación de los planes y de los nombres de los conjurados, y que se encuentran las pruebas de este aserto entre los papeles de su defensor el coronel Gómez Acebo, de Sevilla.

Maroto fué confinado a Sevilla y trasladado a Granada a sus instancias, con pretexto de una epidemia.

De Granada se escapó a Valencia, donde lo ocultaron algunos realistas, que no lo conocían bien, tomándolo por una víctima de la revolución.

Por entonces Morella se alzó por don Carlos, y la Junta carlista que se había creado en Tortosa tuvo que huir y se refugió en aquella ciudad. Comenzaron a formarse algunas partidas en Aragón y se necesitaba un jefe que diera unidad al movimiento. Los realistas de Valencia y de Morella se fijaron en Maroto.

Este no acababa de decidirse; aceptó algún dinero, con el que arregló sus asuntos particulares, y salió secretamente para Gibraltar y de allí se fué a Portugal y ofreció sus servicios a Carlos V, que estaba entonces en Coímbra,

El Rey había prometido un ascenso a cuantos se le reuniesen en Portugal; pero ningún jefe quiso aprovecharse de este ofrecimiento, prefiriendo ganar sus ascensos en el campo de batalla.

Sólo Maroto aceptó y, de mariscal de campo, pasó a ser teniente general.

Desde que llegó a Portugal estuvo en desavenencia con los consejeros del Rey, el obispo de León, los generales Moreno y Romagosa, el intendente Negrete y otros cuya fidelidad está fuera de duda, aunque más tarde, a pesar de su buena voluntad, hayan cometido algunas faltas.

Por aquel entonces reinaba la armonía entre todos; únicamente Maroto parecía tener la misión de sembrar la discordia alrededor del Rey, y no faltó quien le acusase de ser un agente del enemigo.

Conozco a ciertas personas que están en la persuasión de que Maroto tenía la intención de entregar al Rey en Almeida, haciéndole caer en manos de Rodil.

Pero yo no concedo al carácter de Maroto la fuerza y la perseverancia suficientes para tener urdida la trama de su traición desde una época tan remota.

Pienso que Maroto era carlista en Portugal, en cuanto lo podía ser un alma venal como la suya, y en razón de las ventajas personales que encontraba en este partido.

Maroto siguió al Rey a Inglaterra y apareció, poco después que él, en el teatro de la guerra. Fué nombrado comandante general de Vizcaya. Del tiempo de su mando se refieren algunas irregularidades que no creo oportuno repetir.

Fué depuesto a raíz de la acción de Arrigorriaga, el 11 de septiembre de 1835, por haber abandonado al comandante general Moreno con 14 batallones.

Para utilizar de alguna manera sus dotes de organización y el ascendiente que sabía ejercer en los soldados, y tal vez para alejarlo, se le envió a Cataluña.

Me propongo hablar de esta época desagradable de su vida cuando llegue, en el curso de mi relato, al tiempo en que yo serví en este país.

Solamente mencionaré aquí que fué derrotado y se vió obligado a retirarse a Francia, donde estuvo hasta que el Rey le llamó a España.

Consideraciones particulares me obligan a pasar en silencio los medios que se pusieron en juego para que tomase esta determina-

ción el Rey, que siempre había demostrado la mayor repugnancia por Maroto; mi libro no es un escrito de acusación; servidores del Rey sinceros y fieles han sido sorprendidos y deplorarán su error toda la vida.

En Burdeos me informaron de todo esto y no podía yo creer que un hombre de tan malos antecedentes tuviera entre sus manos la salvación del Ejército y los prestigios de la Corona.

La gravedad de las acusaciones me hacía ponderar lo peligroso de la posición de aquel hombre, a quien excusaba con este viejo refrán: "il n'y a que los hommes ordinaires qui n'ont pas d'ennemis" (1).

Maroto no dejaba de tenerlos, y con esta idea salí de Burdeos.

Me parecía imprudente volver a seguir, sin precauciones, el mismo camino recorrido un mes antes en compañía de los gendarmes; tanto más cuanto que en todos los puestos se había acercado un sargento para anotar mis señas.

Por fortuna se habían organizado dos itinerarios para las expediciones carlistas: uno a lo largo del Garona y otro por los Pirineos.

Todas las dificultades se reducían a un poco de dinero y alguna precaución.

Llamé a un cochero de confianza y convine con él el precio de mi viaje hasta Bayona; pagué tres asientos en la imperial, 150 francos, y el 4 de julio por la mañana me instalé en las alturas del coche.

En Langon y en Bazas, donde los gendarmes suelen pedir los pasaportes, el conductor me ocultó entre las maletas y paquetes y me cubrió con mantas y sacos de noche.

Esperaba en esta posición a que hubiera terminado la requisa cuando un gendarme subió a la imperial y golpeó los capotes y sacos que me protegían, gritando:

—Aquí no habrá nadie, ¿verdad?

Cuando el coche reanudó su marcha sobre aquel detestable empedrado pude abandonar mi incómodo nicho.

En Mont-de-Marsán surgieron nuevas dificultades: varios viajeros descendían allí y era preciso bajar sus equipajes con los cua-

(1) El libro alemán dice: "Il n'y a que les âmes molles qui n'ont pas d'ennemis." La Condesa Ida de Bocarmé ha modificado el texto dando otro más conforme con el refranero francés.

les se había fabricado mi ingenioso escondite. Pero el conductor había previsto este accidente; me hizo echar pie a tierra antes de llegar al pueblo y fui, dando un rodeo, llevado por dos guías, hasta volver a la diligencia una vez pasado el peligro.

De este modo llegamos hasta las alturas de Saint-Esprit, que dominan a Bayona.

Allí encontré otro guía que me hizo pasar el Adour y la Nive, en una lancha, cerca de las fortificaciones.

Ya de noche, nos detuvimos junto a una casa aislada, al lado de unas ruinas ingentes rodeadas de álamos y castaños.

Estas ruinas eran hace veinte años un vasto palacio, el palacio de Marrac, donde Napoleón obligó a que dos reyes depusieran su corona en provecho de su hermano José Bonaparte.

Aquella grandeza pasajera era muy lejana y no había quedado traza alguna que denotara la presencia de aquel dominador en el castillo de Marrac.

Algunas ramas salían por las ventanas abiertas en los largos muros y se balanceaban a impulsos del viento de mar.

La luna se alzaba majestuosamente detrás de esta ruina de la historia moderna y le daba un aspecto grandioso y melancólico.

Una ligera brisa, que venía de la parte de Biarritz, traía los ecos de una música alegre que se mezclaba con el ruido monótono de las olas.

Involuntariamente se apoderaron de mi espíritu imágenes fantásticas, sentí un escalofrío y, sin querer, se escaparon de mis labios las palabras misteriosas de un pasaje de Djins:

*J'ecoute,  
Tout fuit.  
On doute,  
La Nuit,  
Tout passe.  
L'espace  
Efface  
Le bruit.*

Tengo un natural poco poético; pero, influido por la impresión del momento, me hubiera abandonado a mis sueños si el ladrido furioso de un perro no me hubiera hecho descender a la realidad.

Llamólo el guía por su nombre y el perro calló y se acercó a nosotros, acariciando al guía.

Un silbido discreto, se abrió la puerta y entramos en una habitación oscura.

En el cuarto de al lado se oía un ruido confuso mezclado con el de chocar vasos. Fuí a interrogar a mi guía, pero él me tapó la boca y me hizo subir por una escalera estrecha.

Llegamos al piso y su primer cuidado fué cerrar las contraventanas; luego encendió una candileja y me vi en un cuarto amueblado modestamente.

Le interrogué entonces con la mirada, y el guía descubrió un pequeño agujero en el suelo y pude ver que debajo de nosotros había una especie de taberna y en ella una docena de gendarmes y carabineros bebiendo alegremente.

—Aquí no lo buscarán a usted —dijo mi guía con aire satisfecho—, porque es el trasnocho más frecuentado por esta gente.

Nada tenía que objetar a esta lógica, y acabé de tranquilizarme cuando la joven y graciosa huéspedada nos sirvió una buena cena, ilustrada con el vino de Jurançon, que era famoso desde la infancia de Enrique IV.

Pasé toda la mañana siguiente en aquel cuarto donde un año después estuve condenado a morirme de aburrimiento durante varias semanas.

Después de almorzar vino mi guía a buscarme; vestí mi traje de aldeano vasco y, cantando en voz alta, fuimos por la carretera de San Juan de Luz, adonde llegamos antes de la noche.

Teníamos intención de descansar en una casa de confianza, pero vinieron a avisarnos de que las autoridades tenían noticia de mi presencia; los puestos de gendarmes estaban reforzados y el puente de Ciboure lleno de fuerza.

Era imposible pasar aquella noche.

Aquel contratiempo me contrariaba porque tenía razones particulares para que no fuera conocida mi llegada a España hasta no haber llegado al Cuartel Real.

Pero no tenía más remedio que resignarme a no entrar en San Juan de Luz hasta el día siguiente.

El célebre aventurero Muñagorri estaba pagando a la tropa que había reunido bajo la bandera de Paz y Fueros, con la protección de Francia y de Inglaterra.

Aquella tropa se componía de nuestros desertores y delincuentes, antiguos soldados de buen aspecto y bien pagados.

Sin embargo, al primer golpe de vista se comprendía que la

empresa no tendría éxito; no había subordinación y los oficiales eran detestables.

Oculto detrás de las cortinas de mi ventana vi a estos muñagorristas que por la mañana se paseaban muy ufanos por la plaza y por la noche estaban todos borrachos.

Cuando llegó la noche salí de mi escondite y me reuní a dos contrabandistas que me esperaban tras una duna formada en el arenal; seguimos a orillas del mar durante una hora y luego, doblando hacia la izquierda, nos internamos entre sembrados y parrales, evitando todo camino.

De este modo llegamos a diez pasos de un puesto de gendarmes que dominaba el único paso accesible si queríamos evitar un rodeo de varias leguas.

Nos deslizamos a gatas entre arbustos y rocas, oyendo las voces de los gendarmes que conversaban; y descansamos en un caserío aislado de un contrabandista.

Allí bebí algunos tragos de una excelente sidra, que en nada se parece a esa bebida turbia que se bebe en Francfort del mismo nombre.

A media noche reanudamos la marcha. Nuestro patrón quiso acompañarnos hasta la frontera pretendiendo que el camino era peligroso y que éramos pocos en caso de lucha con los carabineros.

Lo que quería en realidad era ganarse algunos doblones, pero acepté su compañía.

Tomaron sus maquillas y sus perros, que nos precedían venteadando el camino.

Todos los contrabandistas del Pirineo tienen perros que les son de gran utilidad; conocen todas las sendas, algunas veces llevan paquetes y distinguen perfectamente un carabinero de un contrabandista.

Cuando van cargados se escurren de tal manera junto a las garitas que nadie se apercibe de ellos, mientras sus dueños pasan cantando o silbando por delante del puesto.

Algunas veces, heridos, se ocultan en la hendidura de una roca, sin quejarse para no descubrir su presencia.

Es muy raro que se dejen coger estos animales, portadores a veces de objetos preciosos y correspondencia.

Cuando van delante como exploradores cambia su actitud; entonces ladran de un modo particular cuando encuentran algún carabinero oculto en un arbusto; aullan de un modo lastimero si es

una patrulla importante, y si su dueño está en peligro lanzan unos ladridos furiosos.

He convivido con este pueblo de contrabandistas, he hecho excursiones con ellos, he tenido ocasión de asistir a todas las fases de su peligrosa existencia y puedo hablar con conocimiento de causa.

He visto muchos perros perfectamente educados y puedo asegurar que es insuperable la perfección del instinto de los perros contrabandistas.

Los monos baiarines, los sabios loritos, los elefantes que saben vaciar botellas de vino, son seres estúpidos junto a estos inteligentes animales.

Aquella noche tuve ocasión de convencerme de ello.

Apenas hablamos andado un cuarto de hora cuando uno de los perros ladró suavemente; nos detuvimos algunos minutos y un segundo ladrido siguió al primero.

—¡Adelante! —dijo tranquilamente nuestro huésped—. No son muchos; lo más uno o dos.

En efecto, no tardamos en topar con dos carabineros.

Mis compañeros alzaron las maquillas, hubo saludos mutuos y cada cual siguió su camino.

Fué lo mejor que pudieron hacer, pues no estábamos para perder el tiempo. En cuanto los perdimos de vista echamos a correr.

A poca distancia distinguimos una luz; era una garita de aduana.

Tratamos de evitarla, pero de pronto resonó el sonido estridente de un silbato; era que nos habían visto, y no pudiéndonos ocultar, tuvimos que recurrir a la astucia.

Dos de mis compañeros sacaron cigarrillos y fueron a la garita a pedir fuego; mientras tanto, nosotros nos deslizamos por detrás, bajando un talud.

Al cabo de una hora de marcha llegamos a un barranco, nos descalzamos para atravesarlo y, cuando llegamos a la otra orilla, mi guía, que se llamaba Domingo, me enseñó, a la luz de una linterna, las mugas donde estaban la flor de lis y el león de Castilla, diciéndome al mismo tiempo:

—El dinero, si le parece bien.

Le di los trescientos francos convenidos (1).

(1) El precio aumentaba en proporción a la importancia del personaje y a las dificultades. Maroto había pagado mil francos unas semanas antes, el

Uno de los guías se quedó conmigo, y los otros, en cuanto le di al último cincuenta francos de propina por los perros, se eclipsaron.

Media hora más de camino y entré en la borda de Alcabeheria, situada en una garganta angosta y salvaje.

Extenuado de fatiga, me tumbé sobre un saco de paja de maíz y me dormí profundamente.

Después de algunas horas de sueño me despertó el ruido de una disputa acalorada: era Domingo, que llegaba de Sara con mis caballos y mi equipaje y que, ayudado por los suyos, quería impedir que cinco soldados entrasen en la borda.

Puse fin a la discusión saliendo a la puerta.

Eran un suboficial y cuatro soldados del quinto batallón de Navarra, que algunas semanas antes se había sublevado en Estella al grito de "Mueran los ojalateros!", y que había sido enviado a la frontera y estaba acantonado en Lesaca.

Un pastor les había informado de la presencia de un extranjero en la borda y, con su idea fija y su odio a los ojalateros, venían con la intención de llevarme esposado a Lesaca.

Con aquella gente no se bromeaba. Unos días antes los coroneles Toledo y Mariano Aznárez, sorprendidos también en una borda, habían escapado de sus manos por milagro.

Por fortuna era yo conocido en este batallón, donde por lo visto dejé buenos recuerdos, porque en cuanto me vieron dijo uno:

—¡Pero si es el Príncipe! —y me ofrecieron sus servicios, que me guardé muy bien de rehusar, aceptando su escolta hasta Tolosa, de lo que di aviso por escrito al comandante del batallón.

Monté a caballo y llegué a Articuza, una ferrería perteneciente a los canónigos de Roncesvalles.

En Roncesvalles halló la muerte el héroe popular de las baladas y romances de España y de los bordes del Rin.

Nuestro poeta Uhland ha cantado las gestas del ilustre compañero de Carlomagno, su combate contra el gigante de las Ardenas, su constancia en contemplar desde lo alto del Rolandseck el convento de Nonnenweth, donde la dama de sus pensamientos vivía encerrada.

mes de octubre. Por la Princesa de Beira, el Príncipe de Asturias, una dama de honor y su conductor, el Conde Roberto Custine, se depositaron veinte mil francos, que fueron pagados después de efectuado el viaje sin contratiempo.

De este modo se celebran aún en las Hespéridas las aventuras galantes y maravillosas del famoso caballero.

En las fronteras de Valencia y de Castilla, en medio de una fértil planicie, se ven unos enormes bloques de piedra a gran distancia de las montañas; es Orlando furioso quien las lanzó en un momento de cólera, según la leyenda popular.

Se ve también uno de esos bloques que parece hendido por la mano del hombre; la espada del héroe fué la que hendió la roca para abrirse paso.

Pero dejemos al gran Roldán para volver a la ferrería de los buenos canónigos, de la que salí a la mañana siguiente. Por la noche entraba en Tolosa.

Mi primer cuidado fué visitar a Moreno, quien, alejado de la vida activa, vivía en una de las más bonitas casas de la ciudad.

Pregunté por el Infante y me dijo que estaba en los baños de Cestona poco satisfecho, según parece, de los últimos sucesos.

Me proponía interrogar a Moreno, contando con su parcialidad, ya que era uno de los mayores antagonistas de Maroto.

Hallé al general en pantuflas, con un viejo capote de uniforme, sentado en una butaca; lo encontré pálido, más delgado y más viejo que tres meses antes.

Después de los saludos, dijo, indicándome el libro que tenía en la mano:

—Es Tácito; estoy leyendo que una guerra civil que dura mucho tiempo prueba la impotencia de ambas partes contendientes.

Oculté en cuanto me fué posible la sorpresa que me causaba esta sentencia en labios de un general que por dos veces había mandado nuestro ejército.

Le pregunté si creía que Maroto presentaría pronto una batalla:

—¿Ese imbécil? ¡Qué ha de batirse! —fué su respuesta.

Me pareció inútil preguntar más.

Después de una pausa pasó revista a los agentes del Rey en el extranjero.

Hizo los mayores elogios del Marqués de Labrador y fustigó vivamente al Conde de Alcudia:

—Es un hombre sin sentido común, y tan rencoroso que me ahorcaría de buena gana si pudiera.

Me recordó el juicio que había formado del Conde de Negri y de su expedición:



Don Sebastián Gabriel



Don Vicente González Moreno

— La falta de este general es no saber andar. —Y añadió, sirviéndose de la frase del mariscal de Sajonia—: La guerra se hace con los pies.

En seguida recayó la conversación sobre los asuntos del día:

No estará usted aquí mucho tiempo —agregó—. Maroto y Ardan, que son los que mandan, se odian de muerte. No es muy agradable vivir entre esta gente. Son como ruedas de molino que triturán a todo el que está a su alcance.

En aquel momento entró su ayudante Asensio con una carta, y el general, después de haberla leído, volviéndose rápidamente hacia mí, me dijo:

Ya tengo solución para usted. El Conde de España ha llegado a Ilerga; yo no estoy en buenas relaciones con él, pero usted puede ir a su lado mientras vienen tiempos mejores; el Rey no entrará en Madrid sin mí y en cuanto esté yo repuesto le llamaré a usted.

Me despedí de Moreno sin dar gran importancia a sus palabras; y sin embargo, contribuyeron a que tomase una resolución de la que no me arrepentí.

Al salir de aquella casa vi unos grupos de oficiales que leían la segunda proclama de Maroto. Era del 7 de julio y estaba fechada en su cuartel general de Estella.

Los antiguos compañeros de Zumalacárregui oían con entusiasmo aquellos nombres que recordaban las victorias del gran general: Asarta, Muru, Alsasua, Gulina, Artazu, Peñas de San Fausto, llamada de Vitoria, puente de Arquijas, Descarga, fueron saludados con gritos de alegría.

Maroto les prometía nuevas victorias, y terminaba con estas palabras de entonación heroica:

“El que muere huyendo a la vista del enemigo es un cobarde; los que teman, salgan de nuestras filas, pues no queremos con nosotros sino valientes”.

Este lenguaje, que no se había oído desde la muerte de Zumalacárregui, despertaba el entusiasmo de todos.

Maroto conocía a perfección el arte de electrizar a los soldados; sabía tocar sus fibras sensibles y reanimó, como por magia, el espíritu guerrero de los vascos.

Cuando volví al ejército, después de tres meses de ausencia, lo encontré totalmente cambiado; estaba en estado deplorable y ahora parecía animado por un espíritu nuevo de una gran vitalidad.

Contribuyó a aumentar la popularidad de Maroto la llegada de

los subsidios que venían del Norte. Los soldados cobraron sus pagas, cosa que no recordaban desde el principio de la guerra.

Generalmente cobraban un tercio de paga y, en momentos de prosperidad, una quincena, o sea media paga.

Cesaron las contribuciones en dinero, aunque los pueblos siguieron contribuyendo en especie. Lo que más aumentaba el prestigio de Maroto era la esperanza de que iba a cortar los abusos y las intrigas de la Corte, que retardaban el triunfo de la Causa.

Sus maneras para con los generales y oficiales de superior graduación eran frías y severas delante de los soldados, y condenaba abiertamente las faltas de sus predecesores.

Muchos han creído ver en esta conducta un antecedente de la traición que meditaba.

Yo creo que no era más que orgullo y una consecuencia de la inclinación natural que siente el hombre, cuando sube al poder, de criticar a los que le han precedido.

Maroto sentía una envidia profunda de cuantos habían obtenido grados y distinciones mientras él permaneció inactivo en Francia, y los que le rodeaban contribuían a alimentar esta pasión.

En la obra de Rahden, que creía en la traición de Maroto, vemos confirmado este aserto (1).

He afirmado que yo no creía en la premeditación de Maroto. Tengo razones de gran fuerza, que no puedo dar aquí por consideraciones particulares, sin que esto atenúe en nada el crimen de este hombre.

Estas razones me inclinan a pensar que Maroto fué juguete de las maquinaciones de Espartero y del mariscal Sout, quienes le dieron esperanzas y le propusieron planes que conducían a otros resultados, a los que Maroto prestó su asentimiento.

(1) Cuenta el Barón de Rahden (pág. 179) que en una revista que tuvo lugar en Estella en julio de 1838 el general García iba a caballo junto al Rey y le hablaba de las victorias de Zumalacárregui para realzar su mérito propio y el de los soldados navarros. Y, al mismo tiempo, para molestar a Maroto, repetía en voz alta esta frase: "Entonces se derrotaba al enemigo con la espada y no con la pluma." Con ello quería hacer alusión a la proclama que Maroto había dirigido a las tropas pocos días antes.

Esto despertó al león de su letargo.

Rahden sorprendió la mirada que Maroto lanzó a García y en ella creyó ver la sentencia de muerte de este último. Como se sabe, García fué uno de los generales fusilados en Estella el 16 de febrero de 1839.

Hay un proverbio que dice: "Dale al diablo un dedo y se tomará la mano", y esto le ocurrió a Maroto.

Principió faltando a su deber y a su honor al escuchar las proposiciones secretas que venían del extranjero por intrigas de Espartero y se encontró con el compromiso de traicionar al Rey o ser jugado por él.

Maroto eligió el primer término del dilema, que era el más vergonzoso y el más temerario.

Le quedaba otro: el de aventurarse en un combate desesperado y buscar la muerte; pero esta noble resolución no se podía albergar en un alma vil como la suya.

Me he anticipado a tratar de una época de la que me ocuparé más tarde, aunque no he descubierto el velo que cubre este episodio de la historia de España.

Espartero y Maroto podrían aclarar este misterio; en gran parte, el mariscal Sout y seguramente Linaje, el confidente de Espartero, también debe estar iniciado; pero el mejor enterado de todos en el jefe de batallón Duffeau-Pouillac, secretario particular de Maroto, el cual presumo que no lo divulgará nunca. Lo que otros escriban será fruto de presunciones más o menos fundadas y opiniones particulares.

El 11 de julio abandoné a Tolosa, que continuaba siendo el punto de reunión de todas las grandezas caídas.

Desde la llegada de Maroto estos personajes se reunían todas las noches en casa del ex ministro Erro, donde se hablaba sin recato de los sucesos políticos.

Erro daba el tono. Este hombre, a pesar de su celo y de sus cualidades eminentes, tuvo pocos aciertos en su ministerio; y era, sin embargo, el único, entre los que han figurado en el teatro de la guerra, que tenía aptitudes de diplomático.

Supe con alegría que se había puesto en libertad al general Egüía; este venerable anciano estuvo preso durante catorce meses, sin que pudiera conseguir ser interrogado, y este trato indigno acabó por debilitar su espíritu.

Dicen que cuando pasaba algún oficial junto a las rejas del cuartillo de Monjardín el viejo general daba voces y decía:

Oficiales, ¿queréis decirme por qué está preso el general Egüía? ¿Lo sabe alguno? Pues bien, ¡yo soy el general Egüía, y tampoco lo sé!

Antes de salir de Tolosa recibí la visita de Urbiztondo, el anti-

guo comandante general de Cataluña; la de Alvarez de Toledo (1), hijo del Duque del Infantado, y la del coronel Bessières, hijo del general realista fusilado en 1823.

Estos oficiales, que constituían, sobre todo los dos primeros, la sociedad más distinguida del ejército, estaban descontentos de Arias Teijeiro y de Guergué y llenos de alegría por el nombramiento de Maroto.

Habían seguido al Rey a Portugal y dado pruebas irrecusables de su devoción y de su bravura, después de haber huído de la prisión de Puerto Rico. En la batalla de Huesca tuve ocasión de pedir a Villarreal la Cruz de San Fernando para Bessières.

Sentía una gran amistad por estos tres oficiales, que habían ofrecido su vida a la causa con un celo ferviente. No me hubiera chocado oír que habían muerto en el campo de batalla; pero, ¡ay!, no debía ser así. ¡¡Los tres siguieron a Maroto y firmaron el tratado de Vergara!!

Por la noche llegué a Elorrio, donde se encontraba el Rey; desmonté delante de la casa de Arias Teijeiro, que estaba en su despacho. Tuve con él una conversación de cinco horas que no me es permitido reproducir aquí.

Tengo ahora la convicción de que si en vez de dirigirme a Arias Teijeiro hubiera obtenido aquella noche una audiencia del Rey, por mediación del chambelán de servicio José Villavicencio, muchas cosas hubieran cambiado de rumbo y se habrían evitado muchos contratiempos.

Ocho días después escribí desde Urdax al señor Gotta (2), de Stuttgart, estas palabras: "Maroto es el médico que cura o el sepulturero que entierra."

(Este es el último capítulo de la edición francesa, y con él termina el primer volumen.)

(1) Pedro de Alcántara Alvarez de Toledo Palafox y Portocarrero, Marqués de Villafranca, Duque de Medina Sidonia y de Montalto, Príncipe de Montalbán y de Paternó, Marqués de los Vélez, de Martorell, de Molina y de Villanueva de Valdeza y Conde de Peña-Ramiro, de Caltajeneta, de Collesano, de Caltabellota y de Cestórbí. *Vide* su biografía en B. de Artagán "Príncipe heroico y soldados leales", págs. 75 y siguientes.

(2) Gotta era el famoso librero de Stuttgart, cuya casa subsiste todavía.

## RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL DE ESPAÑA

(Volumen segundo de la traducción francesa)

### VIII

**Abandono el Cuartel Real.—Proyecto de ataque a Estella por Espartero.—El obispo de León.—Tristany.—Don Pedro Ratón, confesor del Rey.—Merino y el Príncipe de Metternich.—Me arreglo con el subprefecto de Bayona para entrar en Francia.—Opinión del subprefecto acerca de Maroto.—Los refugiados españoles.—El Conde de Peyronnet en Montferrand.—Inacción en el cuartel general.—Toulouse.—Perpignan.—Travesía de los Pirineos Orientales hasta Cataluña.**

(Fin de julio a mediados de septiembre de 1838)

Vuelto al alojamiento, preparé mi viaje. Al montar a caballo vi al Rey que se dirigía a Estella, donde pasó aquella desdichada revista, origen de tantas animosidades, de la que dejaré que hablen otros.

El Rey iba rodeado, como siempre, de guardias y de un séquito numeroso.

Cuando contemplé el rostro preocupado del infortunado Príncipe a quien había ofrecido mi vida, me asaltaron tristes pensamientos; adiviné que iba hacia su perdición.

No debía yo volverlo a ver más que fugitivo en tierra extraña.

Mi mirada era entonces más sombría, pero su alma estaba envuelta de incertidumbres.

No trataba en aquellos momentos de un ataque a Estella pro-

yectado por Espartero; declaro que yo no lo creía, conociendo las vacilaciones y la prudencia del general enemigo, que sólo atacaba cuando por la superioridad de sus fuerzas o de su posición podía contar con el éxito; digo el éxito porque no se puede llamar victorias a los resultados que obtenía.

Estella, aunque medianamente fortificada, era una plaza muy importante para que Espartero se aventurase a atacarla.

Siendo el éxito dudoso podíamos estar seguros de que no lo intentaríamos.

Esta opinión, que compartían muchos carlistas, estaba justificada por actos anteriores de Espartero; por su salida de Durango en 1837, su aparición en el Bajo Aragón y ante Madrid, cuando la expedición real, y por su débil persecución hasta el Ebro, que no se atrevió a pasar entonces.

De esta manera me consolaba de no tomar parte en una campaña que iba a presentar pocas ocasiones de recoger laureles.

Antes de emprender la marcha quise volver a ver al obispo de León, que se había quedado en Elorrio.

Me pareció que este buen obispo estaba un poco acobardado por su difícil situación entre Arias Teijeiro, su antiguo protegido, que era ahora omnipotente, y Maroto, su enemigo desde Portugal.

Me aseguró que las cosas iban mal y que, si no cambiaban, se marcharía de España.

Hablaba en voz baja para que no le oyera su secretario Recondon.

Me preguntó si se conocía en Francia la importancia de sus funciones, puesto que desempeñaba el Ministerio de Gracia y Justicia, que lo convertía en el más alto personaje del Estado.

Luego me refirió una anécdota relativa a un convento de religiosas de Portugal, donde encontró asilo cuando lo perseguía Rodil.

Me despedí del buen obispo, convencido de su decadencia y de que ya no se podrían esperar de él grandes cosas.

En la antesala estaba Tristany, el cura guerrillero, a quien había visto en Cataluña a la cabeza de su división.

Había sido llamado al Cuartel Real por orden del Rey, y esperaba ser nombrado capitán general del Principado, con la ayuda de sus amigos y de su dinero.

También había cambiado, pero sólo en su porte exterior: había desaparecido su uniforme militar y sus largas barbas; vestía una

humilde botana de eclesiástico, y dentro de ella apenas podía reconocer al guerrillero activo, más hecho al manejo del sable que al uso del breviario.

Parecía muy afectado por la noticia de la entrada del Conde de España en Cataluña; y eso que ignoraba que debía su alejamiento a instancias de este viejo general. El Conde de España había condicionado su entrada declarando que no vendría a Cataluña mientras estuviera infectada por la presencia de Tristany.

Un año más tarde cenaba yo con él en una choza de contrabandista a orillas del Adour, junto a Bayona; trataba de volver a Cataluña y le aconsejé que no lo intentase mientras el Conde de España tuviera el mando, pues no hubiera dejado de fusilarlo.

Después del asesinato del Conde de España reapareció sobre el antiguo escenario de sus excursiones y de sus rapiñas; pero creo que no estuvo allí más que el tiempo necesario para poner a salvo en Francia los tesoros que había ocultado; ignoro si lo consiguió.

MAÑ tarde lo volví a ver en un depósito francés de prisioneros; hoy (septiembre de 1841) recorre los alrededores de Tarragona a la cabeza de 2.000 bandoleros que deshonoran el nombre de carlista.

Volví a ver también a don Pedro Ratón, confesor del Rey, que había regresado de los pinares, donde le detuvo una enfermedad, después de la salida de la expedición real.

La inesperada vuelta de este hombre honrado contrarió a Arias Teijeiro y a sus partidarios, que esperaban verse libres para siempre de su presencia.

Muchos anhelaban y otros temían que volviese a ocupar su puesto reemplazando al capuchino Larraga, de quien he hablado antes.

Supe con disgusto que el Rey le había ordenado permanecer en Orreaga para cuidar de su salud delicada y que se había quedado en Elorrio cuando se fué la Corte.

Conozco a muchas personas que se alegraron de esto como si se hubiera recibido la noticia de una victoria de Cabrera o del Conde de España.

MAÑ tarde este honrado y sencillo sacerdote volvió a ocupar junto al Rey el puesto que le había usurpado aquel fraile intrigante y fanático, y hoy está junto a don Carlos, a quien ha seguido fielmente en su destierro.

Don Pedro Ratón era uno de esos seres excepcionales, enemigos de toda intriga, que no ambicionan nada y que saben ocupar su puesto sin mezclarse en los asuntos políticos; lo cual no le impedía el hacer mucho bien en secreto y enjugar muchas lágrimas.

No se le vió jamás en la antesala ni en los salones del alojamiento real, lugares de cita de todos los ambiciosos; durante las marchas iba siempre alejado de la columna; montado en una mula pequeña, envuelto en su capote obscuro, que sólo dejaba ver sus ojos inteligentes, el buen viejo hablaba familiarmente con los soldados.

Nada denunciaba en él la importancia de la persona depositaria de los más íntimos pensamientos de su Rey.

De este modo lo encontré por primera vez; llevaba ya varios meses en el Cuartel Real y aun ignoraba su existencia.

Estábamos de marcha; el Infante, que se había rezagado un poco, echó el caballo al galope para ponerse a la cabeza de la columna, y como yo estaba de servicio, iba delante del Infante para abrir paso en las filas; al llegar a un puente angosto, ocupado por un hombre montado en una mula, le grité que se apartase, como lo hizo al momento, mirándome un poco extrañado.

El Infante y su séquito se rieron de mí y de la manera poco correcta con que yo había tratado a aquel hombre, que era el confesor del Rey.

Esperé inútilmente durante seis días en la bonita finca del Marqués de Narros y en Tolosa la orden del Rey para ir a Cataluña, como me había prometido Arias Teijeiro. La orden no llegaba y resolví partir.

Fuí a despedirme de Moreno y le encontré riendo a carcajadas de la proclama de Maroto; era la tercera que lanzaba en un mes.

—No es con semejante palabrería como se derrota al enemigo —me dijo.

Participando del sentir general, encontré injusto al anciano jefe.

Ya no debía volverlo a ver. Un año después fué asesinado.

Más adelante volveremos sobre este trágico suceso, que continúa envuelto en el misterio.

También volví a ver a Merino, mi viejo amigo de los pinares, reducido a la inacción, como otros muchos.

Me preguntó si había hablado con el Príncipe de Metternich

y si estaba dispuesto a ayudar a los carlistas, y al responderle yo afirmativamente, exclamó:

—Este Metternich es un gran hombre y aborrece a la canalla.

Llegué a Urdax, a media hora de la frontera, pensando en el modo de entrar en Francia sin inconvenientes fastidiosos. Fuí al puente de Dancharinea, donde hay puestos de funcionarios carlistas y franceses.

Rogué al comisario de policía francés que acudiese a este sitio neutral, donde solían arreglarse amistosamente las pequeñas diferencias surgidas por el extravío de ganados o el decomiso de la correspondencia.

Monsieur Darhampé (éste era el nombre del comisario) acudió a la cita a la hora fijada.

Le hice comprender que otras veces, a pesar de todas las medidas tomadas para impedirme entrar en España, había encontrado medios para burlar su vigilancia y que, del mismo modo, me sería fácil volver a entrar en Francia; pero que, para evitar gastos y molestias le rogaba que pidiese al subprefecto un salvoconducto hasta Bayona y un pasaporte hasta Burdeos, para mí y para mis ayudantes.

Añadí que, siendo así, pasaría tranquilamente y sin escándalo; pero que, si se me negaba, estaba dispuesto a publicar en el diario de oposición *La centinelle des Pyrénées* el día y la hora de mi paso por la frontera, y cuando hubiese llegado a Burdeos, a insertar en el periódico legitimista *La Guyenne* mi agradecimiento a las autoridades francesas por haberme dejado pasar, a pesar de mi aviso; lo cual no dejaría de tener consecuencias desagradables para el subprefecto.

El buen comisario, uno de los más benignos de su especie, ciertamente, se quedó perplejo ante la idea de tener que presentar a su jefe una alternativa tan perentoria; pero al fin se decidió.

Vaciamos algunos vasos de vino por el éxito de la negociación y me fué, rogándome que no me impacientara si transcurrían las veinticuatro horas sin que él hubiera vuelto, porque la distancia era grande y los caminos estaban malos.

A la mañana siguiente vino un gendarme y me entregó los papeles necesarios.

En seguida, en pleno día, vestido con mi uniforme carlista y seguido de mis hombres, dejé la tierra española, con gran asombro de sus habitantes al verme de aquella guisa,

Atravesé algunos pueblos hasta Bayona, donde me entrevisté con el subprefecto, que estaba disgustado por el aire sedicioso con que había yo pasado ante el domicilio del cónsul de España, Gamboa, y por mi visita al Marqués de Lalande, agente carlista.

Mediaron algunas explicaciones sobre este punto y después me habló de Maroto, demostrando su extrañeza de que Carlos V hubiera dado el mando de su ejército a un hombre que tenía madera de traidor, puesto que había faltado a su palabra cuando huyó de Tours.

También me dijo que el protocolo que Maroto presentó al general Harispe antes de su expedición a Cataluña, demostraba su poco afecto por don Carlos.

—No se debe hablar de un modo tan inconveniente de un Príncipe a quien se sirve y se considera como a Soberano —añadió.

Este protocolo, del cual no había oído hablar hasta aquel día, fué impreso después, el 4 de agosto de 1838, en el *Phare de Bayonne*.

Dudaba entonces de su autenticidad, y las censuras en labios del enemigo me parecían elogios; pero me impresionó el tono de verdad que ponía en sus palabras el subprefecto.

Estuve poco tiempo en Bayona y me fuí a Burdeos, donde mi excelente amigo el cónsul general Meyer me hizo olvidar las contrariedades y fatigas del último episodio.

Burdeos es, sin duda, la ciudad más hermosa de Francia, después de París. Las orillas deliciosas del Garona y su clima tan suave le dan una apariencia meridional.

Tal vez por eso fué elegida como residencia por muchas familias españolas pertenecientes a ambos partidos, que esperaban el fin de la guerra desastrosa que asolaba su país.

Muchas de estas familias habían sufrido notablemente, tenían sus bienes confiscados, sus casas destruidas y quedaban reducidas a las más duras privaciones.

Los afrancesados, conocidos con el nombre de josefinos durante el Imperio, se encontraban en una posición diferente: tan pronto eran liberales como absolutistas, según las circunstancias; habían puesto a salvo su fortuna y esperaban en el extranjero, con un lujo irritante, el final de esta lucha a muerte, dispuestos a alistarse en las filas del vencedor, fuese quien fuese.

Estos josefinos pagaban sus contribuciones, sostenían corres-

pondencia con ambos partidos en París, asegurando a uno y a otro su fidelidad y alegando que las circunstancias y su posición delicada les impedía tomar una parte más activa en los sucesos.

Cumplimentaban a don Carlos y a Cristina y pagaban su tributo de elogios a los generales de uno y otro bando, según el salón en que se encontraban.

He conocido muchos de estos señores que por la mañana iban a casa del Marqués de Labrador para informarse con solicitud de la salud de S. M. el Rey y de los progresos de su heroico ejército y por la noche no dejaban de asistir a las recepciones del Marqués de Miraflores, embajador cristino.

Ostentaban los nombres más ilustres de España estos descendientes de los héroes de las Cruzadas y de los conquistadores de medio mundo, y habían llegado a tal grado de degeneración que inspiraban lástima.

El miedo y la ignorancia completa de las leyes del honor formaban el fondo de su carácter.

Según una fórmula española, querían "vivir con todos".

Ahora la mayor parte de ellos está en Madrid, haciéndole la corte a Espartero, pero intrigando secretamente con Cristina.

Nadie ha superado en este arte de la hipocresía al Duque de O., de la Casa de T. de G., una de las más ilustres y más ricas de los Grandes de España.

A su patrimonio y al de su abuela, la Duquesa de Benavente, habrá de sumarse la inmensa fortuna del Duque del Infantado, cuyo hijo natural, Alvarez de Toledo, no podrá heredar la Grandeza ni los Principados italianos de Eboli y de Melito.

Este Duque de O., este distinguido *sportman*, este *dondy*, cubierto siempre de joyas, como un mercader de alhajas, afectaba una admiración oficial en la que era maestro y tenía fórmulas admirables para contentar a todos sin herir a ninguno, aun cuando coincidieran en una reunión personas de los dos partidos.

Su manera de actuar en tales ocasiones no puede expresarse más que con una palabra: *louvoyer* (el navío que va empujado por el viento). De este modo capea el temporal en los salones de las Embajadas de Austria y de Cerdeña.

Digno émulo de O., pero más hablador que él, era el primer noble de España, Conde de A., Marqués de A., Duque de M., de la antigua y Real Casa de Trastámara: reúne catorce o quince

Grandezas y una renta de tres millones de francos; puede aplicársele aquella frase de M. de Martignac: "Raza raquítica y bastardeada".

Y también puedo repetir, refiriéndome a este hombre rechoncho, desgarbado, de labios caídos, mirada oblicua y ojos grises, lo que escribí en el diario de uno de mis compañeros de armas, a propósito del Conde de Cirat, quien, al menos, servía a su legítimo señor:

"Es el tipo de los Grandes de España y un ejemplo de la degradación física y moral que lleva a un embrutecimiento completo.

Pequeño, enclenque, feo de rostro, abandonado en su persona hasta la suciedad, la mirada quieta y apagada; esto en cuanto a lo físico.

En lo que respecta a la moral, una ignorancia crasa de los más elementales principios de educación, un soberano desprecio de todo lo que concierne al estudio y a la ciencia y un orgullo intolerable ante la pequeña nobleza, los artistas, los sabios y los burgueses.

Vive en familiaridad íntima con sus criados, y se muestra bajo y adulator delante del Rey y de todo lo que toca a Palacio.

Todos sus actos denotan el afán de vivir en la Corte.

El Grande que vive en la Corte (Grande madrileño) y que ostenta la llave de gentilhombre de cámara con ejercicio se llama, con una orgullosa humildad, "criado de Su Majestad"; criado, doméstico, lacayo, que no es lo mismo que servidor.

Aunque sea pobre o de nobleza reciente, mira con desprecio al Grande que vive en provincias en medio de sus vasallos y en sus antiguas tierras, cuando ocupa un empleo en la Corte, por pequeño que sea; y dice con cierto desdén: "Es un Grande catalán, extremeño o gallego".

Pocos Grandes hay que no se parezcan a este triste retrato y, cosa increíble, ninguno de ellos ha servido con las armas en uno u otro ejército.

Debo citar como una honrosa excepción al Marqués de Villafranca y de Monasterio y al Conde de Orgaz, los cuales han sacrificado sus grandes fortunas, han seguido al Cuartel Real y han llenado después misiones diplomáticas.

Ninguno de ellos ha faltado a su juramento, cosa rara y digna de alabanza en los tiempos que corremos.

El Marqués de Altamira, llamado así por la más antigua de sus

Grandezas (1), sufrió la mortificación de ser recibido por su joven Soberana de un modo espiritual y poco airoso para él.

Cuando, después de la traición de Vergara, descubrió un poco su máscara carlista y fué a prosternarse ante la inocente Isabel, ésta le dijo sin preámbulos:

—¿Quién eres? No te conozco.

Altamira pronunció sus títulos y dignidades.

Bien, primo (2) —replicó Isabel—. Pero ¿dónde has estado durante tanto tiempo que no te veo en Palacio?

(1) En España los títulos de Duque, Marqués o Conde, que son los que ostentan los Grandes, con excepción de la familia de Rubielos y de una rama de la de Pacheco, que sólo tienen el de "señor", no dan derecho de precedencia; así, los Condes de Parcent, de la Casa del Infante de la Cerda; los Condes de Orgaz, de la Casa de Crespy (vide los romances del Cid), son preferidos a muchas Casas ducales. Sólo la antigüedad es causa de prelación. De aquí que algunos usen el título de Condes siendo Duques, y el jefe de la Casa de Toledo usa el título de Marqués de Villafranca siendo Duque de Medina-Sidonia, y su hermano y su hijo son Duques de Bivona, en Nápoles, y de Ferrandina, en Sicilia.

La única diferencia entre los Duques y los otros nobles es que aquéllos son todos Grandes de España, mientras que muchos Marqueses y Condes no son más que títulos de Castilla.

Las familias extranjeras a las que el Rey concede la Grandeza, los Grandes extranjeros, ocupan un lugar después de los otros. Hay que exceptuar algunas familias belgas, como las de Aremberg, de Ligne, de Croy, de Merode, de Ohaasteler, que obtuvieron la Grandeza como vasallos de España.

A esta categoría pertenecen muchas Casas francesas que han obtenido la Grandeza de Felipe V, como los Montmorency, los Noailles, los La Motte-Houdancourt, los Servant, los Esclignac, y algunas familias austríacas, como las de Lamberg, de Althann-Khevenhuller, que la recibieron en el intervalo de Carlos I a Carlos II, y la de Metternich, que data de hace poco tiempo.

Carlos V y Cristina han concedido pocas Grandezas. El primero ha dado tres: una póstuma a Zumalacárregui, que fué creado después de muerto Duque de la Victoria, título que Espartero hizo firmar para él a la Reina Cristina.

En el despacho concedido a Zumalacárregui se dispone que, no habiendo dejado hijos varones, llevase el título el marido de la hija mayor, con la condición de apellidarse Zumalacárregui.

Las otras dos Grandezas han sido para el Marqués de Valdespina, presidente de la Junta de Vizcaya, y para el Barón de Hervés, hijo del primer jefe carlista decapitado en Morella después de la muerte de Fernando VII, siendo Conde de Samitier. (N. de L.)

(2) Primo, pariente, denominación que daba el Rey a los Grandes. Según la antigua fórmula de la Corte francesa. "maisons cousines" (Casas parientes). (N. de L.)

El "primo" se turbó e intentó algunas excusas ininteligibles, y la pequeña Soberana le volvió la espalda y abandonó el salón muy seriecita; y, ya en su cuarto, renació en ella la niña y, riendo y saltando, dijo a su aya la Marquesa de Santa Cruz:

—Este ya tiene su merecido; le he asustado un poco.

Estos eran los sucesores de aquellos poderosos señores de Aragón, los del "¡si no, no!", cuyos castillos eran fortalezas y que rehusaban, si les venía en gana, la prestación al Rey de subsidios; que rara vez iban a Madrid, pues preferían que el Rey les visitase en sus castillos, donde se encontraban más a su guisa con su séquito de caballeros y servidores armados, y siempre en franca oposición con el ministro; y porque, puesta a salvo su dignidad personal, no se veían forzados a hacer concesiones.

En todos los países del globo ha perdido la nobleza mucho de su lustre y de su poder; pero en España, más que por causa de las revoluciones políticas, porque parece que la mano vengadora de Dios pesa sobre ella.

Si no hubiera sido por la inquietud de esperar la orden del Rey para trasladarme a Cataluña, habría disfrutado de los placeres de mi estancia en Burdeos que me proporcionaba la amabilidad de mi amigo el cónsul general Meyer.

Este hombre estimable, a quien me complazco en testimoniar públicamente mi agradecimiento, tenía una casa muy agradable. En ella conocí a varios realistas franceses de distinción que, al revés de sus correligionarios de París, vivían patriarcalmente rodeados de sus colonos y antiguos vasallos, conservando la fe y las tradiciones de sus padres.

De este número forma parte el leal y caballeroso Marqués de Dampierre, en cuya casa ha vivido algún tiempo la Duquesa de Berry, durante su memorable estancia en la Vendée.

El cónsul general Meyer, que fué a visitarla en su prisión de Blaye, me ha comunicado detalles muy interesantes, que siento mucho no poder dar a la publicidad.

Me dijo, entre otras cosas, que habían colocado tras el cuarto de la Duquesa una escalera y que en ella había un espía que la vigilaba noche y día por medio de agujeros hechos en la pared, de modo que pudiese oír la menor palabra, que era comunicada inmediatamente por Bugeaud a Thiers, entonces primer ministro.

Antes de abandonar Burdeos deseaba conocer a un hombre notable que ha sabido merecer la estimación de todos en Francia por

su firmeza en la desgracia; me refiero al Conde de Peyronnet, el único hombre capacitado del Ministerio Polignac.

El cónsul general Meyer, que lo conocía, se encargó de mi presentación.

Nos dirigimos al río y tomamos una lancha. La brisa que henchía la vela y el impulso acompasado de dos remos nos hicieron surcar el Garona con rapidez, deslizándonos junto al sinnúmero de barcos mercantes que llenan el puerto de Burdeos.

Pubellones de todas las naciones y de todos los colores flotaban al viento; por todas partes reinaba el movimiento y la vida.

Pronto fueron quedando a nuestra espalda los barrios extremos con sus almacenes; el puente majestuoso, los dos faroles sustentados por las estatuas del Comercio y de la Justicia se veían ya a lo lejos.

Era uno de esos días tibios y hermosos que tienen un encanto especial bajo el cielo meridional de Francia.

Algunas casas rodeadas de parrales se reflejaban en las azules aguas del río; los más ricos habitantes de esta gran ciudad mercantil pasan sus horas de descanso en estas villas, y los hombres de opiniones encontradas viven aquí en vecindad pacífica.

Al cabo de dos horas pasamos frente a la finca que perteneció al célebre publicista Fonfrède; pero mi lancha no debía detenerse ante la morada del que había sido en vida el más celoso campeón de Luis Felipe (1).

Un poco más adelante vimos una villa elegante rodeada de árboles; era una construcción de buenas proporciones con nueve ventanas en la fachada; una escalinata de mármol le daba acceso, y sobre el frontis estaban esculpidas las armas del propietario con la divisa "Non solum toga".

Las persianas estaban entornadas y la reja cerrada. No se esperaba ninguna visita.

Un gran perro de San Bernardo estaba de guardia.

Nuestra lancha se detuvo entre los álamos y las acacias que medio cubrían la villa de Montferrand.

(1) Fonfrède escribió, entre otras cosas, un libro sobre la revolución de España desde la muerte de Fernando VII hasta la abdicación de María Cristina, del que se hicieron dos ediciones.

También se tradujo al español, y se repartió, la edición de otro libro sobre la soberanía del pueblo.

Desembarcamos y tocamos la campana; vino a abrirnos un *jockey* y le dimos nuestras tarjetas.

Volvió en seguida y nos introdujo en un hermoso salón, cuyas ventanas daban a un jardín inglés y a las viñas que forman parte de la propiedad.

A lo lejos se divisaba el Dordoña, cuyas anchas olas que descendían majestuosamente contrastaban con el Garona, siempre revuelto.

Los muebles del salón eran elegantes; algunos cuadros de buenos maestros y un hermoso retrato de Luis XVIII pintado por Gros y regalado por el mismo Rey a M. de Peyronnet.

Contemplé también un gran lienzo que representaba a Carlos X de uniforme de guardia de Corps disponiéndose a montar a caballo en el patio de las Tullerías; detrás se veía al Delfín y a varios personajes notables de la época.

Este lienzo, que cubría uno de los paneles del salón, era obra de un joven artista, protegido por el dueño de la casa cuando era ministro del Interior.

Entre los dos huecos había una mesa de caoba cubierta de objetos de arte; entre otras cosas vi una cartera con autógrafos de contemporáneos célebres.

Encima de esta mesa había otro cuadro que representaba un cuarto de estudio; por la ventana abierta se veía la columna Vendôme, coronada por la bandera blanca; sobre una banqueta, una arqueta adornada con las armas reales de Francia; sobre la mesa, un papel a medio arrollar y escritas en él estas palabras: "Amnistía 1825"; detrás de la mesa, un sillón bordado con flores de lis, y ante ella, la figura de un hombre en la fuerza de la edad; unos mechones de pelo negro caen sobre su frente y las sienes; en sus ojos se refleja la lealtad, en sus facciones regulares va impreso el sello del tipo meridional; su traje es de buen gusto; un frac negro entreabierto deja ver el gran cordón de la Orden del Espíritu Santo.

Estaba absorto en la contemplación de este cuadro cuando entró el dueño en traje de casa, con un sombrero de paja y un bastón en la mano.

No había visto nunca al Conde de Peyronnet; pero, a pesar de las huellas que los años, los disgustos, la prisión habían impreso en su fisonomía, reconocí en seguida en él al original del retrato.

Nos recibió con agasajo y transcurrieron varias horas en su compañía.

Desde que el Conde salió de Ham no había abandonado su villa, y, aunque sufría de una pierna, me enseñó toda su casa, que era cómoda y elegante.

Al lado del salón está su despacho, lleno de manuscritos y de infolios, en los que prepara los materiales para su historia de Francia, comenzada en su cautiverio.

Una rica biblioteca está tocando al despacho y un hermoso comedor al otro lado del salón.

Después de comer, cuando quise volver, se puso el tiempo tan malo y tan tempestuoso que acepté la invitación de mi huésped y permanecí en Montferrand.

Nos quedamos mucho rato de conversación junto a una mesa cubierta por un tapiz; M. de Peyronnet sentado en una butaca estilo Voltaire, muy sencilla; el mobiliario de este cuarto era el mismo que tuvo en su celda de Ham, habitada hoy por Luis Bonaparte.

Cuando el Conde me enseñó aquellos recuerdos de la prisión me acordaba de sus producciones literarias, fruto de sus largas horas de soledad, y le rogué que escribiera algo en mi álbum.

Tomó la pluma y, poco después, leí los versos siguientes:

*Laisser mugir les vents et gronder les orages,  
et les flots soulevés appelant les naufrages,  
battre les cimes du rocher;  
le rocher laissera leur fureur indoçile,  
et la nef flottera bientôt au port facile,  
qu'avait promis le vieux nocher.*

Pedí al Conde de Peyronnet que me explicase el sentido de la divisa que traían sus armas, y me contó la historia siguiente:

Peyronnet acababa de ser nombrado guardasellos; aunque hablaba pocas veces, era muy conocido en las dos Cámaras por su elocuencia; entonces se discutió la gestión del mariscal Victor, que estaba en España, y fué atacado violentamente por algunos diputados de la oposición, que eran temibles en tiempos del Ministerio Villèle.

Los compañeros de Ministerio de Peyronnet, poco enterados de aquel asunto, estaban en un aprieto.

Peyronnet pidió algunos antecedentes, los estudió rápidamente, subió a la tribuna y habló en nombre del Duque de Bellune con tanta elocuencia que obtuvo una victoria resonante, coronada por aplausos generales.

Al domingo siguiente, mientras se vestía Luis XVIII rodeado de su Corte y sentado en una butaca de ruedas, y Tayllerand estaba de pie junto a la butaca en su cualidad de gran chambelán, el Rey se dirigió a Peyronnet y le dijo:

"Sin duda que habréis leído en la historia que la Emperatriz Catalina tenía un buen general llamado Romanzow, y que, teniendo necesidad de un hombre hábil para enviarlo al Emperador de Alemania, eligió a este bravo general, que se trasladó a Viena y cumplió su misión como un hábil diplomático.

"No sabiendo cómo premiar este servicio de un hombre revestido ya de las más altas dignidades del Imperio, le dió como divisa: "Non solum armis".

"Pues bien —continuó el Rey después de una pausa—, yo me encuentro en el mismo caso y tengo la satisfacción de ofrecer a mi guardasellos por divisa: "Non solum toga."

Todos los días llegaban a Burdeos noticias del Cuartel Real y los dos partidos esperaban con ansiedad el choque de Estella.

Este acontecimiento debía ser decisivo.

Se dudaba de que Espartero tomase la ofensiva y todo el mundo estaba persuadido de que Maroto lucharía para asegurar su puesto por medio de una acción brillante y para imponer silencio a su detractores.

Cuando se supo la retirada de Espartero, los admiradores fanáticos de Maroto la atribuyeron a su héroe, y estaban convencidos de que iban a cambiar las cosas y de que el jefe carlista pasaría el Ebro y llevaría la guerra a las llanuras fértiles de la Rioja.

Pero pocos días después se supo que Maroto, al frente de una fuerte columna móvil, se había dirigido a Durango.

Esto dió lugar a nuevas conjeturas y se pensó en el sitio de Bilbao. Maroto debía conseguir lo que no pudo alcanzar Zumalacárregui por la muerte y Eguía y Villarreal por la derrota.

Sin embargo, llegaban noticias de aquellas marchas y contramarchas que denotaban pocas ganas de enfrentarse con el enemigo; y esta táctica tenía también su explicación: había que reorganizar el ejército y reemplazar los jefes que nombró Guergué por otros de más capacidad.

Se atribuía a Arias Teijeiro, el enemigo declarado de Maroto, y a la camarilla, la inacción del general.

Los agravios eran fundados, en su mayor parte, y nadie los podía negar.

Durante aquellos días yo me impacientaba en Burdeos y esperaba en todos los correos la nueva de un cambio de Ministerio que pusiera fin a tantas vacilaciones.

Recuerdo que un día, el 28 de julio, al recibir los despachos que, como de costumbre, nada decían, tuve el pesar de ver que el cónsul prusiano Delbrück, cuyo hijo (el vicecónsul prusiano Julius Delbrück) firmaba en calidad de gerente el correo de Burdeos, con gran disgusto mío, llegó a tanto su descuido que hizo ondear durante los días de julio la bandera prusiana. Por remate de esta inconveniencia se olvidó de poner la bandera el 3 de agosto, como pude observar las muchas veces que pasé por delante; esto escandalizó a los prusianos de Burdeos. En cambio, en el Consulado de Nápoles y Hamburgo, hotel de mi amigo Meyer, vi ondear este día ambas banderas y no en los días de julio.

Por fin, cansado de esperar, resolví marchar a Cataluña. Comunicé mi propósito a Arias Teijeiro, que continuaba acumulando tres Ministerios, y abandoné Burdeos, a fines de agosto, en compañía de un joven prusiano, que era oficial de caballería, Gustavo de Meding, que yo tomé como ayudante de campo.

Veinticuatro horas después estábamos en Toulouse, la única ciudad de Francia que parece haberse quedado estacionada desde hace doscientos años.

El viajero que la visita por primera vez recibe la impresión de hallarse transportado a una época lejana que en Francia sólo se refleja ya en el campo de la historia y de la novela.

Me ha chocado siempre la semejanza de Toulouse con algunos rincones apartados del barrio de San Germán en París: la calle de Babilonia, por ejemplo.

Las vastas construcciones con patio y jardín, herencia secular de una misma familia que perpetúa a través de los siglos su nobleza ilustrada (nobleza de toga) parecen monumentos fúnebres de un poderío extinguido; las puertas de roble macizas y pesadas, giran pocas veces sobre sus goznes oxidados, y cuando una carroza de forma anticuada cruza el patio cubierto de musgo y rueda lentamente sobre el empedrado, es un acontecimiento para toda la calle; el tendero, el menestral, el artesano que de padres a hijos han tenido como clientes a los dueños de estas nobles mansiones, asoman la cabeza y observan con curiosidad, como en otros tiempos miraban pasar el séquito brillante de aquel gran infortunado Montmorency, que pagó la traición con su cabeza.

Su recuerdo vive aún en el pueblo; una taberna trae como enseña "A las armas de Montmorency" y muestra suspendidas de un triángulo de hierro las dieciséis águilas y la cruz de gules en campo de oro con la divisa: *Dieu aide au premier baron chrétien* (1).

Se concibe fácilmente que Toulouse, esta ciudad realista hasta la medula, simpatice con los legitimistas de todos los países.

No es de extrañar que existieran comités realistas con su presidente, sus secciones y sus afiliados, en todas las clases de la sociedad, que subsistían a pesar de los rudos embates que sufrieron sus esperanzas por el desgraciado intento de la Vendée y por la ruina de la Causa Real en España.

Me dirigí a un miembro influyente, que había ejercido algunas dignidades secretas y que era pariente próximo del Conde de España.

Siguiendo sus consejos adquirí tres caballos, lo cual, además de que me hizo perder algún tiempo, era una imprudencia porque atraía la atención hacia mi persona.

Acabados mis preparativos, confié a la diligencia de Perpiñán cuatro cajas que contenían mis sillas, mis armas y mi equipaje.

Un hombre de confianza se encargó de conducir mis caballos a una casa de las afueras de la ciudad.

Nos despedimos de las bellezas del Languedoc y de las azules aguas del Garona y pronto llegamos a Perpiñán.

El aspecto de esta ciudad, la lengua y los trajes de sus habitantes, los nombres de los lugares, de las montañas, de los ríos, todo recuerda que este país es francés únicamente por una anexión política.

El gran sistema nivelador y de centralización que integra a Francia no ha podido naturalizarse aún entre el pueblo.

Perpiñán, a pesar de su Prefectura, de sus empleados y de su guarnición, más parece un pueblo catalán que una ciudad francesa.

El antiguo dialecto romance (la lengua de Oc) se ha conservado entre el pueblo con una mezcla de voces árabes, del mismo modo que en el otro extremo del Pirineo se ha conservado la lengua vasca

(1) En París no han quedado en pie otros blasones que los que se ostentaban en un hotel de la calle de Michodière llamado "Aux armes de la ville de Paris", en el cual se han atrevido a pintar el navío de la Metrópoli. Este hotel de Toulouse con semejantes veleidades heráldicas no se vería libre en París de las pedradas del populacho. (N. de L.)

en toda su pureza y sería inútil dirigir la palabra en francés a un natural del país.

A poca distancia de Perpiñán, cerca de Salces, pasamos junto a una extensa marisma que se une al mar y que se llama, según nuestro postillón, el Estanque de Leucate; más allá atravesamos el Oly, río humilde, citado frecuentemente en los romances del país, junto al cual un Conde de Narbona obtuvo una victoria sobre los moros; no lejos de allí las laderas de Rivesaltes nos mostraban sus viñedos que producen un vino generoso de fama.

Al llegar a las puertas de Perpiñán, donde sufrimos un largo examen, caímos en cuenta de que no estábamos en la tierra de los trovadores ni en el tiempo de los juegos florales de Toulouse, que existen aún, pero que no son ni sombra de lo que han sido.

A fin de evitar sospechas, nos apeamos en el Hotel de Europa, cuyo dueño era persona afecta al Gobierno.

Al día siguiente me trasladé a casa del comisario carlista Ferrer cuya codicia, egoísmo y falsedad contrastaban con el celo y el desinterés de la mayor parte de sus colegas.

Cuando le hablé de caballos y de bagajes que iban a llegar hizo un gesto singular, que yo no comprendí, por mi desgracia, sino más adelante, y entonces lamenté no haberme dirigido a su colega A..., que era un hombre honrado (1).

Por fin, Ferrer me envió a decir que los caballos y el equipaje habían llegado; el equipaje no lo pude ver y los caballos estaban a media legua de Perpiñán y fuimos a verlos.

Un hermoso caballo tordo, de raza lemosina, que había pagado muy caro, estaba enfermo y no podía llevarlo conmigo. Los otros dos fueron confiados a un guía que me dió Ferrer para ser conducidos a la frontera.

Le hice observar que era peligroso entregarlos a un solo hombre que, en caso de persecución, a través de los senderos de cabras de aquellos montes, no podría llevar en su huída más que uno; pero Ferrer insistió reclamando la responsabilidad de lo que ocurriese, y tuve que ceder.

Nuestro huésped había visto en mi cuarto algunos libros, entre ellos las *Memorias del diablo*, de F. Soulié, que acababan de salir

(1) No es por hacer de ello misterio por lo que me limito a indicar con intenciones a algunas personas francesas, sino por evitarles posibles contrariedades, dada su situación actual. (N. de L.)

de las prensas del librero Dumont, de París, el cual era su yerno; esto dispuso su ánimo favorablemente hacia nosotros y se encargó de hacer visar nuestros pasaportes para todo el Departamento. Yo le dije que queríamos visitar los baños del Pirineo y cazar rebecos.

Una vez cumplida esta formalidad de los pasaportes dejamos Perpiñán en el cupé de una diligencia a las cuatro de la mañana.

La gran cadena de los Pirineos se extendía en el horizonte ante nosotros; la altura del Canigou, rodeada de nubes, dominaba orgullosa las montañas; venía del Oeste el fresco sople de la brisa marina; los pocos aldeanos con quienes topábamos en el camino iban envueltos en sus anchas capas, cuyo capuchón levantado ocultaba la roja barretina, bastante parecida al gorro frigio; ordinariamente la punta la llevan vuelta sobre el cuello, si no es los majos del pueblo que la inclinan sobre la frente.

A las siete cambiamos los caballos en Céret, capital del distrito, poblado triste y sucio como no se ve sino en Silesia, en la margen derecha del Oder.

Hasta Arlés, adonde llegamos a las diez, revisaron cinco veces nuestros pasaportes, que nos eran devueltos después de comprobar minuciosamente nuestras señas personales.

Pasado Arlés, el camino es abrupto; en Prats de Molló hay que dejar el coche.

Alquilamos unos mulos para nosotros y para nuestra impedimenta y, después de tomar un detestable almuerzo, continuamos la marcha a través de senderos casi impracticables, hasta el punto de que empleamos siete horas en hacer cuatro leguas.

Prats de Molló tiene una situación pintoresca a la entrada de una garganta estrecha; a nuestros pies veíamos extenderse las fértiles vegas del Rosellón y de la Cerdaña; a nuestra espalda, en la lejanía, brillaban los picos nevados de las montañas más elevadas de Cataluña y desde lo alto de la torre del castillo divisamos el verde valle donde nació Godofredo de Bouillón, el Marquesado de Conflans, cuna de una de las más ilustres casas de Francia.

La manía de las innovaciones que reina en nuestros días ha encontrado pocos partidarios en el mediodía de Francia, donde los nombres y los recuerdos históricos que les están ligados se conservan religiosamente.

Aquella noche se nos reunió un guía enviado por Ferrer, que debía conducirnos al día siguiente a través de los desfiladeros del

Canigou, donde un contrabandista debía hacerse cargo de nuestras personas.

Estas medidas me parecían desacertadas, comparándolas con las que se tomaban en las provincias vascas en aquellas ocasiones.

La mañana siguiente salimos de la ciudad en cuanto se abrieron nuestras puertas, un poco recelosos; y apenas habíamos caminado media legua, cuando una patrulla de carabineros nos dió el alto y nuestro guía tomó la huida sin preocuparse de nosotros.

Mostramos nuestros pasaportes al sargento, y como estaban en regla nos hubiera dejado continuar si la fuga de nuestro guía y lo extraviado de nuestro camino no le hubieran inspirado sospechas.

Así lo declaró, exigiendo que volviéramos a Prats de Molló, donde nos pusieron vigilancia.

Nuestros equipajes fueron registrados en la Aduana y de ellos sacaron, poniéndolos de lado, los uniformes, boinas y dos pares de pistolas, objetos poco frecuentes entre los turistas. Después de lo cual nos permitieron almorzar.

Siento vivamente que el temor de comprometer a una persona amable me impida referir la singular manera que tuvimos de escapar.

Todavía recuerdo la sorpresa del señor Meding cuando vió aquella noche que estábamos sanos y salvos en el camino que conduce al balneario de La Preste.

Para colmo de suerte, aquella misma noche recibimos nuestros efectos sin que faltase nada; en cuanto a los papeles, no los habían encontrado, pues los llevábamos ocultos en el forro de los pantalones.

A decir verdad, no tuvimos más guía que un sendero abierto en la roca y que llevaba al punto de nuestro destino, sin que nos pudiéramos perder.

La Preste está emplazada en medio de los montes; un manantial caliente a 30° R. de aguas sulfurosas sale a borbotones encima del balneario, desde cuyas ventanas no se apercibe nada que indique la mano del hombre, fuera del sendero que hasta él conduce.

El huésped, que aúna las funciones de alcalde y de médico del lugar, se manifestó como celoso partidario del Gobierno, así es que nada podíamos esperar de él y nos retiramos a nuestros cuartos para evitar las observaciones indiscretas.

Abrí la ventana. El ruido del río, que lanzaba sus aguas tumultuosas sobre un barranco profundo; el perfume de las plantas alpi-

nas, el aire tan puro de las montañas, llenaban aquel rincón escondido de un encanto singular.

Al día siguiente me despertó el bullicio de una conversación animada que tenía lugar debajo de mi ventana.

Un aldeano refería a nuestro huésped cómo había sido detenido un hombre de Perpiñán en el camino de Céret y Arlés y conducido ante el subprefecto.

El hombre había logrado escapar, pero sus caballos, destinados sin duda al ejército carlista, habían sido aprehendidos en la frontera y los iban a vender en subasta en la plaza pública del mercado de Céret.

No había duda de que eran los nuestros. Puede imaginarse nuestra cólera, en vista de la torpeza o de la bribonería de Ferrer.

Pero no había más remedio que hacer frente a la situación y al mal tiempo buena cara; tanto más cuanto que el alcalde de Prats de Molló, pensando lógicamente que aquellos caballos tendrían relación con nuestra presencia, había encargado a nuestro huésped que nos vigilase mientras recibía órdenes de Perpiñán, ya que nuestros pasaportes bien reglados le impedían obrar de otra manera.

Salimos de casa con ánimo de pasear.

El huésped nos abordó y, mirándome fijamente, volvió a relatar la historia de la detención de los caballos. Yo le escuchaba sonriendo, como si la cosa no fuese conmigo, y, desviando la conversación, le puse al corriente del motivo de mi viaje, que no era otro que visitar aquellas alturas y cazar rebecos.

El buen hombre era un cazador apasionado; le propuse una montería en grande, proporcionando yo los caballos y los víveres para varios días.

Esta proposición, que le auguraba placer, y beneficio al mismo tiempo, le halagó sobre manera y se creyó en el caso de invitar a todos los cazadores de aquellos contornos.

Las respuestas no podían llegar hasta el día siguiente, pero aquella misma tarde vino a instalarse en el balneario un oficial de la guarnición de Prats de Molló.

Tengo que reconocer que era un espía hábil, que no nos perdía de vista, y, para facilitar su comisión, le invité a cenar, y fui a pasear con él por las afueras.

Lo más notable del lugar es una gruta situada a poca distancia de nuestro alojamiento; un centenar de escalones labrados en la roca, una mala escalera húmeda y resbaladiza y un corredor tan

bajo que hay que pasarlo a rastras conducen a dicha gruta alta y espaciosa. Las estalactitas que penden de la cubierta forman una nave gótica, dibujando columnas y ojivas. Las paredes están cubiertas de nombres borrosos, como en todos los lugares que atraen la curiosidad del público.

Por fin, al cabo de dos días, llegaron nuestros cazadores de rebecos.

Eran diecisiete, casi todos aldeanos y menestrales de los alrededores.

Se apresuraron a hacer honor a una copiosa comida que les fué servida a mis expensas; tenían ganas de jolgorio y pidieron que cantase la hija del hotelero, una hermosa morena montañesa.

Tomó una guitarra y cantó algunos romances catalanes, de ritmo dulce y cadencioso, en aquel singular idioma mezcla de palabras árabes y de la lengua de Oc, que se habla en las dos vertientes de los Pirineos del Este y que se oye, con algunas modificaciones, en las Baleares.

He aquí algunas estrofas de una de las canciones: diálogo entre una chica y su madre:

LA HIJA. Sas atletes, tots es diumenges  
Quan no ten res mes que fer,  
Van a regar es claveller,  
Dihent-li: Veu! ja que no menjes.

(Los domingos, las chicas, cuando han terminado sus quehaceres van a regar los claveles, y les dicen: bebed, ya que no coméis.)

LA MADRE. Atletes, filau! filau!  
Que sa camya se riu;  
Y si no l'apadasau,  
No v's arribar'a s'estiu!

(Hijas, hilad! hilad!, que vuestra camisa se ríe; y, si no la remendáis, no os durará hasta el verano.)

Un joven cazador tomó a su vez la guitarra; era un buen mozo, de formas esbeltas y maneras atrevidas, contrabandista de profesión, sin duda.

Cantó con voz expresiva un aire rudo, cuyo estribillo "las armas dos catalans" parecía no agradar a nuestro huésped, que me examinaba para ver si a mí me placían aquellos aires guerreros,

Yo adopté la actitud de quien no se interesa y le pregunté con indiferencia el nombre y el pueblo de los invitados.

Después de haberme dado detalles sobre cada uno, al llegar a los dos últimos me dijo:

—Este se llama Picutus; es el mejor cazador del Pirineo; pero tiene la desgracia de ser sordomudo; y junto a él está su hermano mayor, hombre sospechoso, que se guarece en una cabaña aislada en la cumbre del Canigou, a quien he tenido que invitar porque de no hacerlo así no hubiera dejado de vengar el desaire a la primera ocasión.

Yo sabía bastante y tomé mi decisión.

Cuando después de comer vinieron los cazadores uno tras otro a estrechar mi mano para darme las gracias, miré a mi hombre de un modo significativo.

Nadie hubiera podido sospechar que, bajo aquella burda capa y aquella apariencia de simplicidad, se ocultaba el más astuto de los contrabandistas. Yo conocía al viejo Picutus de tiempo atrás por referencias de los legitimistas de Toulouse.

Sólo él había sido capaz de intentar y llevar a cabo el transporte de armas y municiones en gran cantidad para los carlistas de Cataluña.

No me he explicado nunca por qué Ferrer no se dirigió a él para hacerme pasar la frontera.

Estoy seguro de que, bajo su dirección, hubiera evitado la pérdida de mis caballos y de mis cajas, que no volví a ver más.

Antes de retirarnos hice una seña disimulada a Picutus y, cuando se durmió todo el mundo, oí golpear suavemente en mi ventana y abrí, viendo con gran sorpresa que el viejo contrabandista estaba sentado tranquilamente en el alféizar.

Se había quedado con sus compañeros en el jardín para pasar la noche, porque el patrón, receloso, cerró con llave la casa; de modo que para llegar hasta mí se había visto obligado a trepar por un chopo hasta la ventana.

Pronto nos pusimos de acuerdo; mediante el pago de quinientos francos, se encargó de conducirnos a Cataluña a M. de Meding, a mi criado, a mí y a mis efectos, así como al caballo que me vi precisado a dejar en Perpiñán.

Quise salir al punto por donde había venido Picutus, pero no era posible porque M. de Meding estaba acostado en la planta

baja, cerca del oficial y de mi criado y se hubieran despertado las gentes de casa al menor ruido.

Además Picutus había observado que los tres caminos de la montaña estaban vigilados por los aduaneros; dos de ellos dormían en una cuadra próxima para impedir una evasión nocturna.

Picutus me pidió una carta para que Ferrer le entregase mi caballo; escribí unas líneas de prisa, con lápiz; las tomó y se fué con tanta destreza y tan silenciosamente como había venido.

A las cinco me despertó el huésped; todo estaba preparado. Bebimos la copa del estribo y montamos en las mulas; otras cuatro nos seguían, cargadas de viveres, que me hicieron pagar a precio de oro.

No hay que decir que el oficial y el patrón eran de la partida.

Los cazadores llevaban escopetas de un cañón, algunas muy antiguas, con incrustaciones de plata y de nácar.

A eso de las nueve llegamos a una escampada que dominaba las dos vertientes de Francia y de España.

Soplaba un viento fresco en aquellas alturas, donde no hay más vegetación que alguno líquenes y rododendros que arraigan en las hendiduras de enormes bloques de basalto.

Hicimos alto y encendimos fuego al pie de un pico sobre el que anidaba una pareja de águilas que volaron majestuosamente por encima de nuestras cabezas.

Los cazadores que iban de avanzada vinieron a informarnos de que habían visto en una meseta próxima un grupo de nueve rebecos.

Reanudamos la marcha y pronto los pudimos divisar con ayuda de un catalejo.

Nos diseminamos formando un círculo alrededor de los animales; pero aun no habíamos llegado a tiro cuando emprendieron la huida cambiando varias veces de dirección.

De pronto franquearon la línea de los cazadores, sonaron dos tiros, dos soberbios rebecos cayeron en un precipicio; el primero había sido disparado por M. de Meding y el segundo por un viejo contrabandista de Cerdeña.

No era cosa de perseguir a los otros, que se habían alejado mucho, pero se tiró a una docena de perdices y algunas liebres.

Entretanto sobre las cimas que nos rodeaban se habían agarrado grandes nubes negruzcas, y los cazadores predijeron una fuerte borrasca, que ordinariamente cae todas las tardes en aquellas alturas.

Nos dimos prisa a cargar la caza sobre las mulas y comenzamos el descenso hacia una hondonada que se llama El Plá de Campomagre.

Allí hay una quincena de bordas (hurdas), construidas con piedra y arcilla por los pastores nómadas y apoyadas contra las rocas; la más espaciosa, en el centro, servía de cocina.

Un anciano pastor, que parecía estar allí como guardián de los utensilios, era el único habitante.

Los pastores pasan varios meses con sus rebaños en tierra española y después vienen a pastar en Francia, donde pagan una pequeña cuota.

El anciano consintió en cedernos algunas bordas.

Hicimos una fogata en la cocina y asamos un cuarto de rebeco, mientras que en un caldero colgado del llar se cocían las perdices y las liebres.

Comimos en grandes bandejas de madera, hechas por los pastores y bebimos en ronda de la bota.

Terminada la comida, nos retiramos a descansar en las bordas, después de haber contemplado el espectáculo curioso de la llegada de un rebaño de 15.000 corderos con algunos centenares de vacas y de cabras.

Los pastores, envueltos hasta la cabeza en grandes mantas blancas que encuadraban sus rostros hirsutos y morenos, armados de largos cayados, parecían beduinos.

Pronto se animó todo a nuestro alrededor, y, a pesar del cansancio, los gritos de los pastores, los balidos del rebaño que se agolpaba contra las bordas y el ladrido de los perros, nos impedían dormir.

Era la una de la madrugada; la luna alumbraba aquel pintoresco paisaje cuando el viejo Picutus, después de haber observado atentamente, se levantó y vino a buscarnos.

Pasamos en silencio, uno tras otro con la escopeta en la mano, entre los pastores dormidos.

Cuatro contrabandistas nos seguían llevando nuestros efectos.

Veíamos a lo lejos el resplandor de un puesto de guardia, en el que se movían algunas sombras; nos desviamos para evitarlo y, al cabo de dos horas de una marcha penosa, llegamos a una casita oculta en una hondonada, donde nos detuvimos a pasar el día.

Destaqué a un contrabandista al valle de Ribas, situado a cua-

tro leguas de distancia, donde se hallaba el primer puesto catalán, a fin de prevenir al comandante de mi próxima llegada.

Picutus movió una piedra que tapaba un escondrijo de donde sacó un pan de doce libras, queso, jamón y algunas botellas de vino, excelentes provisiones a las que hicimos honor.

Por la tarde llegó un contrabandista que Picutus había dejado con los pastores y que nos entretuvo con el divertido relato de la cólera de nuestros guardianes, cuando, al despertar, se apercibieron de nuestra fuga.

Después de haber jurado y tronado, habían vuelto a La Preste, en medio de las burlas y sarcasmos del resto de los cazadores, quienes, aunque ignoraban nuestro complot, no dejaron de alegrarse.

Durante la velada llegaron de Perpiñán mi caballo y el guía, con una carta extensa de Ferrer, en la que, entre otras pretensiones desvergonzadas, reclamaba doscientos francos por el transporte de los dos caballos aprehendidos por culpa del hombre a quien los había confiado.

Cuando mis caballos hubieron reposado un poco reanudamos el camino.

Al cabo de dos horas llegamos a un terreno formado por cantos rodados que tuvimos que escalar y luego descender una pendiente rápida, para volver a subir por un sendero que bordeaba un precipicio y alcanzar un valle largo y estrecho.

Cuando llegamos al final del valle comenzaba a nacer el día. Había un matorral a nuestro paso, a través del cual vimos brillar los fusiles, y un "¿Quién vive?" nos detuvo.

Estábamos en España.

Se dejó ver una docena de carabineros del resguardo; su jefe, don Juan Trilla, comandante de armas del valle de Ribas, que había recibido mi carta, me esperaba entre ellos.

Me aseguró que casi había desesperado de verme porque se había redoblado la vigilancia del lado francés y el comandante cristino del fuerte de Camprodón había distribuido cien hombres a lo largo de la frontera por si escapábamos de la vigilancia francesa. Agradable alternativa a la cual tuvimos la dicha de substraernos.

## IX

**Los carabineros de las Aduanas españolas.—Travesía de las montañas hasta Ribas.—Recuerdo de la Casa de Austria entre los catalanes.—Escaramuza en la rectoría de Fustañá.—Comida en el Ayuntamiento de Gombreny.—Tres generaciones de mujeres en Puigbó.—Aspecto de Montserrat.—Establecimiento militar en Borredá.—Berga.—Llegada a Caserras, cuartel general del Conde de España.—Su acompañamiento.—El Conde de España. Mi alojamiento en las avanzadas.—Un día en el cuartel general.**

(Segunda mitad de septiembre de 1838)

Nos hallábamos en España, pero nuestra posición estaba lejos de ser segura; antes de llegar a Céret, primer pueblo carlista, teníamos que hacer un día de marcha por caminos casi intransitables en la montaña y por hondonadas profundas.

Debíamos evitar todo camino trillado y todo pueblo habitado.

Los valles de Ribas y de Llanás, los poblados de las alturas de Finestres y de Arria, que se extienden paralelos hasta las orillas del Ter, camino elegido de ordinario por los carlistas que venían de Francia a España, estaban vigilados por el enemigo.

Los carabineros no podían detenerse dos días seguidos en un mismo pueblo del valle de Ribas, que estaba situado en el triángulo formado por las fortalezas de Puigcerdá, Camprodón y Ripoll y expuesto constantemente al ataque de los cristinos.

Siempre alerta, su comandante, don Juan Trilla, se veía obligado a usar de una táctica particular.

Tan pronto como entraba con su tropa, unos 25 soldados, en un poblado hacía responsable de su seguridad al Ayuntamiento. El alcalde y los regidores ponían un vigía en el punto más elevado o en el campanario de la iglesia.

En las aldeas pequeñas hacían personalmente este servicio y advertían a los carabineros la proximidad del enemigo.

Trilla pasaba la noche, de ordinario, en alguna casa de campo aislada (caserío) o en un curato fortificado (rectoría), cuyos habitantes eran sometidos a la obligación de forrajear.

En cuanto había entrado se cerraban puertas y ventanas y nadie podía salir de la casa hasta que no la hubiera abandonado la tropa.

Estos carabineros eran los sucesores de los antiguos aduaneros que, con el nombre de Resguardos, estaban encargados de la guarda de las fronteras de Portugal y de los Pirineos y de las costas para impedir el fraude del contrabando, que en ningún país del mundo se hace con tanta osadía como en España.

Después de la guerra, los Resguardos fueron reformados notablemente, excepto en Cataluña.

Antes de la venida del Conde de España, su principal o, más bien, única ocupación era vigilar las numerosas caravanas de mulas que entraban en Francia y que volvían por Gerona y Ampurdán cargadas de mercancías.

En cuanto recibían aviso de que un convoy semejante iba a pasar sin la compañía de una fuerte escolta, marchaban durante cincuenta leguas españolas, ocultándose de día en alguna casa aislada o en cortaduras del terreno y andando de noche, para esperarlo y cobrar los derechos.

Se contaban los fardos y se apreciaba su valor con arreglo a la antigua tarifa de aduanas; si contenían municiones de guerra eran confiscados y se devolvía el resto a los arrieros, previo el pago de los derechos, mediante recibo.

El Conde de España reconoció la utilidad de este Cuerpo y lo elevó a 600 hombres, divididos en ocho compañías, que se encargaron de recaudar contribuciones en el país ocupado por el enemigo.

Esto era en Cataluña tanto más difícil cuanto que, además de ocho plazas fortificadas, existían fortalezas en todos los pueblos que disponían de alguna riqueza.

Cataluña y Aragón no participaban de los subsidios que la Corte recibía del extranjero, de suerte que, si el Conde de España no hubiera recurrido a este medio, se hubiera visto reducido a la

triste necesidad, para subvenir a las necesidades de la guerra, de oprimir a los pobres habitantes de la montaña afectos a la causa del Rey, o a limitarse al producto de expediciones semejantes a las razzias de Argel.

Este orden de cosas hubiera hecho imposible la disciplina, de la que esta provincia tenía necesidad más que ninguna otra; mientras que, de este modo, bastaba enviar un destacamento para que el vecindario hiciera efectivas las contribuciones; los habitantes las entregaban con exactitud, sabiendo que respondían de ello sus cosechas o sus propiedades, aunque estuvieran bajo la protección de los cañones cristinos.

Sólo se exigía una contribución fija, y toda vejación era castigada severamente por el Conde de España, que había llegado a establecer una disciplina severa.

Estas expediciones de los Resguardos se extendían por todo Cataluña, desde los Pirineos hasta el Ebro, desde los valles de la frontera hasta Aragón y las ricas ciudades de la costa.

En diversas ocasiones pequeños destacamentos de esta tropa acamparon durante algunos días a un cuarto de legua de Barcelona, ocultos en alguna construcción de los alrededores.

Conocían perfectamente todos los atajos, todos los senderos, y este conocimiento perfecto del país les daba ventaja sobre las tropas de línea que iban en su persecución, a las cuales los aldeanos no osaban servir de guías.

Este servicio, difícil y arriesgado, exigía una gran actividad y cierto grado de astucia, y, a pesar de ello, fueron siempre mal vistos en el Ejército.

Estaban bajo las órdenes del intendente de la provincia y nada tenían que ver con las autoridades militares.

Juan Trilla, su comandante, a quien yo había encontrado en la frontera, no pertenecía propiamente a este cuerpo; era teniente coronel de línea y comandante de armas en el valle de Ribas. El Conde de España había establecido comandantes en todas las plazas y valles no ocupados por el enemigo, que tenían como misión el ayudar a los carabineros, reclutar voluntarios, dar curso a la correspondencia y enviar informes al cuartel general.

Un puesto de comandante sin soldados era el destino más difícil que se puede imaginar, pues, con excepción de las montañas desiertas a las que no llegaba el enemigo y donde nada había que hacer, el desgraciado comandante tenía que estar siempre en ace-

cho para no dejarse sorprender; no podía pensar en resistir al enemigo y su actividad estaba reducida a cultivar el temor.

Semejante cargo me hubiera vuelto loco.

El viejo y honrado Trilla, oficial del tiempo de la Guerra de la Independencia, no consideraba su puesto desde este punto de vista, sino que estaba poseído de la importancia que en sí tenía, tanto más cuanto que el Conde de España había puesto a sus órdenes, por excepción, una sección de carabineros mandada por un teniente para guardar la comunicación con la frontera francesa y poder sostener la correspondencia con aquel país.

Después de un corto descanso en una gruta que servía de refugio a los carabineros continuamos nuestra marcha, no sin tener que apaciguar una pequeña sedición de los contrabandistas, que querían abandonarnos volviéndose con sus mutas a la frontera.

En vano su jefe, Picutus, trataba de persuadirles de que habían convenido en ir hasta Céret, donde nos podíamos procurar otras mulas; no atendían a razones y descargaron los equipajes, dejándolos en el suelo.

Sentados junto al fuego M. de Meding, Trilla y yo, no nos habíamos mezclado en la querrela; cuando subió de tono me dirigí a los contrabandistas preguntándoles la causa, y uno de ellos me declaró que exigía quinientos francos, por encima del precio convenido, por acompañarnos hasta Céret.

Trilla ordenó a sus carabineros, como respuesta, que empuñaran las armas y se las echasen a la cara.

Los murmullos cesaron al instante y se restableció el orden, con gran satisfacción por mi parte; porque la perspectiva de hacer a pie el resto del camino no era muy agradable y mi caballo lemosín no estaba aún en condiciones de ser montado.

Era muy entrada la noche cuando llegamos a Céret.

La jornada había sido de las más penosas, a través de caminos que tan pronto subían en zigzag, bordeando las montañas, como iban colgados sobre precipicios.

Sólo vimos a lo lejos algunos caseríos y algunas ermitas solitarias.

Yo iba montado en una mula ajaezada con mi silla inglesa. Trilla trotaba a mi lado sobre un *poney* que a duras penas podía seguir el porte de mi mula.

Cuando llegamos a Céret liquidé con los contrabandistas, satisfecho de verme libre de ellos.

Al amanecer del día siguiente reanudamos la marcha; los carabineros nos habían proporcionado bestias de carga.

Ibamos a lo largo del extenso valle de Ribas, donde volvía a reconocer a Cataluña tal como había quedado grabada en mi memoria desde la última campaña.

Las laderas estaban cultivadas con cuidado; el suelo, cruzado por las acequias de riego; por todas partes se notaban trazas de la industria humana en lucha con la tierra ingrata y con la ruina de los elementos.

En medio del silencio de estos valles se dejaba oír el ruido de los azadones al golpear contra la tierra pedregosa; en lo alto de las laderas se veían los paisanos cultivando estrechas bandas de tierra de un color pardo rojizo, que serpenteaban como cintas a lo largo de las montañas.

Muchas veces tienen que sujetarse con cuerdas cuando trabajan en sitios empinados.

La roja barretina y las herramientas que brillaban al sol los delataban de lejos; también vimos a las mujeres que venían de grandes distancias trayendo la comida sobre la cabeza, trepando por sendas tan estrechas que apenas hay el lugar preciso para poner un pie detrás del otro, acompañadas por sus canciones, que interrumpían a nuestro encuentro para decirnos: "Va con Deu", y dar de beber del porrón a los soldados.

Al cabo de seis años de guerra, la vista de la alegría de este pueblo trabajador tenía algo de doloroso; sembraban y trabajaban la tierra sin tener la certidumbre de la cosecha, que, muchas veces, después de recogida, se la llevaban los soldados de uno u otro bando.

Y además, estaban expuestos a los malos tratos de las guerrillas y a los efectos de la crueldad que caracteriza a las guerras civiles de España.

En cada valle, en cada lugar había trazas del asesinato, del incendio, de la devastación.

Ya al entrar en el valle de Ribas habíamos visto las ruinas del convento de Santa María de la Nuria; algunos lienzos de muralla ennegrecidos por el fuego tenían aún señales de balazos.

Pasamos por delante de la rectoría fortificada que domina como una fortaleza al lugar de Queralps, y, al cabo de unas horas de marcha, llegamos a Ribas, pueblo de alguna importancia.

Este buen pueblo, después de largos sufrimientos, alimentaba

aún la esperanza y veía en cada oficial que llegaba del Cuartel Real un mensajero de paz que traía dinero o, cuando menos, buenas noticias.

Esto les sucedió conmigo: fui recibido por el clero y el Ayuntamiento con gran ceremonial; el alcalde y los regidores traían bandas rojas, como distintivo de sus cargos, y bordadas en oro, sobre el pecho, las armas del pueblo.

Estas bandas rojas se usan en toda Cataluña y pasan de un dignatario a otro; algunas, muy antiguas, datan del tiempo de Felipe V o de Carlos de Austria, y estas últimas traen el águila bicéfala, como muchas Casas nobles de Cataluña a las que este Rey concedió dignidades.

Se me perdonará que interrumpa aquí el orden cronológico de mi relato por la simpatía que experimento como alemán por la Casa de Austria.

Este país ha sido tan fiel a la Casa de Habsburgo y su memoria se ha conservado de tal manera en Cataluña que parece que fué ayer cuando reinaba aquí el último Príncipe de esta Casa.

Su recuerdo subsiste en el corazón de los catalanes, los cuales obedecen a los capitanes generales enviados de Madrid por los Reyes de la raza de Borbón, añorando la dinastía bajo la cual España llegó a su apogeo de gloria y de prosperidad, y esperan siempre la vuelta de la Casa de Austria.

La noticia que circuló hace unos años de que la Princesa Isabel iba a casarse con un Archiduque de Austria causó gran sensación en España y, sobre todo, en Cataluña.

Ignoro si Don Carlos y Cristina piensan en fundar una paz sólida uniendo todos los partidos por medio de la boda de la Reina con el heredero de derecho; pero estoy persuadido de que si entrase en la liza un Archiduque sería un concurrente peligroso para el Príncipe de Asturias (1).

He tenido ocasión de convencerme de esta devoción por la Casa de Austria y de la esperanza que se conserva de su vuelta.

En un lugar próximo a Barcelona llamado Cardedeu habitaba un rico burgués, cuyo padre vivía en 1818, y me ha contado que el día primero de cada año tenía la costumbre de apostar un gallo

(1) El Príncipe de Asturias, a quien se refiere Lichnowski, es don Carlos Luis de Borbón y de Braganza, primogénito de Carlos V, cuya boda con Isabel II se proyectó y alimentó las esperanzas de los moderados durante algún tiempo.

de Indias a que, antes de terminarse, reinaría en Cataluña la Casa de Austria (1).

Se me ha asegurado que seguía esta costumbre como su padre, su abuelo y su bisabuelo y que algunas veces no encontraba quien aceptase la apuesta.

Gran parte de la nobleza catalana conserva este apego a las tradiciones austríacas. Varias familias antiguas, como las de los Condes de Fenollar y Marqueses de Sentmenat (2), que obtuvieron sus títulos de la Casa de Austria, han rehusado la Grandeza de la de los Borbones.

Pero volvamos a Ribas, al Ayuntamiento y al alcalde que me recibieron tan amablemente. Este último llevaba, además de la banda, la vara, atributo exclusivo de su cargo.

Es costumbre, cuando se hace la recepción del Rey o del capitán general, que el alcalde, al comenzar su arenga, entregue la vara, en señal de acatamiento, al Rey o a su excelencia, quienes la devuelven al alcalde diciendo que está dignamente en sus manos.

Fuí al Ayuntamiento, donde me ofrecieron, siguiendo la costumbre, vino, pasas y almendras, y de allí a mi alojamiento, donde hice preparar una comida lo más suculenta que me fué posible; invité al Ayuntamiento, al clero y a Trilla y todos quedaron encantados de esta fineza.

Sin embargo, no nos pudimos dedicar mucho rato a los plae-

(1) El gallo era sacrificado por la Nochebuena. En Cataluña se acostumbra a comer un gallo en esta fecha, como en Alemania se come el día de San Martín. (N. de L.)

(2) Se han hecho proverbiales las pretensiones y la imaginación de los nobles españoles cuando se trata del origen de su Casa y de sus títulos. Recuerdo que el jefe de la familia Sentmenat, que era un hombre distinguido y que había viajado, me contó un día que su nombre tenía por origen el haber llevado uno de sus antepasados a Carlomagno, en los Pirineos, cien hombres armados y que el gran Emperador había exclamado: *Cent mann hat!* (\*).

A lo cual el erudito y travieso rector de la Universidad de Cervera, el canónigo Torrebada, añadía, certificando el aserto, que seguramente el Marqués descendía de los cien hombres a quienes Carlomagno había encomendado la defensa del paso de los Pirineos. (N. de L.)

El Conde de Fenollar y el Marqués de Sentmenat eran amigos del Conde de España; con él hicieron su entrada en Berga el 3 de julio de 1838.

(\*) *Cent mann hat!*: Cien hombres tiene. (En alemán. *Sen man hat!*: Diez hombres tiene.) *Man* y *hat* son palabras alemanas.

res de la mesa; al declinar la tarde vi que en los rostros de mis invitados se reflejaba una gran inquietud, y me declararon que verían con gusto mi marcha, ya que, si prolongaba demasiado mi presencia, vendrían los cristinos de una de las tres fortificaciones próximas.

Trilla, con su impasibilidad acostumbrada, corroboró este aserto añadiendo que hacía años que no había pasado la noche en Ribas y que, cuando venía durante el día, se retiraba por la noche a alguna borda de las cercanías.

Para consolarme añadí que no lo pasaríamos mal y que tendríamos cama y chocolate.

Al cabo de un cuarto de hora estuvo todo dispuesto para nuestra marcha.

Volvimos a seguir el camino del valle durante un cuarto de hora, subimos una cuesta y llegamos delante de una maciza construcción de piedra cuya forma no podíamos precisar a causa de la obscuridad.

Uno de los carabineros se puso a silbar de un modo especial y no obtuvo respuesta.

Entonces Trilla perdió la paciencia y, olvidando el profundo silencio que nos habíamos impuesto durante el camino, comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—Señor rector —es el título que llevan los curas que habitan una rectoría (1)—, ¿quiere usted que pasé la noche a la puerta como los perros? ¿No reconoce usted a don Juan Trilla?

Al momento se abrió una ventanuca con persiana de hierro y se oyó una voz cautelosa que respondía:

—Calla, hombre (2), que te pueden oír.

A pesar de esta recomendación Trilla y el rector se pusieron a cumplimentarse según todas las reglas del antiguo formalismo español.

(1) Más bien se llaman rectorías las casas habitadas por el rector, sacerdote que rige una parroquia.

(2) La exclamación española "hombre" no puede traducirse al alemán; no usa como exclamación que expresa todos los afectos del ánimo: el ofendido, el adulado, el herido o el asustado contesta con un "hombre". Pero es más bien una exclamación familiar, y así, por ejemplo, me acuerdo de una vez que al brigadier Porredón se le escapó un "hombre" en presencia del Rey en Barbastro (junio 1837) y todos se burlaron de dicho brigadier, llamado "el llo de Eroles". (N. de L.)

Yo las encontré algo prolijas y propuse terminar ante el fuego de la cocina aquellas fórmulas sacramentales.

Se aceptó mi proposición, y se dejó oír el chirrido de una puerta que se abría.

Eché pie a tierra y avancé hacia la casa; pero Trilla hizo que fijase mi atención en un foso ancho de seis pies que la rodeaba.

Formaron un puente improvisado con dos tablonos, que fueron quitados después que hubimos pasado con los mulos.

La puerta levadiza se cerró de nuevo, sujetándola con grandes francas. Se corrieron los cerrojos a una segunda puerta de hierro y todo el mundo se dispuso a cenar y a dormir con la misma tranquilidad que si nos hubieran separado de los cristinos las murallas de Gibraltar.

El día amaneció lloviendo a cántaros y decidimos pasar la jornada en la rectoría de Fustañá.

Yo aproveché aquellas horas de descanso para poner en orden mi diario.

Leía las últimas páginas a M. de Meding cuando grandes voces interrumpieron mi lectura.

Al mismo tiempo el rector entró asustado en nuestro cuarto y se apresuró a cerrar las persianas de hierro de las ventanas enrejadas.

—¡Los negros! —Es todo lo que pudimos obtener como explicación del terror de este pobre hombre.

En efecto, vimos por una pequeña abertura del corredor, la única que quedó abierta, una tropa de peseteros (1).

Llegaban de Ripoll y pedían que se abriese la puerta.

Trilla, subido en una silla y con la cara apoyada contra la abertura del corredor les intimaba a que se retirasen. Ellos, tomándolo por el cura, le dirigían bromas de mal gusto sobre la tonsura y el solideo.

Mientras tanto los carabineros se habían apostado en las ventanas, las abrieron sin ruido y, a la voz del comandante, descargaron a una sus carabinas contra los peseteros.

Dos hombres cayeron a tierra y los demás, heridos, echaron a correr detrás del oficial.

(1) Nombre de un cuerpo franco llamado así porque su sueldo era, o debía ser, una peseta (cuatro reales) al día; estaba compuesto por las bandas más indisciplinadas y más indomables, y eran tan mal vistos entre los cristinos como entre los carlistas. Ningún oficial recomendable servía en este cuerpo.

Después de esta pequeña escaramuza no hubiera sido prudente quedarse mucho tiempo en la rectoría.

Los fugitivos podían volver con refuerzos, y aunque los sólidos muros de la casa nos garantizaban una larga resistencia no nos librarían del hambre en caso de un asedio.

Cuando llegó la noche echamos a andar y llegamos, después de varias horas de camino, a un caserío llamado Bayell, con intención de pasar allí la noche.

Apenas acostados, sufrimos el ataque de un enebigo de otra especie: un ejército innumerable de insectos hambrientos se precipitó sobre nosotros.

Hasta los carabineros, acostumbrados a semejantes huéspedes y a soportar sus picaduras con una flemma estoica, juzgaron que su número era abrumador para aguantar a pie firme.

Fué preciso reanudar la marcha con la cara y las manos inflamadas.

Cuando salía el sol llegamos a Gombreny, lugar tristemente célebre por la derrota de Maroto en 1836, que determinó su huida a Francia.

Este pueblo, construido sobre un terreno arenoso, de un color rojo bronceado, está rodeado de rocas desnudas; ni un trozo de tierra cultivado, ni un solo árbol hace compañía a estas miserables cabañas construidas con guijarros y arcilla y cubiertas de tejas, cuyo triste aspecto se armoniza con la aridez del campo que las rodea.

Este lugar me recordaba un poco a los pinares de Castilla la Vieja; pero siquiera allí se ve algún árbol desmedrado, mientras que en estos contornos la vista no descubre más que arena y rüejos (1).

Cuando traté de orientarme en el mapa vi con disgusto que aquella penosa marcha no nos había distanciado más que dos leguas de Ribas.

Trilla alegó, para excusarse, que era preciso burlar al enemigo con rodeos, pero yo juzgué inútil prolongar nuestra estancia por aquellos parajes.

(1) Acaso pudieran cultivarse aquí los pinos (*Kiefer*) de la orilla derecha de Oder, en Silesia, y de este modo este valle de Gombreny se convertiría en algo parecido al bonito valle que se extiende entre Gross-Strehlitz y Lublinitz. (*N. de L.*)

Me alojé en una de las casas menos destartadas con la esperanza de tomar algún descanso; pero las autoridades de Gombreny no me dieron lugar y tuve que soportar el fastidio de su indiscreta curiosidad y de sus preguntas ridículas. Hasta llegaron a preguntarme si era cierto que el Emperador de Rusia estaba oculto en Francia con un ejército para venir a destruir a los cristinos.

Les respondí que era muy posible, ya que el Emperador era un poderoso amigo de los carlistas y que el Conde de España estaba bien informado sobre el particular.

—Sí —dijeron—, el Conde lo sabe todo, pero nada dice y nadie se atreve a hablar más que cuando él pregunta.

Era verdaderamente notable la profunda impresión que causaba el solo nombre del viejo general, aun en los lugares más apartados de Cataluña.

En medio de la conversación más animada, cuando alguien pronunciaba el nombre de don Carlos de España, todas las lenguas enmudecían como paralizadas por una fuerza mágica.

Alguna vez, tal que otro viejo montañés, inspirado por su renuencia contra las ricas ciudades de la costa, exclamaba:

—Este acabará con Barcelona.

Pude al fin verme libre de mis importunos visitantes y me tendí sobre una cama de hojas de maíz, cosa que deseaba hacía tiempo.

Descansé durante algunas horas, me levanté y fui a una galería que ocupa un gran espacio delante de las casas catalanas, aun las más humildes.

Vi allí una larga mesa con muchos cubiertos rodeada por mis visitantes, que me aguardaban con impaciencia para comer.

Fué preciso aceptar esta galantería del señor cura y del Ayuntamiento, que se hubieran molestado con una negativa, aun lamentando infinitamente que aquellas pobres gentes hubieran hecho tal esfuerzo por mi causa.

Fuí instalado entre el cura y el alcalde; M. de Meding, Trilla, el teniente y los regidores ocuparon los demás puestos; hasta mi criado fué obligado a sentarse a la mesa, al lado de un concejal, que no cesaba de llenar su vaso dándole el título de "Señor ayuda de cámara".

Sirvieron un carnero asado entero, al que precedió, delatándolo, el perfume de los ajos y cebollas de que estaba relleno.

El mejor plato de la comida consistía en unas truchas pescadas

en un arroyo próximo; pero, desgraciadamente, las habían hervido con aceite.

Por nuestra condición de extranjeros (entre ellos se cuenta a los españoles que no son catalanes) pusieron vasos delante de nuestros platos; pero yo prefería servirme del porrón y, cuando vieron que el vino caía sin tocar los labios, al uso de la tierra, gané mucho en su estimación.

Después de un ensayo infructuoso para beber del mismo modo, M. de Meding tuvo que recurrir al vaso, y el alcalde me dijo sonriendo:

—Este señor no sabe beber.

Sin embargo, para ser justo con mi compañero de viaje y de penalidades, he de declarar que bien pronto adquirió la habilidad suficiente para que, al llegar al cuartel general del Conde de España, donde no se usaba otro recipiente, se mostrase tan seguro como cualquiera en el manejo del porrón.

Es verdad que, durante el camino, recibió algunas lecciones.

Estos porrones, a los que los catalanes concenden mucha importancia, han sido causa algunas veces de pendencias graves con los vascos y navarros.

Era costumbre ofrecerlo, no solamente a los que entran en casa, sino a las tropas que desfilan delante de ella, y es ofensivo para ellos el hecho de que los labios toquen al cuello de la vasija.

Recuerdo haber presenciado cómo una aldeana de Cataluña, que ofreció vino al general Villarreal, arrancó el porrón de sus manos y lo arrojó contra el suelo y se rompió en mil pedazos.

Al iniciarse la noche tomamos un camino bastante bueno que ascendía bordeando la montaña. Atravesamos algunos pueblecillos y llegamos a una meseta plantada de castaños, donde había una casa de campo en la que pernoctamos.

La villa de Puigbó, que así se llamaba nuestro alojamiento, recordaba por su traza un caserío de la Sologne.

Parecía reinar en ella la abundancia; no la habitaba ningún varón, sino tres generaciones de mujeres (1): el abuelo, anciano de ochenta años, había sido llevado por los cristinos como prisionero a Barcelona y después a Mallorca, y nada sabían de él; el hijo formaba parte de una Junta carlista y andaba con ella por

(1) *Strohweittwen*; literalmente, "viudas de paja", mujeres cuyo cónyuge está ausente.

el monte, y el nieto era oficial de un batallón carlista que operaba en el valle de Urgel.

Las tres esposas, de las cuales la mayor tenía más de setenta años y la joven apenas veinte, sumidas en el dolor, esperaban con ansiedad el retorno de sus maridos. Nos recibieron con cordialidad, atendiendo a nuestras necesidades.

Antes de partir, la más joven de las huéspedes me condujo a las ruinas de un castillo árabe y me contó una leyenda relacionada con él, que, desgraciadamente, no recuerdo.

Cuando volvía a la casa encontré a mis carabineros ocupados en desollar ardillas, que había matado durante mi ausencia, con intención de asarlas para mi comida y quedaron sorprendidos cuando les dije que aquella especie de caza no era de mi agrado.

En vano argumentaban que era un plato delicado, un animal muy limpio, que no se alimenta más que de frutas, y que era mejor comer ardillas que cerdos, cebados con toda clase de inmundicias.

No pudieron vencerme, y para poner fin a la discusión, que suele ser interminable entre los españoles, di la orden de marcha.

Me despedí de mis amables huéspedes. Si las comparaciones mitológicas estuvieran en uso en nuestros días, o si escribiese yo sesenta años atrás, vería en la anciana a una de las tres Parcas y en la joven, mi encantadora gufa de las ruinas moriscas, a una de las tres Gracias.

Después de unas horas de marcha, atravesamos una foz que da paso al río Fresser y a una estrecha calzada abierta en la roca.

A ambos lados se veían pequeñas grutas y lumbreras abiertas por la mano del hombre en los bloques de piedra más salientes.

Se asegura que servían a los cristianos para defender el paso contra los moros.

Era un lugar muy pintoresco que me recordaba el escondrijo tan bien descrito en el espía de Cooper.

Cerca de allí brotan algunas fuentes salinas que mezclan sus aguas a las del río y le comunican cualidades que no pierde más que a cierta distancia.

Desde hace varios siglos las utilizan los bañistas que vienen anualmente, y por eso se llama esta foz el puerto de los Baños.

Franqueado este paso pudimos divisar el castillo de San Antonio y la fortaleza de Ripoll situada en el extremo del valle.

Avivamos el paso flanqueando la roca uno detrás de otro para no ser apercebidos.

Bien pronto dejamos las orillas del Fresser para subir a una montaña escarpada que limita el valle en su lado Este.

Después de varias horas llegamos a una meseta muy elevada, dominada por un pico aislado.

A nuestros pies se extendía, como una carta geográfica, la mayor parte de Cataluña: veíamos distintamente el río Ter que serpenteaba como un hilo de plata sobre la tierra y podíamos seguir su curso casi hasta el mar.

Asimismo divisábamos el Llobregat, que fecunda una gran extensión de terreno y atraviesa muchos poblados.

En el horizonte se dibujaba la cresta de Montserrat que, semejante a un Rey, domina el país en su eterna majestad; yo lo saludé como a un viejo amigo.

Nuestra Señora de Montserrat, la patrona del país, visitada por todos los Reyes de España y ricamente dotada por ellos, es aún objeto de una veneración constante.

Nuestros carabineros se pusieron de rodillas y le dirigieron fervientes súplicas por su país de Cataluña "nuestra tierra de Cataluña".

Después de dirigir la última mirada sobre este admirable cuadro que nos detuvo algún tiempo y de habernos despedido de la cadena del Pirineo que dejábamos a nuestra espalda, descendimos al pequeño valle regado por el Merdanson.

Dejamos a nuestra izquierda el bonito poblado San Lorenzo de Morunys, aldea alegre, cuyo aspecto recuerda la costa vasca; unas horas más de marcha y llegamos a una villa elegante situada cerca del pueblo de San Jaime de Frontanyá; se llamaba Villa Tubau y en ella pasamos la noche. Al día siguiente, temprano, llegamos al pueblo de Borredá, donde el Conde de España había establecido un tribunal militar.

El jefe de este tribunal, el coronel Lacy, un antiguo conocido mío, vino a visitarme y me hizo los mayores elogios de la actividad y del orden que el Conde ponía en todas partes.

Se notaban sus efectos. Desde su llegada había establecido una casa de educación militar destinada a remediar un gran abuso que existía en el ejército y particularmente en los batallones catalanes, donde iba un gran número de muchachos de diez a quince años; eran hijos de soldados o huérfanos escapados de sus casas.

No dependían de nadie, dormían con los soldados, de cuyo

raneo participaban y no perdonaban ocasión para robar a los paisanos.

Estos desgraciados, llamados *granujas* (1), embrutecidos por este género de vida, se daban a todos los vicios.

Los reunió el Conde de España en número de tres a cuatrocientos y les hizo dar educación militar.

Estas pequeñas compañías estaban bien vestidas y bien alimentadas; tenían oficiales y suboficiales encargados de su instrucción durante el invierno y de iniciarlos por la primavera en la vida activa del campamento.

Un oficial superior dirigía esta escuela, que en poco tiempo dió excelentes resultados.

En 1839 Cabrera quiso establecer una institución semejante, pero la crisis que sobrevino algunas meses después impidió su ejecución. Después de una conversación con el coronel Lacy y algunos conocidos antiguos, al día siguiente llegué a Berga (2), que era la capital de los carlistas y el centro de sus operaciones.

Esta ciudad está situada al pie de una sierra que domina toda la llanura que se extiende al sur hasta el Llobregat.

Conquistada por Urbiztondo en julio de 1837 la conservamos hasta nuestra agonía en 1840 cuando Cabrera abandonó sin defenderlo este último reducto del realismo español.

La ciudad en sí estaba medianamente fortificada, pero bien defendida por una doble cinta de murallas, de fosos y de algunas obras avanzadas.

La posición del castillo era muy importante; había en él tres torres que dominaban las principales alturas y defendían todas las salidas. Estaban construídas de modo que podían actuar separadamente, y aun suponiendo que una o dos cayesen en poder del enemigo la tercera podía defenderse por sí sola, siguiendo el sistema empleado por primera vez en Linz por el archiduque Maximiliano de Austria.

Las dos primeras, la torre de la Petita y la torre de la Fumana, habían sido construídas en 1837; la torre del General, mucho

(1) Se llama granujas a los granos de uva que quedan en los cestos después de la vendimia; impropriamente también a las plantas y frutos caídos y echados a perder. En sentido popular se llama granuja el que va espigando o racimando. En francés, *graneur*. (N. de L.)

(2) Hay una vista de Berga en *Chao, La guerra civil de Cataluña*, página 341. Otro grabado muy curioso de Berga en el *Panorama Español*.

mayor y más fuerte, no estaba terminada todavía a mi llegada a Berga; la había comenzado el Conde de España y dominaba la ciudad, que podía ser reducida a cenizas si caía en poder del enemigo.

Por encima de Berga se levanta una de esas rocas recortadas en forma de torre gótica con sus almenas, tipo de las montañas de Cataluña, cuya idea más aproximada se representa en los picos de Montserrat.

Sobre el pico más elevado, cuyas paredes descienden perpendiculares sobre Berga, se alza un antiguo convento, el de Queralt.

Ya he dicho que los conventos, los curatos y las ermitas de Cataluña parecen fortalezas; así es que poco hubo que hacer para transformar este convento en un castillo casi inexpugnable, que servía entonces para guardar a los prisioneros.

Todas las mañanas los 600 habitantes de este castillo descendían por el único y casi intransitable sendero, para venir a trabajar en la construcción de la torre del General.

Las nuevas edificaciones y las numerosas fábricas de artículos de guerra establecidas por el Conde de España daban a Berga un aspecto muy animado.

El coronel don José Pons, conocido antes con el nombre de *Pep del Oli*, era comandante de la fortaleza; algún tiempo después fué separado del mando súbitamente por el capitán general que, sin embargo, le confió una brigada.

Pons, que prefería la plaza importante y cómoda de gobernador de Berga, se vengó más tarde de una manera infame, tomando parte activa en el asesinato de su viejo general (1).

Llegado a Berga, me apeé en una mala posada que ostentaba la pomposa enseña de "Fonda de Carlos V", que después habrá cambiado indudablemente.

Sabía que el Conde de España había prohibido que nadie, aun los oficiales superiores, permaneciese en Berga más que algunas horas sin un permiso especial de su parte; yo me apresuré a enviarme por medio de un carabinero una carta que señalaba la hora exacta de mi llegada y fijaba la de mi salida; le envié al mismo tiempo las cartas que traía para él y, después de haber hecho que descansase mi gente y mis mulas, dejé la ciudad.

(1) Actualmente se encuentra en un depósito francés de prisioneros, ya que, desgraciadamente, ha podido escapar a la justicia de Cabrera. (N. de L.)

El cuartel general del Conde de España se encontraba por entonces a dos leguas de Berga, en el pueblo de Caserras. Llegué a él de noche y descendí ante un caserón aldeano que dos partidarios me designaron como la morada del capitán general de Cataluña.

Los partidarios pertenecían al cuerpo de miñones, llamados mozos de escuadra, especie de gendarmería a pie, compuesta de 60 hombres elegidos, perfectamente armados y equipados.

Sólo a ellos se confiaba la custodia del general, conocían perfectamente el país, servían de ordenanzas en caso de necesidad y eran los encargados de llevar los partes.

Los tres suboficiales, cabos de mozos, estaban equiparados a tenientes y su comandante al grado de capitán.

Eran los hombres más infatigables que he conocido: he visto varias veces al Conde de España hacer diez y doce leguas a caballo, trotando a ratos, seguido de cerca por estos miñones, que no cejaban en su marcha cuesta arriba o cuesta abajo.

Recibían con exactitud su paga, que era de cuatro reales al día y las raciones.

Su uniforme, apropiado a su servicio, consistía en un *spencer* azul guarnecido de blanco, con chaleco rojo, dejando el cuello al descubierto, y pantalones de lienzo, anchos, ajustados en la rodilla; botinas de cuero y alpargatas eran el complemento de este traje apropiado para caminar por la montaña.

Los sombreros, muy bajos, bordados con un estrecho galón de plata, semejaban a los de los cazadores austríacos.

Su única arma era una carabina corta; la cartuchera por delante, como las demás tropas carlistas, y la bayoneta a la derecha.

Llevaban, además, una mochila de cuero en bandolera.

Un sobretodo azul de anchas mangas, forrado de escarlata y bordado con galón de plata, que se parecía a nuestro moderno paletó, pendía de sus espaldas y daba a su traje un aire pintoresco.

Los miñones daban gran importancia a esta parte de su vestuario que los distinguía de las demás tropas, y se hubieran creído deshonrados si se les hubiera impuesto la obligación de llevar el capote militar ordinario.

Sólo los capitanes generales y la Junta gubernativa tenían derecho a emplear a los miñones en su servicio.

La planta baja de la casa del Conde de España en Caserras estaba llena de ordenanzas, de soldados, de paisanos y de caballos.

En un gran salón del piso superior se veían muchos oficiales alrededor de una mesa larga en la que los más jóvenes se dedicaban a escribir; otros se paseaban conversando en voz baja.

Las paredes estaban cubiertas de armas de todas clases, de uniformes, de marmitas y cacerolas de hierro; todo ello procedía de las fábricas establecidas por el Conde y lo llevaban para que lo examinase.

Después de haber pasado revista a todos los personajes presentes, entre los cuales no vi ninguna cara conocida, cosa desagradable para mí, me quité el abrigo que en España es costumbre llevar siempre consigo y me acerqué a la mesa.

Un oficial joven vino a decirme que el general estaba ocupado con el jefe de Estado Mayor y que tuviera la bondad de esperar.

Los demás reanudaron su conversación interrumpida un momento a mi llegada.

Por mi parte, buscaba con la vista una silla donde poderme sentar, y no habiéndola encontrado, tomé el partido de desembarazar de los legajos de papeles que se amontonaban sobre un viejo sillón fraileroy y acomodarme en él.

Noté que mis vecinos sonreían y se decían algunas palabras al oído, en catalán, equivalentes a "¡Qué fresco!"

Luego vi entrar a un hombre alto y delgado, sin pelo de barba, de nariz roma, que representaba tener unos cincuenta años, de color pálido y rostro inexpresivo.

Traía un largo sobretodo de castor, color oliva, calzones de piel y corbata de color sobre un cuello de puntas vueltas.

Yo lo hubiera tomado por un cirujano o un boticario si no se hubieran levantado todos haciendo profundos saludos y dándole el tratamiento de general; pero como este título no iba acompañado de la fórmula de "Excelencia", sino simplemente de la de "Usía" (1), me tranquilicé pensando que esta innoble figura no era la de mi futuro jefe.

Los oficiales habían tenido a bien decirme que era el brigadier segundo cabo (subcomandante general) y permanecí sentado tranquilamente en mi sillón.

De este modo conocí a José Segarra, misántropo morboso, que vino tarde al campo carlista y desertó de él vergonzosamente.

(1) Contracción de vuestra señoría, título que se da a los coroneles, brigadieres y mariscales de campo mientras no tienen derecho al de "excelencia" por estar en posesión de la gran cruz de alguna Orden. (N. de L.)

Tuvo la cobardía de ocultar el complot tramado contra la vida del Conde de España, complot del que estaba enterado.

Mientras me entretenía en examinar esta figura tan poco militar que daba cuenta a su auditorio, con un tono gangoso, de sus males de bronquios, se abrió una pequeña puerta y una voz varonil y sonora, llamándome por mi nombre, me invitó a entrar con fórmulas amables en francés.

Aunque no vi a nadie, comprendí en seguida que iba a verme frente al viejo héroe que regía con mano de hierro estas bandas indisciplinadas de las cuales había conocido algunas muestras.

El Conde de España, que tendría entonces más de sesenta años, era un hombre de estatura media, fuerte y ágil, cuando no sufría los accesos de reumatismo que lo paralizaban momentáneamente. Su rostro noble y bien definido tenía un corte borbónico; sus ojos eran espirituales y su mirada dulce, cuando no la animaba la severidad o el disgusto. Sus cabellos cortos y grises caían sobre la frente y las sienes; su aspecto era militar y su actitud inspiraba respeto.

Vestía una traje azul sin ningún distintivo; sobre una mesa estaban su sombrero de general adornado de plumas blancas, un sable corvo y un bastón con puño de oro, en el que iban grabadas sus armas de familia.

Me dirigió la palabra en francés, lengua que hablaba corrientemente, aunque él se excusaba de haberla olvidado por falta de uso; yo le respondí en español.

Después comenzó un largo examen que me probó que el Conde estaba al corriente de mi carrera militar desde mi entrada en España.

Me dijo que había despedido a todos los oficiales franceses y a muchos navarros y castellanos y acabó por preguntarme cuáles eran mis pretensiones.

Respondí que si tuviera que elegir entre la lanza y el fusil prefería la primera como mi arma habitual, pero, en su defecto, haría uso del segundo.

Desde aquel momento se mostró amable y comunicativo y creí apercibirme de que mis predecesores habían prevenido su ánimo con pretensiones exageradas.

Hablamos largamente; le gustaba conversar y lo hacía con fino espíritu.

Transcurrieron así algunas horas y, al cabo, miró al reloj, se

levantó, me invitó a comer con él y entró en el salón apoyándose en mi brazo.

Entonces cambió la actitud de las personas que estaban en él y toda la frialdad que habían demostrado antes se trocó ahora en obsequios y reverencias.

Todos pretendían haberme conocido en la campaña de 1837; M. de Meding me refirió que, a medida que se iba prolongando mi audiencia, las caras frías y altaneras para con él se iban transformando sucesivamente hasta llegar a un verdadero furor de cumplimientos.

Al final de la comida, que había sido excelente, el general hizo traer cigarros y vino dulce del Priorato y, tomando el porrón, me dijo en alemán: "A la salud de vuestro Rey".

El Conde tenía la pretensión de pasar por poliglota, y, en efecto, hablaba con bastante soltura el inglés, el alemán, el italiano, el portugués, el español, el francés y, de un modo notable, el latín, en el cual mezclaba frecuentemente algún barbarismo monacal para divertirse (1).

Después de unos instantes fijó en mí su mirada maliciosa, que era peculiar en él y que, a veces, tenía una expresión satánica, y me dijo con el tono más natural:

—No tengo alojamiento que daros dentro del pueblo, que está lleno de gente; pero más allá de mis avanzadas hay una casa de campo en la que os podéis instalar.

La proposición era un poco extraña si se tiene en cuenta que a media legua de Caserras el enemigo ocupaba la torre de Balsareny.

Un saludo silencioso fué mi respuesta.

Una partida de tresillo, especie de *whist*, terminó la velada. El tanto era pequeño. Dos eclesiásticos, el vicario general del ejército catalán, don José Sort, y el canónigo Torrebaddella, vocal de la Junta, eran de la partida.

Era ya tarde cuando monté a caballo para dirigirme a mi habitación, que era una casa grande y hermosa perteneciente a una "familia noble de aldeanos"; los que comprendan el espíritu de la Historia sabrán interpretar esta expresión.

(1) Recordemos la exacción que ejerció contra el cura párroco de Balsareny, a quien se hizo pagar el valor de cuarenta camisas y de igual número de morrales y pares de alpargatas usando de esta fórmula: *Dabis quadraginta subúculas cum suis correspondentibus sácculis et sandáliis.*

Al día siguiente despedí a mis carabineros, después de haberles gratificado y de haber adquirido un caballo pequeño y fuerte para M. de Meding, cuyo caballo había sido aprehendido con el mío, lo que nos redujo a él, a mi criado y a mí a no disponer más que de una montura.

Hicimos algunos preparativos para instalarnos cómodamente en nuestra nueva morada y fuimos a almorzar en la terraza de aquella bonita villa. Se llamaba la Casa Lladó y formaba parte del pueblo Puigreig.

Estaba situada en medio de un olivar.

Ante nosotros se extendía una de esas llanuras de Cataluña cubiertas de campos fértiles, sembradas de árboles frutales y de casitas de campo blancas, atravesada por el Llobregat, cuyas aguas, de rápida corriente, van a salir al mar.

En primer término teníamos la silueta poco tranquilizadora de la torre moruna de Balsereny, cuya guarnición hacía frecuentes salidas.

Sobre el horizonte azul se dibujaba el perfil de este viejo castillo situado sobre una montaña elevada a cuyo pie se extendía el valle de Balsereny, con sus conventos y sus campanarios.

A una legua de distancia de nuestra villa se veían las macizas construcciones del priorato de Malta, de Puigreig. Más a la izquierda, Santa María del Olván, en una colina que domina los contornos.

Más allá se distinguía Nuestra Señora de la Guardia, lugar de peregrinaciones; Caldes (1), Cellers, Sagás y otros muchos lugares; con ayuda de un anteojo se podían ver también las murallas de Gironella.

Detrás del olivar que rodeaba la casa, a un cuarto de legua, se encontraba el cuartel general del Conde de España.

A la espalda de Caserras el terreno se eleva gradualmente hasta Berga, cuya cadena de montañas limitaba en el horizonte este magnífico panorama.

Era domingo. Montamos a caballo para trasladarnos a Caserras y asistir al oficio divino que el Conde hacía celebrar al aire libre. Se había improvisado un altar en el balcón de una casa aislada; este altar portátil era conducido a lomos de un mulo lla-

(1) Caldes de Malavella.

mado "macho de capilla"; las tropas se alineaban en una llanura y la música del octavo batallón acompañaba los cantos religiosos.

El viejo general, arrodillado durante toda la misa sobre una silla próxima al altar, rezaba con un profundo recogimiento; el viento acariciaba sus blancos cabellos y sus facciones reflejaban una profunda melancolía que denotaba las inquietudes de su alma.

Los numerosos e implacables enemigos del Conde de España han llegado a tachar su piedad de hipocresía; pero basta haber visto rezar una sola vez a este venerable anciano para colocar esta aserción en el rango de otras que la calumnia le ha atribuído.

Una vez terminado el oficio, el redoble del tambor anunció que las tropas iban a desfilarse delante de su jefe.

Yo me acordaba de la división de Porredón en las orillas del Cinca, un año antes, que parecía una banda de gitanos corriendo de aquí para allá sin orden alguno. Hoy estos mismos hombres, mandados por oficiales jóvenes, desfilaban con tanto orden como los batallones vascos, llevando el mismo uniforme y presentando el aspecto de una tropa disciplinada.

El Conde de España examinaba todo con ojo escrutador, llevando el compás de una marcha acelerada que era de su agrado con el bastón; llevaba la mano al sombrero cada vez que desfilaba un oficial o un soldado condecorado con la cinta de San Fernando; alababa o reprendía en voz alta e interrogaba a cada compañía sobre la paga de su sueldo o la distribución de raciones.

Luego se preparó a cielo abierto el rancho de los soldados; probó la sopa y dejó en la marmita varias monedas de oro.

Por fin, se despidió de la tropa, deseándole buen provecho; reunió a su lado a los oficiales superiores, les dió órdenes para los días sucesivos y les convidó a comer.

A la una estábamos sentados a su mesa, donde estaba prohibida la conversación sobre el servicio; si algún oficial, olvidando la consigna, iniciaba la conversación sobre las operaciones de guerra, un movimiento de cabeza del general le llamaba al orden.

Sin quererme detener en detalles culinarios, debo mencionar aquí que el Conde de España había adquirido el gusto de los grandes platos de la cocina inglesa desde que estuvo en el cuartel general de Wellington.

La carne suculenta de carnero de aquellas montañas, rebecos, y terneras criadas en los llanos de Barcelona, se servían asados perfectamente a punto.

Un ayudante llenaba la misión de trinchar y, si no lo hacía bien, el general, que era un gastrónomo refinado, le reprendía seriamente.

Sobre la mesa había media docena de porrones; ante el Conde se colocó uno más pequeño lleno de un vino exquisito, que me ofreció varias veces.

Terminada la comida fué a sentarse ante la chimenea de la cocina, adonde nadie, sin ser llamado, osaba seguirle.

Me quedé en la sala con los demás y poco después me llamó, y fuí a sentarme con él cerca del fuego.

Entonces comenzó una larga e interesante conversación que me hizo conocer íntimamente a este hombre notable tan cruelmente ignorado, de apreciar la bondad y la nobleza de su alma y de poderlo juzgar mejor que quienes han vivido muchos años cerca de él sin poderlo ver más que a través de las formas bruscas y severas que se veía precisado a emplear.

Me trató como a un hijo y si mis palabras, dictadas por la más absoluta imparcialidad, pudieran contribuir a hacer justicia a la memoria de un hombre que fué no sólo un gran capitán y un hábil administrador, sino un caballero en toda la extensión de la palabra, estaría satisfecho de haber alcanzado mi propósito y de haber realizado un ardiente anhelo.

## X

### Bosquejo sobre el Conde de España y sobre la última campaña de Cataluña

Ya sé que se me acusará de parcial en el relato de las particularidades que voy a trazar aquí sobre la vida del Conde de España y que encontraré numerosos contradictores entre los que se llaman a sí mismos liberales en España, quienes, lo mismo que los republicanos de Europa, toman a mi héroe como objeto de sus inectivas.

Me consuela la esperanza de que todos los hombres de principios monárquicos, aun aquellos que no son partidarios definidos de la legitimidad, formarán un juicio menos parcial y sabrán apreciar la fidelidad y la firmeza a toda prueba del hombre peor juzgado y más indignamente calumniado en los tiempos modernos.

Esta desdichada persistencia en repetir continuamente las mismas mentiras entre los publicistas de nuestros días ha llegado a desviar en nuestras propias filas a muchas personas de buen criterio.

Entre otras cosas recuerdo haber leído muchas veces que el Conde de España, debilitado por la edad y privado de sus facultades, sólo había conservado la sed de sangre; que estaba loco y que, reducido al estado de esqueleto, no abandonaba la cama más que para ser transportado en una litera.

Yo mismo, dando fe a estos rumores, lamentaba que los disgustos y la prisión, más que los años, hubiesen privado a la causa real de uno de sus más valientes defensores.

Las pocas horas pasadas en el cuartel general del Conde me

demonstraron la falsedad de tales aserciones, y cada día que pasaba a su lado me hacía amarle y estimarle más.

Carlos de España nació en 1773, en el Condado de Foix, en el que sus antepasados habían sido Príncipes Soberanos, así como en Comminges y en el país de Couserans.

Su padre, el Marqués d'Espagne, teniente general, lo destinó desde chico al servicio militar, siguiendo la costumbre de aquel tiempo en que los segundones no tenían más que dos caminos que elegir: el báculo o la espada.

El joven d'Espagne entró en una compañía de la casa roja de Luis XVI, mandada por su padre.

Muy joven aún, fué testigo de todos los horrores de la primera revolución; su padre y varios parientes fueron guillotinado.

El se alistó con su hermano mayor en el ejército de Condé y los dos hicieron aquella desgraciada campaña.

Disuelto el Cuerpo de Condé, se trasladó a España en el momento en que el Príncipe de la Paz organizaba un ejército en el Pirineo para oponerse a Napoleón.

Entró en un regimiento de este ejército como capitán de infantería, pasó lentamente por todos los grados subalternos y fué promovido a general de brigada en el campo de batalla de Bailén. La toma de Pamplona le valió la Cruz de San Fernando.

Entró en Madrid con Wellington, que le nombró gobernador de la capital. Se distinguió en Albufera, en Salamanca, en Vitoria, y tomó parte en todas aquellas jornadas sangrientas y gloriosas que ni para los vencidos carecieron de honor.

Cuando se hizo la paz de París, Luis XVIII le ofreció entrar en el Ejército francés; pero d'Espagne rehusó diciendo que no quería pertenecer a un Ejército que había combatido durante tanto tiempo, y que la sangre francesa que tenía en las venas ya se la habían quitado los franceses en tierras de España.

Su antipatía por su patria nativa fué tan lejos que no hablaba el francés si no es con repugnancia, y cambió su nombre de d'Espagne por el de España.

En 1815 fué nombrado teniente general y después comandante de la Guardia Real de Infantería.

Los que visitaron España en aquel tiempo recuerdan la excelente disciplina que estableció en este Cuerpo distinguido.

Más tarde llegó a capitán general de Aragón y residió cuatro años en Zaragoza.

La posición que adoptó durante la guerra constitucional no era dudosa: de este modo se atrajo el odio de los liberales, que no veían en él más que un tirano y un ciego ejecutor de los decretos de Fernando VII.

Sin embargo, nada hay de más fácil explicación y comprensión que la conducta del Conde de España, basada siempre sobre un principio único: el mandato del Soberano como suprema ley del soldado, ya sea sargento, ya sea mariscal (1).

Se comprenderá que nos referimos a la ejecución del general Bessières, triste suceso que no quiero analizar porque no está bien juzgar los actos de los Reyes, sobre todo después de muertos.

Cuando en 1827 estallaron las revueltas en Cataluña, el Rey se trasladó en persona a Barcelona y colocó a Carlos de España al frente de esta provincia descontenta.

Los catalanes no obedecen sino a quienes temen; el Conde lo sabía. Tomó la riendas con mano firme, hizo decapitar a los jefes de facción y envió a galeras a los más revoltosos; entonces obedecieron todos y se restableció el orden.

En España cada provincia ofrece un aspecto diferente: su historia política, las costumbres de sus habitantes, el tipo de su carácter forman los elementos de una naturaleza distinta, y sólo conociéndola perfectamente, y no juzgando por analogía, puede llegarse a apreciarla con exactitud.

Cataluña no se parece en nada a las demás provincias de España, y es tanto más difícil de gobernar cuanto más que encierra en ella dos partidos opuestos en sus intereses: la montaña y la costa.

Las rías y numerosas ciudades de la costa, con su comercio y sus fábricas, contienen una población corrompida por el lujo y por el contacto frecuente con el extranjero y se distinguen por sus tendencias republicanas.

Reus, Tortosa, Lérida, Tarragona tienen sus clubs de jacobinos y sus logias masónicas.

(1) Con esta última frase quiero salir al paso de un sutil reparo que leí el año pasado (en *Beilage zur Allgemeinen Zeitung*, 17 de junio de 1840), con el título "La antiseñalanza del Conde de España". Pocos días antes había escrito yo en el mismo papel acerca de la muerte del Conde, haciendo notar que el soldado debe obedecer ciegamente; a lo cual mi indignado recensionista, que seguramente no era un soldado, trataba de demostrar que el Conde de España "no era un soldado, sino un hombre que estaba obligado a ser para su Soberano algo más que un verdugo". (N. de L.)

En cuanto a Barcelona, se la podría comparar a una extensa marisma cuyas emanaciones se extienden a larga distancia. No puede olvidar los tiempos en que, independiente del resto de España, era gobernada por su propio Conde, aquel belicoso Ramón, que trataba como señor a los Reyes vecinos y de igual a igual con los Emperadores de la raza carlovingia y disputaba el imperio de los mares a los normandos.

Los recuerdos históricos tienen en España más arraigo que en otras partes.

El país de montaña contrasta con el de la costa, con el que tiene pocas comunicaciones

Pocos caminos, ni un solo río navegable, necesidades diferentes, he aquí las causas de esta discrepancia.

El habitante de los pueblos marítimos comercia con los puertos vecinos de Valencia, de Murcia, de Andalucía, con Provenza, con Italia y hasta con Africa; se pone de marinero o de fardero y es raro que penetre en el interior de su país más allá de las crestas de Montserrat, donde visita a la Virgen milagrosa una vez en su vida.

Pocos españoles han recorrido los valles de Cataluña a lo largo del Segre, de los Nogueras (Ribagorzana y Pallaresa), del Cinca, de las fuentes del Llobregat; los torrentes profundos del Condado de Pallars, cuyo silencio sólo se interrumpe por el murmullo de las aguas y el martilleo sobre los yunques.

Estos profundos cráteres de forma antediluviana, donde la noche rompe con premura la claridad del día, que sólo dura algunas horas, parecen hechos expresamente para esta guerra de guerrillas que tuvo aquí su cuna y que se perpetúa hasta nuestros días en su naturaleza primitiva.

Este país y sus habitantes apenas han cambiado desde la lucha que sostuvieron durante siglos con el Imperio romano, cuando Aníbal formó su ejército y contruyó los primeros puentes sobre sus ríos, cuando Pompeyo deshizo las legiones de Sertorio en sus valles, cuando Carlomagno y Roldán llevaron sus armas victoriosas y los moros intentaron en vano forzar el paso de sus desfiladeros.

Permanecen encerrados en su soledad y el único modo que tienen de relacionarse con el extranjero contribuye a mantener sus disposiciones guerreras.

Me refiero al contrabando, que se realiza en gran escala por

bandas armadas en lucha constante con los aduaneros franceses y españoles.

La pequeña República de Andorra, puesta bajo el protectorado de Francia y de España y de la soberanía del obispo de Urgel, y el valle privilegiado de Arán les sirven de depósito y de lugar de reunión.

Fácilmente puede comprenderse que los medios de suavidad y de moderación influyen poco sobre estas masas compuestas, por una parte, de republicanos fanáticos y, por otra, de montañeses medio salvajes, y se comprenderá que la misión de quien los ha de gobernar es difícil.

Así es como han fracasado muchos hombres eminentes que carecían de entereza, mientras que otros han alcanzado éxito usando de una severidad necesaria.

Daré como prueba el general Blake, excelente militar, quien durante la Guerra de la Independencia no pudo llegar a establecer la disciplina entre los numerosos somatenes, que se reunían y se dispersaban rápidamente, según su capricho.

Al toque de somatén pueblos y ciudades corrían al arma, hasta las mujeres; pero apenas habían transcurrido veinticuatro horas alejados de sus hogares, se dispersaban para volver a ellos.

Para los ataques súbitos, para las sorpresas nocturnas, para las luchas de un día, el catalán es el primer soldado del mundo.

Pero para obtener mayores resultados; para organizar y disciplinar estas bandas, se precisa una voluntad de hierro que las dome y se enseñoree de ellas.

Después de inútiles tentativas de organización por parte de los generales Vives, Blake y Campoverde durante las campañas de 1808 y 1809, llegó Enrique O'Donnell, Conde de La Bisbal (1), a tomar el mando.

El toque de las campanas resonó en todos los pueblos no ocupados por los franceses; los habitantes abandonaban en masa sus hogares y empuñaban las armas; y cuando volvieron a ellos, siguiendo su costumbre, se encontraron con que se habían levantado patíbulos y se anunciaba un reclutamiento de 40.000 hombres, cosa inaudita en Cataluña, donde las leyes de reclutamiento no habían

(1) La Bisbal. Bisbal es un lugar de Cataluña, comarca del Ampurdán. (N. de L.)

penetrado jamás y donde las tropas del Rey se formaban con levas de voluntarios.

Sin embargo, O'Donnell llegó a imponerlo. Los 40.000 hombres se alistaron, fueron organizados y disciplinados y defendieron victoriosamente el suelo natal contra los ejércitos de Duchesne, Augereau, Macdonald, Saint-Cyr, De Caen, Suchet.

El enemigo, es verdad, se apoderó de todas las plazas fuertes, a excepción de Cardona; pero fué bloqueado en ellas y obligado a abandonarlas.

De todos los jefes que mandaron en Cataluña durante esta guerra, el Conde de La Bisbal fué el único a quien temieron, amaron y obedecieron.

De los generales constitucionales del tiempo de Fernando VII sólo Mina, cuyo carácter es bien conocido, ejerció alguna influencia en el país.

Como he indicado antes, el Conde de España tomó el mando de Cataluña en 1827; en poco tiempo restableció el orden, y cuando en 1830 algunas partidas de montañeses levantaron la bandera de rebelión en nombre de don Carlos, entonces Infante, reprimió con firmeza esta tentativa criminal.

Allí se originó la malquerencia de algunos realistas mal informados.

Un hecho digno de notarse es que el jefe de estas bandas que se llamaban carlistas en 1830, don Manuel Ibáñez, que fué enviado a las galeras de Ceuta por el Conde de España, es el mismo jefe atrevido que durante la última guerra ha llenado de terror las llanuras de Tarragona con el nombre de *el Llarch de Copons*.

Hasta los últimos momentos demostró su amistad al Conde y es uno de los pocos jefes que no tuvieron parte en su asesinato.

Esta lealtad de Ibáñez hacia su viejo general le hace tanto más honor cuanto que tenía motivos para quejarse de él.

Ibáñez había sido oficial realista durante la época de la Constitución y, una vez restablecido el orden y la tranquilidad, no podía conformarse, como otros muchos, con estar al margen, preparado a tomar las armas en caso de necesidad. En 1830 tomó parte en el levantamiento carlista y lo hizo con la más noble intención del mundo. Pero el nuevo capitán general, que no hacía distinciones, lo mandó a Ceuta cargado de cadenas.

A la muerte de Fernando VII se abrieron las cárceles para anarquistas y republicanos y también Ibáñez quedó libre; volvió a su

patria y llamó a sus compañeros a las armas. Pronto fué uno de los principales cabecillas de Cataluña.

Se le conocía por *el Llarch* (largo, en catalán), a causa de su estatura de siete pies, y se añadió el nombre del lugar de su nacimiento, Copons, resultando el nombre compuesto de *Llarch de Copons*, con el que es conocido en toda la Península.

Era un hombre tan desinteresado como bravo y respetuoso con las leyes de subordinación.

Cuando el Conde de España llegó a Berga en 1838 se temía un conflicto peligroso con Ibáñez, que hubiera sido grave, ya que éste tenía a sus órdenes seis batallones, uno de los cuales, el de Guías del campo de Tarragona, contaba con 1.300 hombres; parece que al principio no le fué agradable a Ibáñez el nombramiento de su antiguo juez.

El Conde de España ordenó que se le reunieran todas las fuerzas realistas de Cataluña; todos obedecieron, excepto Ibáñez, que no acudió con su tropa.

Cuando supo esta mala noticia el general no dejó traslucir en su rostro la menor señal de descontento; pero cuando llegó la noche hizo ensillar su caballo y se puso en marcha, acompañado de algunos oficiales de su Estado Mayor y de algunos miñones que le servían de guía.

Le seguimos durante nueve horas sin descanso a través de barrancos desiertos, franqueando las mayores alturas.

Sólo el general y los miñones que iban delante conocían el objeto de nuestra caminata y nadie hubiera osado preguntarlo.

Al salir el sol llegamos a una casa aislada, se atrancó la puerta y pasamos en ella el día. El general se acostó y se despertó a mediodía; pidió un poco de alimento y se volvió a dormir.

Cumpliendo sus órdenes se le despertó al ponerse el sol y volvió a montar a caballo.

A eso de la media noche atravesamos un valle que tenía la forma de una concha y que parecía muy fértil; mi vecino me dijo al oído que creía reconocer el valle de Conca y que, sin duda, íbamos hacia el Ebro para tener una entrevista con Cabrera.

Por fin, al acercarse el día, nos detuvimos en una explanada y echamos pie a tierra.

A la claridad del crepúsculo apercibimos una gran llanura; a nuestros pies se asentaba un poblado del cual ascendía un humo

espeso; algunos fuegos que ardían alrededor, desparramados, denotaban un vivac.

Un oficial de la escolta comenzó a hablar en voz alta, y el general, volviéndose a él, dijo con tranquilidad:

—Voy a mandar fusilar al primero que hable una palabra.

Después prosiguió sus observaciones, sin que comprendiéramos nada.

Cuando la aurora iluminó el paisaje con sus tintas rosadas pudimos distinguir una gran reunión de tropas a un cuarto de legua de distancia.

Se dejó oír el toque de diana y todo se animó; se oían las voces de mando dadas en alta voz; las tropas formaron en cuadro, y yo estuve a punto de dejar escapar una exclamación de sorpresa cuando me apercibí que eran carlistas por la barretina catalana.

El general no nos dió tiempo para reflexionar; lanzó su caballo adelante y todos le seguimos al galope tendido, cuesta abajo por la ladera, y no nos detuvimos hasta que estábamos dentro del cuadro.

Allí el Conde echó pie a tierra, se aproximó a un hombre alto y delgado que estaba apoyado en su sable y rodeado de unos 50 a 60 oficiales, le echó los brazos al cuello, lo besó y, dirigiéndose a la tropa, prorrumpió con voz emocionada:

—¡He aquí el orgullo de Cataluña, el mejor servidor del Rey, mi mejor amigo; honor y gloria a don Manuel Ibáñez y a la división de Tarragona! Y tú, hijo mío —dirigiéndose al coronel Ibáñez—, te nombro brigadier en nombre del Rey, y a vosotros, soldados, os concedo como gratificación la paga de una semana, porque servís a Carlos quinto y no a Carlos con los cinco dedos (1).

Este juego de palabras que hacía alusión al merodeo y al robo terminó la alocución del Conde, que tuvo tan buen principio.

Se oyeron ruidosos gritos de alegría. Ibáñez que, sin duda, unos momentos antes pensaba de otra manera, era el que más gritaba, llorando de ternura.

El Conde de España, cuya emoción era la menos sincera, se repuso en seguida. Montó a caballo y pasó revista a la división.

Ibáñez iba a su lado sobre un caballo entero, andaluz, que ponía de relieve la singular estructura de este hombre atlético; apenas llegaban nuestras cabezas a la altura de sus hombros.

Traía la barretina catalana cuyo largo cabo flotaba por detrás,

(1) Carlos quint' y no Carlos cinch.

la zamarra y un pantalón guarnecido de cuero, una carabina atada a la silla y un ancho sable al costado.

Su caballo se encabritaba y gemía bajo la presión de sus rodillas.

Aquellas tropas no tenían uniforme todavía; usaban, a guisa de capotes, unas mantas de lana a rayas, como los soldados de Porredón que yo había visto en la última campaña.

El general recorrió las filas lentamente, prodigó los saludos y alabó la belleza y la fuerza verdaderamente notable de esta raza de hombres.

Tomó sus disposiciones para la paga del sueldo y de los trajes y añadió que el uniforme sentaría a maravilla sobre el cuerpo de aquellos buenos mozos. Y, colocándose en medio de ellos, les dirigió estas palabras:

—Hijos míos, veo que no tenéis bayonetas (1), y la bayoneta es el arma de los valientes; los cartuchos se acaban y se estropean con la humedad, mientras que la bayoneta es siempre fiel; yo no las puedo dar porque no las tengo, pero el enemigo tiene muchas; iremos a buscarlas.

Nuevas aclamaciones interrumpieron al viejo general.

Ibáñez le siguió sin vacilar con sus seis batallones. Desde aquel día el Conde pudo contar con ellos y con su comandante, y es indudable que si Ibáñez hubiera estado junto a él a tiempos venir habría impedido el horrible crimen que puso fin a sus días.

Es preciso que interrumpa aquí el orden cronológico para retroceder hacia los acontecimientos que tuvieron lugar cinco años antes en Cataluña.

Cuando en 1833 Fernando VII trastocó la ley fundamental de la Monarquía haciendo jurar a su hija como Princesa de Asturias, llegaron a Barcelona algunos emisarios carlistas y se dirigieron al Conde de España por conducto del Conde de Villemur, gobernador de la ciudad, para incitarle a no adherirse a esta orden arrancada a un Rey moribundo.

Le propusieron fusilar a Llauder, que acababa de ser nombrado capitán general, en cuanto pusiese los pies en Cataluña, y llamar a las armas a los catalanes, unirlos a las tropas de línea que

(1) La partida de Ibáñez, como todas las primitivas guerrillas, estaba armada de fusiles, escopetas y carabinas tomadas al enemigo; de ahí que le faltasen bayonetas; en algunos batallones hasta una cuarta parte. (N. de L.)

tenía a su disposición y marchar sobre Madrid para libertar a Fernando VII de la camarilla que lo rodeaba y lo acaparaba.

La provincia entera se sublevaría a la voz del Conde; las armas y municiones depositadas en el fuerte de Barcelona bastarían para aprovisionar un ejército numeroso.

Nada más fácil para el Conde de España que la ejecución de este plan; todos los gobernadores civiles y militares de la provincia estaban nombrados por él y los dos regimientos de guarnición en Barcelona estaban a su devoción. Los oficiales eran todos realistas y los pocos liberales diseminados en la provincia en algunos regimientos de infantería y caballería no resistirían el impulso de un jefe de tan poderosa influencia.

Un ejército numeroso con un jefe como España hubiera sido el único medio capaz de contener y anonadar las intrigas que los liberales tramaban junto a Fernando VII en los últimos años de su vida.

Los instigadores principales de estas intrigas se hubieran expatriado o habrían tenido que contentarse con trabajar sordamente en las logias para sublevar a su patria.

La reconocida energía del Conde de España y su perfecto conocimiento de los proyectos de los innovadores habrían bastado para impedir la revolución; siete años de guerra civil, de una guerra desastrosa que ha hecho correr torrentes de sangre, se hubieran evitado.

El profundo respeto hacia la autoridad del Rey mientras le quedase un soplo de vida y la extrema delicadeza de su conciencia no le permitieron escuchar estas proposiciones.

Se perdió un tiempo precioso y una ocasión única.

El general Llauder llegó; insistieron nuevamente, pero el Conde calló y entregó el mando a su sucesor, retirándose a Mallorca.

Llauder había perseguido a Mina y a su tropa en 1830 en las montañas de Navarra, y por ello algunos realistas concibieron esperanzas, que el comportamiento de Llauder desvaneció en seguida.

Comenzó por mimar a los exaltados, tratando de ganar su confianza por todos los medios, y elevó a la Reina viuda una exposición que la inclinó a prorrogar el Estatuto Real y a convocar las Cortes. Desarmó los batallones de voluntarios realistas y formó un cuerpo franco, llamado de Voluntarios de Isabel II, con la escoria del pueblo, los licenciados de galeras y de presidio.

Todos los realistas fueron despojados de sus empleos y digni-

dades, las personas más influyentes puestas en prisión y los jefes legitimistas deportados a Palma, Mahón y Cartagena.

En poco tiempo quedó Cataluña sujeta por el yugo de la tiranía y no quedó un solo hombre capaz de alzar la bandera realista para reunir a su alrededor los corazones fieles al Príncipe.

Pero los catalanes no dejaron de intentar medir sus fuerzas con las de la revolución, por muy desesperado que fuese el estado de cosas.

Algunos clérigos y paisanos se sublevaron en los distritos; sin armas, sin disciplina, sin ninguna noción militar, recomenzaron la guerra de guerrillas, de la que conservaban gloriosos recuerdos del tiempo de Napoleón.

Se ocultaban en los barrancos profundos de sus montañas, tras de las rocas inaccesibles de las alturas, y se apoderaban de los convoyes deteniendo a los trajinantes y cortando las comunicaciones.

Poco a poco se hicieron con armas tomándolas al enemigo, crecieron las partidas y se reunían o dispersaban según las exigencias del momento.

Por todas partes se despertó el antiguo espíritu de lealtad de los catalanes, que comprendieron la necesidad de no recular ante ningún sacrificio para defender la fe de sus antepasados y sus derechos seculares.

La llegada del general Romagosa fué saludada con entusiasmo por todos los realistas; pero bien pronto corrió la noticia de su prisión y de su muerte.

La presencia del Rey en Navarra consoló a los catalanes de esta pérdida y este hecho atrajo todas las miradas.

Pronto circuló el rumor de que había un general en las fronteras dispuesto a organizar un ejército y a dirigir las operaciones, y se supo con júbilo que este general era el Conde de España.

—Sólo él nos puede salvar—decían—. Conoce el país, los hombres, nuestros derechos, nuestros usos, nuestras necesidades, sabe distinguir los buenos de los malos; mientras él nos ha gobernado la revolución no ha osado levantar la cabeza y turbar el reposo y la prosperidad de nuestra provincia; protegía a la industria y el comercio, y su presencia bastará para anonadar a la revolución.

El Conde de España se encontraba, en efecto, en la frontera de Cataluña esperando que un cuerpo navarro, mandado por Guer-

gué, hubiese atravesado el Cinca para proteger su entrada y apoyar sus primeras operaciones.

A pesar de su edad avanzada había cedido a las reiteradas solicitudes del Rey y había prometido ponerse a la cabeza de los catalanes.

Había pasado una temporada en Mallorca, donde poseía bienes considerables que le venían de su mujer, heredera de una de las principales familias de Baleares.

Allí tuvo algunos temores e inquietudes de ser envenenado y se refugió en Francia, donde el ministro Thiers, a instancia del Gobierno español, que temía la vecindad de un enemigo tan peligroso, le asignó Tours como prisión.

En esta ciudad le llegaron los primeros requerimientos del Rey.

Estaba necesitado de descanso, a causa de su edad, y por ello rehusó durante mucho tiempo el aparecer de nuevo en el teatro de la guerra en medio de circunstancias tan difíciles.

Un joven español, Gil de Barnabé (que fué muerto después en Chiva el 15 de julio 1837), le llevó una carta autógrafa del Rey en la que le suplicaba que accediese a sus ruegos; obedeció y se dirigió a la frontera.

Guergué, que había recibido la orden de aproximarse a Francia para facilitar la entrada del general, perdió el tiempo operando en el centro de Cataluña y dificultó la empresa con noticias inexactas sobre sus marchas y alejándose de los lugares por donde debía entrar.

Algunas personas me han asegurado más tarde que Guergué había recibido grandes sumas para impedir el paso del Conde, de quien temían algunos jefes realistas que pusiera fin a sus correrías.

No sé si esta acusación tiene fundamento, pero es indudable que la actuación de Guergué en Cataluña fué una serie de desastres y desventuras; que, derrotado completamente, se vió obligado a retirarse a toda prisa y volver a Navarra por el Alto Aragón.

El Conde de España, que consiguió entrar en Cataluña, tuvo que volverse a Francia y cayó en manos de un puesto francés, que lo escoltó hasta Perpiñán, y fué conducido a la ciudadela de Lille.

Allí se vió privado de las cosas más necesarias; un pequeño cuarto le servía de prisión y estaba vigilado día y noche por los gendarmes.

Su espíritu activo estaba dominado por una sola idea: la de

escapar de un trato indigno y borrar la vergüenza que creía haber caído sobre él al dejarse prender.

Era preciso engañar a sus guardianes y hacerles abandonar la idea de la posibilidad de una fuga.

A este fin se fingió enfermo, débil y como sumido en la imbecilidad; tuvo el tesón de guardar cama durante dieciocho meses, dejándose crecer la barba y las uñas; no hablaba nunca y pasaba los días leyendo y rezando.

Tampoco escribía ni recibía cartas y, sin embargo, encontró medios para comunicarse con el Cuartel Real y con sus amigos de Cataluña.

Mientras tanto, las guerrillas catalanas operaban por su cuenta sin unidad de mando y sin obtener resultados decisivos.

La discusión prendió entre los jefes, ya que todos querían mandar.

Guergué, en virtud de sus poderes, antes de su retirada, nombró al brigadier Brujó comandante de la provincia, y el brigadier Torres se creía autorizado por sus victorias a disputarle el mando.

Estas discordias aumentaron después de la toma del fuerte de Nuestra Señora de Horta, que se tenía por inexpugnable.

La derrota de Torres y la dispersión de su división fueron la consecuencia de estas rencillas.

Los partidarios de la revolución no dejaron escapar un momento tan favorable; habían comprendido mejor que los realistas la importancia de Cataluña.

Sus intrigas penetraron hasta el cuartel general de Carlos V y llegaron a impedir que la brillante expedición preparada en 1836 penetrase en Cataluña.

Entonces se presentó ante el Rey una diputación encargada de representarle la importancia de que hubiera un solo jefe que tuviera el mando de un cuerpo de tropas considerable.

Esta diputación se presentó en nombre del comandante general interino, de la Junta gubernativa, de la nobleza y de los distritos.

Estaba compuesta de jóvenes ávidos de ocupar puestos y de obtener distinciones, y se pusieron pronto de acuerdo con las personas que dominaban en el Cuartel Real.

Estas, por ignorancia o con un designio culpable, declararon la imposibilidad de disponer de un cuerpo de tropas, y persuadieron a la diputación de que bastaría enviar un oficial competente

con algunos fondos, y un intendente, y nombrar una Junta compuesta de las personas más salientes de la provincia para que el país se sublevase en masa, abriese las fuentes de riqueza que habían de subvenir a la necesidades y triunfase la causa real.

Esta proposición fué aceptada sin réplica por la mayor parte de los miembros de la diputación; los más experimentados intentaron en vano demostrar su insuficiencia, y de ello resultó una disensión que atrajo nuevas desdichas sobre Cataluña.

El Ministerio de entonces rehuía tomar medidas de gravedad, y el comandante general Moreno, comandante general del país vasconavarro, insistía más que nunca en su criterio de no enviar expediciones.

Se sometió al Rey el asunto desde este punto de vista y resolvió de acuerdo con la propuesta, y pronto se dejaron sentir las consecuencias de este desacierto.

Desde aquel momento ya no se pensó en enviar tropas y sólo en designar los jefes y oficiales que habían de ir a Cataluña.

Maroto recibió el mando, llevando consigo al mariscal de campo Ortafa y al brigadier Royo como jefe de su Estado Mayor.

Labandero fué nombrado intendente.

Todos ellos dejaron el Cuartel Real con promesas de socorros de todas clases y llegaron sin dinero y sin municiones a un país ocupado por el enemigo.

Por todas partes encontraban pueblos y castillos fuertes y columnas móviles que recorrían el país y a duras penas pudieron reunirse a una partida carlista.

Los individuos de la Junta nombrada por el Rey no se dejaban ver por ninguna parte, y los campesinos, que se hubieran levantado por millares en otras circunstancias, permanecían en su casa; Maroto no podía darles ni un cartucho ni una bayoneta.

La única preocupación era que los cabecillas hicieran todas las requisas posibles.

Por fin, después de penalidades inauditas, Ortafa consiguió reunir en las montañas algunas partidas sueltas.

El enemigo y los papeles impresos dieron a estas partidas el pomposo nombre de división.

Los cristinos concentraron fuerzas sobre los puntos montañosos ocupados por Maroto, y éste, en vez de forzar el paso para llevar la guerra a comarcas fecundas y generalizarla, se amilanó y no pensó más que en su seguridad personal.

Con este fin dividió sus fuerzas.

Sorprendido en Alpens por el enemigo, destacó a Ortafa con 450 hombres contra un ejército diez veces mayor que el suyo; Ortafa fué muerto y su gente dispersada.

Seguido de cerca, Maroto tuvo que sacrificar en Gombreny los últimos hombres que le seguían para escapar con vida.

Pasó la frontera seguido de algunos oficiales y volvió a Francia. Royo, el jefe de Estado Mayor, tomó el mando.

La fuga de Maroto y los tristes resultados de su empresa causaron penosa sensación en el Cuartel Real, donde no sabían qué partido tomar.

Se decidieron por lo peor, como sucede en muchos casos.

El nombramiento no fué sancionado y se confió el mando al cabecilla más famoso del norte de Cataluña, don Clemente Sobrevías, conocido por *el Muchacho*, que era su nombre de guerra.

Algunos días después las personas que rodeaban al Rey reflexionaron y cayeron en cuenta de que habían nombrado jefe de la provincia al cabecilla más insubordinado, culpable de mil fechorías, lo que podría perjudicar a la causa real. A toda prisa se mandó un mensaje que revocó el nombramiento. De este modo *el Muchacho* no gozó de la investidura de capitán general más que cuarenta y ocho horas.

Los importantes acontecimientos de Navarra, los éxitos de Cabrera en Valencia, los de Gómez, don Basilio y Batanero, que, sucesivamente, habían amenazado a Madrid a la cabeza de sus tropas, distrajerón la atención de los cristianos hacia Cataluña.

La huida de Maroto fué considerada como una gran victoria por los cristinos, que no temían a Royo.

Enardecidos por el descanso momentáneo en que les dejaba el enemigo, los carlistas catalanes levantaron de nuevo numerosas partidas; cada cabecilla obraba de un modo independiente, por su propia cuenta. Hacían sus repartos jurisdiccionales, absteniéndose cada uno de maniobrar en distrito ajeno.

Cada jefe obligaba a su distrito a subvenir a las necesidades de su partida y a satisfacer su propia concupiscencia.

Las partidas crecían de día en día y se aventuraron a recorrer algunas veces las hermosas vegas del Ampurdán, y llegaron hasta las huertas que rodean a Barcelona.

Royo, a pesar de su mala inteligencia con la Junta y de que tenía poca autoridad, llegó a agrupar varias partidas, con las

cuales derrotó a Oliver, cerca de Cervera, en febrero de 1837, y en mayo, a Osorio, junto a Oliván, y el mismo mes tomó a Solsona, después de un encuentro victorioso con Van Meer.

Pero aquel estado de cosas no podía durar. Algunos jefes más pujantes, como Tristany, rehusaban toda obediencia y tan pronto seguían a la Junta como al comandante.

Las intrigas de la Junta, que anulaba la autoridad del comandante general, habían producido en Cataluña una espantosa anarquía.

De todas partes llegaban quejas al Cuartel Real y se reclamaba a voces la presencia de un jefe capacitado. Fué nombrado Urbiztondo, que no pudo dominar la situación en un país dominado por tan diversos elementos, y tuvo que abandonarlo en 1838.

Le sucedió Tristany, que fué llamado en seguida al Cuartel Real y cedió el puesto a Segarra.

La situación de Cataluña parecía desesperada, y todo hacía temer la pérdida irreparable de la provincia más rica de España cuando se pensó de nuevo en el viejo general que la había gobernado con gloria durante tanto tiempo.

Allí donde cinco de sus predecesores habían fracasado, en el momento en que se encontraba al frente de las fuerzas enemigas un hombre que había aprendido a su lado el arte de la guerra y el de dominar las masas, que es más difícil, el Conde de España era llamado con la misión de hacer prodigios.

Espagne opuesto a Van Meer (1), el extranjero al extranjero.

Podía contarse con que iba a correr la sangre española, y todo el mundo preveía que la llegada del primero produciría una reacción capaz de destruir los planes del enemigo.

El ejército cristino, dividido en dos grandes cuerpos mandados por sus dos mejores generales, tenía la misión de destruir los dos focos principales de la causa carlista, sin detenerse a combatir las pequeñas facciones, que sucumbirían por sí solas.

La guardia y el núcleo de las fuerzas constitucionales de las orillas del Ebro estaban mandadas por Espartero.

El ejército de operaciones, reforzado con todas las tropas disponibles, al mando de Oráa, debía operar contra Cabrera en el Bajo Aragón.

Tal era la peligrosa situación de los carlistas cuando trataron seriamente de procurar la libertad del Conde de España.

(1) El barón de Meer había nacido en Barcelona.

El Conde de Fenollar, provisto de plenos poderes del Rey, llegó a Lille en junio de 1838.

Todo se preparó para la fuga del ilustre prisionero.

Algunos amigos nuestros, cuyos nombres no puedo citar aquí, ayudaron con tanta maña como valor en esta difícil empresa, cuyo resultado superó a las esperanzas.

El 26 de junio el Conde de España, acompañado del comisario de guerra Peralta, llegó a Toulouse, donde les había precedido Fenollar.

Al día siguiente, después de cincuenta años de ausencia, el Conde volvía a ver por primera y última vez en su vida el lugar de su nacimiento: Foix.

Atravesó a hombros de un famoso contrabandista los precipicios de la Maladetta. El 1 de julio llegó al país neutral de Andorra, el 2 fué recibido por el *Ros de Eroles* en el valle de Urgel y el 4 hizo su entrada en Berga, en medio de los clamores de alegría de los realistas catalanes.

El primer cuidado del Conde fué restablecer el orden y la disciplina en aquellos establos de Augias.

La Junta, que hasta entonces había obrado a su guisa, fué puesta bajo la dependencia inmediata del Conde por orden del Rey.

El Conde estableció su cuartel general en Caserras, y señaló como domicilio de la Junta un pueblecillo que estaba bajo el fuego de los cañones de Berga.

Prohibió a sus individuos que se ausentasen sin su permiso expreso, estableció un orden severo en la administración de la hacienda y puso término a los desafueros de los cabecillas castigando a unos de un modo ejemplar y substituyendo a otros en el mando.

Las tropas recibieron víveres y vestuario. Estableció un sistema regular de contribuciones y los pueblos se vieron libres de las vejaciones de una soldadesca desenfrenada.

A pesar de las innumerables dificultades que tuvo que vencer el Conde para establecer el orden, su genio supo vencerlas y tuvo tiempo para ocuparse de los más pequeños detalles.

Sólo hacía tres meses que gobernaba este viejo admirable cuando yo llegué a Caserras y ya se mostraban los frutos de su maravillosa actividad.

He hablado más arriba de la institución de los colegios militares de Borredá.

Estableció un servicio de correos, que pasaban el Ebro por Ro-

beras, abriendo comunicación entre Berga y Morella, que permitía al Conde tener correspondencia directa con Cabrera.

Nuestras operaciones tomaron un aspecto ordenado y militar; la provincia parecía renacer bajo este impulso nuevo y su nombre hacía temblar otra vez a Barcelona.

A pesar de la posición imponente que supo adoptar el Conde de España, sus fuerzas estaban lejos de igualar a las del enemigo.

Fuera de Berga no poseía más que dos plazas fuertes: San Lorenzo de Morunys, sobre una altura que bordea el río Salado, y el fuerte de Nuestra Señora de Horta.

El enemigo ocupaba ocho plazas fuertes de importancia: Barcelona, Montjuich, que es comparable a Gibraltar; Figueras, Gerona, Tarragona, Lérida, Tortosa, Cardona y Seo de Urgel.

Tenía centenares de cañones y Van Meer había fortificado en una extensión de 30 leguas casi todas las ciudades costeras y los pueblos que bordean la carretera de Aragón a Barcelona.

El general cristino podía concentrar rápidamente en un punto amenazado cuatro columnas volantes, compuesta cada una de 2.500 a 3.000 hombres de infantería y 200 caballos.

Estas fuerzas considerables habían permitido a Van Meer lanzar contra Solsona en 1838 12.000 infantes, 1.000 jinetes y 12 piezas de artillería y material de asedio.

Solsona estaba indefensa, pues ni Urbiztondo ni Segarra habían pensado en fortificar el castillo, como lo hizo después el Conde de España.

Van Meer atacó y tomó dos medias lunas de las fortificaciones; se rindió el palacio episcopal, convertido en ciudadela (que no supo defender el coronel Tell Mondedeu), y Solsona fué tomada por los cristinos.

Sucedió esto cuatro semanas después de haber llegado el Conde de España, que no tuvo tiempo para prevenirlo.

Disgustado por este revés, se dispuso a tomar la revancha en la campaña del otoño próximo.

Como consecuencia de la organización defectuosa de Royo, el Conde encontró las tropas de Cataluña divididas en 23 batallones de fuerzas desiguales. Pero creyó deber dejar las cosas como estaban para que el enemigo no interpretase torcidamente las reformas creyendo que se reducía el número de las fuerzas.

Medio año después, cuando yo había salido ya de Cataluña, redujo los 23 batallones a 14 de igual contingente, y les quitó la

denominación numérica, dándoles el nombre de los lugares donde se habían alistado principalmente; así, se llamaron en lo sucesivo "voluntarios de Montserrat", "cazadores de Urgel", "guías del campo de Tarragona".

Cuando yo llegué a Caserras, el Conde había formado tres cuerpos de operaciones y una división de reserva.

El primer cuerpo, mandado por Porredón, se componía de cuatro batallones, uno de los cuales iba con el cuartel general y los otros tres con su jefe recorrían las fronteras del Alto Aragón.

El segundo, mandado por el coronel Castells, contaba con cinco batallones, uno de ellos en el cuartel general, dos en Berga y dos en las montañas.

El tercer cuerpo, a las órdenes del brigadier Ibáñez (*el Llarch de Copons*), era fuerte, de seis batallones, que ocupaban la parte más fértil de Cataluña, las llanuras de Tarragona.

La reserva, compuesta de seis batallones al mando del brigadier Brujó, se hallaba parte en Berga y parte en Vich y en Gerona, donde se instruían los reclutas.

Todas las fuerzas carlistas consistían en 21 batallones. Dos, a las órdenes de Tell de Mondedeu, habían sido en parte destruidos y en parte hechos prisioneros y el Conde de España no los volvió a organizar.

La artillería era escasa; aparte de las baterías de Berga, San Lorenzo y el fuerte del Santuario, sólo había ocho baterías de campaña, dos morteros de siete pulgadas, cuatro obuses de cuatro y dos de doce libras, en bronce.

Estos cañones, desmontados, se transportaban a lomo. Estaban encargadas de este servicio dos compañías mandadas por un viejo leniente coronel.

Se instaló una fundición en un lugar oculto en la montaña y de allí salían los cañones, que se trasladaban en Berga. Más tarde se organizó una compañía de zapadores.

Formaban la caballería 200 plazas, mandadas por el coronel Camps; tanto los soldados como su jefe eran de lo más ridículo que he visto en la vida.

Sobre todo el coronel era una mezcla de la fanfarronería española y de lo que los ingleses designan con la palabra *hombug*.

Su sable estaba formado con dos hojas soldadas una contra otra, porque pretendía que una sola era demasiado ligera para su mano.

Una vez nos refirió, con su sangre fría imperturbable, que en una refriega había repartido tantos sablazos que su mano se había quedado pegada a la guarda del sable y que tuvo necesidad de meterla en agua caliente para poderla despegar.

Además de estos 200 jinetes de apariencia tan pintoresca tuvimos entre nosotros durante algún tiempo dos hermosos escuadrones del regimiento de Tortosa, mandados por Beltrán, que Cabrera había enviado al Conde de España.

Fácilmente se comprenderá que era difícil la lucha, disponiendo de medios tan deficientes, contra las fuerzas superiores del enemigo y contra las decepciones de todos los días que hacían fracasar los planes mejor combinados.

¿Quién negará su admiración al noble anciano que acometió una empresa tan difícil en tales circunstancias?

Y es indudable que la hubiera llevado a cabo gloriosamente sin los dos ignominiosos atentados que se perpetraron: la infame traición de Maroto y el asesinato de que fué víctima.

Porque, a pesar de los desastres de Guergué durante los últimos meses de 1837, que desmoralizaron completamente a Navarra, con dos generales como Cabrera en Aragón y el Conde de España en Cataluña, un jefe mediocre que no hubiera sido traidor hubiera bastado para tener en jaque a Espartero en el antiguo teatro de la guerra, mientras estos dos héroes devolvían al ejército carlista su antiguo prestigio y lo aumentaban.

## XI

Ejecuciones del Conde de España.—La señora de Mondedeu.—Carta a Cabrera.—Salida a campaña.—Requisiciones.—El párroco de Balserey.—El Tribunal de Justicia en Caserras.—Expedición cerca de Cardona.—Marco del Pont.—Cuartel general en el priorato de Puigreig.—Destrucción de edificios junto a Berga.—Expedición a orillas del Segre y al valle de Arán.—La República de Andorra.—Tomà de Viella.—Combate del puerto de Escaló.—Retirada hasta Oliana.—Mi salida del ejército de Cataluña y mi viaje hasta Perpiñán.—Noticia sobre el asesinato del Conde de España.

(Fin de septiembre de 1838 hasta 1839)

La vida en el cuartel general del Conde de España era bastante monótona, aunque la actividad de su espíritu dejaba a los demás tan poco reposo como a sí mismo.

Una vez acostumbrado a sus genialidades, se vivía bien junto a este noble anciano, porque bajo una capa de severidad ocultaba un corazón generoso.

Se había impuesto la costumbre de reprimir todo sentimiento de ternura, que consideraba como una debilidad.

De esta lucha continua entre su bondad innata y lo que miraba como un deber nacían las contradicciones, que, más de una vez, fueron mal interpretadas por los extranjeros.

Así sucedía en ocasiones que, después de emplear medios de suavidad, tenía arranques de rigor que contrastaban con aquéllos.

Se ha cacareado la crueldad del Conde de España y hasta muchos realistas se han lamentado de ella, convencidos firmemente de que nuestra santa y justa causa sufría menoscabo con tales ho-

rros. He tenido ocasión de oírlo con frecuencia y de leer periódicos que trataban al Conde de monstruo, de fiera, de tigre; este último epíteto (el ex Conde de España, ese tigre gabacho) se le prodigaba de tal manera que, habiendo visto el Conde que *El Eco del Comercio* trataba de tigre a *Palillos*, dijo sonriendo:

—Esto es una usurpación; el tigre legítimo soy yo.

No sería difícil descubrir la fuente de estas diatribas, que la prensa liberal de Europa ha repetido hasta la saciedad, contra todas las personas que ocupan puestos preeminentes, sobre todo cuando son el instrumento de una justicia severa.

Conozco que mi condición de carlista me hará pasar por sospechoso, pero nadie podrá negar que mi juicio es independiente.

He visto muchas veces al Conde de España inexorable, principalmente tratándose de castigar el bandolerismo, la insubordinación, la cobardía, la deserción, pero nunca lo he encontrado injusto ni arbitrario.

Inmutable en sus convicciones, ninguna consideración, ningún riesgo influía en su ánimo cuando se trataba de algo que consideraba como un deber.

Castigaba más duramente a los oficiales que a los soldados y su rigor aumentaba según el rango del culpable.

Daba a sus juicios la mayor publicidad para impresionar a las masas con el ejemplo.

No había apelación contra las sentencias que hacía públicas, pero sólo las daba después de una reflexión prolija; entonces las pronunciaba con voz alta y firme y la ejecución era inmediata.

Pocos días después de mi llegada a Caserras asistí a dos ejecuciones.

Algunos paisanos vinieron a quejarse de que unos enmascarados, que sospechaban ser oficiales carlistas, andaban merodeando por las casas de campo, ataban a un árbol a los propietarios y les robaban con amenazas.

El general montó en cólera y juró por nuestra Señora de Montserrat hacer una justicia ejemplar.

Dió órdenes secretas al Jefe de los miñones para que tomase 22 números y buscase a los culpables.

Cuando salieron los miñones quedó más tranquilo, pero en un estado de irritación que nadie se atrevía a hablarle.

Dos días después los miñones volvieron trayendo tres oficiales: uno era ayudante de Tristany y los otros dos tenientes de la partida.

Ya el Conde de España los había enviado a un depósito para vigilarlos.

Se formó un Consejo de guerra, fueron interrogados, convictos y condenados. El Conde les envió un confesor y los fusiló a la mañana siguiente en presencia de todas las tropas; él mismo asistió a la ejecución con su Estado Mayor y todo su cuarto militar.

Cuando llegó el momento dirigió una corta alocución a las tropas condenando el crimen y ordenó el fuego.

Cuando cayeron las víctimas se descubrió y, volviéndose a su séquito, exclamó:

—Señores, recemos por el alma de los muertos.

Todo aquel día guardó un silencio sombrío; lo vi sentado en un rincón de la cocina junto al fuego con los ojos llenos de lágrimas, y le oí murmurar:

—¡Todavía otros tres!

Algunos días después trajeron al campo uno de los merodeadores que se quedó rezagado y que había cometido algunos hurtos.

Se le encontraron dos cuchillos, uno de ellos endentado.

Cuando el Conde vió esta arma prohibida tuvo un acceso de furor.

Mondó tocar generala, la guarnición formó el cuadro, se puso en él al desgraciado poseedor del cuchillo con el arma en la boca por mordaza y fué condenado a pasar por baquetas diez veces.

A las dos primeras vueltas cayó a tierra medio muerto; el Conde mandó que lo cuidase un cirujano y, cuando se restableció un poco, lo fusiló.

Pero basta ya de estas escenas de crueldad que recuerdo con repugnancia; volvamos a otros temas de más suavidad y de mayor agrado.

Cuando se rindió la guarnición de Solsona su comandante, el coronel Mondedeu, fué hecho prisionero y encerrado en el castillo de Barcelona.

Se trataba de hacer un canje de prisioneros cuando la mujer de Mondedeu vino a echarse a los pies del Conde de España, suplicándole que su marido fuera incluido en el canje.

Era una portuguesa que apenas tenía dieciséis años, de facciones árabes y de ojos brillantes; sus formas delicadas, su juventud, las lágrimas que derramaba a los pies del general la rodeaban de un encanto irresistible.

El Conde estaba tan emocionado como indeciso; la consolaba

con palabras amables, pero ella se negaba a levantarse mientras no hubiera obtenido su palabra de caballero, que el Conde rehusaba dar, con gran dulzura.

Emocionado yo por aquella escena me atreví a intervenir dando el nombre de un coronel cristino, prisionero en Caralps, que podía ser canjeado por Mondedeu; pero una severa mirada del Conde me hizo enmudecer.

Llenó de finezas a la joven esposa, la invitó a comer, le ofreció el brazo para llevarla a la mesa, le sirvió él mismo los mejores manjares, según la galantería francesa, pero siguió inexorable.

En cuanto iniciaba la conversación de su marido interrumpía el Conde:

—Por favor, señora, evítame el dolor de insistir en mi negativa.

Cuando se marchó me declaró el Conde que había sufrido horriblemente:

—No podía concederle esta gracia —añadió— porque, una vez en libertad Mondedeu, me hubiera visto obligado a juzgarlo ante un Consejo de guerra, que lo hubiera mandado fusilar por su conducta miserable en Solsona.

Lo mejor que le podía suceder era seguir prisionero, pero yo no se lo podía decir a su mujer (1).

La victoria de Maella sobre Pardiñas, la toma de Caspe y el haberse levantado el sitio de Morella habían dado a Cabrera tanta preponderancia que el Conde de España alimentaba el deseo de emprender con él una operación de conjunto. Lejos de experimentar la envidia, frecuente entre los generales españoles, recibía siempre con satisfacción la noticia de las victorias del joven caudillo.

A fines de octubre le envió un oficial para convenir con él una reunión de los dos cuerpos de tropas y pedirle una entrevista. He aquí los términos en que escribió a Cabrera:

“Cuento tantos años de general como V. E. de existencia; esto no será obstáculo para que yo ponga con alegría mis tropas a las órdenes de un general victorioso que la Providencia parece haber elegido como instrumento para la ejecución de sus designios.”

Dos planes detallados del Conde de España, que más tarde entregó a Rahden, acompañaban a esta carta. En el primero dos divisiones de Cabrera debían pasar el Ebro cerca de Flix, volver a la

(1) Mondedeu fué canjeado por Cabrera y el Conde no lo reclamó.

izquierda hacia Lérida y conjuntamente con una división catalana, puesta sobre las alturas que dominan el Segre y el Noguera-Ribagorzana, entrar en Aragón y abrir una comunicación con Navarra.

El ejército enemigo de Van Meer, el único disponible en aquel momento, se vería obligado a contener esta marcha y entonces el Conde de España con tres divisiones se arrojaría sobre él.

El segundo proyecto estaba quizá mejor calculado en orden al interés de las operaciones de Cataluña.

Cabrera debía pasar el Ebro por Cherta o por Mora de Ebro, lanzarse sobre Reus, una de las ciudades más ricas de la costa, que no estaba fortificada, reunirse allí con la división de Ibáñez y operar en las llanuras de Tarragona.

Antes de que Van Meer viniera en auxilio de Reus debían apoderarse de los más ricos capitalistas como rehenes y de todas las municiones de guerra que se encontrasen en el país.

Por su parte, el Conde de España debía atacar a Van Meer con sus fuerzas para estorbar el socorro de Reus.

La ejecución de estos planes ha fracasado, tal vez por causa de la repugnancia que sentía Cabrera a pasar el Ebro con sus tropas. Cabrera tenía puesta la vista en Madrid, el corazón de la Monarquía, y sólo al fin de la lucha, cuando se vió acuciado por la necesidad, se internó en Cataluña.

Se acercaba el otoño y con él el momento elegido por el Conde de España para comenzar las hostilidades, pero faltaba dinero. El Conde no se arredró por esta consideración; pidió al intendente la suma que necesitaba y éste se la prometió.

El coronel Camps recibió la orden de destacar a un oficial que conocía bien el país con algunos jinetes llevando órdenes secretas, y nada se supo de ellos en diez días.

Cuando se cumplía el oncenavo volvió a Caserras trayendo con él dos caballeros muy ricos, a quienes había secuestrado en su palacio, cerca de Zaragoza, es decir, a más de sesenta leguas de Caserras, en medio de un país ocupado por el enemigo.

Estos dos prisioneros, Pitarque y Peralta, eran dos sujetos pacíficos que no se inclinaban a ningún partido; fueron recibidos con finura por el general, que puso su mesa a su disposición y les señaló dos millones para su servicio y vigilancia.

Cuando preguntaron la causa de su detención los envió al intendente, añadiendo algunas palabras que revelaban su disgusto sobre las privaciones del ejército y la fuerza de las circunstancias,

Presentados ante el intendente, éste les declaró que serían puestos en libertad mediante una suma de 10.000 piastras (unos 50.400 francos), que debían entregar a título de préstamo contra un recibo reembolsable al final de la guerra.

Los aragoneses se sometieron a su triste suerte, sabiendo que era inevitable, y firmaron letras sobre Barcelona, pagaderas en Francia a personas de confianza.

Este asunto exigió algunas semanas, que pasaron en el cuartel general. Habían aceptado el hecho con resignación; comían frecuentemente con el Conde, sin quejarse de la manera un poco extraña con que habían cubierto aquel empréstito.

El Conde de España era inagotable en recursos de este género, lamentando tener que echar mano de ellos, ya que veía el lado desfavorable.

Decía, para excusarse, que prefería robar por sí mismo a fin de atender a las necesidades del ejército a que robasen los soldados, y que valía más exigir empréstitos forzosos a los ricos a llevarse un rebaño del último pueblo de la montaña.

Sentía un verdadero placer en acechar a ciertos eclesiásticos que, amparándose en las plazas enemigas, eludían el pago de los diezmos que el Papa había ordenado entregar en las cajas reales.

España estaba en acecho y se dedicaba a cazarlos. Ideaba toda clase de estratagemas para apoderarse de ellos, y cuando alguno caía en sus manos no lo soltaba sin que hubiera pagado hasta el último maravedí de su deuda y aun añadía una gratificación para sus soldados.

Recuerdo el párroco de Balsereny, una de las víctimas de este género.

Este eclesiástico se contaba seguro con la protección de la guarnición de su pueblo y hacía varios años que no pagaba el diezmo.

Un día cometió la imprudencia de ir a una parroquia de las cercanías, donde se celebraban las fiestas del patrono de la iglesia.

Cuando los convidados estaban sentados a la mesa un destacamento de caballería rodeó la casa y detuvo al desgraciado cura de Balsereny, que fué conducido a Caserras.

El Conde lo trató con mucho miramiento y le manifestó que, tratándose de un delito que no era de su competencia, iba a ser sometido a la decisión de un Tribunal eclesiástico.

El vicario general Sort y el canónigo Torrebadella, camaradas del general, condenaron a su recalcitrante compañero a pagar no

sólo las contribuciones atrasadas, sino una multa de 200 camisas y otros tantos morrales como castigo de su negligencia.

El Conde de España no paró ahí en su venganza. Cuando el párroco volvió a su casa después de saldar su cuenta, hizo el Conde insertar en *El Restaurador Catalán*, antes el *Joven Observador*, periódico de Berga, la noticia de que el cura de Balsereny, a pesar de vivir entre los rebeldes, había venido voluntariamente al cuartel general para pagar sus contribuciones y ofrecer un donativo al ejército carlista con el fin de demostrar su devoción a la causa del Rey.

Algunas personas hicieron observar al Conde que este artículo podía traer consecuencias desagradables para el cura si lo leían los cristinos; el Conde respondió que un sacerdote revolucionario era un loco o un monstruo que no merecía piedad.

El 4 de noviembre, aniversario del nacimiento del Rey, se fijó para nuestra marcha. Unos días antes se recibió la noticia del casamiento de este Príncipe con la Princesa de Beira, que tuvo lugar en Azcoitia el 20 de octubre de 1838, y el Conde hizo cantar un *Te Deum* y organizó una parada para celebrar el feliz suceso. Aprovechó esta ocasión para conceder el indulto de los presos que llenaban las cárceles de Berga y de Caserras.

Enemigo de todo procedimiento largo, una buena mañana hizo salir a los delincuentes bajo escolta y los alineó en dos filas; eran ciento cincuenta y seis.

Rodeado de su Estado Mayor iba preguntando a todos, uno a uno, y en cinco minutos acabó el interrogatorio y el juicio.

Gran parte de estos prisioneros eran alcaldes y paisanos que no habían pagado las contribuciones. Había también algunos ancianos que apenas podían andar y mujeres de libre condición que ejercían su oficio en Caserras y Berga, sin licencia; el Conde los soltó a todos después de una reprimenda.

Entre ellos se hallaba un anciano de noventa años acusado de espionaje.

—Padre —le dijo—, estáis demasiado próximo a la tumba para andar metido en esos trotes que os hacen culpable; más os vale volver a casa y rezar.

Después le dió algunas monedas.

Dos muchachos a quienes sorprendió en malos pasos que no pudieron justificar, y que infundieron sospechas de espionaje, y

algunos guardias nacionales fueron enviados a Caralps para poderlos canjear oportunamente.

Tres arrieros que habían desertado con sus mulas cargadas de municiones de guerra fueron condenados a recibir cien palos, y se cumplió la sentencia en el acto.

También había entre los prisioneros algunas mujeres de mala vida; ordenó que se les afeitara la cabeza, que era el castigo corriente de estas desgraciadas en España, y que las sacasen fuera de las avanzadas.

Llegó el turno a tres paisanos, uno de ellos cretino; eran del valle de Camprodón y habían asesinado a un oficial superior y a su criado, a quienes iban sirviendo de guías para pasar la frontera.

Convictos de su crimen y condenados a muerte, se había aplazado su ejecución.

El Conde mandó que les colgasen en la espalda un letrero con la palabra "asesino", les hizo desfilar ante las tropas y fueron fusilados allí mismo.

Este juicio singular no había durado más que dos horas, y las prisiones quedaron vacías. No se puede formar idea del humilde estado de estas gentes: escuálidos, pálidos, decaídos y llenos de miseria; estaban cubiertos de andrajos y aun a muchos hubiera venido bien la hoja de parra del paraíso. Jamás he visto cuadro semejante.

El 4 de noviembre salió el Conde de Caserras, acompañado solamente de su Estado Mayor y de los niños.

Yo estaba contento de dejar esta vida monótona, aunque activa, del cuartel general.

Anduvimos tres horas a través de la llanura; después pasamos una garganta estrecha y un pueblo grande, situado sobre una eminencia, llamado Montclar. Al anochecer llegamos a un largo valle donde encontramos seis batallones, cinco piezas de campaña y ciento veinte caballos que vivaqueaban.

El Conde estableció su cuartel general en una venta aislada en medio del valle. Las tropas encendieron grandes fogatas en las alturas e hicieron su rancho en las marmitas de hierro blanco que el Conde había mandado distribuir, una para cada 12 hombres.

La ración consistía en pan, tocino, arroz, patatas y sal y era buena y suficiente. Las marmitas fueron de gran utilidad, ya que antes de tenerlas los soldados las robaban o las pedían prestadas a los aldeanos y esto era origen de muchos desórdenes.

Al día siguiente no levantamos el campo hasta las siete, ya que el Conde no quería aventurarse por caminos difíciles en terreno enemigo durante la obscuridad.

Atravesamos una rica vega cruzada por varias acequias de riego, donde se asientan Gargallá y Sorba, y marchamos siguiendo las orillas del Ayguadora.

Luego divisamos Cardona en el extremo del valle sobre una altura a legua y media de distancia.

Al cabo de una marcha de cuatro horas y media alcanzamos los bordes del Cardoner y tomamos posiciones al otro lado del puente de Golorons.

A nuestra izquierda estaba el pueblo de Clariana y ante nosotros la carretera de Cardona a Solsona.

Aquí se nos hizo saber que se trataba de atacar a una columna enemiga encargada de custodiar un convoy importante que iba a abastecer esta última ciudad.

Debía pasar necesariamente por la carretera donde la esperaban las divisiones de Ibáñez y de Porredón, a quienes el Conde había ordenado ocupar la sierra de Bergús, desde la cual se dominan los barrancos por donde serpentea la calzada. También podía venir por un camino que sale al puente de Golorons, donde estábamos nosotros, en cuyo caso no podía escapar ni un solo hombre.

Al otro lado del puente el terreno se eleva escalonado en terraza hasta el castillo. En estas terrazas había un gran número de barracas que habían servido con anterioridad a las guerrillas y que fueron ocupadas por una parte de nuestros soldados.

El general mandó emplazar nuestras cinco piezas en una altura que domina el puente; en una pequeña construcción que se alzaba en medio de esta altura se colocó el Conde con su séquito.

Por la noche oímos del lado de la carretera el ruido de un tiro continuo, lo que nos dió la certidumbre de que las dos divisiones estaban en sus puestos.

Sin embargo, el Conde suponía que el enemigo, no queriendo aventurarse por los desfiladeros, hubiera retrocedido ante el ataque para seguir el camino que lo hubiera traído a nuestro puesto aquella misma noche o la mañana siguiente.

En esta suposición no abandonamos nuestra posición, por desgracia.

Si hubiéramos avanzado hacia la calzada, esta columna fuerte, de 8.000 hombres, atacada por todas partes, habría sido destruída

indefectiblemente; el convoy habría caído en nuestro poder y Solsona se habría visto precisada a capitular.

No quiero enjuiciar con esto a mi digno jefe; no hago sino hacerme eco de la opinión que él mismo emitió más tarde.

A las dos de la mañana recibimos la noticia de que Porredón e Ibáñez habían hostigado al enemigo durante varias horas causándole muchos daños, sin que hubieran podido impedir que el convoy penetrase en Solsona.

Nuestras divisiones habían perseguido a la columna enemiga mandada por Van Meer en persona, hasta los muros de Solsona y habían tomado posiciones sobre una altura cerca del pueblo de Clariana, a una legua de la ciudad.

El principal objeto de la expedición había fallado; quedaba la esperanza de derrotar al enemigo a su vuelta cuando se internase en los desfiladeros.

También es probable que el Conde hubiera querido cerciorarse de la obediencia de los cabecillas y de la exactitud con que cumplían sus órdenes de concentrarse en un punto lejano en una fecha determinada.

Sus predecesores no lo habían conseguido nunca.

A las diez dejamos el vivac; pasamos el puente de Golorons, subimos una pendiente escarpada y pasando a la vista de Solsona, ante la rectoría de Riner, fuimos a acampar en una explanada rodeada de árboles que la naturaleza parecía haber dispuesto expresamente para ello.

El castillo de Martiñá, con sus vastas dependencias, sirvió de alojamiento al Conde y a su séquito.

La mitad del bosque que lo rodeaba fué devastado en poco tiempo por los zapadores y sirvió para hacer fuego donde se calentasen los soldados.

Al Conde le gustaba, cuando lo permitía el tiempo, hacer vivaquear a las tropas; él se veía obligado a ponerse a cubierto por su reumatismo y el temor a un ataque de gota.

Ibáñez y Porredón llegaron al castillo a las siete de la mañana.

El Conde los abrazó tiernamente y elogió su exactitud.

Era curioso ver el respeto y la atención con que Ibáñez escuchaba al general: su gran estatura formaba contraste con la figura corta y gruesa de Porredón, cuyos pequeños ojos, siempre en movimiento, denotaban desconfianza.

Ibáñez estaba acompañado de dos ayudantes tan altos como

él y con Porredón sus tres hijos; tres mocetones tan pesados y tan rojos como su padre, que contrastaban con el color moreno de los españoles.

Después de un ligero desayuno, durante el cual hubo una conmovedora escena entre Porredón y yo (mis lectores se acordarán de Barbastro y de la batalla de Guisona), reanudamos la marcha.

En Freixinet, a una legua del vivac, encontramos la caballería acampada en una explanada; en Sú, un poblado situado dos leguas más lejos, vimos los heridos del día anterior.

Tres cuartos de hora después nos reunimos a las tropas de ambos jefes, compuestas de nueve batallones y 40 caballos, 5.000 hombres en total, poco más o menos.

Los batallones de Ibáñez eran mucho más fuertes que los de Porredón.

Por la noche llegamos a Torres de Bergús o Vergos, en la sierra de Boxadera, a media legua de Cardona, el punto más fuerte de Cataluña. Asentado sobre una cima aislada, Cardona domina todo el país y es la llave de aquella cadena de montañas.

Las minas de sal que por su riqueza y su calidad pueden ser comparadas a las de Wieliczka, en la Galitzia austriaca, están bajo el tiro de los cañones de la ciudad.

Mirábamos con envidia aquel hermoso castillo, obra maestra de arquitectura militar, la posición más importante que poseía el enemigo en un país sometido casi enteramente a las armas realistas.

Cardona era inexpugnable; los franceses no pudieron tomarlo nunca y, cuando la guerra de Sucesión, la bandera de Austria no cedió su puesto a la de Felipe V hasta después de haberse firmado el Tratado de Utrech.

Nuestro jefe de Estado Mayor, el coronel Pérez Dávila, que había sido comandante de Cardona en tiempo de Fernando VII, estaba dibujando el plano de esta fortaleza cuando llegó un destacamento de caballería de Cabrera, escoltando a tres individuos montados en mulas.

Uno de ellos, anciano de cerca de setenta años, iba sentado al uso de los moros, con las piernas cruzadas sobre una silla muy alta a manera de cojín; se llamaba Marco del Pont, era consejero de Estado y había sido ministro de Hacienda; venía del islote de Plana o de Tabarca, cerca de Alicante, donde vivía oculto desde el principio de la guerra y se dirigía al Cuartel Real.

Me aseguraron que era un hombre honrado y que había sacrifi-

cado gran parte de su fortuna en provecho del Rey y de la Familia Real.

Yo no lo vi más que durante dos días, pero recuerdo haberle oído presumir de que iban a cambiar mucho las cosas en cuanto él llegase al Cuartel Real.

El tiempo ha demostrado que no ha podido conseguir más que los otros (1).

La correspondencia del Rey con Arias Teijeiro, cuando este ex ministro se encontraba en el cuartel general de Cabrera, pasó por manos de Marco del Pont; y ya se sabe cuántas animosidades produjo esta correspondencia cogida por Espartero y enviada a Maroto.

Por la noche los zapadores construyeron barracas y las tropas vivaquearon en una ladera frente a Cardona.

Centenares de fuegos alumbraban el campo y dos cañonazos de la ciudadela anunciaron nuestra presencia a las guarniciones enemigas próximas; oímos que Sampedor y Manresa contestaban en la lejanía.

Un cielo estrellado cubría aquel admirable paisaje; al fondo, en el horizonte, las crestas perfiladas de Montserrat parecían un gigante dominando la montaña y las sierras de su alrededor.

Las tropas se alinearon ante el vivac, sonaron los tambores, las bandas de música dejaron oír sus más bellas armonías; entonces el general avanzó con la cabeza descubierta y dijo con voz sonora:

—¡Catalanes, invoquemos a la patrona del país, Nuestra Señora de Montserrat!

No se puede describir la solemnidad de aquel espectáculo.

Casi al mismo tiempo, sobre las alturas que limitaban el horizonte, entre Adraill y Suria, aparecieron numerosas líneas de fuego: eran las señales de los somatenes que, armados de escopetas, carabinas, de lanzas y de hoces, respondían, en número de 2.000 hombres a la voz de un viejo venerable, el brigadier Samsó, y se reunían en dirección opuesta a la nuestra para oponerse a la retirada del enemigo y cortar las comunicaciones entre Cardona y Manresa.

Supimos por algunos partes interceptados de Van Meer que un

(1) En la capilla del château de Pimpéan (Maine-et-Loire), antiguo departamento de Anjou, delante del altar mayor hay dos inscripciones sepulcrales: una de ellas de Tomás René Gendron, y la otra de don José Marco del Pont, *ministre et compagnon d'exil de don Carlos, Juin, 1848.*

cuerpo considerable de tropas iba a salir de las llanuras de Barcelona para traer a Cardona las piezas destinadas a servir en las próximas operaciones, pasando por Sampedor y Suria.

Todo los días llegaban desertores a nuestras avanzadas; un destacamento entero, de 18 hombres, con un suboficial del regimiento de Albuera se presentó con armas y bagajes.

Hay que decir, en alabanza de las tropas reales, que durante los cinco días que permanecimos ante Cardona en contacto incesante con el enemigo no desertó un solo hombre, mientras que se presentaron en nuestras filas 80 soldados del campo contrario.

Entre ellos había ingleses, franceses, alemanes, italianos, portugueses de la legión de cazadores de Oporto, que del servicio pedrista habían pasado al de los cristinos, y que se componía de aventureros de todos los países del mundo.

Fueron disueltos en seguida y participaron de la suerte de los cuerpos expedicionarios francés e inglés.

Su jefe, Borso di Carminati (fusilado en 1841 en Zaragoza como complicado en el levantamiento de O'Donnell), piamontés, y mezclado desde hacía veinte años en todos los manejos revolucionarios, era un aventurero, como sus soldados, pero tenía condiciones de buen militar.

El día 10 enviamos ocho compañías, 40 caballos y dos baterías de campo hasta los muros de Cardona. Nuestros tiros no fueron contestados al principio; pero, al cabo de un rato, la activa ciudadela lanzó un par de balas de 24 que dieron en la pared de una huerta donde estaban emplazados nuestros cañones. Las piedras de la tapia hirieron a algunos de nuestros artilleros.

Por fin se decidió la guarnición a hacer una salida, acaso para apoderarse de nuestras piezas, pues no podía ser otro el objeto. Díjome entonces el coronel Dávila, indicando a la puerta del castillo que se abría:

—Si yo fuera gobernador de Cardona, en vez de hacer una salida, me echaría a dormir.

El único resultado fué un tiroteo de fusil que duró hasta la noche y costó algunos muertos y heridos a ambas partes.

El 11 por la mañana supo el Conde que la columna enemiga había vuelto a Barcelona por Manresa a fin de evitar nuestro encuentro.

Nuestra esperanza de un combate próximo se disipó, con gran pena por nuestra parte.

Se dió la orden de marcha y, tres horas después, llegamos al lugar de Gargallá, donde hicimos alto.

Era domingo; las tropas formaron en cuadro, se puso un altar portátil en el centro y el vicario general celebró la misa. En seguida continuamos el camino hasta Canudas, granja situada a dos leguas de Berga, donde pasamos noche.

El 12 por la mañana atravesamos el valle del Llobregat y, dejando a la izquierda a Berga y Caserras, llegamos por la tarde a Puigreig.

El general se alojó en las espaciosas construcciones del priorato de Malta, donde se cobijaron también los miñones y el Estado Mayor.

Seis batallones construyeron barracas en el largo valle que se extiende de Puigreig a Balsereny.

Formaban estas barracas dos calles largas y dos plazas y, vistas desde el balcón del Priorato, con sus techumbres cubiertas de ramas de pino, ofrecían un aspecto pintoresco.

El Conde estaba persuadido de que el enemigo intentaría un ataque sobre Berga y por eso tomó la posición de Puigreig, que domina la llanura de Llobregat y asegura la carretera de Balsereny a Berga.

La primera división, al mando de Porredón, fué colocada en Gironella, a tres leguas de Berga; Ibáñez con sus seis batallones se acantonó en Caserras.

La escasez de caballos hacía que el Conde tuviera un cuidado especial de la caballería, que no vivaqueaba nunca, y fué alojada en el mismo pueblo de Puigreig.

La concentración de un número tan considerable de fuerzas hubiera sido magnífica si no ensombrecieran el cuadro las ruinas de las cercanías de Berga.

El Conde había juzgado necesario mandar demoler todas las construcciones próximas a la ciudad para que no sirvieran de refugio al enemigo durante la estación avanzada.

Esta medida rigurosa, justificada por la necesidad, había sumido en la miseria a numerosas familias, que veían con desesperación la destrucción de sus hermosas y sólidas casas seculares.

Jamás olvidaré el aspecto de estos pobres aldeanos que con las lágrimas en los ojos suplicaban al general que perdonase sus casas.

—Somos tan fieles carlistas como vucencia —decía uno que tomó la palabra—. He nacido en esta casa que fué de mis padres

y de mis abuelos y en ella han nacido mis cuatro hijos, de los cuales dos han muerto al servicio del Rey y los otros dos sirven todavía en las filas carlistas. Si el enemigo viniera a alojarse en ella para asediar a Berga, yo le pondría fuego con mis propias manos; pero vucencia no puede arruinar una mansión carlista, que debe ser suagrada para vucencia, y cometerá un sacrilegio si pone en ella las manos, sacrilegio que atraerá un castigo del cielo.

Estas palabras, que parecían proféticas, arrojadas con aplomo y firmeza por un anciano sin miedo y sin tacha a la cara de un hombre tan temido como el Conde de España, nos emocionaron profundamente; pero a él no le causaron efecto alguno y la orden no fué revocada.

He asistido a la muerte de muchos hombres en el campo de batalla; he presenciado escenas de crueldad inherentes a la guerra, pero ninguno de estos tristes recuerdos ha impresionado tanto mi memoria como el que acabo de trazar.

Llevábamos varios días en el priorato cuando una noche vinieron a buscar al general. Habló durante largo rato con un arriero viejo, que era nuestro mejor espía; le entregó veinticinco onzas de oro, y mandó a buscar, con un ayudante, al brigadier Brujó, que estaba en Vich con la reserva.

A la mañana siguiente llegó Brujó, a quien el Conde dió orden de trasladarse a Aviá, a un cuarto de legua de Berga.

También ordenó que saliera de la ciudad toda la guarnición, sin exceptuar persona, desde el gobernador Pons hasta el último tambor, de modo que en una hora no quedó un solo soldado en ella.

Cuando las tropas estuvieron formadas en los glasis, el Conde de España, rodeado de todos sus oficiales, mandó al coronel Pons que entregase las llaves de la fortaleza al jefe de Estado Mayor, Dávila, y que fuese con sus tropas a Puigreig.

Diez minutos después el coronel Brujó, al frente de sus tres batallones, entraba en Berga en calidad de gobernador (1).

Le fué agregado, en calidad de segundo comandante, un viejo caballero de una de las más ilustres familias de Cataluña, cuyos

(1) Nunca se ha sabido la causa de esta rápida decisión, pero se puede presumir que el general tenía sospechas de que alguien estaba en inteligencia con el enemigo y que estas sospechas, demasiado vagas para permitir el castigo de los culpables, exigían su alejamiento de una plaza tan importante. (N. de L.)

apellidos y títulos son tan numerosos que me recuerdan al hotelero del *Quijote*, que no tenía sitio para albergar a tanta gente.

Don José de Aymerich de Cruilles y Monistrol, etc., etc., pertenecía a esa raza enfática que va escaseando hasta en España, de la que quedan algunos ejemplares en Portugal y en Irlanda, donde todo hombre distinguido cuenta entre sus antepasados a dos o tres Reyes cuando menos.

A pesar de sus gasconadas y de sus abuelos ilustres, no creyó deshonrarse sometiéndose al Convenio de Vergara y al Gobierno de Madrid, que le nombró en 1841 presidente de un Tribunal militar en Valencia.

En mi tiempo estaba casado aquel caballero, ya de edad madura, con una joven y bonita mujer que tenía la desgracia de ser tuerta.

Ella se consolaba diciendo que esto le hacía parecerse a la Princesa de Eboli, amiga de Felipe II, que figura con los dos ojos en todos los teatros de Alemania, y de la cual había yo visto un magnífico retrato en Guadalajara, en el palacio del Infantado.

En él está representada con una cinta de oro y pedrería que cubre el ojo izquierdo, que le falta, y va a perderse en los bucles de su hermosa cabellera negra, pasando por la frente.

Doña Encarnación (1) de Aymerich no llevaba semejante cinta, pero hacía un uso maravilloso de su único ojo, tanto que llegó a seducir a un joven y hermoso oficial, con el cual se ausentó de Berga durante ocho días.

El marido, que no pudo perseguir a los fugitivos, ocupado como estaba en sus funciones, se quejó amargamente al capitán general. El Conde, que había encontrado el cuartel general muy relajado de costumbres, era inexorable en casos parecidos y envió al pobre Celadón a pasar seis meses en el fuerte de San Lorenzo.

Para ejercitar a las compañías de zapadores y de cazadores de nueva creación el general hizo construir entre Puigreig y Caserras varios blocaos que se hacían rápidamente y se deshacían para para volverlos a armar en otro punto.

Un día íbamos a caballo a ver estas barracas o blocaos; el

(1) La mitad de las españolas llevan el nombre de María, añadiendo el nombre de una fiesta o una advocación de la Virgen; de ahí los nombres de Encarnación, Pilar, Concepción, Carmen; también he conocido Guadalupe y Montserrat. (N. de L.)

Conde echó pie a tierra y entró en una de ellas, poniendo millones a la puerta con orden de prohibir la entrada a todo el mundo.

Permaneció dentro mucho tiempo, durante el cual nosotros, que esperábamos a cierta distancia, hacíamos conjeturas acerca del caso. Salió, volvimos a la ciudad y no pudimos averiguar nada.

Sin embargo, una persona me aseguró haber visto salir de la misma barraca, al hacerse de noche, a un hombre envuelto en una capa que tomó la dirección de Balsereny.

Tengo motivos para sospechar que se trataba de un confidente que ocupaba un puesto importante entre los cristinos en Barcelona, pero que, en su corazón, continuaba siendo carlista; el Conde lo había enviado a Barcelona, donde permaneció mucho tiempo, y eligió aquel lugar para tener una conferencia con él y darle cuenta de su misión.

El hecho es que desde aquel día cesaron todos los preparativos de defensa en Berga y que Ibáñez volvió al poco tiempo con sus seis batallones a las llanuras de Tarragona.

Nosotros mismos, después de unos días de descanso, nos dirigimos por Montblanch hacia Hostal del Bisbe.

Tres batallones de vanguardia, mandados por el coronel Pons, iban a las órdenes inmediatas del general, que llevaba también consigo 70 caballos, cinco baterías y una compañía de zapadores.

Siguiendo a cierta distancia venía Porredón con la primera división.

Vivaqueamos aquella noche cerca del lugar de Navás. La disciplina, casi desconocida unos meses antes, hizo que ni un solo soldado pusiese los pies en el lugar.

El general se alojó en una casa de hijosdalgo. Esta familia, llamada Montanya, había dado un obispo y varios canónigos a Solsona; el hijo del viejo hidalgo, que era sacerdote y vivía retirado en casa de su padre, celebró la misa al día siguiente en una bonita capilla privada.

Nos volvimos a poner en marcha; atravesamos el puente de Olius, junto al cual había una fragua; después, un país montañoso, romántico y bien cultivado.

Franqueamos el Cardoner e hicimos alto al mediodía ante una casa dedicada a San Miguel; el propietario lleva este nombre y sobre la puerta se ve la imagen del arcángel de tamaño natural.

Después de comer pasamos un llano estéril, a tres cuartos de

legua de Solsona, cuyo fuerte avisó nuestra presencia con algunos disparos de cañón.

De allí nos dirigimos hacia el norte y descendimos al valle de Timoneda; seguimos durante una hora el curso del río Salado, cuyas aguas afluyen al Segre, y pasamos la noche a sus orillas.

Vivaqueamos en su ribera, junto a un molino solitario, el molino de Querol, cuyo ruido monótono nos sumió en dulce sueño.

Antes de dejarlo al día siguiente hicimos que los caballos bebieran en él, ya que sus aguas saladas son muy saludables.

Atravesamos el lugar de Suria, cuyas casas están desparramadas en un valle angosto.

La rectoría, construída sobre una altura, rodeada de murallas y de fosos, más parece un castillo que la pacífica mansión de un cura de pueblo.

Al extremo del valle pasamos bajo un pórtico natural de rocas y nos hallamos cerca del Segre.

Esta es la región más salvaje de Cataluña: a excepción de un oasis que hay cerca de Oliana, está inculta y es tan poco conocida de los habitantes de la costa como puede serlo la Laponia o la Siberia.

Después de tres horas de marcha llegamos a Oliana, pueblo bastante grande, situado en un valle de apariencia mucho más meridional: hermosas plantaciones de olivos, de naranjos y de morenas rodean el pueblo, cuyas casas están casi ocultas bajo los pámpanos y laureles.

Los árboles estaban cargados de fruta, a pesar de que era ya noviembre, y estábamos rodeados de montañas.

El Segre serpenteaba con tanta calma entre las verdes praderas que parecía olvidar que unas leguas más arriba estas mismas aguas, aquí tan tranquilas, eran un torrente impetuoso que se precipitaba con ruido atronador a través de los abismos, arrastrando en su caída árboles enteros y bloques de piedra.

Al otro lado del Segre, enfrente de Oliana, está el pueblecito de Peramola, cabeza de una antigua baronía de este nombre.

A poca distancia de Oliana el valle se cierra con una muralla de rocas amontonadas unas sobre otras que se elevan a gran altura, dejando una abertura estrecha por donde se escapan las aguas del Segre.

Sobre el punto más elevado de estas rocas, que caen a ploma-

da sobre la corriente y que parecen estar allí para protegerla, se eleva una ermita célebre en el país: Nuestra Señora de la Liebre.

Entre la roca y el río pasa un camino perpendicular a la ermita que conduce al valle de Urgel y a la República de Andorra.

El Segre (*Sicuris*) es el río sobre el que Aníbal construyó el primer puente; corre encajado entre enormes bloques de granito que a trechos forman arcos sobre las aguas, lo que hace que el sendero pase de una a otra orilla; otras veces se asienta sobre atrevidas arcadas de construcción romana, que se reconoce por las dimensiones colosales de las piedras.

Tres puentes hay sobre el Segre: el primero, conocido en el país con el nombre de "Puente de los Espías", consiste en un solo arco volado.

Refiere una antigua leyenda que los Condes de Barcelona, en guerra con Castilla, hicieron arrojar desde este puente hacia el abismo a los espías que intentaban introducirse en el país (1).

El segundo puente está a una legua del primero; se llama "Puente del Diablo" y se compone de dos puentes superpuestos; el que está debajo es peligroso y mal construído; el de encima es más sólido.

Dicen que el primero fué construído por el diablo y que arrojaba al abismo a los cristianos que se aventuraban a pasarlo.

Un piadoso ermitaño de Nuestra Señora de la Liebre alcanzó la gracia de que la Virgen construyera, el segundo, que es de una solidez que desafía los siglos.

Media legua más lejos se ven las imponentes ruinas del tercer puente y de la torre que lo defendía, que fueron destruídos durante la guerra de Sucesión.

Estas ruinas cierran el paso llamado "de los tres puentes", junto a la Seo de Urgel, en cuya entrada se lee esta inscripción:

*Philippus hispanus Convenarum episcopus* (2). La fecha está borrada.

Aquí y allá casas aisladas (*hostals*) construídas con trozos de granito están colgadas, como nidos de águila, sobre las rocas y sirven de refugio a los cazadores, a los arrieros y a los contrabandistas, que reciben de sus compadres de Francia y de Andorra las mercancías prohibidas, de las cuales inundan Aragón y Cataluña.

(1) Desde él fué precipitado el Conde de España a fin de octubre de 1839.

(2) Felipe de España, obispo de Comminges. (*N. de L.*)

Durante la última campaña estos *hostals* adquirieron cierta importancia; varios de ellos, convertidos en fuertes, sirvieron para defender los pasos y como puntos de apoyo de las guerrillas de ambos partidos y fueron testigos mudos de sangrientos combates.

Uno de ellos, llamado *Hostal des Esplovins*, sirvió de alojamiento al general y sus ayudantes.

Estaba situado en medio del paso; los miñones acamparon a su alrededor y las tropas ocuparon el lugar de Coll de Nargó, al otro lado.

Al mediodía del siguiente llegamos a Organyá, asiento principal de los carlistas de aquel país, protegida contra un golpe de mano por algunas obras de escasa importancia. Allí recibió el Conde a una diputación de la República de Andorra.

Los síndicos de los andorranos venían a dar sus excusas de las tendencias cristinas que habían demostrado en varias ocasiones, a pesar de sus deberes de neutralidad.

Andorra, la República más pequeña del mundo después de San Marino, se gloria de una existencia de millares de años y de haber sido reconocida por César, Carlomagno y Napoleón.

El obispo de Seo de Urgel es señor soberano de esta República, colocada bajo el patronato de los Reyes de Francia y de España, a los cuales paga un pequeño tributo.

La confirmación se hace en nombre de los Reyes de España por el capitán general de Cataluña, quien recibe el tributo al mismo tiempo; el prefecto del departamento de l'Ariège representa a Francia. Antes la representaba el gobernador de Languedoc.

El temor a la guarnición de Seo de Urgel había hecho que los andorranos dieran noticia a los cristinos cuando algunos oficiales carlistas venían de Francia para internarse en España, de modo que fué preciso mandar tropas a la frontera y enviar la correspondencia por la línea de Perpignan, más larga que la de Foix.

El general se aprovechó de su proximidad para amenazarles con devastar su valle y exigir una fuerte contribución si continuaban actuando de modo contrario a la neutralidad.

El Conde les echó una buena reprimenda, que terminó diciendo:

—Si no os portáis mejor en lo sucesivo, os cortaré la cabeza sin pedir permiso a vuestro cosoberano el Rey de los franceses, el muy amado primo y amigo del Rey mi señor.

Ellos hicieron protestas de arrepentimiento y por la noche muchos alcaldes, ocultos en el monte, vinieron a testimoniar su adhe-

sión a la causa real y pidieron al capitán general la confirmación de sus privilegios.

Fueron recibidos amablemente por el Conde, quien conversó con ellos en catalán, que hablaba perfectamente, y era un medio de hacerse popular que ninguno de sus predecesores poseía.

Durante la inspección que el Conde hacía todas las noches, algunos soldados se quejaron de la mala calidad del pan y mostraron algunos trozos.

Hizo llamar al comisario y al panadero del batallón y les impuso el castigo de comer cuatro libras de este pan a cada uno en el espacio de una hora, con un miñón al lado para hacer cumplir la sentencia.

Las lamentaciones y los gestos de los culpables mientras tragaban aquella pasta indigesta eran verdaderamente cómicos.

El comisario pedía por favor que se le conmutase el castigo por una multa, y el panadero prefería los palos.

El Conde les dijo que podían conseguir ambas cosas, pero que, por de pronto, era preciso que comieran el pan.

Aquellos pobres diablos tuvieron que apurar el cáfiz hasta las heces, y cogieron una enfermedad, pero los soldados de todos los batallones testimoniaron su alegría por este acto de justicia.

El 1 de diciembre abandonamos Organyá y pasamos al pie de un pico, donde se eleva la ermita de Santa Fe.

Después de cinco cuartos de hora de marcha almorzamos en la rectoría de Cabó.

Aquí se acaba la vegetación; masas rocosas amontonadas cubren un valle de más de una legua de largo, encajonado entre cortes perpendiculares; una senda estrecha va serpenteando entre estas masas negras.

Tuvimos que echar pie a tierra y caminar uno a uno con los caballos de la brida.

Las mulas iban sueltas, delante de todos; es admirable la seguridad de estos animales, superior a la de los caballos; no pisan con firmeza, sino después de tantear el terreno y asegurarse de su solidez.

Estábamos a una altura de 500 pies cuando el lebrél del Conde dió un salto repentino entre las patas de un mulo cargado con un cañón; el pobre animal se asustó, dió un paso en falso y rodó en el abismo.

El cañón fué rebotando de roca en roca y llegó el primero al

fondo del precipicio; el mulo cayó tras él y quedó con las patas dobladas.

Todos lo creímos perdido, pero su dueño quiso cerciorarse de su estado y se deslizó agarrándose a los salientes de las rocas y a las matas; algunos artilleros siguieron su ejemplo, llegaron adonde estaba el pobre mulo, consiguieron levantarlo y vimos con asombro que pudo volver con el cañón encima. Pronto se reunió a los demás sin más accidente que algunas rozaduras.

El caballo de un lancero, que cayó del mismo modo un poco después, llegó muerto al fondo del precipicio con los huesos quebrados y lleno de horribles heridas.

Su desconsolado jinete cargó sobre un asno que se procuró en un pueblo próximo, las herraduras, la brida y la silla.

Llegamos a la altura que forma una meseta bastante extensa y se concedió una hora de descanso.

Yo tenía la costumbre de llevar siempre conmigo un cuaderno en el que anotaba mis observaciones y mis impresiones del momento.

Habiendo perdido varias veces mi equipaje, del que en ocasiones se apoderó el enemigo, no me ha quedado más que este pequeño diario, sin el cual me sería imposible ordenar mis recuerdos.

En él he encontrado las siguientes notas, escritas a lápiz:

“Después de trepar durante hora y media por un sendero casi perpendicular, dominamos el pico más elevado del primer plano de los Pirineos; descansamos a una altura de 2.000 pies sobre el valle donde veíamos los caballos del tamaño de una hormiga; en el horizonte se dibujan la gran cadena de nieves perpetuas y el pico de Midi”.

Las tropas anduvieron una hora más hasta acantonarse en Taús, pueblo importante, cuyos habitantes varones habían huído a nuestra aproximación; sólo quedaron las mujeres, los niños y los cretinos, que son en tanto número como en el Valais.

El día siguiente continuamos subiendo por caminos imposibles hasta llegar a la región de las nieves.

Vimos de lejos, a una gran profundidad, dos aldeas miserables, llamadas Freixa y Soriguera.

Cinco horas más de una marcha penosa, e hicimos alto, cerca de otra aldea, Vilamós, situada en la sierra del Romes.

Después de comer atravesamos las alturas menos elevadas de

la sierra de San Sebastián y pasamos ante las ruinas del castillo de moros, llamado de Peramea, situado en el coll de la Baseta, a orillas de un río que cae en aquel lugar en una hermosa cascada.

Ya de noche, cruzamos el Noguera-Pallaresa por un puente y llegamos a Sort, pueblo bastante grande, donde se estableció el cuartel general.

El Ayuntamiento y los principales del pueblo vinieron al encuentro del capitán general, que fué recibido al resplandor de numerosas antorchas.

En este lugar iban a tener principio las operaciones militares.

El enemigo había escalonado una columna de Talarn hacia el Noguera-Pallaresa, a las órdenes del general Carbó.

Sus avanzadas se encontraban cerca de Gerri. El capitán general ordenó colocar las nuestras junto a Useu, al lado de dos arroyos.

Habíamos sabido unos días antes que la guarnición cristina del fuerte de la Libertad, en el valle de Arán, había asesinado a su comandante, el coronel Ramón Gallí, ex oficial de Estado Mayor del general Rotten.

Viella, capital del valle de Arán, condenaba este asesinato y la anarquía más completa reinaba en el pequeño valle.

La noticia de esta rebelión había llegado a Barcelona y se esperaba a una columna móvil que venía del distrito de Lérida para sofocarla.

El Conde de España había ordenado a Porredón, que nos llevaba dos días de delantera, que cayese sobre el valle de Arán y tomase por asalto a Viella y el fuerte de la Libertad; que demoliese las fortificaciones y se incorporase otra vez a nuestras fuerzas, trayendo todas las municiones de guerra que pudiese hallar en la ciudad y en el fuerte.

Mientras Porredón llevaba a cabo esta operación el Conde pensaba ocupar el condado de Pallars para facilitar la vuelta de aquél por el puerto de la Bonaigua.

Esta operación exigía la mayor celeridad porque la conjunción de las dos columnas enemigas de Lérida y de Talarn en los valles superiores hubiera cortado la salida a nuestras fuerzas.

El día 3 por la mañana vino un espía a informarnos de que el coronel Castells había llegado con tres batallones a la Conca de Orcau, valle situado cerca de Talarn, que había atacado a la columna del general Carbó, obteniendo alejar al enemigo, que se dirigió hacia el sur.

Aunque Castells era demasiado débil para hacer frente al enemigo durante mucho tiempo y se hubiera visto obligado a retirarse, sin embargo, había conseguido que ganásemos algunos días de tiempo.

La noticia de este hecho, que facilitaba nuestra operación se recibió con alegría en el cuartel general; no se comprendía cómo Castells había podido llegar a tiempo porque todo el mundo ignoraba las instrucciones que le había dado el Conde, que sabía ocultar sus planes, a todo el mundo, precaución que aseguraba el éxito.

Abandonamos Sort el mismo día; el coronel Pons se quedó para observar al enemigo y defender el puente con un batallón y una pieza de artillería.

El campo está bien cultivado entre Sort y Rialp, adonde llegamos hacia mediodía. Es una de las tierras más fértiles de Cataluña.

Rialp tenía su importancia antes de la guerra por el comercio de hierro, pero al presente ofrece el triste aspecto de un pueblo medio destruido.

A la entrada hay una elegante villa del género italiano rodeada de un jardín inglés; le habían arrancado las puertas y ventanas y hasta los entarimados.

Después de un corto descanso atravesamos Hostal del Rey y San Romá y vivaqueamos cerca del puente del lugar de Llavorsi, encajonado entre montañas a la entrada del condado de Pallars.

Sus profundas barrancadas y sus poblados, que parecen cavernas, están habitados por mineros y contrabandistas.

El Noguera atraviesa rápidamente su lecho de rocas y por él navegan las pequeñas embarcaciones cargadas de lingotes de hierro, el mejor de España, con peligro de la vida de sus conductores a través de cascadas y de torbellinos que hacen saltar el agua. De este modo transportan su mercancía hasta el centro de Cataluña y hasta el Ebro y el mar.

Por todas partes se ven hornos de fraguas, cuyas rojas llamaradas y espesas humaredas interceptan la luz durante el día en estas gargantas angostas y profundas y las iluminan durante la noche.

El ruido monótono de los martillos repetido por el eco, el murmullo de las aguas, la falta total de vegetación imprimen a esta comarca un aspecto salvaje y terrible.

A las dos de la noche un oficial de ordenanza de Porredón vino

a informar al general de que su jefe, después de intentar en vano apoderarse de Viella, había tenido que limitarse a bloquear la ciudad y que había establecido su cuartel general en Betrén, donde había cogido los rebaños de sus habitantes.

Y añadió que no se podía intentar otra cosa contra la ciudad, que estaba bien provista de provisiones y de municiones.

El Conde de España, que esperaba en Llavorsi la noticia de haberse ejecutado sus órdenes, se puso furioso al enterarse de tan desgraciados resultados. Hizo que me despertaran y me ordenó que fuese al valle de Arán con un batallón, una compañía de zapadores, dos pequeños obuses y dos morteros.

Una hora después estaba en camino; pasamos aquella noche el puente de Escaló y por la mañana hice racionar a las tropas en Esterri. (Esterri de Aneu.)

Este lugar, situado al pie de la gran cadena de los Pirineos, vive principalmente del contrabando. Sus habitantes, a excepción del alcalde y de algunos hombres ricos, no parecían bien intencionados con nosotros; informé de ello al capitán general, quien mandó prender al alcalde y sus adherentes.

A la salida de Esterri el terreno se eleva gradualmente hasta Valencia, donde es más escarpado. Una legua más lejos, en Arrés, encontramos nieve y ya no la dejamos durante cuatro horas, que continuamos subiendo.

Pronto llegamos a sitios donde era tan profunda que los caballos se hundían hasta el pecho.

Había postes puestos a cierta distancia para indicar el camino.

Por fortuna, el tiempo estaba claro, pero las ventiscas nos obligaban a veces a detenernos.

En algunos parajes el suelo estaba tan resbaladizo que nuestras bestias de carga, sobre todo los caballos, se caían y era preciso descargarlas.

Tuvimos que desmontar los cañones y atarlos con unas cuerdas de las que tiraban los soldados.

Estábamos a una altura de 3.100 varas españolas.

Por fin, llegamos al punto más elevado del puerto, donde encontramos una casa aislada, el hotel de la Bonaigua, que sólo sirve de refugio a los contrabandistas perdidos o cansados, porque otros viajeros no frecuentan este camino y los araneses rara vez vienen a Cataluña.

Aquí comienza el descenso; hasta entonces habíamos marchado

hacia el norte y ahora íbamos al sur cerca del nacimiento del Noguera; a nuestra derecha se veía una pequeña capilla de Nuestra Señora de Montgarri. Atravesamos aún un desfiladero después de pasar la región de las nieves.

En un recodo del camino se ofreció a nuestros pies el valle de Arán, tan verde, tan lozano como si estuviésemos en lo mejor del estío.

El privilegiado valle de Arán, situado en la vertiente norte del Pirineo, es muy conocido de los bañistas de Bagnères de Luchon, que visitan frecuentemente sus pintorescas aldeas rodeadas de campos fértiles.

Propiamente no pertenece a España, porque los araneses no quieren ser ni aragoneses ni catalanes, con quienes nada tienen de común, ni siquiera la lengua; hablan un dialecto del latín que sólo se usa en este valle.

Tiene media legua de ancho por unas ocho de largo, y en tan pequeño espacio, a ambos lados del Garona, que nace en él, hay 32 pueblos edificadas con tal esmero que recuerdan a los de Holanda.

Las casas blanqueadas con cal y cubiertas de tejas o de pizarras; las ventanas con cristales, contrastan singularmente con las habitaciones de otros aldeanos del Pirineo.

En cada lugar hay una plaza con su fuente en medio.

Treinta y cuatro campanarios, sin contar los de Viella, contribuyen a dar al valle un aspecto animado.

Grandes rebaños de ganado vacuno constituyen su principal riqueza y se encuentra aquí excelente mantequilla, cosa rara en España.

La mantequilla de Arán, endurecida por el frío y preparada en rollo, como los quesos de Holanda, es un considerable artículo de exportación que se consume en Cataluña y Aragón.

La posición geográfica de este valle, situado entre Francia y España contribuye a su prosperidad y a su riqueza, así como los privilegios excepcionales que deben a los Reyes de España.

Antiguamente constituía una pequeña República, parecida a la de Andorra.

Se sometió voluntariamente a España, conservando todos sus privilegios, que consisten principalmente en la exención de toda clase de contribuciones y de derechos de importación y exportación de mercancías.

Su situación ha hecho de él un depósito de toda clase de artículos prohibidos y un lugar de reunión de los contrabandistas que operan al por mayor.

Sus bandas armadas están en guerra continua con los aduaneros franceses y españoles, en complicidad con las montañas cubiertas de nieves perpetuas que forman la frontera del valle del lado de España desde la Maladetta hasta cerca de Montvallier; frontera poco adecuada para el establecimiento de una línea de aduanas.

Es probable que el Gobierno actual prive a los araneses de gran parte de sus privilegios.

Entramos en el valle por Tredós y llegamos a Salardú, donde di descanso a los soldados.

En seguida atravesamos el Garona, que aquí es un arroyo, y ocho leguas más abajo adquiere ya las proporciones de un río, y a las cuatro de la tarde llegamos a Betrán, cuartel general de Porrredón.

Este tenía acantonados sus cuatro batallones en Betrán y en Gausach, a ambos lados del puente amenazado.

Viella estaba defendida por una simple muralla rodeada de un foso; la carretera que conduce a Betrán había sido cortada y defendida con algunas obras de tierra; el punto mejor defendido era la cabeza del puente sobre el Garona.

A un tiro de fusil de la ciudad se alzaba sobre una altura en el lado opuesto al río el fuerte de la Libertad, antiguo convento bien fortificado y protegido por ocho piezas de grueso calibre y por 200 hombres de guarnición.

Los asesinos de Galli habían elegido un sargento como comandante del fuerte.

Periquet, cabecilla liberal muy conocido, mandaba la guarnición de Viella, de 350 hombres.

Cuando se hizo de noche coloqué mi pequeña batería frente a la cabeza del puente.

A las cinco de la mañana intimé la rendición a los de Viella, dándoles doce minutos para reflexionar, siguiendo las órdenes del capitán general.

Nuestro parlamentario fué recibido a tiros.

A las ocho nuestras baterías comenzaron el fuego, al que respondieron las del fuerte y la infantería del puente.

Nuestras bombas incendiaron algunas casas de la ciudad.

Pronto cesó el tiroteo del puente.

A las nueve, a una señal convenida, las tropas de Betrén y de Gausach avanzaron a paso de carga, al mismo tiempo que el quinto batallón atacaba la cabeza del puente.

Durante la noche habíamos preparado escalas que se apoyaron contra los muros y al cabo de veinte minutos de combate a la bayoneta nos hicimos dueños de la ciudad.

El comandante de Estado Mayor que dirigía las fuerzas del lado de Gausach no había tenido la precaución de ocupar el único camino que conduce de la ciudad al fuerte, y Periquet, con parte de la guarnición, pudo refugiarse en él.

El resto, con un teniente coronel, fué muerto a sablazos; los únicos prisioneros fueron ocho hombres que se encontraron al día siguiente ocultos en una granja.

El capitán general había ordenado que si la ciudad era tomada por asalto fuese saqueada durante dos horas y quemada por los cuatro costados.

Nos creímos en el caso de evitar el cumplimiento de esta segunda parte, juzgandó suficiente castigo el del saqueo.

Todo hombre de guerra conoce el triste aspecto que ofrece una ciudad entregada a la soldadesca desenfrenada; no me detendré, pues, en la descripción de este horrible espectáculo.

Al cabo de una hora se tocó generala y las tropas fueron enviadas otra vez a Betrén y Gausach, dejando un batallón en Viella.

El fuerte que domina la ciudad continuaba lanzando pepinillos que mataron a varios soldados; se prohibió estacionarse y reunirse en grupos.

Mientras comíamos entró uno de estos proyectiles por la ventana en la casa habitada por Porredón, yendo a parar a una cortina, pasando por encima de nuestras cabezas.

Yo había indicado a Porredón que asaltase el fuerte con escalas, pero él rehusó y a duras penas pudo conseguir que guardase el secreto de mi proposición.

Para no indisponerme abiertamente con él tuvo que ceder y convinimos en emplazar nuestras baterías sobre una altura durante la noche.

Esta altura se llama el Aro dels Capellans y domina el fuerte; desde ella podíamos abrir brecha y atacar por ella con algunas compañías distinguidas.

Aquella noche comenzó a arder la ciudad, el fuego tomó una fuerza extraordinaria y una calle quedó reducida a cenizas.

El desorden producido por este suceso y los trabajos para contener el fuego nos ocuparon varias horas, y cuando quise dirigirme a la altura con los zapadores y los cañones, ya próxima la mañana, cayó una nevada tan copiosa que tuvo que suspenderse la operación.

Para cubrir mi responsabilidad, envié un oficial al capitán general, con noticias detalladas acerca de los últimos sucesos y de la resistencia de Porredón.

El día siguiente permanecimos inactivos.

Al mediodía asistió la tropa, a toque de campana y con la música de los batallones, a un *Te Deum* cantado por el capellán fray Ignacio, en la parroquia, en acción de gracias por la toma de la ciudad, según era costumbre en España en tales casos.

Nadie hablaba del fuerte, como si no existiese.

Durante la mañana del 7 la nieve seguía cayendo en gruesos copos; a mediodía vinieron a decirme que la guarnición francesa de Saint-Bréat estaba en la frontera, dispuesta a franquearla para ayudar a algunos fugitivos cristinos que, cuando entramos en el valle, habían abandonado sus puestos de Begós y Bossost y se habían refugiado en territorio francés.

Aunque esta noticia merecía poca confianza, infundió un terror general y, para prevenir las consecuencias, resolví trasladarme a la frontera y comprobarla personalmente.

Acompañado de algunos oficiales de Estado Mayor recorrí a caballo aquel valle tan verde y tan hermoso unos días antes y ahora cubierto de nieve y semejante a una de esas gargantas heladas de Noruega.

Atravesamos varios pueblos y pasamos ante las ruinas históricas del castillo de León.

Algunos peseteros que ocupaban Bossost huyeron a nuestra llegada; éstos eran, probablemente, los que habían hecho circular aquellos ridículos rumores.

Los perseguimos, pero corrían más que nuestros caballos en aquel terreno empapado y resbaladizo y pasaron el puente de la frontera antes de que llegásemos a él.

Al menos nos pudimos convencer de que no había movimiento alguno de tropas en Francia.

Cuando volví a Viella, por la noche, hallé a Porredón peor dispuesto que la víspera; había tomado consejo de Miguel del Oli, jefe del quinto batallón y hermano del coronel Pons, y se negaba

en absoluto a atacar el fuerte, alegando que esta empresa no tendría ninguna utilidad y que costaría la vida a muchos hombres.

Después de largos y acalorados debates, acabó por prometer que si el 8 no había recibido respuesta del capitán general, atacaría el 9.

Yo escribí mi parte al general y me fui a la cama de bastante mal humor contra la irresolución de un hombre a quien debía guardar toda clase de miramientos, ya que la mayor parte de las tropas estaban a sus órdenes y debían obedecerle, puesto que era más antiguo que yo.

El día 8 llegó la orden esperada; estaba fechada el 6 en el cuartel general de Esterri.

El Conde de España me escribió una carta en francés y decía, entre otras cosas:

—Estoy muy disgustado por la lentitud con que el brigadier Porredón ha ejecutado las operaciones que le han sido encomendadas... Os ruego que se lo hagáis saber privadamente... Debe tener en cuenta que la toma de este pequeño fuerte interesa al servicio del Rey nuestro señor, y que esta operación debe ser ejecutada rápidamente, ya que no puedo permanecer mucho tiempo en estos desfiladeros, donde el enemigo podría envolverme con un movimiento combinado.

Más abajo añadía:

—Que él (Porredón) reúna todas las escalas del valle, que dé el asalto y que pase a cuchillo a la guarnición; con ello hará un señalado servicio al Rey y al Principado de Cataluña, pues todos son asesinos y malvados cargados de crímenes y de sacrilegios.

Cuando traduje estos dos párrafos a Porredón, tomó el papel y se quedó un rato mirando la escritura, como si dudase de la fidelidad de mi interpretación.

Por fin, se resolvió a dar las órdenes necesarias a los jefes de batallón, y llamó a Pons y a Borges, como más capaces.

Puede comprenderse mi desesperación cuando estos dos hombres declararon secamente que ellos no eran saltimbanquis para trepar por las escalas, y que, además, los soldados no les seguirían; que, si se abría brecha practicable, por ella entrarían en el fuerte, pero no de otra manera, aunque viniera el capitán general en persona.

Fué imposible obtener otra cosa de aquellas gentes, ni siquiera

alistar voluntarios, pues todos los jefes habían disuadido a su partida de tomar parte en una empresa tan absurda y temeraria.

No se podía pensar en emplazar los cañones durante el día y tuvimos que aguardar a la noche para montarlos en el lugar designado.

Tras un trabajo de varias horas, con un tiempo espantoso, fueron instaladas, por fin, nuestras pequeñas piezas. A las siete de la mañana rompimos un fuego nutrido, al que el fuerte respondió débilmente.

Al cabo de algunas horas, un gran lienzo de muralla se desplomó y cayó la bandera de una torre medio arruinada; y cuando esperaba de un momento a otro que las compañías distinguidas diesen el asalto a la brecha oí con gran asombro tocar generala en Viella y vi que en el patio de la casa de Porredón estaban aparejando los mulos.

Me apresuré a bajar a la ciudad, para ver lo que ocurría; todo era movimiento en las calles.

Me encontré con Porredón y me dió, sonriendo, un despacho del capitán general, que le ordenaba levantar el campo inmediatamente.

El Conde de España me decía en una carta fechada en Llavorsi:

“El general en jefe enemigo está cerca de mí con fuerzas considerables; por lo tanto, mi posición no es muy halagüeña. Escribo al brigadier Porredón para que inicie la retirada con prudencia y celeridad; esto le hará comprender el tiempo que ha perdido.”

Y añadía este *postscriptum*, que demuestra que, aun en los momentos más críticos, aquel amable anciano conservaba la serenidad de su espíritu:

«Os agradezco el queso y la botella de ron; no tenemos qué comer, ni siquiera sardinas y hace mucho frío para el gazpacho» (1).

Unas horas más y el fuerte hubiera caído en nuestro poder; pero no había que pensar en detener a aquellas gentes que se vieron contentas de poderse abstraer del compromiso.

Se retiró la artillería con gran satisfacción de la guarnición del fuerte, que se vió libre de su temor.

Cuando por la tarde atravesaban las tropas Betrán, después de comer, nos apercebimos de que faltaba un batallón entero. Po-

(1) Gazpacho: especie de ensalada muy en uso en España, compuesta de pan tostado, cebolla, aceite, vinagre y pimienta; el conjunto, de un sabor detestable. (N. de L.)

Porredón lo había mandado la noche precedente al valle inferior para recoger contribuciones y tuvimos que esperar doce horas a que volvieran, ya que Porredón no les había avisado.

Este tiempo hubiera sido más que suficiente para apoderarse del fuerte, y cuando hice esta observación a Porredón, éste me respondió sonriendo:

—Hombre, tenía tantas cosas en qué pensar y que hacer al mismo tiempo que no he pensado en ello.

El batallón rezagado no vino hasta el día siguiente, y eran ya las siete de la tarde cuando llegamos a Tredós, al pie de las montañas.

Había caído mucha nieve, se levantó un huracán y la noche que se aproximaba prometía ser horrible.

Propuse a Porredón que dejásemos para el día siguiente el paso del puerto; pero, después de haber perdido tanto tiempo inútilmente, ahora tenía prisa por alejarse del valle y ordenó continuar la marcha.

Llevábamos con nosotros 42 mulos, 20 de ellos cargados de campanas destinadas a la fundición de Berga. También venían con la tropa 200 cabezas de ganado vacuno y un gran rebaño de corderos. Pero apenas habían transcurrido dos horas desde nuestra salida de Tredós, cuando se había perdido gran parte del rebaño y la mitad de los mulos se habían precipitado en el barranco.

Al llegar, a media noche, a la venta de Bonaigua venían los batallones a la desbandada; no había una sola compañía completa, y la artillería, las municiones, los equipajes, todo había desaparecido.

Cuando yo llegué a la venta con los últimos grupos, Porredón, que estaba a la puerta, se retorció las manos, lamentándose de un desastre del que él tenía la culpa.

A su alrededor estaban tendidos en montón centenares de soldados que tiritaban de frío.

Yo hice derruir la granja, las cuadras y el techo del hotel y con estos materiales encender grandes fogatas a lo largo del camino, para calentar a los que habían llegado y guiar a los que venían a la zaga.

Se formaron grupos junto al fuego y encontramos algunas provisiones y pellejos llenos de vino.

Al amanecer se calmó la tempestad y se pudo hacer el recuento de bajas,

Se hizo salir a los más robustos, provistos de cuerdas para socorrer a los soldados que se habían caído a los precipicios.

Un gran número se salvó, pero otros, que se adormecieron por el frío, se encontraron helados.

La pérdida ascendió a 40 hombres; y la mayor parte de las bestias de carga, toda la artillería, las municiones y el metal de las campanas se perdió (1).

Reanudamos la marcha, avanzando muy lentamente; casi todos los soldados habían perdido el calzado, tenían que andar sobre la nieve y los rüejos con los pies ensangrentados.

En ocasiones como ésta es cuando se conviene uno de que el español es el mejor soldado del mundo para soportar las fatigas y los sufrimientos.

No se oía una queja; es verdad que cesaron los cantos alegres; pero la única señal de disgusto y de dolor eran la mirada triste de sus grandes ojos negros.

Para remediar el mal se recurrió a un expediente que había sido empleado con éxito durante la última campaña: se permitió que los soldados tomasen el calzado que encontraban en los lugares por donde pasaban.

Esta orden fué ejecutada con tal exactitud que dudo de que quedase un solo zapato ni una alpargata desde Arrés hasta Valencia, sin excluir los de las mujeres, que sentaban a maravilla a los pies, no muy grandes, de nuestros soldados.

No puedo contener la risa que me asalta todavía cuando recuerdo al alcalde de Valencia, que nos esperaba en la plaza con las raciones que mi mozo de escuadra (2) había pedido de antemano.

(1) Unos días después se envió un oficial de artillería con algunos soldados a recoger los cañones, que estaban enterrados en la nieve; como no había ningún medio de transporte se cometió la imprudencia de enterrarlos en presencia de algunos aldeanos.

Corrió la noticia, y algún tiempo después vino un destacamento enemigo para llevárselos; se obligó a los aldeanos a declarar el sitio, colocándolos sobre hierros rusientes y los cañones fueron llevados en triunfo a Barcelona.

El primer boletín de Van Meer habló con énfasis de los cañones tomados al enemigo. (N. de L.)

(2) El Conde de España, que me colmaba de atenciones, me dió uno de sus mifiones o mozo de escuadra para compañía; este excelente muchacho, que era el andarín más infatigable que he conocido, poseía, además, un gran talento culinario, como lo demostró en muchas ocasiones. Sabía preparar los nandos en su punto, guisaba muy bien las habus y condimentaba el carnero (*schilpa*) de

En el momento de nuestra llegada un soldado lo agarró por detrás y lo tendió de espaldas suavemente, mientras que otro, dándole mil excusas, le quitaba los zapatos con la mayor cortesía.

Por fin llegamos a Esterri, donde encontramos un destacamento de caballería, enviado por el Conde; por él supimos que se había batido la noche del día 10 durante cinco horas contra Van Meer, venido de Tremp con 5.000 hombres, para atacar a nuestro capitán general.

Este no tenía más que tres batallones a su disposición; pero supo aprovechar tan bien las disposiciones del terreno angosto sobre el que operaba que el general enemigo no pudo desplazar sus fuerzas.

El Conde había esperado con ansiedad nuestra llegada para tomar la ofensiva; sin aquel desdichado retraso de las doce horas hubiéramos llegado a tiempo; pero faltándole nuestro refuerzo, tuvo que mantenerse a la defensiva de sus posiciones, como lo hizo del modo más brillante. A la puesta del sol se retiraron los dos bandos a sus campamentos respectivos.

Mientras tanto, Carbó y Sebastián, salidos de Gerri, habían penetrado en el valle de Capdellá, donde amenazaban venir por Bernui a cortar la retirada que traíamos para establecer contacto con nuestro general, el cual quedaría también entre ellos y Van Meer.

España se había visto, pues, obligado a dejar una patrulla de observación en Esterri y a replegarse hacia Tirvia, a la entrada del valle de Cardosa, donde nos esperaba; nos envió un parte encareciéndonos la necesidad de apresurar la marcha para no vernos copados.

Apenas habíamos llegado a Esterri, los aldeanos vinieron a advertirnos que el enemigo ocupaba Rialp y San Romá y que sus avanzadas estaban en Lladorre, enfrente de las del Conde de España, que se encontraba aún en Tirvia.

El enemigo podía avanzar de un momento a otro y tomar el

---

seis maneras distintas. Me recordaba al saboyano que en París prefería los figones de su patria, donde se servía de mil maneras la carne de cerdo. Mi misión fué utilizado como marmitón con el mejor resultado, y se distinguía por su celeridad y por su limpieza. Si alguno de mis lectores averigua el paradero de este marmitón le ruego que lo envíe consignado al editor de este libro, J. D. Sauerländer, en Frankfurt am Main, quien me lo entregará a domicilio. (N. de L.)

punto de Escaló, que necesitábamos ocupar a toda costa para no ser copados.

Yo avancé al instante con los treinta jinetes enviados por el Conde, mientras Porredón requisaba 2.000 raciones y 1.000 pares de zapatos en Esterri. Porredón quedó en enviarme inmediatamente el primer batallón disponible y seguir él con el otro a toda prisa.

Después de galopar durante media hora sin interrupción, llegué al puente en el momento en que algunas compañías destacadas por el enemigo se disponían a ocuparlo.

Dimos una carga, que dispersó al enemigo, e hicimos algunos prisioneros. Tres cuartos de hora después llegó a paso de carga el primer batallón del Rey, que fué racionado el primero y que estaba menos quebrantado.

Se atascó sólidamente el puente con barricadas que podían resistir un largo ataque de fuerzas considerables.

Dejé en él una compañía de granaderos y partí, acompañado del resto, después de haber enviado un despacho a Porredón para que apresurase la marcha.

A la una llegué a Tirvia. El general, desde una eminencia a la entrada del pueblo, examinaba el campo con un catalejo. Estaba enterado de la toma del puente de Escaló. Cuando los jinetes desfilaron ante él, puso su bastón debajo del brazo para aplaudir.

Un instante después me llamó a su lado, se informó con solicitud de mi estado (había sido herido en el puente) y manifestó su disgusto por la conducta de Porredón, a quien trataba de juzgar ante un Consejo de guerra.

Pero cedió a mis ruegos y a los del coronel Dávila y se limitó a quitarle el mando de la división, que confió a Segarra.

Porredón se vengó más tarde cruelmente tomando parte en el horrible asesinato del general.

En vano esperamos a Porredón durante el resto del día, y el Conde estaba inquieto por esta tardanza inexplicable cuando supimos por un espía que el brigadier no había salido de Esterri hasta la noche.

Había dividido sus tropas en dos secciones: él, con dos batallones, había tomado el camino del puente del Escaló; y a los otros dos batallones, mandados por el teniente coronel Borges, los envié por el camino más largo de Estahón y el valle de Cardosa.

Esta maniobra tuvo las consecuencias más desgraciadas.

Porredón llegó a Tirvia con sus dos batallones al salir el sol;

había sido molestado débilmente por el enemigo entre el puente y Pere de Burgel. En cuanto hubo pasado este lugar, Van Meer lo ocupó y envió una fuerte columna por el camino más corto al valle de Cardosa, entre Estahón y Tirvia.

Esta maniobra copó a Borges, que se vió obligado a escapar por los montes hasta Andorra; varios días después pasó por el valle de Urgel y llegó con sus tropas desbandadas a Oliana, adonde llegamos nosotros una semana antes.

La hondonada en que se asienta Tirvia termina en el valle de Cardosa y parece una concha, forma que afectan muchos valles de Cataluña, de donde les viene el nombre de *concas* que reciben en el país.

Entre el Tirvia y el Noguera se extiende una altura escarpada y a sus pies un arroyo; un solo puerto, llamado el coll de la Bana, cortado entre los picos más elevados, abre un paso tan estrecho que apenas puede franquearlo un mulo.

El capitán general hizo ocupar este paso por una compañía de granaderos.

Un pequeño parapeto de piedras hubiera bastado para detener mucho tiempo a un ejército numeroso.

La pendiente era tan fuerte por ambos lados que apenas se podía subir trepando.

El Conde, que anhelaba tomar la ofensiva, quería dar un gran rodeo para caer sobre la espalda del enemigo, mientras éste, creyéndose en Tirvia, preparaba su artillería en la pendiente.

Entonces debía avanzar medio batallón, ocupar la altura y arrojar una granizada de balas y de piedras sobre el enemigo. El desorden y la confusión nos hubiera dado la victoria.

Los preparativos para esta maniobra estaban terminados, y el Conde iba a dejar el valle con el grueso de las fuerzas cuando vimos, con gran sorpresa, que la compañía de granaderos que debía ocupar el paso descendía por el camino de la montaña con su jefe a la cabeza.

Pocos instantes después vimos los gorros puntiaguados de los cristinos que asomaban por el paso, que fué ocupado en seguida por el enemigo.

El capitán general espumajeaba de rabia, y destacó un batallón para que, desplegado a lo largo del arroyo, contuviese al enemigo.

Algunos cazadores cristinos que trataron de descender fueron

alcanzados por las balas y rodaron hasta el valle; el enemigo no pudo formar a este lado de la montaña.

Cuando el desgraciado capitán que había abandonado su puesto tan cobardemente llegó cerca de nosotros, el general le arrancó su sable y le puso un fusil en la mano, gritando con voz de trueno:

—¡En nombre del Rey, os degrado y os hago simple soldado!

Comenzamos nuestra retirada por un estrecho sendero, sin dejar de hacer fuego.

Mientras se retiraba el grueso de nuestros batallones, algunas compañías detenían al enemigo al borde del arroyo y salían después al valle escalonándose a lo largo de la altura.

El enemigo nos perseguía débilmente y la persecución cesó al llegar la noche.

Avanzamos hacia el mediodía por el coll de Ras hasta San Juan de l'Erm, por precipicios horribles, subiendo y bajando caminos casi perpendiculares.

No intentaré describir los peligros, las fatigas inauditas de esta marcha, que duró cerca de doce horas.

Después de un descanso nos dirigimos hacia el coll de la Bacea, que separa el valle de Nogueras del de Segre.

Corrimos aún el peligro de ser cercados por el enemigo, que nos podía cortar la retirada.

Rodeados por tres columnas enemigas, no nos quedaba otro recurso que pasar bajo el fuego de cañón de Seo de Urgel y lanzarnos al valle de Urgel, pues Sebastián estaba al norte, Carbó al sur y Van Meer al noroeste de nuestra columna, y nos acometían, en movimiento combinado, con cuádruples fuerzas y cortaron todos los puentes y ocuparon todas las sendas.

Al amanecer llegamos a Castellbó, llamado también Santa Cruz del Valle de Castellbó, y después de conceder algunos momentos de reposo a las tropas, destrozadas por la fatiga, franqueamos el pequeño coll de Jou y dimos vista a la Seo, que enfiló sus cañones contra nosotros, sin causarnos daño de importancia.

Entramos en el valle del Segre y marchamos por Abellanós y Adrall hasta Gramós, adonde llegamos al mediodía.

Estábamos aquí más alejados del enemigo. Durante este primer momento de seguridad, tendidos junto al fuego, la mayor parte de los jefes se entregaban a sus fanfarronerías acostumbradas; el Conde las oía tranquilamente y les recitó, en seguida el siguiente pasaje de Cervantes:

“—¡Señor —dijo Sancho—, cómo hemos corrido! ¡Lo que hace el miedo!

”—Amigo —replicó don Quijote—, esto no se llama miedo, sino prudencia.”

Por la tarde reanudamos la marcha, y al cabo de tres horas llegamos a Les Anoves, donde encontramos a Ibáñez con tres batallones.

El capitán general le había escrito desde Llavorsi, y el dócil guerrillero, a la primera llamada, dejó las llanuras de Tarragona y atravesó toda Cataluña a marchas forzadas.

Su venida no tenía ya objeto después del fracaso de los últimos sucesos; pero el Conde de España alabó su exactitud, le abrazó delante de todo el mundo y le dijo, lanzando una mirada de reproche a Porredón:

—Manuel, hijo mío, si todos los oficiales fueran como tú, no tendríamos que temer al enemigo y antes de seis meses estaríamos en Barcelona.

El 14 por la mañana reanudamos la marcha. Almorzamos en el castillo de Linati, en Casarill Règola, y en seguida atravesamos el Segre.

El Conde obstruyó el puente de la Torre y ocupó un viejo fuerte morisco para cerrar este paso al enemigo.

A mediodía nos detuvimos cerca de Hostal Nou, franqueamos el paso de los tres puentes y al caer el sol establecimos nuestro cuartel general en Organyá.

Sólo nos detuvimos veinticuatro horas en esta ciudad, donde se nos reunió Segarra con tres batallones. Había recorrido las riberas inferiores del Segre y las llanuras que rodean a Cervera hasta cerca del Ebro sin topar con el enemigo, cuyas fuerzas estaban concentradas a nuestro alrededor.

El 16 el capitán general trasladó su cuartel general a Oliana, donde Porredón perdió su división los días siguientes y adonde llegó Borges de Andorra. Hizo convertir en cuarteles algunos caserones vacíos y resolvió establecer allí sus cuarteles de invierno.

Durante las últimas marchas la herida que yo había recibido empeoró de tal suerte que necesitaba un tratamiento serio.

Yo hubiera preferido encomendarme al verdugo mejor que a los cirujanos catalanes, los cuales habían dictaminado que era preciso cortarme la pierna.

Yo no participaba de su opinión, y tenía confianza en que la

habilidad de los cirujanos franceses llegaría a curarme sin amputación.

Me despedí del Conde de España con verdadero enternecimiento; lo veneraba, lo amaba como a un padre y él me había tratado constantemente como a un hijo.

Él mismo se emocionó al despedirme, y se expresó con amargura respecto a las personas que le rodeaban, que, excepto Dávila e Ibáñez, eran gentes que no valían gran cosa; parecía presentir su fin desgraciado.

En una carta que le escribí algún tiempo después de mi marcha le rogaba que aceptase mi casa como refugio si las cosas iban mal en España.

“Os agradezco de todo corazón la hospitalidad que me ofrecéis en Silesia —me respondió—. Soy viejo, pero ¿quién conoce el término de nuestra miserable vida? A pesar de todo, ¡vivan los Reyes!”

Guardo aún esta carta, último testimonio de su amistad, y la conservo como una preciosa reliquia (1).

Después de mi salida de Oliana atravesé por última vez los lugares de nuestros antiguos vivaques, el molino de Querol, las fraguas próximas al Cardoner, el puente de Golorons, Casa Montanya, el hostel del Bisbe y Casa Canudas.

(1) Aunque la muerte del Conde de España haya tenido lugar en una época en que yo no estaba en Cataluña, me considero en el deber de relatar aquí este trágico suceso para completar el bosquejo de mi anciano general.

La toma de Ripoll, algunos combates con éxito, la organización superior de la provincia habían dado al Conde una posición preponderante en 1839, cuando el Rey se vió obligado a buscar un refugio en Francia.

El orden establecido por el general no agradó a la Junta, y llegó a neutralizar su influencia; los individuos de dicha Junta estaban reducidos a tramitar intrigas sordamente y a propalar falsos rumores contra él para contrarrestar la confianza que inspiraba al Rey y al Ejército.

Él conocía todas sus cábalas, pero no hacía más que despreciarlas con excesiva tranquilidad.

Cuando llegó a Cataluña la noticia de la salida del Rey, el Conde temió la primera impresión que debía producir, e hizo todo lo posible por reanimar el entusiasmo y darle nuevo impulso; se esforzó en reavivar en los corazones españoles el recuerdo de la lucha que habían sostenido para libertar a su patria y creyó sería bien tomar ahora una medida que había producido los mejores resultados en otras ocasiones: conceder el poder y la autoridad real a las Juntas provinciales durante la cautividad del Rey.

Se estaban reproduciendo muchos acontecimientos desgraciados: la abden-

Dos días después llegaba a Caserras, donde me despedí de mi amable huésped de la villa Lladó.

Pasé por Berga y Borredá y volví a ver en Ribas al buen viejo Trilla.

En Doria, cerca de la frontera, despedí a mi escolta y seguí el viaje acompañado de M. de Meding, mi criado y mis guías.

ción forzada en el *château* de Marrac y la traición de Vergara, el cautiverio de Fernando VII en Valençay y el de Carlos V en Bourges.

El porvenir era obscuro y había pocas esperanzas de mejorar.

El capitán general, Conde de España, declaró a la Junta superior gubernativa soberana durante la ausencia y cautividad del Rey N. S.

Esto le costó la vida.

El presidente no tiene más que dos votos y las Juntas pueden reunirse legalmente durante la ausencia, presididas por el vicepresidente; la mayoría absoluta tiene fuerza de ley.

El primer acuerdo que se tomó en una junta secreta fué el alejamiento y la destitución del Conde de España, su capitán general y su presidente.

Sin embargo, temiendo la oposición de las tropas, que acataban a su jefe con entusiasmo, no se atrevieron a publicar este decreto y adoptaron la inicu resolución de tender una emboscada.

Un día determinado se reunieron en Avia varios jefes descontentos. Después de procurarse ayuda, los miembros de la Junta, presididos por el vicepresidente, don Jacinto Orteu, escribieron al Conde de España, que se encontraba en Berga, por mano del secretario de la Junta, Narciso Ferrer, antiguo abogado de Barcelona, reclamando su presencia para asuntos importantes, y rogándole que viniera a presidir la junta.

El capitán general se trasladó aquel mismo día a Avia, acompañado de algunos jinetes y mozos de escuadra y de su ayudante de campo el teniente coronel don Luis de Adell, joven de gran mérito.

Fué recibido a la puerta del Gobierno por algunos miembros de la Junta con las demostraciones de afecto acostumbradas.

Cuando entró en el salón de sesiones, uno de los cuestores y el intendente de Hacienda don Gaspar de Labandero, hijo del ex ministro de Hacienda, enviaron al ayudante a Berga con una comisión de parte del general.

Después ordenaron al cabo de mozos de escuadra (suboficial de mifiones) que fuese a descansar con sus hombres en una casa próxima, donde podían comer, ya que el general iba a comer con la Junta.

Los mozos de escuadra tenían, entre otros privilegios, el de no recibir órdenes más que del general en persona; de modo que el cabo se negó al principio a recibir las de Labandero. Pero éste les hizo observar, de un modo sencillo y como si la cosa no tuviera importancia, que no era muy halagüeño para el jefe superior de Hacienda el no inspirar confianza a unos soldados, y que si dudaban de sus palabras no tenían más que subir y hablar con el general que le había comunicado la orden. Entonces obedecieron y se retiró el cabo con los suyos.

Una vez alejada la escolta del Conde, los gendarmes de la Junta, que ésta

Hasta el coll de Magaus, que separa las fronteras, fui sobre una mula; pero aquí fué preciso echar pie a tierra porque era imposible subir esta altura a caballo.

Llevado por dos contrabandistas, sufriendo dolores horribles, continué mi camino hasta la mayor altura; allí los guías me tendieron sobre una plataforma y me arrastraron sobre la nieve hasta Val Savollera, primer pueblo francés, al que llegamos al anochecer.

utilizaba como correos, cayeron sobre los cuatro ordenanzas de caballería del general y los detuvieron.

Mientras todo esto ocurría rápidamente, el general penetraba con tranquilidad en el salón de sesiones; aquel día llevaba un sobretodo militar azul, sin otras insignias que la cruz de Santiago, bordada, en el pecho; su sombrero de general; su sable, y el bastón con puño de oro, que en España es el distintivo del mando efectivo.

El general estaba junto a la chimenea, apoyado sobre el bastón, que tenía a su espalda, solo entre catorce conjurados que ocultaban puñales y pistolas debajo de sus vestidos.

Transcurrieron así varios minutos, y ninguno se atrevía a poner sus manos en aquel héroe de cabellos blancos.

Por fin, don José Pons, ex gobernador de Berga, separó con el pie el bastón del general, haciéndole vacilar, mientras le daba un golpe que le hizo caer en tierra.

Entonces todos cayeron sobre él como las aves de rapaña sobre el águila herida; le quitaron el sable y lo ataron.

Enseguida Ferrer leyó un decreto que le privaba de sus cargos.

El general pidió ver la orden del Rey, a quien únicamente quería someterse, y juró que los ahorcaría a todos si no se la enseñaban.

Le impusieron silencio, y Ferrer le manifestó que el coronel Pons y él le iban a conducir a las fronteras de Francia. Lo dejaron atado en un cuarto oscuro.

Cuando su ayudante de campo volvió de Berga fué hecho prisionero.

La noche siguiente sacaron al general del calabozo, lo montaron sobre un asno; Ferrer y Pons, con una escolta de veinte hombres, lo condujeron por caminos extraviados hacia los desiertos de la Sierra.

Vinieron a reunirse con ellos en el camino varios miserables que formaban parte de la Junta; no puedo precisar sus nombres con exactitud, pero von Göben, que estaba entonces en Cataluña y que ha escrito los recuerdos de cuatro años de guerra civil en España, dice que iban, entre otros, Porredón y Mariano Orteu, uno de los ayudantes del general; y asegura que este último disparó un pistoletazo contra el héroe moribundo cuando éste, creyendo que acudía en su auxilio, le llamaba con voz expirante.

Las personas que me han informado de este hecho horrible me han dicho que, después de tres días de una marcha forzada, los asesinos se detuvieron en el paso de los tres puentes, y que, al llegar al puente de los Epias, Pep del Oli (Pons) derribó del asno al general y le clavó un puñal en la espalda,

Nuestros contrabandistas, que no estaban tranquilos en este pueblo por considerarlo peligroso, quisieron ir más adelante; pero fué preciso detenerse porque las mulas habían quedado rezagadas y yo no estaba en estado de caminar a pie. Los guías no conocían a nadie en el pueblo, y entonces yo, contagiado con los sentimientos caritativos de los sacerdotes católicos, resolví ir a llamar a la puerta de la casa parroquial.

Un eclesiástico, joven aún, nos recibió como el buen samaritano del Evangelio; es verdad que no derramó aceite y vino sobre mi herida, pero hizo más, porque la vendó con sus manos y me cedió su propia cama y acudió a todas mis necesidades con bondad y diligencia.

A media noche se vió obligado a dejarme para ir a decir la misa, porque estábamos a 25 de diciembre, día de Navidad. Al volver, después de terminar sus oficios, me encontró con gran fiebre; le di mucho qué hacer.

Era preciso reanudar el camino al día siguiente; mi presencia no podía pasar inadvertida en un pueblo tan pequeño y yo no quería comprometer a este digno sacerdote, que intentaba en vano oponerse a nuestra marcha.

Lleno de reconocimiento abandoné a este buen padre que había prodigado conmigo los tesoros de su caridad sin dirigirnos una sola pregunta indiscreta; ni siquiera me preguntó mi nombre,

desfigurándole el rostro para que no pudiera ser reconocido, y que después, agarrándole por la cabeza y Ferrer por los pies, lo lanzaron al abismo.

Las aguas del Segre arrastraron el cadáver hasta el lugar de Ager, donde había guarnición cristina.

El centinela avisó al oficial de guardia que veía sobrenadar un cuerpo en el río, y fué reconocido el capitán general de Cataluña, Conde de España.

El oficial envió a decir en Barcelona que la revolución había perdido su más peligroso enemigo.

Ignoro si alguien escribió a Carlos V, entonces en Bourges, que había perdido su más fiel servidor, su mejor capitán.

El Conde de España era también Conde de Foix, Vizconde de Couserans y de Comminges, Grande de España de primera clase, Gran Cruz de la Orden de Carlos III, de San Fernando y de San Hermegildo; caballero de Santiago, Gran Cruz de la Orden francesa de San Luis y de la napolitana de San Fernando, caballero de Malta, presidente de la Junta Real, teniente general y comandante general de la Guardia Real de Infantería, capitán general del Principado de Cataluña y jefe superior de la magistratura del mismo, gentil-hombre de Cámara y consejero de Estado de S. M. Católica y regidor perpetuo de Palma. (N. de L.)

Alquilamos mulas y nos trasladamos a Osséja, donde un puesto de aduaneros cayó sobre nosotros y nos llevó a la oficina de la Aduana, a pesar de que no hicimos ninguna demostración de huir ni de querernos ocultar.

Nuestros efectos fueron registrados, contados y precintados, y después de largas discusiones se nos permitió continuar el viaje bajo la escolta de dos gendarmes, que tuve que pagar y alimentar.

Cuando salimos de la Aduana, una turba de gente del pueblo nos insultó y nos persiguió hasta el límite del lugar tirándonos barro y bolas de nieve; hice notar a los gendarmes que el insultar a un herido no era muy propio del carácter francés, y entonces dejaron el campo a sablazos.

Pasamos a la vista de la fortaleza cristina de Puigcerdá, atravesamos el pueblo de Madame y un lugar llamado Santa Leocadia y fuimos a dormir a Saillagouse.

Al día siguiente los gendarmes fueron relevados por otros dos, que nos condujeron a Prades, capital del distrito.

No puedo menos de alabar a estos militares, con los cuales me he relacionado frecuentemente con motivo de mis detenciones a lo largo de la frontera de España.

Los gendarmes, en su mayoría antiguos soldados del Emperador, se distinguen por su conducta y sus maneras, llenas de honradez y de conveniencia.

No puedo decir lo mismo de los aduaneros, que son la gente más grosera y más vil del mundo.

En cuanto a los dos viejos gendarmes que me llevaron de Saillagouse a Prades, sólo encuentro palabras de agradecimiento; parecían más ocupados en atender a mis necesidades que en vigilarme.

Me ayudaban con solicitud a montar a caballo y a desmontar y se adelantaban para prepararme alojamiento y encender el fuego.

Cuando les agradecí sus cuidados, uno de ellos no vaciló en responderme:

—¡Honor al valor sin fortuna!

Y el otro:

—Cada uno cumple con su deber según su convicción.

Pasamos por el puerto de Perche, así llamado a causa de las estacas que se ponen para indicar el camino durante el invierno en este paso peligroso.

Atravesamos Cabanasse, Fontpedrouse y llegamos por la no-

che a Villefranche de Conflent, donde pude dormir algunas horas después de muchos sufrimientos.

Al día siguiente mi herida había empeorado de tal manera que me fué imposible montar en la mula.

Mis buenos gendarmes me procuraron una especie de *charrette* de dos ruedas llamada tartana; me tendí en ella sobre nuestros sacos de noche y nuestros capotes y de esta manera entré en Prades.

El subprefecto me envió a Perpiñán, de donde me mandaron a Toulouse; allí obtuve permiso para trasladarme a Burdeos.

En esta ciudad pasé agradablemente algunas semanas, y me curé gracias a los cuidados del doctor Caussade, médico director del Hospital, y me fui a París a mediados del mes de febrero.

## XII

**Fusilamientos de Estella.—Marcha progresiva de la traición de Maroto hasta el Convenio de Vergara.—Mi prisión.—Travesía de Francia hasta la frontera.—Saint-Pé y Bourges.**

(1839)

Pocos días después de mi llegada a París el telégrafo trajo la noticia de los fusilamientos de Estella.

Estábamos aún bajo la emoción de este suceso cuando supimos que el Rey había declarado a Maroto fuera de la ley; pero cuál no sería la dolorosa sorpresa de los realistas al enterarse de la proclama real, que no solamente rehabilitaba la persona de Maroto, sino que le devolvía todos sus cargos y dignidades, declarando que no había dejado de merecer nunca la confianza del Rey.

Poco después Arias Teijeiro, sus partidarios y la mayor parte de los intrigantes de la camarilla fueron expulsados al otro lado de la frontera, y varios jefes que estaban en prisiones fueron puestos en libertad y restituidos en sus grados.

Tengo motivos particulares para no entrar en detalles de este triste episodio; pero aunque no los tuviera, me abstendría de hablar de él, porque, felizmente para mí, en aquella época me hallaba lejos del lugar en que se desarrollaron.

Me limitaré, pues, a dar un resumen de los hechos y algunos detalles poco conocidos.

Maroto, puesto al frente del Ejército y del Ministerio contra la voluntad de la camarilla, tuvo que luchar desde el primer momento con los enemigos que tenía en el Cuartel Real para librarse de las emboscadas que le tendían.

Sin que con esto trate de excusar las acciones de Maroto, debemos admitir que, agriada su alma cobarde y venal por estas hostilidades sordas y continuas, estaba más dispuesto a admitir las impresiones contrarias al honor y al deber que los sentimientos de un hombre honrado, incapaz de transigir con su conciencia.

Por otra parte, Espartero, más acostumbrado a conseguir victorias en el campo de la intriga que en los de batalla, tenía demasiados espías para ignorar lo que pasaba en el interior del campo carlista.

Lo que hubiera sido imposible en los tiempos en que un príncipe de corazón caballeresco (1) estaba al frente del ejército teniendo a su lado un hombre como Moreno, el enemigo más encarnizado de toda transacción, llamado por los liberales españoles "el verdugo" (2), debía ocurrir bajo el mando de un hombre del carácter de Maroto.

Espartero y Maroto se habían conocido en América; existían antiguos lazos de camaradería entre ambos ayacuchos; sólo faltaba dar el primer paso.

Durante el otoño de 1838 un jefe de batallón francés a medio sueldo, llamado Duffeau, se presentó en el cuartel general de Maroto. Venía a pie y aparentemente sin dinero y sin recomendaciones.

Maroto, que no era muy amable con los extranjeros, no quiso recibirlo.

Sin embargo llegó a penetrar en el despacho del general, y, con gran asombro de los oficiales que esperaban en el salón, la puerta se cerró y la conferencia de Duffeau con Maroto duró cuatro horas.

Cuando salió de la audiencia tenía el aire muy satisfecho y declaró a los asistentes que el general acababa de nombrarlo su secretario particular, nombramiento que debía a su conocimiento perfecto de las lenguas española y francesa.

Poco después se relacionó íntimamente con el auditor general del ejército don Juan José de Arízaga, que había sido auditor en Filipinas durante mucho tiempo y que unía a su gran talento un cinismo de corrupción bastante común entre los españoles que han permanecido en las colonias.

(1) El Infante don Sebastián. (N. de L.)

(2) Le llamaban "el verdugo de Málaga" por su intervención en el fusilamiento de Torrijos.

En esta época era ministro Pita Pizarro, que se había vanagloriado, cuando formaba parte del Gabinete Calatrava, de haber conspirado siempre contra Fernando VII.

Pita Pizarro no renunciaba a sus antiguas mañas y estaba en su elemento cuando tenía ocasión de actuar por medio de la policía secreta.

Hay algunos hombres que emplean en una esfera elevada los mismos procedimientos viles de que se han servido en un rango inferior, y usan de ellos como el medio principal para conseguir sus fines.

Se puso en relación directa con Espartero, que dió toda clase de facilidades, por medio del ministro de la Guerra, Alaix.

A fines de diciembre de 1838 llegó al teatro de la guerra un confidente de Pita, llamado Aviraneta.

La habilidad de este hombre, que había envejecido en medio de intrigas de toda especie, consiguió darle acceso cerca de la camarilla y de los generales que odiaban a Maroto.

Aviraneta atizaba el fuego mientras Duffeau y Arízaga no perdonaban ocasión de indisponer a Maroto contra los navarros; presentaban a éstos como a sostenes fanáticos del partido absolutista, a cuya frente estaban el cura Echeverría, el confesor Larraga y el predicador de la Corte, fray Domingo.

No tardaron en declararse las hostilidades abiertas.

Maroto recibía de la Corte despachos imperativos que le ordenaban atacar, deshaciendo sus combinaciones.

Algunas personas bien intencionadas, que le permanecían fieles, le escribían conjurándole a comenzar las operaciones, ya que una vacilación prolongada comprometía su situación. Maroto les respondió ásperamente, perdiendo así los últimos apoyos que le quedaban en la Corte.

Sus adversarios creyeron colmada la medida y resolvieron deshacerse de él a toda costa.

Sé que las opiniones están divididas en este punto; pero creo poder afirmar que no sólo se trató de deshacerse de Maroto, sino que fueron designados para la ejecución de este plan los generales fusilados por él en Estella; puedo asegurar igualmente que el Rey ignoraba por completo toda esta trama.

El espíritu de equidad y la lealtad de Carlos V, cualidades que le conceden todos, hasta sus enemigos, le hubieran hecho desechar con horror el empleo de semejantes medios.

Si el Rey hubiera tenido la intención de privar a Maroto del mando de las tropas antes de los fusilamientos de Estella, nada le hubiera sido más fácil que prenderlo, aprovechando una de las frecuentes visitas que hacía al Cuartel Real, someterlo a un Consejo de guerra y hacerle pasar la frontera.

No habiéndolo hecho así, es evidente que el Rey no deseaba su alejamiento y que ignoraba el complot tramado por la gente de su séquito.

Los conjurados habían elegido para la ejecución de sus proyectos el momento en que Maroto pasase revista a las tropas destinadas a la expedición que debía atravesar el Ebro para racionarse en las ricas vegas de la Rioja.

Estaba designado para mandar esta expedición el teniente general don Francisco García, acompañado de los mariscales de campo Guergué y Sanz, del brigadier Carmona, como jefe de su Estado Mayor, y del intendente Uriz.

Su correspondencia con sus confidentes en la Corte pasaba por mano de dos secretarios del Ministerio de la Guerra, don Florencio Sanz, hermano del general, e Ibáñez, antiguo secretario de Guergué.

Todo estaba convenido y arreglado; sólo se esperaba la llegada de Maroto, cuando éste recibió en Tolosa una denuncia de la conspiración, y hasta una parte de la correspondencia original de los generales navarros con sus amigos de la Corte.

Se ha acusado a Moreno de haber sido el autor de la denuncia; pero este supuesto parecerá absurdo a quienes, como yo, han podido convencerse del odio encarnizado que Moreno abrigaba contra el general en jefe.

Me parece más probable que el denunciante fuese Aviraneta, que vivía en Guipúzcoa, y, por su hipocresía, había sabido granjearse la confianza de los navarros.

Arízaga y Duffeau no dejaron de insinuar a Maroto que el Rey aprobaba secretamente el plan de los conjurados y que sería entregarse en manos del verdugo apelar al Rey.

Maroto se trasladó a Estella, hizo comparecer a los cuatro generales y al intendente, hizo que Arízaga leyese las cartas en presencia de sus dos confidentes Royo y Silvestre y, sin más formalidades, los fusiló al día siguiente en la plaza de Estella.

Al mismo tiempo mandó detener en Villarreal de Zumárraga a los dos secretarios comprometidos; Sanz pudo escapar por una

ventana, pero Ibáñez fué hecho prisionero y dos días después sufrió la misma suerte que los generales.

Es sabido que el Rey, tan pronto como tuvo conocimiento de este acto inicuo, declaró a Maroto fuera de la ley.

Este envió al Conde de Negri, segundo jefe de Estado Mayor, con una misión oficial, y Arízaga fué enviado con pliegos secretos para el Rey, que se encontraba en Azcoitia, mientras él mismo se dirigía, al frente de nueve batallones, por Lecumberrí, hacia Tolosa, amenazando al Cuartel Real.

La carta que llevó Negri al Rey contenía el párrafo siguiente:

“Es el caso, Señor, que he mandado pasar por las armas a los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz y que estoy resuelto, por la comprobación de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura, sin miramiento a fuero ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometí a defender, no siendo sólo de Vuestra Majestad, cuando se interesan millares de vivientes que serían víctimas si se perdiera.”

No puedo entrar aquí en detalles de la conferencia que tuvo lugar entonces en el Cuartel Real, durante la cual las personas que rodeaban al Rey se mostraron tan cobardes como torpes y mal inspiradas se habían mostrado hasta entonces.

Algunos meses después Arízaga se vanagloriaba en mi presencia de haber dicho al Rey que Maroto conocía los nombres de todas las personas complicadas en esta conjuración extensa, que los jefes se encontraban en el Cuartel Real y que los generales fusilados no habían sido más que instrumento de sus maquinaciones; que trataban de fusilar a Maroto y a sus amigos, de lo cual tenía pruebas, y que si el Rey no desterraba a Francia todos estos intrigantes, Maroto se vería obligado a fusilarlos a todos, aunque tuviera que prenderlos dentro de la cámara del Rey.

Ignoro si Arízaga tuvo la impudicia de pronunciar semejantes palabras ante su señor; pero si las dijo mereció que el Rey le hubiera mandado colgar de un árbol a la puerta de su palacio.

Pero el Rey quería evitar el derramamiento de sangre y acaso la anarquía en su propio Cuartel Real. Quizá llegó a creer en la existencia de este complot contra Maroto. Como quiera que sea, yo no soy el llamado a enjuiciar los actos del Príncipe a quien entonces servía y había jurado fidelidad.

Seis Reales decretos fueron publicados inmediatamente. Los dos primeros contenían la exoneración de cuatro ministros: el obispo de León, Labandero, Arias Teijeiro y el Duque de Granada.

El tercer decreto declaraba que el Rey, después de bien informado, reconocía que el jefe de su Estado Mayor, don Rafael Maroto (1), había obrado "con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene tan acreditados en favor de mi justa causa." Y añadía: "Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieron ofrecer a mi regia confianza hechos exagerados y traducidos con nociva intención, no debo permitir corran por más tiempo sin la reparación debida a su honor mancillado; y aprobando las providencias que ha adoptado dicho general, quiero continúe, como antes, a la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo que, si bien ha podido resentirle una declaración ofensiva, ésta debe exterminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquél mi real gracia y la reivindicación de su reputación injuriada.

"Asímismo quiero que se recojan y quemem todos los ejemplares del manifiesto publicado y que, en su lugar, se imprima y circule esta mi expresa soberana voluntad, dándose por orden en la general del ejército, y leyéndose por tres días consecutivos al frente de los batallones."

En virtud de los otros decretos, se disolvía la junta militar compuesta de antiguos generales y oficiales de Estado Mayor, que había declarado a Maroto culpable de alta traición, y se nombraba para desempeñar las carteras de la Guerra y de Estado a dos partidarios de Maroto, don Juan Ramírez de la Piscina y don Paulino Montenegro.

Algunos días después fueron conducidas a la frontera de Francia, escoltadas por un batallón, 35 personas, designadas por Maroto, con orden de no volver al país sometido a la dominación de don Carlos.

Entre los desterrados se encontraban el obispo de León, su secretario Pecondón, el cura Echeverría, Arias Teijeiro, su tío José Teijeiro, ayuda de cámara del Rey; don Miguel García, el ministro

(1) Guergué y Maroto ostentaron este título desde que el Rey, en 1837, decidió reservarse la dirección del mando del Ejército. (*N. de L.*)

Labandero y su hijo el intendente; el capuchino Larraga, confesor del Rey; el predicador fray Domingo y los generales Uranga, ayudante de campo del Rey; Mazarrasa y Basilio García, varios consejeros y secretarios de diversos Ministerios, los comandantes de la guardia real de a caballo y de infantería..., etc.

Poco tiempo después Zaratiegui, Elío y Gómez, que estaban en prisión desde hacía muchos meses sin que pudieran conseguir ser interrogados, fueron puestos en libertad.

El brigadier Cabañas, los defensores jurídicos de los generales antes nombrados, los brigadieres Vargas y Madrazo, que estaban detenidos por la libertad de lenguaje que emplearon en sus defensas, fueron también libertados, y la mayor parte de los oficiales relegados a un depósito por Guergué fué llamada y se reintegró a sus puestos.

En una palabra, se repararon muchas injusticias después de los fusilamientos de Estella.

Es tanto más de notar este hecho cuanto que, a excepción de Urbiztondo (actualmente fugitivo en Francia como partidario de O'Donnell), de Simón de la Torre, de Fernando Cabañas, de Besières y de los hermanos Fulgosio (actualmente [nov. 1841] condenados a muerte en Madrid, como complicados en la conjuración de palacio) que se pasaron al enemigo con Maroto, todos los demás oficiales, tan indignamente tratados por Arias Teijeiro y la camarilla, permanecieron fieles a su juramento y siguieron al Rey cuando abandonó España.

Por más que debían su libertad a Maroto, rehusaron seguirle y han preferido el destierro a los ofrecimientos de los agentes cristianos; ninguno de ellos ha querido manchar su reputación militar, tomando parte más tarde en la insurrección de O'Donnell.

Me refiero al general Villarreal, cuya bravura caballeresca es proverbial; a Gómez, Zaratiegui, Elío, Vargas, Reina, Arjona y tantos otros, cuyos nombres son menos conocidos.

A pesar de lo violento de las ejecuciones de Estella, todo buen soldado que tuviese en algo el honor de las armas carlistas y que fuese adicto a los jefes que le conducían a la victoria, debía alabar y bendecir sus consecuencias.

La camarilla había desaparecido y todos abrigaban la esperanza de que no volverían a nacer las antiguas intrigas.

Maroto, una vez anulados sus enemigos, debía reanudar las operaciones con entusiasmo.

Todas las circunstancias le eran favorables: había dinero, el ejército estaba pagado y equipado; la caballería, bien montada; las municiones de guerra, abundantes; las fuerzas enemigas, divididas.

Nada impedía a Maroto que justificase su conducta ante el mundo entero con la espada en la mano; pero se habían almacenado en su pecho, lleno de pasión, los sentimientos de odio y de venganza.

Instrumento dócil de los malvados que le rodeaban, escuchó sus pérfidas insinuaciones y, en vez de ser el salvador de una causa noble y justa, se convirtió en el autor de su ruina; entre la infamia y la gloria prefirió la primera.

Espartero conocía bien al hombre a quien dirigía sus tortuosas proposiciones; pero, al principio, las presentó con un color menos odioso: se habló de un matrimonio entre el Príncipe de Asturias y su prima Isabel, los cuales debían reinar conjuntamente, como los Reyes Católicos, bajo el título de "los Reyes"; Carlos V renunciaría a la Corona y Cristina a la Regencia, y se proclamaría una amnistía general. Se aseguraba que Luis Felipe y el Gabinete del 12 de marzo aprobaban este proyecto, y aun se aseguraba que el mariscal Soutl había dicho que sería el mejor éxito de su vida.

Después que Maroto se prestó a escuchar estos proyectos, fué fácil persuadirle de que debía ignorarlos el Rey.

En cuanto se apercibió Espartero de que Maroto, su antiguo compañero de armas en el Perú, era el dueño de la situación en el campo carlista, inició una correspondencia no interrumpida con él, seguro de conseguir sus propósitos.

Maroto exigía la garantía del Gobierno francés, y le hicieron ver algunos papeles insignificantes, de dudosa autenticidad; entonces quiso asegurarse y, en marzo, envió a París a su secretario Duffeau para que bebiera en la misma fuente.

Duffeau se dirigió al Conde Molé, que nada sabía del asunto, y lo recibió con frialdad; fué a ver al mariscal Soutl, a quien visitó varias veces; pero sólo obtuvo respuestas ambiguas y de poco valor.

Un día tuvo el atrevimiento de presentarse al Marqués de Labrador para sondear a este venerable anciano, que había sido miembro de la regencia de Cádiz, ministro plenipotenciario del Rey en el Congreso de Viena, en el conclave para la elección de León XII,

y en la Corte de Nápoles, y que vivía por entonces muy retirado en París.

Este respetable caballero, que había encanecido con honor en la diplomacia, recibió con tales muestras de desprecio las insinuaciones de Duffeau, que éste juzgó prudente no insistir, y no volvió más a verlo.

Maroto, que estaba impaciente, hizo volver de París a su emisario a fines de abril.

Durante este tiempo se llevaron los tratos con el mayor secreto. Espartero había elegido como agente a un simple arriero, llamado Martín Echaide y muy conocido en Navarra por "el arriero de Bargota".

Los arrieros disfrutaban en España de una gran reputación de probidad y se les confían sumas considerables sin recibo. Echalde, más que ningún otro, estaba considerado por todos como hombre de confianza, y podía circular libremente con sus mulos en ambos campos. Bajo una apariencia ruda ocultaba un espíritu fino y prudente, como la mayoría de los aldeanos españoles.

Espartero le confiaba la correspondencia, que entregaba personalmente en manos de Maroto, sin que nadie estuviera en el secreto.

El Duque de la Victoria se disgustó más adelante cuando se conocieron en Madrid los medios que había puesto en juego, ya que hubiera preferido que se atribuyera a sus pretendidas victorias el éxito que se debía a la intriga y a la traición.

He aquí cómo se tuvo noticia de este asunto: Espartero había hecho promesas magníficas a Echaide si la negociación llegaba a realizarse, promesas que no cumplió con esplendidez, y Echalde, como buen español, defraudado en sus esperanzas, pidió que, cuando menos, se le diese un certificado donde constasen sus servicios.

Espartero, que no quería poner en claro el origen de sus éxitos, redactó un certificado en términos tan oscuros y tan ambiguos, que no satisfizo al ambicioso arriero.

Este se dirigió entonces a Maroto, que se encontraba en Madrid, y, en presencia de los diputados vascos, le exhibió un documento rogándole que lo firmara.

Maroto reconoció la exactitud de los hechos consignados en el escrito, aunque se abstuvo de firmar, por miramiento a Espartero; pero los diputados vascos allí presentes se procuraron una copia del documento interesante que levantaba un velo de esta historia

que Espartero hubiera deseado tener oculta. He tenido ocasión de leerlo y he tomado nota del párrafo siguiente:

"Los pasos que hizo el honrado Echaide en febrero de 1839 se emprendieron con tanta prudencia y fueron coronados de un éxito tan feliz, que el 9 de abril quedó concluido el arreglo entre Espartero y el que suscribe (Maroto) para la pacificación de las Provincias Vascongadas. Desde entonces tomó a su cargo una correspondencia sin interrupción y sus buenos servicios no cesaron hasta después del Convenio de Vergara."

Cuando se piensa que Duffeau volvió de París al cuartel general de Maroto el 30 de abril, se ve que, durante esta larga ausencia e intencionada demora del confidente, Maroto había entablado relaciones directas con Espartero, sin esperar al resultado de las garantías que podía ofrecer la intervención francesa.

Espartero, como hemos dicho, quería ocultar sus tratos con una apariencia de gloria militar, y exigió de Maroto que se continuaran las operaciones.

Este se trasladó de Navarra a Vizcaya, donde estableció su cuartel general, y Espartero abandonó sus posiciones sobre el Ebro y fué a las Encartaciones.

Para ocultar mejor su juego, los dos generales redactaron proclamas furibundas injuriándose mutuamente.

El 27 de abril comenzaron las operaciones contra Ramales y Guardamino; hasta entonces Espartero había mantenido sus primeras posiciones; pero luego se hizo más exigente y quiso que Maroto le cediese ambas posiciones para consolidar su crédito en Madrid y calmar a los exaltados.

Maroto, cayendo en la trampa, no envió ningún socorro a la débil guarnición del fuerte de Ramales, que se vió obligada a rendirse, a pesar de la heroica defensa del capitán de Keltsh.

Las líneas de Guardamino fueron sorprendidas; y no tardaron en caer en poder de Espartero, que cada día tenía mayores exigencias, Orduña, el paso de Saracho, el valle del Nervión y la calzada de Amurrio hasta Llodio.

Entonces Maroto tuvo miedo, y se dirigió a lord John Hay, que mandaba a los ingleses, rogándole que exigiera a Espartero promesas formales, garantizadas por Inglaterra.

Lord Hay se mostró bien dispuesto y se trasladó al campo de Maroto, en Arrigorriaga, dando a su visita, como pretexto, el color

de una intervención plausible en favor de los pueblos cuyas cosechas habían sido devastadas.

Hay motivos para suponer que Espartero, de acuerdo con Maroto, llevó la devastación a los campos de Alava y de Navarra, cuyos batallones estaban reacios a la transacción, así como evitó la de las tierras de Guipúzcoa y de Vizcaya, cuyas tropas fueron con él a Vergara.

Para probar lo dicho anteriormente puede servirnos el diario de lord John Hay, que fué leído en el Parlamento inglés por lord Palmerston:

"20 de julio de 1839. Maroto insistía en que Inglaterra y Francia fuesen intermediarios y garantizasen el convenio. La orden que dió Espartero a sus generales de destruir las cosechas en la comarca carlista dió a Maroto un motivo oportuno para, sin despertar las sospechas de la Corte de Don Carlos, solicitar una conversación con lord John Hay, alegando el supuesto rompimiento del Tratado Elliott."

Lord Hay se trasladó de Arrigorriaga a Amurrio, donde se encontraba Espartero, y envió un mensaje por medio de un oficial a lord Palmerston.

Palmerston se alegró tanto al saber que Maroto estaba dispuesto a traicionar a su señor, que, olvidando su prudencia habitual, dejó escapar algunas palabras, que nos fueron comunicadas por carta de Londres, fechada en 29 de mayo.

Es inútil añadir que los puntos de vista que presentaba Espartero no se parecían en nada a las esperanzas que había dado a Maroto.

Siguiendo el consejo del primero, éste había solicitado del Rey, al principio de la campaña, el favor de ser nombrado generalísimo de todas las fuerzas carlistas, para que de este modo fueran incluidos en el convenio propuesto el Conde de España y Cabrera.

El Rey sometió esta singular demanda a la decisión de un Consejo compuesto por 13 miembros, y fué rechazada, alegando, como razón principal, que un general tan antiguo como el Conde de España y un jefe victorioso y casi independiente como Cabrera rehusarían someterse a las órdenes de Maroto.

Mientras tanto, Arias Teijeiro, después de una corta estancia en Tolosa, se había trasladado a Morella; a pesar de la orden de destierro que alcanzó a sus amigos, conservaba uno en el cuartel general: era Marco del Pont, que acaba de ser nombrado ministro

de Hacienda, y, por su mediación, sostenía una correspondencia con el Rey en la que acusaba de traidor a Maroto y aconsejaba que se le sometiese a un Consejo de guerra; y que, si esto no era posible, que se refugiase el Rey en el cuartel general de Cabrera.

A fines de junio el enemigo interceptó una de estas cartas, que fué enviada a Espartero; éste se apresuró a enviarla a Maroto, aprovechando la ocasión de indisponerle con su excelente señor.

Cuando Maroto recibió esta carta su cólera fué terrible, y dijo a un oficial alemán que se encontraba a su lado:

—Usted entiende el español: escuche usted una prueba de la bajeza de este hombre; ahora ya no tengo para qué guardar miramientos a nadie.

Desde aquel día el nombre del Rey fué excluído en las negociaciones con Espartero, y Maroto se llenó de odio contra su infortunado señor.

Sus amigos pudieron disuadirle a duras penas de su proyecto de ataque al Cuartel Real y pudieron calmarlo para que no se interrumpiesen las negociaciones.

Sin embargo, Maroto escribió a Marco del Pont para hacerle saber que conocía la correspondencia que sostenía con sus enemigos y que su conducta podía costarle cara a él (a Marco del Pont) y al Rey; y que le prevenía lealmente que abandonase el Cuartel Real y el teatro de la guerra.

Marco del Pont, cumpliendo órdenes reiteradas del Rey, no obedió este consejo perentorio, lo que aumentó la cólera de Maroto.

El 18 de julio, cuando el enemigo avanzaba por los valles de Vizcaya, dirigió al Cuartel Real un extenso documento, en el cual, después de consignarse los mayores elogios para su persona, y las injurias más violentas contra los desterrados, hacía constar la desavenencia del Rey respecto a la correspondencia de Arias Teijeiro. Este documento, dirigido a sí mismo, debía ser firmado por el Rey.

El ministro interino de la Guerra, Juan Montenegro (1), llegó

(1) Este hombre no llevó su cinismo hasta el punto de seguir a Maroto a los campos de Vergara; pero abandonó a su señor y dejó la cartera, huyendo precipitadamente, en cuanto vió al Rey en peligro, por temor a una reacción ultrarrealista, de la cual hubo algunos síntomas, a ejemplo de la insurrección de los batallones quinto y segundo de Navarra. Al Rey le impresionó mucho la huida de Montenegro; pero, al parecer, las ideas del honor no tenían gran arraigo en esta familia, con la única excepción del general de

a conseguir el permiso del Rey para publicarlo, y se apresuró a ponerlo a la firma real y sellarlo con el real sello.

Maroto lo dió a conocer en la orden del día fechada en Orozco el 23 de julio.

Si no se firmó entonces el convenio que tuvo lugar cinco semanas después en Vergara, fué debido, sin duda, a la esperanza que abrigaba Maroto de obtener mejores condiciones de Madrid, sobre todo, en cuanto al reconocimiento de los fueros; también es posible que quisiera ganar tiempo para atraerse un número mayor de tropas.

En cuanto a éstas, Maroto sabía que, a pesar de la influencia que ejercía sobre los soldados, no llegarían a pasarse a las banderas del enemigo si conocían sus planes y su finalidad, tales cuales eran realmente.

No puede decirse lo mismo de algunas de las personas que le rodeaban, las cuales sabían a qué atenerse y tenían la seguridad de conservar sus grados.

Para éstos no hay excusa, ya que no se les prometió nada que no se cumpliera, mientras que los pobres soldados fueron deslumbrados y atraídos por dos palabras tan seductoras como "Paz y fueros", cuyo significado conocieron en Vergara, cuando ya era tarde.

Voy a anotar los detalles de lo que ocurrió durante las últimas semanas que precedieron al día fatal de un diario redactado por un confidente de Maroto, cuyo original tengo a la vista cuando escribo estas líneas.

"Los primeros días de agosto se pasaron en marchas y contramarchas, mientras los dos generales estaban de acuerdo en sus propósitos.

El día 4 Maroto celebró su última conferencia con lord Hay, quien se entrevistó el día 5 con Espartero.

artillería Joaquín Montenegro, contra el cual no pudo decirse nada desfavorable.

Juan Montenegro, hermano del ministro, gentilhomme de Fernando VII, consiguió ser nombrado cónsul en Génova y ha desempeñado siempre un papel muy dudoso, y Joaquín, hijo del gentilhomme, no se avergonzaba de andar por Viena, durante seis años, tarareando romanzas y copiando un par de cartas del Conde de Alcudia en uniforme de capitán de granaderos, mientras los jóvenes españoles que tenían un corazón en el pecho se batían en uno u otro bando (N. de L.)

Este se trasladó el 9 desde Amurrio a Vitoria, sin tomar la precaución de cubrir sus flancos cerca de las Ventas y Santiago.

Maroto, tras un paseo militar hasta Nuestra Señora de Ezque-recocha, sin inquietar al enemigo, volvió a Orozco.

El 14 se hizo el simulacro de una pequeña escaramuza; el 16 esperaba Maroto al cónsul de Francia en Bilbao, cuando el Barón de los Valles vino a prevenirle que el Rey había ido al Baztán para apaciguar la sublevación de los dos batallones mandados por Echeverría. Maroto dijo a uno de sus confidentes:

—Este es el primer paso hacia su ruina.

El 18 se dirigió a la carretera de Anzuola a Vergara, donde conferenció extensamente con el cónsul de Francia; algunas horas después llegó el Rey a Villarreal.

Maroto se había acostado; parecía haber envejecido diez años en los dos últimos días; se afeitó el bigote y fué a ver al Rey.

Quando salió de la audiencia dijo en voz alta:

—He presentado mi dimisión, pero no ha sido aceptada.

Inmediatamente después envió a sus dos hijos a Tolosa, de donde fueron a Bayona, acompañados por Arizaga.

El día 20 se retiró el Rey a Villafranca y Maroto trasladó su cuartel general a Elorrio.

El 22 Espartero se apoderó del fuerte de San Antonio de Urquiola y, tres días después, de Castañeda y de Areta, que estaba fortificado. Negri, encargado de la defensa del fuerte, y Simón de la Torre, que mandaba en Areta, no hicieron ninguna resistencia.

Aquella misma noche entró Espartero en Durango y el 24 sus avanzadas llegaron a Abadiano; por la tarde su ayudante de campo, Zabala, hizo proposiciones de reconocer al Rey como Infante de España y conservar los fueros en toda su extensión, así como los grados a los oficiales del ejército carlista.

Maroto envió estas proposiciones al ministro de la Guerra, Montenegro, haciéndole saber que iba a celebrar una conferencia el día siguiente con el general enemigo y pidiendo instrucciones.

El 25 llegó el Rey a Villarreal.

Quando se presentó Maroto en palacio Su Majestad le hizo esperar en la antecámara, advirtiéndole que el Rey iba a demostrarle que era su señor; entonces el miedo hizo que el pérfido se alejara a toda prisa.

Inmediatamente después tuvo lugar entre Villarreal y Elorrio aquella desdichada revista, de la que hablaron por entonces todos

los periódicos. El Rey abandonó el campo al galope, gritando a su séquito que estaban traicionados.

El día siguiente, 26, se celebró la conferencia de Maroto con Espartero; éste rehusaba cumplir las condiciones que había ofrecido dos días antes relativas al Rey y a los fueros.

Ambos generales se separaron sin llegar a un acuerdo y, según parece, muy descontentos el uno del otro, y Maroto escribió aquel mismo día al ministro de la Guerra diciéndole que, persuadido de la mala fe de Espartero, estaba resuelto a no tratar con él más que con las armas en la mano.

Por toda respuesta el Rey envió a Negri al cuartel general para que tomase el mando, ordenando a Maroto que se presentara en el Cuartel Real para justificarse. Al mismo tiempo dirigió, por medio de Montenegro, una proclama al ejército, en la cual indirectamente se acusaba de traición a Maroto sin mencionar su nombre.

El 27 escribió Maroto al Rey pidiendo gracia para él y para sus secuaces; pero nada obtuvo y comprendió que nada podía esperar.

Entonces se rebeló abiertamente contra el Rey, y Negri tuvo que retirarse.

Espartero avanzó hacia Oñate y Urbiztondo y Simón de la Torre se unieron a él aquel mismo día.

Maroto accedió a cuanto se exigía de él e hizo circular un escrito en el que declaraba que, cansadas de guerra, las tropas de su mando habían resuelto hacer la paz, que sería firmada al día siguiente. Fué a Vergara y volvió aquella noche a Villarreal. El 31 de agosto todo estaba terminado; el Rey había perdido su corona y el fruto de una lucha sangrienta que había durado siete años:

Cinco días antes se hubiera podido evitar esta desgracia: una sola palabra del Rey hubiera bastado para que Maroto fuera fusilado por las mismas tropas que se pasaron con él al enemigo; y, aun cuando éstas hubieran rehusado obedecer, allí estaban Alzáa y sus alaveses para inflingir al traidor el merecido castigo."

Durante la noche del 1 de septiembre entró en el puerto de San Juan de Luz una chalupa inglesa y desembarcó un cadete de la Marina, que montó a caballo y partió al galope para llevar al con-

sul inglés un billete de lord Hay, que contenía la primera noticia del Convenio de Vergara.

El día siguiente vino la noticia oficial del cuartel general de Espartero.

Se izó la bandera española ante el consulado cristino y se entregaba a los transeúntes un ejemplar del convenio.

Yo estaba en Bayona, desde unos días antes, oculto en un cuarto pequeño del arrabal habitado en su mayor parte por vascos. Había dejado París a fines de abril y hecho el camino hasta Bayona en compañía de Duffeau (1).

Sin entrar en detalles, que han perdido ya su interés, una vez que todo está terminado, me limitaré a decir que estaba encargado de hacer proposiciones que hubieran sido aceptadas sin discusión por un Gobierno de sentido común; su resultado debía ser decisivo.

Un plan vasto, apoyado por una potencia amiga (2), fué sometido al Ministerio; pero estaba de tal manera dominado por Maroto, que no se atrevía a tomar ninguna resolución que no estuviera aprobada por él.

De este modo transcurrían una y otra semana sin decidir nada a pesar de los apremios de los hombres más influyentes del extranjero y del Barón de los Valles, que dirigía las negociaciones en el Cuartel Real.

Yo tenía la orden de esperar en Bayona la firma del Rey, que estaba encargado de llevar a París y después a la Corte de la potencia amiga.

La estancia en Bayona era peligrosa para mí y temía ser descubierto y detenido; de modo que decidí ocultarme en el cuarto de que he hablado al principio de este volumen, junto al castillo de Marrac, a poca distancia de Bayona, donde pasé más de tres semanas en la más estricta reclusión. Cuando la sala que había debajo de mi habitación estaba llena de gendarmes y de aduaneros el menor movimiento hubiera podido denunciar mi presencia, de modo que estaba condenado a una inmovilidad completa.

(1) Nada dice Lichnowski del objeto de su viaje ni de los tratos que mediaron para la venta de las Filipinas a Holanda por don Carlos, en los que, según Pirala, tuvo intervención directa.

El marqués de Villa-Urrutia ha recogido esta especie que inserta Pirala, sin que ni uno ni otro indiquen la fuente de sus informaciones. El relato de Lichnowski deja sospechar algo.

(2) Esta potencia sería Holanda y este plan el de la venta de Filipinas,

A la puesta del sol venía un agente realista, deslizándose en la sombra, para traerme del Cuartel Real los despachos en los que, ordinariamente, se aplazaban las decisiones para el siguiente día.

Por fin, me anunciaron la llegada de un agente confidencial a Vera, en la frontera, adonde debía yo trasladarme.

Conducido por un contrabandista, llegué al lugar designado.

Las comunicaciones que recibí eran poco satisfactorias y dejaban ver claramente el desacuerdo y el malestar reinantes en la Corte y en el ejército.

Aquella misma noche regresé descorazonado; pero, traicionado o vendido, me detuvieron apenas puse los pies en tierra francesa.

El guía, que caminaba delante de mí por un camino tortuoso, desapareció de pronto y me vi rodeado de gendarmes y aduaneros; uno de ellos acercó una linterna sorda a mi cara y exclamó:

—Es él.

Me invitaron a seguirles; les entregué mis pistolas y tuve que someterme a un minucioso registro.

Me quitaron algunos papeles insignificantes, pero mis despachos estaban bien ocultos y no los encontraron.

Llegado a San Juan de Luz, el comisario abrió un atestado y pasé el resto de la noche bajo la vigilancia de cuatro gendarmes.

A la mañana siguiente un correo enviado al subprefecto trajo la orden de conducirme a Bayona bajo escolta.

Era el 26 de mayo, domingo, y como el camino de San Juan de Luz a Bayona pasa por Biarritz, balneario muy frecuentado por el mundo elegante de Bayona, no me hacía ninguna gracia atravesar con tan triste cortejo aquel lugar y ser objeto de mofa.

Explicué estas razones al sargento de gendarmes encargado de mi conducción y aquel buen hombre escribió en seguida a Bayona y obtuvo permiso para aplazar el viaje hasta la noche.

A las ocho me colocaron en un carricoche, escoltado por dos gendarmes, y a las nueve entraba en el Hotel del Comercio, de Bayona, que se me había designado como prisión provisional.

Debía ser interrogado al día siguiente por el subprefecto y me figuraba que sería conducido a París entre gendarmes.

Me senté a la mesa, en compañía de estos señores, que no me perdían de vista y, al comenzar la cena, encontré un papellito arro-

llado dentro de la servilleta. Reconocí la letra del coronel Lagrasière, agente realista, y leí lo que sigue:

"Si no tuviera más que veinticinco años y buenas piernas no me asustaría una altura de 25 pies, sobre todo en un suelo que no está empedrado."

El consejo era bueno y me decidí a seguirlo.

Una hora después, habiendo tenido cuidado de que bebieran copiosamente los gendarmes, aproveché el momento en que uno de ellos había salido y el otro descorchaba una botella, para saltar por la ventana.

Corrí y conseguí llegar a casa de un amigo, pasando por el tejado de otra casa de la misma calle, cuya puerta hallé abierta.

La segunda noche salí de Bayona mientras llovía a cántaros y me dirigí a caballo al castillo de F., que era de un amigo mío; tres días después estaba en París.

Me hospedé en el Hotel de Europa, en la calle de Valois, Palais Royal, oculto bajo el nombre de M. Eugenio Pinet, comerciante en sedas, natural de Lyon (1).

Diez días más tarde fui a Toulouse por la diligencia. El agente realista con quien me veía me enseñó una circular que daba mis señas y encargaba a todas las autoridades mi captura, poniéndole precio.

Aunque muy lisonjeado por la importancia que se atribuía a

(1) El mismo día leí en los periódicos el artículo siguiente:

"Un puesto de gendarmes de la frontera de España detuvo el 20 de mayo al general Príncipe Li... en el momento en que entraba en Francia, volviendo, según parece, del cuartel real de don Carlos.

"Conducido a Bayona por los gendarmes para quedar a disposición del subprefecto, llegó hacia las nueve de la noche y quedó arrestado en el Hotel del Comercio bajo la vigilancia de dos gendarmes de esta ciudad, encargados de no perderlo de vista para presentarlo a la autoridad al día siguiente.

"Mientras el prisionero cenaba, aprovechando un instante de descuido de sus guardianes, se lanzó por la ventana y desapareció como un relámpago; hasta el presente, a pesar de la mayor actividad y de todas las indagaciones imaginables, ha sido imposible descubrir su pista. Diecisiete gendarmes han sido designados para explorar los alrededores, y todos los aduaneros de la frontera están en movimiento; pero todo en vano. El señor de Li... parece haber desaparecido de la superficie de la tierra.

"Se cree que su paso ha sido denunciado a las autoridades por un agente del bando de Arias Teijeiro de los que pululan en esta región a ambos lados de la frontera." (N. de L.)

mi persona me desagradaba la noticia, porque iba a serme muy fastidioso el continuar mi viaje.

Por la noche monté en la imperial de una diligencia cuyo conductor era hombre de mi confianza.

A media legua de Auch nos encontramos con un elegante factón; descendí de mi asiento aéreo y, en cuando la diligencia se hubo alejado, me acomodé al lado de M. A., propietario de aquel coche.

Atravesamos Auch a trote largo y una hora después volví a trepar sobre mi primer asiento.

Llevaba una blusa, un gran sombrero de paja y un paraguas de indiana bajo el brazo. En este traje seguí a una vieja a través de las tortuosas calles de Tarbes.

Una hora después, una bonita aldeana bearnesa, en cuya casa me vestí un traje de este país, me conducía a lo largo del río que se desliza junto al castillo de Enrique IV, en Pau.

El segundo día llegué al castillo del Barón D'O., cuya amable familia me recibió de la manera más halagadora.

Después de una excelente comida, monté un caballo de caza del Barón y, acompañado por algunos caballeros de la vecindad, galopamos a través de los campos hasta Saint L..., cuyo propietario, el señor de R..., me testimonió su pena de que su castillo no estuviera designado en la hoja de ruta que recibí en Bayona como una de las estaciones de parada para pasar la noche.

Descansamos brevemente y antes de ponerse el sol llegamos al castillo de M., situado en un lugar delicioso, junto al Adour, rodeado de terrazas y de hermosos jardines, propiedad del señor de ...e.

Aquí fué donde se detuvo la Reina (Princesa de Beira) durante tres días, antes de pasar la frontera.

Fuí recibido con exquisita delicadeza por el dueño de este señorío y siento no poder decir aquí el nombre de las personas que me han obsequiado con la hospitalidad más generosa durante mi trayecto.

Todos ellos son buenos realistas, cuyo modo de vivir ha conservado las formas sociales más correctas, unidas a una sencillez patriarcal que merece los mayores elogios.

Les ruego que reciban ahora la expresión de mi gratitud más viva, y la seguridad que jamás olvidaré su bondad y los momentos agradables que han transcurrido a su lado.

La segunda noche una barca me llevó a la orilla izquierda del Adour, donde me esperaban dos contrabandistas y caballos.

Algunas horas después llegué a casa del jefe de los contrabandistas vascos; nada diré de la magnífica situación de aquella casa ni de la figura notable de su propietario, que probablemente ejerce aún con éxito su peligrosa profesión. Sólo diré que está situada a orillas del Nive, en un lindo vallecito (1); allí pasé cinco semanas con él, en medio de los contrabandistas. Me habían preparado una habitación con todo confort.

La anciana madre de mi huésped se ocupaba de la cocina y su hermana menor nos servía la mesa. Yo ocupaba una habitación limpia y confortable, donde nada echaba de menos. Un contrabandista guió a mi criado, que había quedado oculto en Bayona, en mi escondite de Marrac.

Todas las noches venían los camaradas de mi patrón (hacheros de contrabanda [*sic*]) trayendo los despachos del Cuartel Real.

Me despertaban y, después de trabajar algunas horas, otros hombres llevaban estos despachos a Bayona.

Sucedía con frecuencia que se organizaban en la casa grandes transportes de caballos y de objetos necesarios para la guerra y entonces todo era animación por aquellos contornos.

Al caer el sol llegaban contrabandistas de todas partes; los pasos peligrosos se ocupaban militarmente; se enviaban exploradores que observasen los puestos de los aduaneros y perros a la descubierta. Durante la noche se comía, se cantaba y se bebía y a eso de las tres de la madrugada se rompía la marcha.

Los paquetes habían sido pesados y se repartía la carga entre los hombres y las caballerías.

El artículo de más frecuente tráfico era el salitre; un peatón llevaba doscientas libras y las mulas de seiscientas a ochocientas.

Cuando se trataba de transportes importantes, de más de cien mulas, se enviaban primero unas pocas con mercancía de escaso valor, y mientras los carabineros se apoderaban de ellas, pasaba el grueso de la expedición tranquilamente a través de precipicios y gargantas, y era raro que no llegase a su destino.

Los aduaneros aislados no se atrevían a atacar a los contrabandistas, que manejaban con singular destreza sus largos cuchi-

(1) Será Hautziarte, en Sara, y el contrabandista, Ganish.

llos y sus makilas; llevaban, además, una carabina atada a la silla de cada mula.

Estas expediciones tienen algo de grandioso; he seguido algunas cuando los asuntos requerían mi presencia en España o necesitaba entrevistarme con alguna persona de la Corte.

En fin, todo parecía encaminarse hacia la conclusión, y el mismo Maroto había escrito en este sentido, cuando Duffeau, enviado por él a París por segunda vez, fué detenido a su regreso cerca de la frontera y llevado a presencia del subprefecto de Bayona, quien le extendió un pasaporte y dió orden a las autoridades de que le dejasen pasar libremente.

Yo tuve con él, en una borda solitaria, cerca de San Juan de Luz, durante la noche del 25 de julio, una conversación que me hizo presentir funestos acontecimientos, relacionándola con las noticias que acababa de recibir.

El 7 de agosto me hallaba de nuevo en España y me entrevisté con el barón de los Valles. Este fiel servidor del Rey miraba las cosas desde el mismo punto de vista que yo; pero no podíamos hacer más que lamentarnos de aquellas desgracias irreparables, ya que los que hubieran podido remediarlas carecían de valor y de entereza.

El 10 supimos que se habían sublevado cinco batallones navarros, dirigidos por el cura Echeverría, que había sido presidente de la Junta y conservaba una gran influencia entre ellos.

Desde aquel momento era fácil de prever una disolución vergonzosa.

En el seno mismo del Cuartel Real se destrozaban tres facciones: la de Maroto, la de Echeverría y la del pequeño número de servidores que quedaron cerca del Rey y que, aun entre ellos, estaban desunidos.

El 31 de agosto se realizaron nuestras tristes previsiones y en el Cuartel Real se perdió la serenidad: en lugar de hacer el último esfuerzo para pasar el Ebro y reunirse con Cabrera, la mayor parte sólo pensó en huir y en ponerse a salvo. Centenares de empleados, de cortesanos, de mujeres, de frailes, pertenecientes casi todos a la clase desprestigiada de los "ojalateros", llegaron al territorio francés y se aglomeraron en Bayona y en sus cercanías.

Los navarros, desbandados, cometían atrocidades en la fron-

tera, y llenó la medida de estos horrores la muerte de Moreno, asesinado el 6 de septiembre.

El 13 de este mes llegó el Rey a Urdax con algunos escuadrones, y se supo que Espartero había entrado en Elizondo.

El Rey envió al general Zabala, su ayudante, al general francés Harispe y al subprefecto Hénault para anunciarles su intención de pasar a Francia y preguntar qué suerte les estaba reservada a él y a las personas de su séquito.

La respuesta fué que sería tratado con los miramientos debidos a su rango, que obtendrían pasaportes, que los oficiales superiores conservarían su espada y que las tropas, una vez desarmadas, serían enviadas a los depósitos.

El día 14, a las dos de la tarde, todas las alturas que rodean a Urdax por los tres lados estaban cubiertas de enemigos; el batallón de Cantabria, que defendía las avenidas del pueblo, rompió un vivo tiroteo; se tocó llamada, y el Rey, a caballo, seguido por todas las tropas, se trasladó a la frontera.

Por orden de Elfo, que había asumido el mando, quedaron 100 soldados en Urdax a las órdenes de Villarreal, Gómez, el conde de Madeira, Moreno y Zabala. Se unieron a ellos varios oficiales, entre ellos el conde Stanislas de Blacas, hijo del duque de Blacas, que se encontraba en España desde unos meses antes y que fué después mi compañero de viaje. Estos valientes quisieron defender el campo de sus antiguas hazañas con las armas en la mano hasta los últimos instantes y hacer frente una vez más al enemigo.

Este descendió de las alturas y nuestros fusileros se retiraron lentamente haciendo fuego. Llegados al puente de Dancharinea descargaron por última vez sus armas y la guardia de Carlos V pisó el territorio francés.

Desde el puente hasta el lugar de Ainhoa había tropas francesas de línea que desarmaron a nuestros soldados y, a pesar de las promesas recientes, no se excluyó a nadie: la espada victoriosa de Villarreal, el sable del valiente Gómez cayeron, con otras muchas armas gloriosas, en las innobles manos de los empleados de Policía y de Aduanas.

Cuando trataron de desarmar al Infante don Sebastián se resistió diciendo que no se separaría de su espada sino a la fuerza, y el comisario francés tuvo el buen acuerdo de no insistir.

Las tropas, colocadas entre dos filas de soldados franceses,

fueron encaminadas a Saint-Pée, lugar designado para estancia temporal del séquito del Rey.

Una sección de gendarmes y una compañía de infantes ocuparon los alrededores de la casa del juez de paz, donde se alojaba el Rey: ¡estaba prisionero!

No se ocultó a las autoridades francesas la expresión de sombría tristeza que se retrataba en nuestras caras, producida por esta primera falta a su palabra, y temieron una revuelta desesperada, como una tentativa para entrar en España.

Cuando el subprefecto pasó al vestíbulo que precedía a la antesala del Rey y vió en él reunidas a tantas personas notables se inquietó mucho, y declaró que no podía permitir una reunión tan numerosa y que sólo debían quedar los que estaban de servicio.

El juez de paz, Goyeneche, se sentó ante la puerta del pequeño aposento donde se hallaba el Rey, la Reina y el Príncipe de Asturias para prohibir la entrada, pero no pudo impedir que fuéramos desfilando todos, uno tras otro, ante nuestro señor. El Rey parecía resignado; había renunciado a toda esperanza y no sabía qué suerte le deparaba el porvenir.

Uno de nosotros expresó el temor de que el Gobierno francés lo retuviera como prisionero, y él rechazó esta idea diciendo que sería inaudito que faltase de este modo a la palabra empeñada por las autoridades de Bayona en nombre del Rey de los franceses, lo cual constituiría una violación del derecho de gentes que no consentirían las potencias del Norte.

El Infante don Sebastián no estaba tan resignado y me repetía muchas veces:

—¡Ah, si yo fuera aquí el amo! ¡Si se me hubiera dejado actuar durante los últimos días habríamos tenido una segunda jornada de Oriamendi!

Sus guardianes no estaban tranquilos y vigilaban todos sus movimientos temiendo que hiciera alguna locura.

Esta situación penosa se prolongó un día más. El telégrafo había comunicado los sucesos a París y las autoridades esperaban la respuesta, que llegó el día 16, disponiendo que las tropas fuesen conducidas a Marrac y a otros puntos en las cercanías de Bayona; los oficiales, a esta ciudad, hasta nueva orden, y la familia real, con un séquito poco numeroso, a Perpiñán, escoltada por una guardia numerosa y un comisario de Policía.

Se fijó la hora de salida de cada uno y el itinerario fué rigurosamente trazado.

Yo salí a caballo hacia el mediodía con el conde de Blacas y el barón de los Valles.

Bayona estaba llena de carlistas que no encontraban alojamiento; se decía que el Rey iba a pasar aquella noche y que se detendría para relevar los caballos; se formó en la plaza un grupo numeroso de españoles que querían despedirse de su Soberano.

Informadas de este propósito las autoridades retrasaron la salida del Rey; se hizo el relevo en las afueras de la ciudad, sobre las alturas de Saint-Sprit, y atravesó Bayona sin detenerse.

Pero algunos que nos habíamos enterado de estos preparativos corrimos a la altura donde se habían detenido tres coches rodeados de agentes de Policía y de gendarmes; pudimos acercarnos al que iba delante y llamamos en los cristales de la portezuela; estaba ocupado por el Rey, la Reina, el Príncipe de Asturias y don Sebastián.

Apenas nos tendió la mano el desgraciado Príncipe y yo le dirigí algunas palabras de duelo y de esperanza cuando el subprefecto gritó al postillón: "¡Adelante!", y el coche desapareció en la obscuridad de la noche con la rapidez de una flecha, llevando prisionero al Príncipe con el cual había yo esperado compartir un destino más venturoso.

Diez días después me hallaba en Bourges, ciudad asignada como prisión al Rey, al cual volví a ver en el hotel de la Panette, víctima triste de la traición y de la indiferencia de nuestro siglo.

El Gobierno francés esperaba, sin duda, que su cautiverio iba a asegurar la paz y la tranquilidad de España; pero los últimos sucesos han demostrado que estas esperanzas eran vanas, y la historia se ha encargado de vengar a Carlos V y a sus defensores.

En cuanto el último soldado carlista hubo abandonado el suelo de España, las mismas disensiones que originaron nuestra ruina estallaron en la Corte y en el campo enemigo.

Los sucesos de Barcelona y de Valencia, la abdicación forzosa de María Cristina y la reacción de sus partidarios en las provincias han probado la inestabilidad de un Gobierno fundado sobre el principio revolucionario.

La sangre de don Diego León y de tantas otras víctimas políticas, para las que no tuvo piedad Espartero, reclaman venganza.

No se han borrado aún las trazas de la guerra civil y en las grandes ciudades de la costa surgen las tendencias republicanas (1).

¡España está hoy más lejos que nunca de disfrutar de paz y de tranquilidad!... Torrentes de sangre inundarán todavía este desventurado país.

Sólo Dios puede poner término a tantas miserias; los hombres son impotentes y sólo los designios de lo alto son incommovibles.

(1) Las tristes profecías escritas en 1839 ¿no se han cumplido hoy plenamente? (Noviembre de 1843.) (N. de I. de B.)

F I N

## ÍNDICE ALFABÉTICO

### A

- Abarca (Joaquín), Obispo de León, 42, 43, 45, 107, 201, 213, 214, 330.  
Abd-el-Kader, 69.  
Adell (Luis de), 320.  
Alaix (Isidoro), 327.  
Alberoni (Cardenal), 80.  
Alcántara (Marqués de), 47.  
Alcudia (Conde de), 63, 208, 337.  
Alfonso *el Batallador*, 78.  
Altamira (Marqués de), 220, 221.  
Altasona (Marqués de), 87, 91.  
Alvarez de Toledo (Coronel), 166, 207, 212, 219.  
Alzáa, 49, 339.  
Amat (Monseñor), 44.  
Angulema (Duque de), 149.  
Anibal, 109.  
Antas (Vizconde de), 55.  
Arias (José), 34.  
Arias Teijeiro (José), 106, 131, 165, 169, 173, 180, 181, 186, 187, 193, 194, 209, 212, 215, 216, 226, 227, 292, 325, 330, 335, 336, 342.  
Arizaga (Auditor), 326, 328, 329, 338.  
Arjona (Brigadier), 146, 157, 165, 331.  
Arnau (Coronel), 95, 111.  
Arróspide (Coronel), 187.  
Arroyo, 134.  
Artagán (Barón de), 212.  
Augereau, 266.  
Aviraneta (Eugenio), 327, 328.  
Aymerich de Cruilles, 296.  
Aznarez, 107, 182.  
Aznarez (Mariano), 207.

### B

- Ballesteros (Coronel), 199.  
Barnabé (Gil de), 272.  
Batanero (Canónigo), 176, 275.

- Beira (Princesa de), 49, 167, 207, 287, 343.  
Belascoain (Conde de), *Vide* León (Diego).  
Beltrán, 280.  
Bellengero (Juan), 112.  
Bellune (Duque de), 225.  
Benavente (Duquesa de), 219.  
Benet (Mosén), *Vide* Tristany.  
Berástegui (Brigadier), 160.  
Beresford (Mariscal), 170.  
Bernadotte, 79.  
Bernelle (General), 68.  
Berry (Duquesa de), 114.  
Bessières (General), 45, 138, 212, 331.  
Bivona (Duque de), 221.  
Blacas (Conde de), 346, 347.  
Blake (General), 265.  
Boabdil, 108.  
Bocarmé (Condesa Ida de), 202.  
Borges, 310, 315, 318.  
Borso di Carminati, 103, 104, 108, 110, 293.  
Bossuet, 67.  
Bóveda (Marqués de), 160, 176.  
Braganza (Pedro), 69.  
Brujó (Brigadier), 273, 279, 295.  
Buerens (General), 117, 118, 119.  
Bugeaud, 222.

### C

- Cabañas (Ministro), 169, 173.  
Cabañas (José), Coronel, 51.  
Cabañas (Fernández), Brigadier, 156, 165, 331.  
Cabrera, 34, 80, 86, 88, 89, 95, 103, 104, 105, 108, 111, 112, 115, 117, 124, 127, 134, 135, 137, 138, 159, 172, 175, 176, 215, 252, 253, 275, 278, 280, 281, 284, 285, 291, 292, 336.

Calatrava, 327.  
 Caltabellota (Conde de), 212.  
 Caltajeneta (Conde de), 212.  
 Cambronero, 35.  
 Campoverde (General), 265.  
 Camps (Coronel), 279, 285.  
 Canterac (General), 200.  
 Carandolet, 152, 153.  
 Carbó (General), 303, 314.  
 Carlomagno, 244, 264, 300.  
 Carlos V (Emperador), 128.  
 Carlos de Austria, 138, 243.  
 Carlos II de España, 66, 67.  
 Carlos III de España, 40.  
 Carlos X de Francia, 13.  
 Carlos Luis (Conde de Montemolín), 180.  
 Carlos María Isidro (Carlos V), 31, 38, 41, 43, 47 a 50, 54 a 57, 59, 63, 65, 66, 67, 74 a 77, 84, 87, 91, 93 a 97, 101, 106, 107, 110, 116, 117, 119, 121, 122, 124, 125, 128, 129, 131, 132, 137, 139, 142, 144, 145, 149, 151, 154, 155 a 157, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 168, 169, 173 a 176, 179, 180, 182 a 185, 187, 193, 194, 201, 213 a 216, 218, 221, 243, 253, 268, 272 a 274, 287, 310, 315, 317, 319, 320, 325, 327 a 332, 335, 336, 338 a 340, 345 a 348.  
 Carlota (Infanta), 167.  
 Carmona (Brigadier), 328, 329.  
 Carratalá (General), 200.  
 Casa-Eguía (Conde de), *Vide* Eguía.  
 Casa-Irujo (Marqués de), 62.  
 Castells (Coronel), 72, 279, 303, 304.  
 Catalina de Rusia, 226.  
 Cea Bermúdez, 62.  
 Cervantes, 317.  
 César, 300.  
 Cestorbi (Conde de), 212.  
 Cid Campeador, 108.  
 Cirat (Conde de), 37, 220.  
 Cirilo de Alameda (Fray), Arzobispo de Cuba, 193.  
 Cisneros, 80.  
 Clarendon (Lord), 115.  
 Colubí, 62.  
 Collesano (Conde de), 212.  
 Concordia (Marqués de la), 199.  
 Condé, 54, 262.  
 Conejo y Guisado, 46.  
 Conrad, 89.  
 Cooper, 250.

Corpas (Cecilio), 40, 61, 63, 107, 130, 167, 182.  
 Córdoba (Fernández de), 59.  
 Costa Souza y Alburquerque, *Vide* Madeira (Conde de).  
 Crafton (Teniente inglés), 139.  
 Cristina (Reina), 131, 140, 167, 185, 219, 221, 223, 243, 332, 348.  
 Cubells (Coronel), 105.  
 Cuevillas (Ignacio Alonso), 51, 78, 115, 149.  
 Custine (Roberto, Conde de), 207.  
 Chao, 252.  
 Chassé (General), 93.

## D

Daríampé, 217.  
 Dávila (Coronel), 293, 295, 319.  
 De Caen, 266.  
 Delbrück, 227.  
 Díaz de Labandero (Gaspar), 44, 320, 330, 331.  
 Díaz de Labandero (Pedro), 43, 44.  
 Díaz de Vivar (Ruy), 108.  
 Dihursubéer (Miguel), 30.  
 Djins, 203.  
 Domingo de San José, Carmelita descalzo (Fray), 46, 206, 207, 331.  
 Duchesne, 266.  
 Duffeau-Ponillac, 211, 326, 328, 332, 334, 340, 345.  
 Dumont, 230.  
 Durero (Alberto), 152.

## E

Eboli (Princesa de), 296.  
 Echaide (Martín), 333, 334.  
 Echeverría (Juan), Párroco de Los Arcos, 45, 162, 167, 168, 169, 330, 338.  
 Eguía (General), 74, 75, 183, 211, 226.  
 Elío (Joaquín), 51, 55, 60, 79, 80, 120, 125, 144, 145, 146, 155, 165, 167, 169, 331, 346.  
 Elliot (Lord), 36, 188, 335.  
 Eraso (General), 172.  
 Enrique IV de Francia, 204, 343.  
 Enrique de Trastámara, 152.  
 Ensenada (Marqués de la), 72.  
 Erro (Juan Bautista), 107, 182, 211.  
 España (Conde de), 44, 72, 172, 180, 181, 198, 209, 215, 228, 238 a 241,

244, 251 a 259, 261 a 263, 266 a 271, 276 a 290, 293 a 319.  
 Espartero, 48 a 50, 74, 77, 113, 116, 117, 120, 122, 125, 128, 131, 134, 135, 137, 138, 140, 143, 146, 153, 157, 163, 172, 175 a 178, 187, 196, 200, 211, 214, 221, 226, 292, 326, 327, 332 a 337, 339, 340, 348.  
 Espoz y Mina, 266, 270.  
 Evans (Lacy), 48, 49, 52, 70, 120.  
 Ezpeleta (Conde de), 146.

## F

Falcón (Señorita), 195.  
 Federico Guillermo III de Prusia, 116, 121, 177.  
 Felipe II, 61, 64, 80.  
 Felipe V, 222, 243, 291, 299.  
 Fenollar (Conde de), 180, 181, 244, 277.  
 Ferdinandina (Duque de), 221.  
 Fernando VI, 72.  
 Fernando VII, 35, 43 a 45, 60, 61, 62, 63, 75, 107, 128, 149, 166, 167, 200, 223, 263, 266, 269, 270, 291, 320, 327.  
 Ferrer, 229, 230, 232, 237.  
 Ferrer (Narciso), 320, 321.  
 Forcadell (Brigadier), 105, 124, 127, 134, 135.  
 Fonfrède, 223.  
 Fra Diavolo, 133.  
 Francisca de Asís de Braganza, 149.  
 Freire (Fernando), 167, 183.  
 Fulgoso, 51, 134, 176.

## G

Gaeta (Coronel), 95, 131.  
 Ganisch, 344.  
 Galli (Ramón), 303, 307.  
 Gamboa, 218.  
 García (Basilio), 138, 174, 175, 176, 275, 331.  
 García (Diego Miguel de), 35 a 37, 165, 330.  
 García (Franco), 50, 68, 163, 210, 228, 325.  
 Garnier, 114.  
 Gaztañaga (Joaquín), 37.  
 Gil (P. Manuel, jesuita), 40, 66.  
 Godofredo de Bouillon, 230.

Godoy, 262.  
 Goeben, 174.  
 Gómez (Miguel), 54, 56, 93, 137, 169, 176, 275, 331, 346.  
 Gómez Acebo, 200.  
 Gonzaga (San Luis), 66.  
 González Moreno (Vicente), 35, 36, 44, 50-51, 54, 59-60, 75, 78, 81, 95, 111, 117, 120, 123, 124, 130, 131, 135, 137, 154, 155, 158, 159, 167, 172, 173, 182, 201, 208, 209, 216, 274, 326, 328, 345.  
 Gordillo (Coronel), 100.  
 Gotta, 212.  
 Goyeneche, 327.  
 Granada de Ega (Duque de), 65, 166, 330.  
 Grunseit (M.), 115.  
 Guergué, 166, 168, 169, 173, 176, 178, 196, 212, 271 a 273, 280, 329 a 331.  
 Guillermo (Fray), 68.

## H

Haber (Barón de), 175.  
 Harispe (Mariscal), 345.  
 Hautziart, 31, 32, 188, 189.  
 Hay (Lord), 56, 334, 335, 340.  
 Henaut (M.), 189, 345.  
 Henningsen, 115, 116.  
 Herrera, 152.  
 Hervés (Barón de), 221.  
 Hoyos (Casimiro), 199.

## I

Ibáñez (Manuel) (a) *Llarch de Copous*, 97, 266 a 269, 279, 290, 291, 294, 319.  
 Ibáñez (Secretario de Guergué), 328, 329.  
 Ibarrola (Rafael), 33, 34.  
 Ignacio (Fray), 68.  
 Infantado (Duque de), 63, 134, 212, 219.  
 Iriarte (Martín José), 187.  
 Iribarren (General), 84, 96.  
 Isabel II, 128, 135, 221, 243, 270.  
 Iturbe (Coronel), 49.  
 Iturbide (Agustín I), 142.  
 Iturralde (General), 167, 172.  
 Iturriaga (Brigadier), 49.

## J

Jara, 133.  
 Jaugue (Banquero), 194.  
 Javier (San Francisco), 66.  
 Juan de Austria, 54.  
 Juan VI de Portugal, 170.

## K

Keltsch (Capitán), 121, 177, 188.  
 Koenneritz (M. de), 46.  
 Kragewinkel, 78.

## L

Labandero, *Vide* Díaz de Labandero.  
 Labrador (Marqués de), 63, 187, 208, 219, 332.  
 La Bisbal (Conde de), 265, 266.  
 Lacy (Coronel), 139, 251, 252.  
 Lacy Evans, *Vide* Evans.  
 Ladiosa, 124.  
 Ladrón de Cegama (Santos), 167, 172.  
 Laffite (Roger), 181.  
 Lagranciére (Coronel), 341.  
 Lahera (Comandante), 200.  
 Lalande (Marqués de), 189, 218.  
 Lardizábal, 182.  
 Larraga (Fray Ignacio), 68, 166, 215, 309.  
 Laserna (General), 199.  
 Latre (General), 186.  
 León XII, 332.  
 León (Diego), muerto en Huesca, 85.  
 León (Diego), Conde de Belascoain, 142, 182, 348.  
 León (Obispo de), *Vide* Abarca (Joaquín).  
 Lereboure (Doctor), 30.  
 Lichnowsky, 81, 113, 123, 178, 243, 340, 342.  
 Linaje, 211.  
 Lorenzo (General), 140, 143, 146, 153, 157, 158, 197.  
 Lucus (Manuel) (a) *Manuelín*, 58, 119.  
 Luchana (Conde de), *Vide* Espartero.  
 Luis XVI, 262.  
 Luis XVIII, 224, 226, 268.  
 Luis Felipe, 194, 223, 332.  
 Lynar (Príncipe), 114.

## LI

Llangostera, 124.  
 Llarch de Copons, *Vide* Ibáñez (Manuel).  
 Llander (General), 269, 270.

## M

Mac Donald, 266.  
 Mac Kintós, 48.  
 Madeira (Conde de), 50, 51, 72, 104, 118, 122, 162, 169 a 172, 346.  
 Madrazo, 331.  
 Magués (Isidoro), 55, 150.  
 Mahomet-Ali, 69.  
 Manuelín, *Vide* Lucus (Manuel).  
 Marco del Pont, 281, 291, 292, 335, 336.  
 Marmont (Mariscal), 150.  
 Maroto, 78, 178, 180, 187, 193, 194, 196 a 202, 206, 208 a 213, 216, 218, 226, 247, 274-275, 325 a 340.  
 Martignac (M. de), 220.  
 Martínez (Coronel), 79.  
 Martorell (Marqués de), 212.  
 Maximiliano de Austria, 252.  
 Mazarrasa (General), 331.  
 Medina Verdes y Cabafias (Manuel de), 44.  
 Medina Sidonia (Duque de), 212, 221.  
 Meding (Gustavo), 227, 231, 234, 235, 241, 246, 248, 249, 257, 320.  
 Meer (Barón de), 75, 100, 103, 106, 120, 276, 278, 285, 290, 292, 313, 314, 316-317.  
 Mengs, 152.  
 Merino (Jerónimo), 51, 82, 130, 144, 147 a 151, 176, 186, 213.  
 Merry (Coronel), 70, 161.  
 Mettermich, 213, 216, 217.  
 Meyer (Cónsul), 43, 196, 218, 222, 223, 227.  
 Miguel de Braganza, 169 a 171.  
 Milanges (Barón de), 39.  
 Misquitel (Conde de), 170.  
 Molé (Conde de), 332.  
 Molina (Marqués de), 212.  
 Mon, 42.  
 Monasterio (Marqués de), 37, 106, 220.  
 Mondédu (Coronel), 278, 279, 281, 283, 284.  
 Monier (Casimiro), 181.  
 Montagut (Coronel), 38.

Montalto (Duque de), 212.  
 Montanya, 297.  
 Montemolín (Conde de), 332, 347, 348.  
 Montenegro, 51, 59, 330, 336, 337, 339.  
 Montgomery (Capitán), 139.  
 Montmorency, 227, 228.  
 Moreno, *Vide* González Moreno.  
 Muchacho (El), *Vide* Sobrevías Clemente.  
 Muñagorri, 204.

## N

Narbona (Conde de), 229.  
 Napoleón, 67, 262, 271, 300.  
 Narros (Marqués de), 65, 180, 188, 216.  
 Negri (Conde de), 162, 166, 186, 187, 208, 329, 338, 339.  
 Neuillet (León de), 39.  
 Noguerras, 111.

## O

Obrador (Doctor), 174.  
 O'Donnell (Leopoldo), 163, 183, 265, 266, 331.  
 Olí (Miguel de), 309.  
 Oliva, 276.  
 Oráa (Marcelino), 75, 89, 95, 111, 116, 117, 120, 276.  
 Orejita, 133.  
 Orellana, 42.  
 Orgaz (Conde de), 37, 106, 221.  
 Orlando, 208.  
 Ortafa (General), 274, 275.  
 Orteu (Brigadier), 96, 320, 321.  
 Osma, 58.  
 Osorio, 276.

## P

Padre Eterno, 133.  
 Palafox, 212.  
 Palillos, *Vide* Rugieros.  
 Parcent (Conde de), 221.  
 Pardifias, 284.  
 Pecondón, 330.  
 Pedro de Braganza, 170.  
 Peña Ramiro (Conde de), 212.  
 Pep del Olí, *Vide* Pons.  
 Peralta, 285.  
 Pérez Dávila (Coronel), 291.  
 Periquet, 307, 308.  
 Peyronnet (Conde de), 213, 224, 225, 226.

Pezuela (Joaquín de la), 109.  
 Picutus, 234 a 237, 241.  
 Pimentel, 176.  
 Pinet (Eugenio), 342.  
 Pita Pizarro (Pío), 327.  
 Pitarque, 285.  
 Plessen (Bernardo von), 71, 95.  
 Pons (José) (a) *Pep del Olí*, 97, 253, 295, 297, 309, 310, 321.  
 Porredón (Bartolomé), 88, 95, 97.  
 Porredón (Manuel), 97, 245, 259, 279, 290, 291, 294, 297, 303, 304, 307 a 312, 315, 318, 321.  
 Portocarrero, 212.  
 Prado (Conde del), 79.  
 Pükler (Príncipe), 140.

## Q

Quesada (General), 63.  
 Quijote, 296, 318.  
 Quílez, 78, 119.

## R

Rahden (Guillermo, Barón von), 76, 79, 93, 100, 105, 115, 117, 126, 131, 210, 284.  
 Ramírez de la Piscina (Juan), 330.  
 Ramón (Conde de Barcelona), 264.  
 Rappard (Otto, Barón von), 73, 85.  
 Ratón (Pedro), 166, 213, 215, 216.  
 Raupack, 191.  
 Regis (San Francisco), 66.  
 Reignez (Hubert), 114.  
 Reina (Tomás), 51, 58, 79, 154, 331.  
 Rochemore (Vizconde de), 95.  
 Rodil, 183, 214.  
 Roldán, 264.  
 Roldán (Antonio), 186.  
 Romagosa (General), 201, 271.  
 Romanzow, 226.  
 Ros de Eroles, *Vide* Porredón.  
 Rotten, 303.  
 Royo (Brigadier), 95, 97, 101, 274, 275.  
 Royo (Confidente), 328.  
 Rugieros (Vicente) (a) *Palillos*, 125, 132, 133, 282.

## S

Sabatier (Alejo), 49, 78, 114.  
 Sagastibelza, 172.  
 Saint-Cyr, 266.

Saint-Sylvain (Auguet de), *Vide* Valles (Barón de los).  
 Sajonia (Maximiliano de), 46.  
 Samitier (Conde de), 221.  
 Samsó (Brigadier), 292.  
 San Carlos (Duque de), 42.  
 Sancho, 318.  
 Santa Cruz (Marquesa de), 222.  
 Santa Olalla (Marqués de), 38, 175.  
 Sanz (Florencio), 328.  
 Sanz (Pablo), 51, 84, 134, 138, 155, 160, 165, 176, 178, 328, 329.  
 Sanz (Fray Antonio Gervasio), 80.  
 Sarsfield, 48, 50, 68, 120, 123.  
 Sauerländer, 314.  
 Sc'viller, 71, 82.  
 Sebastián Gabriel (Infante), 34, 40, 46, 48, 49, 51 a 55, 59, 60, 64 a 68, 73, 77 a 79, 86, 91, 93, 96, 104, 110, 117 a 119, 121, 130, 131, 137, 142, 143, 146, 155 a 158, 161, 165, 167, 171, 173, 174, 208, 216, 314, 317, 326, 346 a 348.  
 Segarra (José), 179, 255, 276, 278, 315.  
 Segovia (Coronel), 79.  
 Sentmenat (Marqués de), 181, 244.  
 Sertorio, 264.  
 Sierra, 42, 99, 182.  
 Sobrevías (Clemente) (a) *el Muchacho*, 97, 275.  
 Solano (General), 119.  
 Soplana (Prudencio), 52, 78, 115, 118, 122.  
 Sort (José), 257.  
 Sort (Vicario), 286.  
 Soulié, 229.  
 Sout (Mariscal), 148, 211, 332.  
 Stolberg (Alfredo, Conde de), 30.  
 Strauss, 188.  
 Stroganoff (Barón de), 62.  
 Suchet (Mariscal), 266.  
 Sureda (José), 37.  
 Swiderski (Teniente), 182, 188.

## T

Tácito, 208.  
 Tallada, 124, 139.  
 Tamariz, 42.  
 Tandé (Anastasse de), 114, 175.  
 Tayllerand, 226.  
 Teijeiro (José), 107, 330.  
 Thiers, 222, 272.

Toledo, *Vide* Alvarez de Toledo.  
 Torreadella (Canónigo), 244, 257, 286.  
 Torre (Simón de la), 78, 165, 331, 338, 339.  
 Torres (Brigadier), 273.  
 Torrijos (José María), 35, 36, 326.  
 Trilla (Juan), 237, 238, 240, 241, 244 a 248, 320.  
 Tristany (Benito) (a) *Mosén Benet*, 97 a 99, 101, 213 a 215, 276, 282.

## U

Ugarte y Larrazábal (Antonio), 61, 62.  
 Uhlund, 141, 207.  
 Ufanga (General), 125, 163, 331.  
 Urbiztondo (General), 101, 162, 179, 182, 211, 252, 276, 278, 331, 339.  
 Uriz (Intendente), 328, 329.  
 Urraca (Doña), 152.

## V

Vaerst (Eugenio, Barón von), 178.  
 Valdés (Manuel), 193, 197, 198.  
 Valdés (General), 200.  
 Valdespina (Marqués de), 177, 178, 221.  
 Valmaseda (Brigadier), 143.  
 Valles (Barón de los), 31, 38, 39, 43, 166, 338, 340, 347.  
 Vargas (Carlos de), 331.  
 Vélez (Marqués de los), 212.  
 Víctor (Mariscal), 225.  
 Victoria (Reina de Inglaterra), 79.  
 Victoria (Duque de la), 221.  
 Villa Hermosa (Duque de), 130.  
 Villa Urrutia (Marqués de), 340.  
 Villafranca (Marqués de), 37, 212, 220, 221.  
 Villalobos (Comandante), 200.  
 Villanueva de Valdueza (Marqués de), 212.  
 Villarreal (General), 52, 55, 59, 84, 87, 91, 104, 105, 118, 154, 155, 165, 171, 212, 226, 331, 346.  
 Villavicencio (José), 47.  
 Villemur (Conde de), 269.  
 Vivar de Gormaz (Pascual), 108.  
 Vives (General), 265.  
 Vivot (Marqués de), 37.  
 Voltaire, 225.

## W

Weidmann, 181.  
 Wellington, 259, 262.

## Z

Zabala (General), 176, 338, 345, 346.  
 Zampa, 133.

Zaratiegui (General), 50, 68, 120, 123, 125, 130, 133, 143 a 146, 152, 153, 155, 160, 163, 165, 167, 169, 174, 175, 176, 181, 197, 331.  
 Zumalacárregui (General), 47, 48, 50, 51, 54, 58, 75, 77, 118, 167, 172, 185, 188, 209, 210, 221.  
 Zurbano, 188.  
 Zurbano (Martín), 160.  
 Zurbarán, 152.

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	5
PREFACIO.....	25
I. — Llegada a Bayona.—Paso de la frontera.—Zugarramendi.—Irún.—Don Diego Miguel de García.—Combate de Amezagaña.—Llegada al Cuartel Real. (De 4 a 10 de marzo de 1837.).....	29
II. — El Ministerio.—El Rey.—Excursión a Betelu.—Operación combinada del enemigo.—El Infante don Sebastián y su séquito.—Batalla de Oriamendi.—Combate cerca de Galdácano.—Ojeada sobre el teatro de la guerra y las fuerzas carlistas.—Intrigas en el Cuartel General.—Corpas y la camarilla.—Azcoitia y Loyola.—El P. Gil y los jesuitas.—El clero español.—La legión extranjera.—Salida y estancia en Tolosa. (De 11 de marzo a fin de abril de 1837.).....	40
III. — Arresto del general Eguía.—Salida de la expedición real.—Paso del Arga y del Aragón.—Batalla de Huesca y de Barbastro.—Paso del Cinca.—Travesía de Cataluña.—Batalla de Guisona.—Entrada en Solsona.—Los jefes catalanes.—Marcha hasta el Ebro. (De primeros de mayo a 28 de junio de 1837.).....	74
IV. — Paso del Ebro.—Combate de Tortosa.—Cabrera.—Valencia.—Regreso a las montañas.—Combates de Chiva.—Marcha a Cantavieja.—Excursiones al Bajo Aragón.—Batalla de Herrera o de Villar de los Navarros.—Marcha a través de Castilla hasta las puertas de Madrid. (De 29 de junio a 12 de septiembre de 1837.).....	103
V. — Retirada hasta Alcarria.—Los jefes de partidas de La Mancha.—Toma de Guadalajara.—Combate de Aranzueque.—Retirada a través de Castilla la Nueva y Castilla la Vieja.—Paso del Duero cerca de Gormaz.—Reunión con Zaratiegui y combate de Aranda de Duero.—Entrada en los Pinares.—El cura Merino.—Batalla de Retuerta.—División del cuerpo expedicionario.—Excursión a los Pinares.—Marcha hasta Casalarreina.—Diario de Moreno.—Mi separación del Infante y mi vuelta a Estella. (De 13 de septiembre a 21 de octubre de 1837.).....	130
VI. — Impresión que la vuelta del Rey produce en el pueblo y en el ejército.—Manifiesto de Arciniega.—Arrestos y mudanzas.—Don Juan Echeverría.—El Conde de Madeira.—Amarrio.—Expedición de don Basilio.—Excursión a la costa.—Vuelta de Urbiztondo.—El Cuartel	

	Páginas
Real en Azcoitia.—Conversaciones con el cónsul de Francia en Bilbao.—El Cuartel Real en Estella.—Expedición de Negri.—Excursión a Zugarramendi.—Vuelta por el Baztán.—Partida. (De noviembre de 1837 a 1 de abril de 1838.).....	162
VII. — Arresto y libertad del arzobispo de Cuba.—Los legitimistas de Marsella.—Viaje por el mediodía de Francia.—Las hijas de Maroto.—Don Manuel Valdés.—Resumen biográfico de Maroto.—De Burdeos al <i>château</i> de Marrac.—Los contrabandistas del Pirineo y paso de la frontera.—Visita a Moreno.—Aparición de Maroto.—Llegada al Cuartel Real de Elorrio. (De abril a mediados de julio de 1838.)	193
VIII. — Abandono el Cuartel Real.—Proyecto de ataque a Estella por Espartero.—El obispo de León.—Tristany.—Don Pedro Ratón, confesor del Rey.—Marino y el Príncipe de Metternich.—Me arreglo con el subprefecto de Bayona para entrar en Francia.—Opinión del subprefecto acerca de Maroto.—Los refugiados españoles.—El Conde de Peyronnet en Montferrand.—Inacción en el Cuartel General.—Toulouse.—Perpignan.—Travesía de los Pirineos orientales hasta Cataluña. (Fin de julio a mediados de septiembre de 1838.).....	213
IX. — Los carabineros de las Aduanas españolas.—Travesía de las montañas hasta Ribas.—Recuerdo de la Casa de Austria entre los catalanes.—Escaramuza en la Rectoría de Fustifá.—Comida en el Ayuntamiento de Gombreny.—Tres generaciones de mujeres en Puigbó.—Aspecto de Montserrat.—Establecimiento militar en Borredá.—Berga.—Llegada a Caserras, Cuartel General del Conde de España.—Su acompañamiento.—El Conde de España.—Mi alojamiento en las avanzadas.—Un día en el Cuartel General. (De la segunda mitad de septiembre de 1838.).....	238
X. — Bosquejo sobre el Conde de España y sobre la última campaña de Cataluña.....	261
XI. — Ejecuciones del Conde de España.—La señora de Mondedeu.—Carta a Cabrera.—Salida a campaña.—Requisiciones.—El párroco de Balsereny.—El Tribunal de Justicia en Caserras.—Expedición cerca de Cardona.—Marco del Pont.—Cuartel General en el Priorato de Puigreig.—Destrucción de edificios junto a Berga.—Expedición a orillas del Segre y al valle de Arán.—La república de Andorra.—Toma de Viella.—Combate del puerto del Escaló.—Retirada hasta Oliana.—Mi salida del ejército de Cataluña y mi viaje hasta Perpignan.—Noticia sobre el asesinato del Conde de España. (De fin de septiembre de 1838 hasta 1839.).....	281
XII. — Fusilamientos de Estella.—Marcha progresiva de la traición de Maroto hasta el Convenio de Vergara.—Mi prisión.—Travesía de Francia hasta la frontera.—Saint-Pé y Bourges. (De 1839.).....	325